



Néstor Taboada Terán nació en La Paz el año 1929. Es uno de los más importantes narradores bolivianos contemporáneos y su obra en cuento y novela es elogiada en el país y en el exterior. En la República Argentina su obra ha sido bienvenida y como indica una nota aparecida en su periódico argentino en referencia a

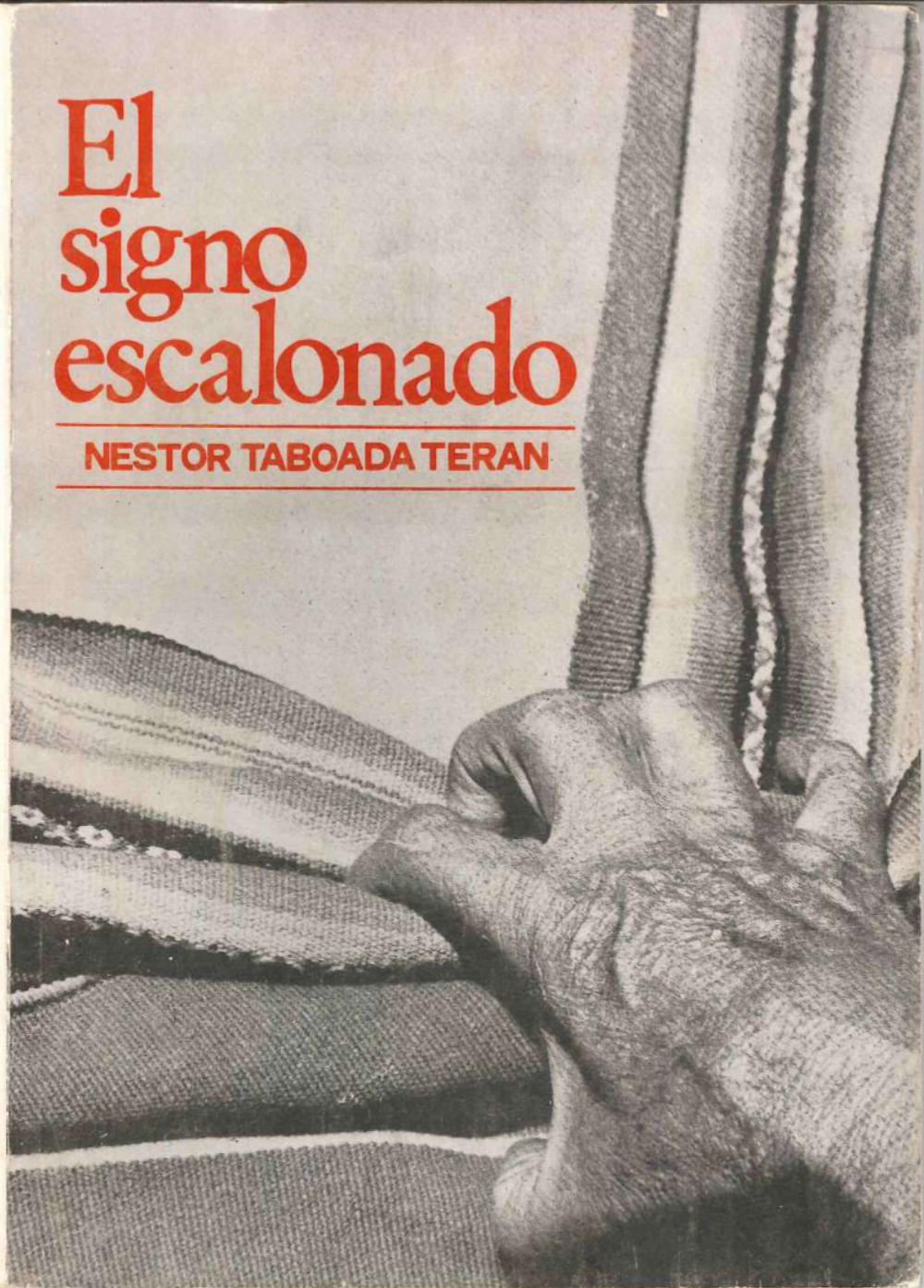
EL SIGNO ESCALONADO sosteniendo que "su vigor y calidad lo ponen al nivel de los mejores del continente"

"Su novela configura un vasto fresco de la realidad boliviana, a la que aborda en sus múltiples aspectos y dimensiones. Situada en los años previos a la Guerra del Chaco, desde la caída de Siles (1930) hasta la iniciación de la contienda con el Paraguay (1932), no se limita a referirnos los importantes acontecimientos históricos del momento, sino que se adentra en el alma del pueblo para darnos peculiar vivencia de la realidad, don de la magia y los mitos folklóricos se funden con el acontecer cotidiano".



El signo escalonado

NESTOR TABOADA TERAN



EL SIGNO ESCALONADO

491
30-6-41
Bolivia

Art

"NO LEER LO QUE BOLIVIA PRODUCE
ES IGNORAR LO QUE BOLIVIA ES "

EL SIGNO ESCALONADO

OBRAS DE NESTOR TABOADA TERAN

- NOVELAS:** EL PRECIO DEL ESTAÑO, La Paz, 1960; Cochabamba, 1980.
EL SIGNO ESCALONADO, Buenos Aires, 1975; Cochabamba, 1982.
MANCHAY PUYTU EL AMOR QUE QUISO OCULTAR DIOS, Buenos Aires, 1977, La Paz, 1981.
- CUENTOS:** CLAROSCURO, La Paz, 1948.
GERMEN, La Paz, 1951.
MIENTRAS SE OFICIA EL ESCARNIO, La Paz, 1968.
INDIOS EN REBELION, La Paz, 1968; Buenos Aires, 1972.
- HISTORIA:** MANUEL VICTORIO LANZA EL INCO -
RRUPTIBLE, La Paz, 1960.
LA MASACRE DE CATAVI, Buenos Aires, 1973.
LA REVOLUCION DEGOLLADA, Buenos Aires, 1974.
COLOMBIA: Jorge Eliécer Gaitán, Buenos Aires, 1974.
- CRONICAS DE VIAJE:** CUBA PALOMA DE VUELO POPULAR, Oruro, 1964.
CHILE CON EL CORAZON A LA IZQUIERDA, Oruro, 1971.
- ANTOLOGIAS:** BOLIVIA EN EL CUENTO, Buenos Aires, 1976.
ECUADOR EN EL CUENTO, Buenos Aires, 1976.
EL QUIJOTE Y LOS PERROS, Cochabamba, 1979.

Nestor Taboada Terán

EL SIGNO ESCALONADO

Segunda Edición



Editorial Los Amigos del Libro
Cochabamba - La Paz

1982 NESTOR TABOADA TERAN
Registro de la Propiedad Intelectual
DL No. 4 - 1 - 154 - 82

1982 Los Amigos del Libro
Todos los Derechos Reservados
La Paz - Casilla 4415
Cochabamba - Casilla 450

2da. Edición
NA 636
ISBN 84 - 8370032 - 8

1ra. Ed.: Buenos Aires, 1974

Dibujos:
Walter Solón Romero

Portada:
Javier Canedo

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia

Editores: Los Amigos del Libro
Impresores: Poligraf

Nestor Taboada Terán

EL SIGNO ESCALONADO

Segunda Edición



Editorial Los Amigos del Libro
Cochabamba - La Paz

1982 NESTOR TABOADA TERAN
Registro de la Propiedad Intelectual
DL No. 4 - 1 - 154 - 82

1982 Los Amigos del Libro
Todos los Derechos Reservados
La Paz - Casilla 4415
Cochabamba - Casilla 450

2da. Edición
NA 636
ISBN 84 - 8370032 - 8

1ra. Ed.: Buenos Aires, 1974

Dibujos:
Walter Solón Romero

Portada:
Javier Canedo

A Oswaldo Guayasamín, Alejandro Trujillo,
Eduardo Galeano, Ana María Manildo, Alfre-
do Gravina y Lisandro Otero.

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia

Editores: Los Amigos del Libro
Impresores: Poligraf

No temerás el terror nocturno, ni la flecha
que vuela de día; ni la peste que vaga en las ti-
nieblas, ni la destrucción que asola a medio-
día...

Libro de los Salmos.

Nuevas tierras no hallarás, no hallarás otro mar.
La ciudad te ha de seguir.
Darás vueltas por las mismas calles.
Te harás viejo en las mismas vecindades,
y habrás de encanecer entre las mismas casas.
Siempre llegarás a esta ciudad.

Constantino Kavafis.

LA OSCURIDAD DESAPARECIO DE PRONTO Y UN JIRON DE
luz incandescente se le clavó en los ojos. Con el sueño aún entre los
párpados se irguió sobre su brazo derecho, quería ver quiénes eran.
Cubiertos estaban de gruesos abrigos y sombreros, los rostros con pa-
ñuelos sombríos. ¡Debe usted en el acto abandonar la mina!, escuchó
decir. Lentamente se restregó los ojos que le ardían, pretendía ganar
tiempo, percatarse de lo que se trataba, asumir alguna actitud. Leván-
tese, aquí no lo queremos más. ¡Ya, vamos andando!, elevaron la voz
haciendo ademán de golpearlo con los látigos que portaban. Instinti-
vamente levantó las manos cubriéndose el rostro, pero no fue golpea-
do. Entretanto, hacían de sus trastos un montón. A tiempo de incor-
porarse, pensó, me arrojan los esbirros de Pickering. . . Jorobaron y re-
macharon rápidamente el colchón y las frazadas. ¿Y mis jornales?, re-
clamó a tiempo de ponerse la chaqueta. ¿Y mis jornales por los días
que he trabajado? Aquí está, ¡y apúrese! Hizo dar una vuelta la bufan-
da por su cuello. Las herramientas las metió en una arpillera. Afuera la
noche oscura y fría. Un lienzo negro cubría totalmente el ancho cielo
y el campamento dormía. A lo lejos el ingenio trabajaba segunda pun-
ta. A la carreta detenida ex profeso en la puerta arrojaron los bultos.
Los enmascarados le ordenaron escalarla. Y comenzó la canción del
traqueteo por el camino del arrabal, pasó frente al ingenio. Los sere-
nos no dijeron nada. Pensamientos inauditos le acometieron sin tregua
y aprovechándose de las penumbras el frío secreto se introducía en sus
huesos. Corrieron contra el tiempo y se detuvieron muy lejos, cuando

la bestia jadeaba y el carretero chasqueaba la lengua compadecido de su esfuerzo. ¡Bájese! Se bajó tiritando. Recién comprendió con certeza que rompiendo los silencios de la noche habían abandonado el campamento y la mina. Arrojaron los bultos sobre su cabeza. En las tinieblas la carreta dio media vuelta para emprender el retorno. Un golpe en el rostro con objeto contundente y un puntapié en la ingle precedieron a la lluvia de golpes que le fue cayendo con franqueza irremisible. En el suelo, retorciéndose por el dolor de las agresiones, escuchó que le decían no vuelva más por la mina, la próxima vez será peor. Reían a carcajadas, parecían satisfechos de la hazaña. Y la carreta y los enmascarados y las carcajadas se hundieron en la oscuridad. El traqueteo fué perdiéndose poco a poco. El viento soplaba del este bajo la noche de piedra de la altipampa.

Libro Primero

Los rostros del mismo sueño

NO VEIA NADA. RODEADO DE ESPESAS TINIEBLAS NO PODIA percatarse si tenía los ojos bien abiertos o bien cerrados. El dolor insoportable se iba retirando con perezosa lentitud y él continuaba aún gimiendo. Pero, de repente un estremecimiento profundo le sacudió de pies a cabeza. El no estaba quejándose. ¿Dónde estoy?, se preguntó recién. Advirtió un rumor de cencerros, en cadencia con un zumbido resentido de almas dolientes. ¡Los qharisiris!, se dijo alarmado y gateando como un niño enloquecido comenzó a buscar la arpillera de sus herramientas de trabajo. Mientras tanto los ruidos se acrecentaban cada vez más. Al fin. Sacó con premura el martillo más pesado y lo levantó en alto, dispuesto a defenderse. Enmudecieron los ruidos y una voz pausada y gangosa emergió de las penumbras no hemos venido a comerte el alma, Damián Surco. Y él con los dientes apretados inquirió por los qharisiris de la altipampa. Evidentemente eran los mismos, devoraban el alma de niños y adultos en los silencios del desierto. Es infructuosa toda resistencia, somos muchos para reducirte, Damián Surco. Tú no eres tonto y nos comprenderás. Sólo queremos un poco de tu salud engordada, no sufrirás. . . Frente a él sintió el resuello hediondo del vampiro que parlamentaba. Procuraba que absorbiera los narcóticos arcanos para adormecerlo y después yerto extraerle el alma. ¡No, malditos qharisiris, no les daré mi alma bendita!, gritó. Y lanzó un martillazo dirigido a la cabeza del que se encontraba más cerca. El martillo escapó de sus manos y fue a caer lejos. En el silencio oscuro de la pampa resonaron risotadas de burla sangrienta. Y aterrado re-

cién les vio las caras empañadas. Sabía que si lo sometían se consumiría de incurable malestar. En varias comarcas los indios morían agobiados por el presentimiento de haber sido lesionados por los qharisirís. Con profunda incisión en el abdomen y cuya huella notable no era más que un ligero cardenal. Los qharisirís somos inmortales como el tiempo, Damián Surco, de nada te vale resistir. En una algarada tonante y con las campanillas a rebato se abalanzaron sobre él dos, tres diez, veinte, sesenta, miles de qharisirís. Despertó gritando. Observó aterrado la mañana azul. Maruca Chalco y su hijo José sonreían en silencio. Un estremecimiento envolvió su cuerpo dolorido. La aurora boreal en forma de arcos y flecos luminosos estaba desapareciendo y el frío con sus variaciones ociosas arreciaba con fuerza. Se incorporó rápidamente pero una punzada aguda se hincó en su bajo vientre.

— ¿Te han pegado, Damián? Tu cara está amoratada, tus pómulos hinchados, tus ojos bañados en sangre.

Damián se palpó el rostro y alisó el cabello a tiempo de preguntar por Chirino.

— El Chirino y los compañeros me han mandado este dinerito, también esta botella de pisco y estos cigarros para el frío.

— ¿Cómo llegaron a saber que yo había sido desterrado a este lugar?

— Anoche mismo el carretero de la empresa le sopló al Chirino, es nuestro compadre y entre los compadres no hay secretos, que te habían dejado en la ayapampa de Sepulturas. ¿Y no te ha dado miedo? Podían aparecer los qharisirís. . . El Chirino dice que va hablar ahora mismo con Pickering.

— Y tú, Josesito, ¿cómo estás?

Sonrió el niño que desde hacía rato contemplaba absorto el desnudo cementerio.

— Bien, Damián, dile, pues —encareció su madre—. Huaj, Josesito; siempre así corto es este chico con la gente pero cuando está en la casa es un diablo.

El sol trataba de empinarse sobre la raya del horizonte y Maruca Chalco y su hijo José volvieron sobre sus pasos. Ya estaba definido el destino de Damián. Tomaría un nuevo rumbo en su vida:

¿Machacamarca? ¿Chayanta? ¿Morococala? ¿La Joya? ¿Negro Pabelón? ¿Huanuni? Al atardecer, en la soledad infinita de la puna, a la hora en que resbalan ululantes los ecos de las montañas, apareció una carreta. Le preguntó al conductor si era Umalu Cayetano y si lo conocía a Chirino y el carretero hizo una mueca afirmativa. Cargó sus bultos y se acomodó a su lado. Umalu Cayetano lanzó un fuerte latigazo en el lomo del mulo y la carreta comenzó a moverse bamboleante. El paisaje del altiplano se estaba dorando de violeta. La brisa del atardecer era fría.

— ¿Quiéres servirme un sorbito de pisco?

El carretero aceptó sin mover los labios. ¿Eres mudo?, le entregó la botella. Umalu Cayetano se echó un trago largo.

— ¿Eres mudo? — insistió Damián.

— ¡No, no soy mudo! — respondió con energía.

De aire sombrío y receloso no quería hablar, temía comprometerse.

FRESIA, FRESIA, gritaba mi hermanito el cabro chico. Estaba asustado. Yo también, pero disimulaba en lo posible. Las sirenas llamaban con insistencia espantosa. Lo tomé de la mano y a todo correr nos dirigimos hacia la gerencia de la empresa. Allí se concentraba la gente del campamento. Alguna desgracia ha sucedido en la mina. En el rostro de las mujeres veía una ansiedad dolorosa, los hombres temblaban como viejas y yo que a ratos quería reirme. El cabro chico me preguntaba qué había en todo esto. Sssh. . . Aparecieron varios pacos llegados de Santiago. Y uno de ellos, que parecía el superior, junto al gringo de la gerencia, habló del asunto del salitre. Por el proceso Haber-Bosch para producir nitratos un químico alemán ha encontrado el sustituto para el salitre natural, así que los abonos de Chile ya no son imprescindibles en el mundo; en el día los obreros bolivianos que prestan servicios en la empresa salitrera serán trasladados a la frontera, para lo cual se han habilitado todas las carretas disponibles. . . El gentío se

conmovió. ¡Los obreros peruanos esta noche también deben marcharse a su país! Y recién se escuchó un murmullo de reprobación. Lo apreté contra mi pecho al cabro chico temiendo lo peor, porque el ambiente se tornaba tenso y así siempre comenzaban los incidentes. Fresa, me estás haciendo daño, reclamó. Sssh. . . Alguien pidió que se calmaran los ánimos. Y en cuanto a los ciudadanos chilenos, éstos serán trasladados al interior de Vallenar y Coquimbo. La catástrofe, dijeron, peor que la guerra del 79. El oficial de los pacos fue secamente explícito insinuó a los elementos bolivianos apresurarse en el recojo de sus objetos personales y por supuesto tienen que llevar sólo lo indispensable. . . Y volvimos a casa como un tiro, una pieza de puras calaminas que en su interior hacía mucho frío o mucho calor, no había término medio. En la esquina un paco acariciaba su arma llena de sombra mortificante y los cabros chicos observaban en silencio, contra su costumbre. Cuando entramos, mamá lloraba y el Viejo le explicaba que sollozando no sacaríamos nada en limpio. Se contaba que en 1866, el Rey del Salitre, John Thomas North desembarcaba en el puerto de Valparaíso con el cuerpo y el alma prestados, por si acaso diez libras esterlinas de reserva en el bolsillo. Treinta años después, en concomitancia con los generales vencedores de la guerra del Pacífico, los príncipes y duques y políticos emanentes y grandes industriales, se sentaban a la mesa de su mansión en Londres. Pero hoy la prosperidad terminaba. Cerraban las oficinas salitreras del Tamarugal, Santa Elena, Humbertone, Santa Laura, Valdivia, etc. Las instalaciones serían vendidas a los compradores de chatarra. En la patria yo conseguiré trabajo y si Dios nos ayuda estaremos mejor que en las salitreras, no llore, mi guachita querida, le decía con cariño, enjugándole las lágrimas. Le habían cancelado sus salarios y sus ahorros prometieron enviarle por intermedio de las autoridades consulares. Mamá, le dije, este tu hijo quiere llevarse el gato a Bolivia. Sí, déjalo que lleve, me respondió. Y para animarle pregunté si en Bolivia había gatos. Se sonrió apenas. ¡Estos hijos hacen cada pregunta! Alguien nos gritó desde la puerta que los pacos estaban inspeccionando habitación por habitación, todo el campamento, para comprobar si se cumplía la orden de expulsión. La utilería más

primordial comenzamos a cargar en las carretas que esperaban. Se caían las ollas, se rompían las patas de las sillas, se arrastraban las camas. Y con sus voces broncas los pacos pedían que nos apresuráramos. En medio de este caos algún despistado todavía tenía valor para cantar.

Réproba tierra de maldición
que de verdedores jamás se viste
ni en la más bella estación . . .

Era una canción pampina. La escuchaba casi todas las noches en la esquina de casa, porque cantaban los cabros grandes acompañados de guitarras, hasta que el sereno los corría a bastonazos. También escuchaba en las fiestas de los mayores, cuando ya estaban mamaditos con ganas de llorar. Las sirenas desenfrenadas seguían confundiéndonos con su dramático alarido.

En donde el ave nunca gorjea,
donde la flor nunca creció
ni del arroyo que serpentea
el cristalino bullir se oyó.

Las carretas nos llevaron penosamente hasta Calama. Ya no pude más y comencé a llorar en silencio para que no advirtieran mis sufridos padres que estaban sentados sobre los colchones, cariacontecidos. Amaba con pasión esta tierra gris, de sol y caliche, tendida entre círculos de eternos horizontes azules. Qué triste pena dejarte como te dejo. El más osado trabajador era el Viejo, hartó bueno. Conservamos una foto de él con el torso desnudo y una enorme pala. No se puede negar que los pampinos sudan la gota gorda. Vi cómo preparan los tiros de dinamita. Con una mano sostienen el barreno y con la otra el combo que golpea para poner luego una carga. Cuando truena aflora el caliche

en costras grandes, del tamaño de un metro cúbico. Unos treinta kilos se puede levantar, me explicó el Viejo. El acarreo es muy duro. Y el sol que no deja un instante de picar. Los pampinos comienzan a arriar el hombro a la una de la mañana y concluyen a las tres de la tarde. Le aplican vapor en grandes estanques al caliche para el proceso de elaboración, a fin de extraer salitre tienen que hervir las soluciones. Y ahí queda la borra. El ripio que ya no sirve tienen que sacarlo a pala. En esa planta elaboradora trabajaba el Viejo de ripiador. En Calama habían dispuesto algunos vagones del tren internacional, que viene de Antofagasta, para que nos dejaran en la frontera. Esperamos varios días la resolución de las autoridades bolivianas si nos aceptaban o no ingresar al país. Sentado a la intemperie cómo se quejaba en las noches el marido de Yolanda. Los pulmones tiene acabados, decían. Cansada de él, Yolanda ya no disimulaba su disgusto, tiene carácter fuerte. En las estaciones bolivianas nos preguntaban los curiosos si éramos pampinos. Algunos nos insultaban que se jodan porque han ido a dejar sus energías por la prosperidad de los ladrones del 79 y tarde o temprano tenían que volver aniquilados. Otros, los que parecían generosos, nos miraban con lástima mal o bien son compatriotas y hay que ayudarlos. El agreste paisaje del desierto fue cambiando lentamente y después de atravesar montañas apacibles con sus picachos erectos y cubiertos por la nieve de los Andes y donde la elipse sublime de un grito va de confín a confín, exclamé extasiada el altiplano es tan bello. Y nadie me respondió, nadie quiso responderme. Quedé mutis. Cuando el tren entró a la ciudad de Oruro diciendo su campana tan-talán, tan-talán, que lo repite con mucha gracia el cabro chico, todos reíamos de contentos. Llegábamos al fin a nuestra patria añorada. Dijeron que los más de los pampinos se quedarían y a Cochabamba proseguirían los menos, pero todos estaríamos siempre unidos. Todos para uno y uno para todos, sería la ley de los pampinos. El tren se detuvo chirriando y lanzando bocanadas de humo espeso. Y entre ansias y fatigas comenzó el bullcio peculiar de las llegadas. Un cartel de los obreros ferroviarios pendía en los andenes. *Bienvenidos hermanos trabajadores.* Cargando nuestros bultos, la aglomeración por salir de los vagones atestados. Ca-

mas, colchones, cujas, perros, gatos, guitarras y maletas viejas que reventan. Habían dispuesto los dirigentes de la Federación Obrera del Trabajo de un refugio para los repatriados en la propiedad de un yugoslavo magnánimo. Y otra vez con nuestra utilería recorrimos las calles de la vida pordiosera. Oruro parecía Calama. Tan similares en sus casitas, en sus vías, en sus pobladores. . . Un cóndor amaestrado se paseaba tranquilo, arrastrando sus pesadas alas por las calles. Aparecía la población de la ciudad en las ventanas y puertas para decir a media voz que éramos los primeros expulsados de Chile. Y nosotros habíamos a gritos, como se habla en la pampa. . .

FETOS REPULSIVOS, disformes, en plena metamorfosis de estructura natural de batracios, había que tener buen estómago para verlos. No obstante, eran contemplados por el gentío de curiosos en largos espacios de silencio, como si se los estudiara con delectación académica. Se exhibían velludos, sin cuellos y con los ojos abiertos al infinito. ¡Janphatus de mal agüero!, dictaminaban las mujeres persignándose con sincero éstupor. Al intentar cruzar la calle no advirtió que la carreta doblaba la esquina y corría en su dirección. ¡La Orqho María! Para evitar atropellarla el carretero tiró con energía de las bridas y al detenerse el mulo se encabritó, empujándose en dos patas. Cayó al suelo la mujer y la carreta desviada chocó contra una pared. Jadeaba nervioso el cuadrúpedo mirando con sus redondos ojos aterrados. Si tenía carga seguro que nos volcábamos. ¡Orqho María de la gran siete! Saltó Damián del pescante y se dirigió donde yacía la accidentada mujer y a tiempo de socorrerla le preguntó si se hizo daño. Dios de los Santos, Señor de los Milagros, Arcángel San Miguel, creo que no tengo más que un arrebató de mil demonios, respondió. ¿No está aquí mi Opalalita? No está, claro que no está, además cómo ha de estar si la dejé durmiendo. Duerme mucho, ¿y sabe por qué?, porque juega con sus amiguitos los duendes. ¡Ay, Arcángel San Miguel, si no estuviese protegida por el Señor de los Milagros qué sería de mí! Se incorporó,

mientras tanto el carretero lanzaba imprecaciones injuriosas. Con gesto adusto Orqho María le miró en los ojos, sacudió su manto sucio de tierra y se perdió por detrás de la esquina diciendo a voces ¡Por esta Santa Cruz de mis dedos juro que el Umalu Cayetano no tendrá salvación! El carretero hizo tremolar el cuero. ¡Arre, mulo, arre! Nos ha cruzado aquella curcuncha que es como si nos hubiera atravesado el mismo demonio, estamos jodidos. . . Resonó el látigo en el lomo de la bestia. ¡Arre, machito, arre! Te voy a dejar en la Ranchería, ¿está bien? El vehículo siguió derecho, marcado por el leve trote del mulo. Al ver los fetos Orqho María había sido también categórica en su opinión son demonios de mal agüero, nacidos de copulaciones impropias y para desbaratar sus maleficios tienen que ser sometidos a la acción del fuego purificador como las placentas de las recién paridas. Era aún temprano. En la fonda del chino Fabio comenzaban a servir desayuno a los madrugadores; los artesanos mantenían todavía sus puertas cerradas, aunque en sus braseros encendidos ya calentaban las ollas de sultana y los pacheños soñolientos y con legañas en sus ojos menuditos acomodaban en las puertas de sus tiendas latas de alcohol, racimos de ojotas y tambores de coca. Enfundada en su manto negro entró a la Iglesia Matriz y se persignó con agua bendita. En las madrugadas la casa de Dios era placenteramente acogedora, calentita, con olor a incienso y bien iluminada para el santo sacrificio de la misa. La nave central, los altos ventanales, la cúpula, el altar mayor y los altares laterales. Afuera, donde los malignos transitaban sin freno, había dolor y frío. Al arrodillarse advirtió que le dolían las caderas y la pierna derecha. Cerca del confesionario, el atrio, divisó al Obispo, albo cochabambino y de elegante negro y púrpura que se aprestaba a recibir confesiones. En la vanidad de los pecados, pensaba, está el placer de la confesión. Se adelantó presurosa. Monseñor, soy la María del Cerro, le dijo besándole la esposa pastoral de amatista. ¿Quieres confesarte, hija? Sí, con urgencia, monseñor, debo hacer revelaciones importantes. El Obispo sonrió con recato e ingresó al confesionario. Por la ventanita cubierta por una malla fina se percibían las voces apagadas. Y tú, hija, ¿qué tienes que revelarme a mí? Redivivo el Cóndor de piedra de Santa Bárbara volaba con alas de fuego incendiando la ciudad y la inmen-

sa Serpiente de Chiripugio de gris granito venía reptando lentamente con dirección a la Plaza Grande engulléndose al paso a los inocentes que moraban en Agua de Castilla y como si esto fuera poco llovían del cielo hormigas gigantes y las casas de ricos y mansiones de gringos ardían por los cuatros costados y los pobres sin norte definido huían a los cerros de San Felipe y Calvario y Pata de Gallo perseguidos de cerca por los fetos de los baldíos del vaciadero nacidos en medio de defecaciones y secreciones y cenizas repudiadas por el viento y la ciudad en pleno cataclismo de horrores asediada por hordas de diablos que haciendo challaj-challaj arrastraban de los cabellos a las mujeres para fornicarlas contra su voluntad paciente. . . Oía el Obispo. No estaba desvariando. Idénticos sueños premonitorios había tenido él, originados sin duda por la aparición insólita de los fetos. El no había visto pero las mujeres —los mejores informativos del país— decían que se trataba de animales demoníacos, como el basilisco, hijo de una relación homosexual entre un sapo y un gallo. Yo creo, monseñor, que si no es augurio de desastres, epidemias y guerras es la advertencia concluyente y definitiva del juicio final. El juicio final. . . , repitió el prelado. Yo hablo contigo, tú hablas con el Papa Santo de Roma y el Papa Santo de Roma habla con Dios. Debe hablar el Papa con Dios antes de que seamos devorados por los monstruos míticos y antes de que Lucifer, jefe de los ángeles rebeldes, triunfe sobre la bondad y la verdad. Lucifer quiere imponerse. . . Ahora mismo cuando venía apresurada a postrarme a tus pies, el carretero Umalu Cayetano, hereje que no cree en la predestinación ni ayuna en la cuaresma, casi me mata. Como serpiente herida y de bruces sobre la piedra dura, el infame en vez de pedirme disculpas me insultó diciéndome palabras feas. Es un hombre espantoso el Umalu Cayetano y parece el mismísimo demonio, el supay manchana terrible. Yo temblando como una doncella apenas le puse cruces de salvación. Un joven que ha debido ser Arcángel Miguel, hermoso como en las estampas sagradas, me ha socorrido. Esto tiene que tener remedio inmediato, monseñor. Cristo, hija mía, una tarde ya cercana a la pasión final, dijo todo esto será destruido. Entonces, monseñor, ¿estamos condenados al juicio final? Los únicos que pueden evitar la condena somos nosotros mismos, impidiendo que por

culpa de nuestros pecados llegue a materializarse el fin del mundo que ha sido profetizado por las Sagradas Escrituras. Tú no has hecho otra cosa que soñar las profecías, porque las ciencias impías todo lo menoscaban. Debemos rebelarnos por la probidad de las costumbres y el recto amor a la religión y la justicia con temor a Dios. No hemos sido creados para las cosas de este mundo sino para el cielo. En el cielo está la verdadera vida. Las penalidades de la tierra las hizo Dios fuente de virtudes y méritos para llegar al cielo. . . . Pero, ahora, monseñor, ¿no te da la impresión de que estamos abandonados de la mano de Dios? Y el Obispo respondió con infinita mansedumbre no estamos abandonados, hija. El nos vigila desde lo alto. Cada acto tuyo, cada paso, cada pensamiento no les es indiferente y eso hace para evitar la ruina de las almas y posibilita la salvación eterna. Hija, y esto te digo por tu bien, es un gran pecado imponer nuestros propios pareceres por muy buenos que sean y desconocer que Dios es nuestro Rey y que impera en todo y sobre todo. ¿Y ahora, monseñor? Andate con Dios. ¿Debo rezar? Sí, reza en el altar mayor tres Ave Marías y cinco Padre Nuestros. Y después comunica a los hombres de buena voluntad que Felipe ha dicho que mañana saldremos por las calles y los suburbios de la ciudad en rogativas pidiendo al Altísimo perdón por todos los pecadores. Llegaremos al más alto de los cerros, el Calvario. . . . ¿Que el Pata de Gallo es más alto? Por favor, no me interrumpas, hija. En el Calvario diremos nuestras oraciones y Dios nos escuchará. Cubierta la cabeza con su manto negro Orqho María se arrodilló frente al altar mayor y los cordimarianos españoles pasaban y repasaban hablando a gritos. Salió de la Iglesia Matriz y vio en los jardines que daban a la esquina de la Plaza Grande grupos de Ancianos, mujeres y niños andrajosos que pedían limosna por amor a Dios. Todo esto será destruido. . . . La mañana se mostraba empalidecida, ligeramente nublada. Se acercó a los infelices y les transmitió las consignas de Felipe. La ciudad no está abandonada de la mano de Dios, los demonios serán vencidos y no habrá juicio final. Los pordioseros bajaron sus manos escuálidas y se miraron sin comprender. Alguien se tocó la cabeza murmurando apenas la Orqho María tiene el tejo movido. Cerca el cóndor amaestrado observaba en silencio.

MUJERES DE POLLERAS OSCURAS Y ROSTROS MACILENTOS, con las guaguas dormidas en sus espaldas, caminaban por entre las zanjales que la comuna abría para instalar alcantarillas en las casas vecinas. Miren, pues, sus piernas flacas, pobres qaspichakis urus, dijo observándolas desde la puerta de su almacén. Aún no se ha abierto el Ayaqhata-tati Quintanilla, anoche segurito que ha velado hasta tarde esperando muertos. La mañana nublada se había compuesto y el sol le caía en pleno rostro, lucía con orgullo qhóchalla su figura esbelta de hermosa chola valluna. Ay, yayay, qué triste se está poniendo la vida, ya nada es como antes y encima los janphatus se nos aparecen. El fin del mundo está cerca, ya no hay tiempo para arrepentirse de nada y habrá que gozar de lo poco que nos queda. Se acercó un indio y pidió pisco. Le sirvió una copita y se la bebió de un sorbo. Luego pidió coca, dos puñadas de un tambor recién llegado de Yungas y recibió en el sombrero. Medio duraznillo y medio coca, phata kan, un centavo, tata. Después de regatear pidiendo yapita el indio se marchó haciendo una genuflexión cómica y ella vio que se acercaba un hombre con aspecto de minero. Ah, otro que viene a buscar trabajo. ¿Estará Valentín, señora?, preguntó. Sí, ¿cómo para qué será? Quiero hablar con él, respondió, me llamo Damián Surco. Ah, don ná, un ratito, pues. Se perdió por detrás del armazón de botellas vacías de soda y cerveza, odres de pisco y tambores de coca. No tardó en aparecer y Damián advirtió que no había cambiado nada, seguía idéntico. Rostro largo, trigüño y jetón, le bailaban dos ojos grises y por la mejilla izquierda le cruzaba

—recuerdos sentimentales— una cicatriz de parte a parte. ¿Qué quieres? Acabo de llegar de la mina, me ha echado Pickering y necesito trabajar, no me importa el lugar, puede ser Negro Pabellón, Machacamarca, o Morococala y, por si acaso, no tengo todavía mujer ni hijos. Y como verás, le mostró sus manos gruesas y callosas a la altura de su rostro, soy aún joven y fuerte y puedo rendir. . . Estudiándolo a hurtadillas Valentín le respondió sí, ya lo veo, pero para decirme eso no es necesario que me metas las manos a la cara. . . Sin duda lo conocía, siempre ostentoso y fanfarrón, las espaldas cuadradas, la camisa sudada, el pantalón olivo de diablo fuerte y el rostro con moretones verduzcos por la paliza recibida en el altiplano de Sepulturas.

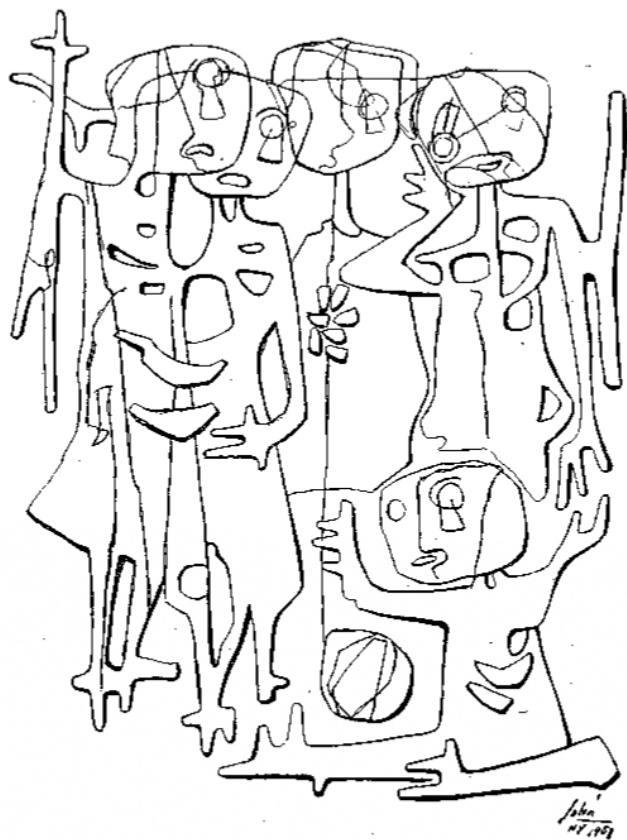
— ¿Y se puede saber por qué te ha echado? No será por obrero ejemplar, desde luego.

— Quería Pickering despedir a ochocientos trabajadores y todos nos hemos opuesto, yo estaba encabezando los reclamos. . .

— Anjá, siempre tú cometiendo las mismas pintorescas huevadas, no sé cuándo sentarás cabeza, por qué no te casas de una vez —habló del aumento de caudal a la corriente de ímpetus desenfrenados—. Hasta ahora no has podido comprender que con el trabajo honorable y pacífico hay todo. Todo. Para ahogarse chicha y para hartarse mujeres. Tenemos tres mil aqhawasis a cual mejor y una casa de hembras importadas del exterior, korichupilas que son un orgullo de prosperidad para el país.

Damián no esperaba este recibimiento de Valentín, tenía deseos de gritarle en la cara que no le interesaban las inmundicias que parecían a él enardecerle.

— Al ver tu cara oscurecida por una niebla amarga —prosiguió— tuve el presentimiento de que estabas andando mal. Y tascontas, hijitoy. Miro una cosa y ya sé de lo que se trata, pues para yatiri me falta poco. Y si nadie te lo ha dicho, ahora te lo digo yo para tu bien. Sinceramente. Tienes la barba crecida y eres altanero, esa mirada que te gastas es irrespetuosa, la suciedad de tu ropa es señal inequívoca de que tu persona ya no te interesa. Te falta solamente un cuchillo entre los dientes y una bomba en las manos para ir a arrojar a la Matriz. . .



— Fíjate, Valentín, tienes que entenderme, por favor, si hubiese trabajado sin meterme en líos, como pretendes decirme, pues sin líos también me hubiese echado Pickering. Había que luchar, defender el trabajo. Eso era de hombre. Luchaba por el puesto que ocupaba en la empresa y también por el pan de ochocientos obreros que, con sus familias, ascienden a dos mil quinientas personas. Esas personas, seres humanos, como tú y yo, ¿de qué han de vivir?

— ¡Y eso a vos que te importa! —le cortó su discurso levantando las manos—. Pucha caray, ¿tú eres el Estado? ¿Tú eres el mamón Siles? ¿Tú eres el Obispo? Cuida de tu propia vida y de tu propio sustento y se acabó. ¿Alguien ahora se conduce de ti diciéndote el Damian Surco está fregado y hay que conseguirle trabajo? Las puras huiflas —pegó un golpe en el mostrador con la palma de la mano y tintinearón las botellas—, yo te hablo así porque tengo derecho a hacerlo, soy tu medio hermano, ¿no es así?

— No es para tanto, Valentín, estás dramatizando, si no hay posibilidades de conseguir un puesto qué vamos a hacer, paciencia y buen humor.

— Bueno, me han comunicado que van a despedir obreros masivamente, comenzando del grupo del Rey Patiño y yo ya no debo más reenganchar ni siquiera un peón. El gobierno ha facilitado a Pickering fuerza armada para garantizar el orden en las minas y esta mañana han salido tropas del ejército en tren expreso.

Damián calló, lo que preveían los compañeros. Pasaban por la puerta de la tienda los cesantes de las salitreras, expulsados de Chile, hablando a gritos. No sé por qué me cabrea el habla de estos pampinos, dijo Valentín. Pasaban también gringas encumbradas de ancas soberbias, perseguidas por indios aparapitas, doblados por el peso de los canastos de frutas y legumbres adquiridas en la feria de la Recova de Abajo y jóvenes sirios y eslavos que parecían hablar con las narices. Y por la esquina, de cuando en cuando una que otra carreta tirada por mulos despaciosos. Claro que es triste la situación de las familias sin trabajo, a mí no me vas a contar, pero si nos pasamos la vida suspirando por los pobres del mundo todos estaríamos fritos en el perol. Y el

Chirino y la Maruca deben estar también con sus aflicciones. En éste y en todos los tiempos se salva el que puede, mi querido hermano, yo a ti te voy a ayudar pero no me vengas con ideas de socorrer al género humano. Te haré facilitar trabajo en alguna herrería de la ciudad o en alguna contrata temporaria para los ranchos de los gringos. Si tengo oportunidad hablaré con la Pickerina, puede influir en el Pickering, ya que es su querida. Pero ya no podrás volver a las minas, eso yo te digo, ya estás quemado metiéndote a redentor. Con la baja de los minerales el mundo está dado vuelta. En este momento la tonelada de estaño se cotiza en 159 libras esterlinas, ha bajado de 330. Yo mismo estoy penando como nunca. Siles nos ha traído desgracias, pero ya lo van a echar los milicos con una patada en el traste, y mientras tanto hay que poner buena cara a la situación. Por ahora yo me estoy ayudando vendiendo coca y pisco a los indios y comiendo charque y chuño. Antes buscaba a los obreros como si fueran pepitas de oro y hoy los obreros me buscan como a su salvador. Y aunque no creas, me besan los pies los que otrora se esmeraban en ponerme apodosos injuriosos: asnachaki pies hediondos, indio cara cortada, negrero. . . Damián se marchó y su hermano descolgó la pizarra negra con letras blancas que pendía a la entrada.

SE NECESITAN OBREROS PARA LAS MINAS
Barreteros, palliris, mecánicos, fundidores, etc.
BUENOS SALARIOS Y PULPERIA BARATA

Cerró las puertas del almacén asegurándolas por dentro con una palanca de hierro. Después de abrir los botones de la bragueta y dejar un reguero de espuma en la esquina del patio, se dirigió donde su mujer, quien mondaba papas de pie frente a una mesa improvisada y rodeada de gallinas cluecas y pollitos bulliciosos. Te he mandado a cerrar la tienda y en vez de cerrarla me entregas a ese carajo. Y ella respondió creía que te interesaría hablar con él. Todos los días están llegando más desocupados y yo soy el paganini, no son capaces de ir donde Pickering y a mí no más me joden con sus caritas de dame me-

dio. Arregló la almohada, la frazada arrugada en el suelo y espantó a los pollitos. Ven, Eulalia, nos solearemos, el solcito está lindo. De bruces le observaba las piernas blancas y macizas que no se cansaba de admirarlas y soñarlas con insistencia insatisfecha. Los gallos arrogantes rondaban a las gallinas para cubrirlas. Estoy preparando el *umajampiku*, para curar tu cabeza, respondió, esperá un ratito. Quién como tú, que tus únicas preocupaciones son la comida, la bebida y la cama, ya no eres ni la sombra de aquella palomita cabeza de tronco, *urpila kullu uma* de la Finca. Se rió la mujerona entornando los ojos servite tu chicha y no hables humedades en tiempo de sequedades, es la que he traído esta mañana y el Chotochico me ha dicho *kentirichinapaj*, es para hacer sentir, doña Eulalita. Y cuando no, pues, si elabora con excremento de aves y guaguas. Temprano he salido como quien va a curiosear los sapos del cenizal y habían sido siempre *janphatus*, con los ojos en la cabeza. Todos decían que eran fétidos de seis meses. Fetos, se dice Eulalia. Sí, estaban bien fétidos. ¡Fetos, carajo! Y esos fetos o fétidos, *imatá ñoqa yachani*, qué se yo, pues, indio *asnachaki*, dicen que están anunciando calamidades. Y él son sonseras, Eulalia, salud, servite, lo que pasa es que en los cenizales los sapos han fecundado a algunas mujeres, ya que éstas sus necesidades corporales las hacen al aire libre, al lado de charcos de aguas estancadas. Y ella *imatá ninki*? Y él escucha bien, en la pampa, con sus vulvas abiertas y oliendo a pescado por sus secreciones, las mujeres han sido violadas por los sapos del Tagarete. En el vientre de la mujer la matriz es un ser casi independiente, pide con avidez ser fecundada y cuando no cumple su deseo se mueve de un lado a otro produciéndole toda clase de malestares. ¿Sabías eso? Y ella *mana, mana yachanichu*. Y él entonces ya que no sabías, aguántate este otro, el sapo que vive excitado por procrear con los pescados y más listo que un hombre corrido, sabiendo bien de lo que se trata, hizo lo que hizo. No pongas esa cara de sonsa, pucha caray. En el muladar, en el jardín o en cualquier descampado el *janphatu* te puede hacer tranquilamente una guagua, claro que monstruosamente deformada, o si estás embarazada te provoca un aborto. La matriz de la mujer con el sapo mantiene relaciones mágicas. Ahora no me puedo explicar cómo han podido aparecer

tantos fetos. Es probable que hayan sido fecundadas varias mujeres al mismo tiempo, en arrechera colectiva. Y también hay cosas a la inversa. Que los hombres embarazan a los animales. Una vez un peruano, marido de una chichera de Chiripugio, acostumbrado a tirarse el lance con las bestias hembras del corral, nos ha sorprendido igual que en estos momentos con los fétidos que tú dices. Una chancha parió un monstruo: mitad hombre mitad chanco. Se hicieron las más prolijas investigaciones de policía judicial, diligencias van y diligencias vienen. Y nada. No hubiera llegado a conocerse nunca la verdad si es que la chichera no se avivaba, ya que al parecer tenía ciertas sospechas del marido. Lo hizo vigilar con los pongs de la casa y quién te dice lo pescaron in fraganti en relaciones carnales con la chancha más grandota y más sucia del corral. Investigadas las cosas, mira lo degenerado que era aquel peruano, no había respetado ni a las gallinas, todas las bestias hembras estaban violadas. ¿Ya ves? El mundo está lleno de cosas increíbles. Yo conozco damas muy respetables, así como la Pickerina, señoras de gringos, que se crían animalitos muy mimados, pues los perros y gatos son sus predilectos para celebrar con ellos sus ritos eróticos. Sí, dijo Eulalia, casi trémula, mucho he oído hablar a doña Mariquita de esas ricachas *qhapajkuna*, de lo cochinas que son, servite tu chicha, choy indio *asnachaki*, contador de historias, no se cómo me has puesto, ya está el *umajampiku*, y hacen esas cosas como si no hubiesen hombres. Y hombres como yo, *khuchi warmisita*, mujercita sucia, con pichula prominente, de alto vuelo, dijo Valentín mutiendo lentamente la mano por debajo de sus tibias polleras. Y ella gracias a Dios, yo digo, en mi Vinto no ocurren esas cosas mugrosas.

ALLA POR el año 1925 quise creer que en Nicaragua todo se había vuelto oprobio y que el honor había desaparecido por completo de los hombres de aquella tierra. En aquellos mismos tiempos, por mi carácter sincero, logré rodearme de un grupo de amigos espiritualistas, con quienes día a día comentábamos la sumisión de nuestros pueblos de

América Latina, ante el avance hipócrita o por la fuerza del asesino imperio yanqui. En uno de aquellos días manifesté a mis amigos que si en Nicaragua hubiera cien hombres que la amaran tanto como yo, nuestra nación restauraría su soberanía absoluta, puesta en peligro por el mismo imperio yanqui. Mis amigos me contestaron que posiblemente habría en Nicaragua ese número de hombres, o más, pero la dificultad estaba en que nos identificáramos. Desde aquel momento quise buscar a esos cien hombres y la casualidad dispuso que asumiera la actitud en que se me está viendo, y esa actitud continuó observando, con el propósito de ver dónde pueden estar los cien hijos legítimos de Nicaragua.

EL INTENDENTE de policía asistió al levantamiento del cadáver. Mientras los ojos perspicaces de los jueces, policías y periodistas no dejaban escapar detalles del trágico suceso, la mujer pormenorizaba los hechos de la vispera. ¿Cómo dijiste que te llamabas? Delicia Devoto, para servirle a usted, doctor. Los curiosos eran mantenidos a raya en la calle por carabineros armados de bastones. Querían ver a la mujer que fornicaba con el diablo, parió sapos y se autoeliminó. Sí, doctor, la Francisca Flores estaba enamorada desde la raíz del pelo hasta los pies. ¿Y quién se iba a imaginar que el amor con un ilustre desconocido, que parecía gringo, la llevaría hasta la tumba? Nos encontramos en la Ranchería y me invitó a su casa, a esta su casa. Vamos-vamos-Delicia, me decía siempre. Moraba sola y era muy buena. Su edad, como verá, señaló a la occisa, iba por los veintitantos, no mal parecida, ahora no más se la ve un poco fea porque está finada, sus cabellos eran castaños y largos, la afición de todos. Vestía como cualquier muchacha de la ciudad, mi mayor. De uno de los puestos de venta de toldo blanco compró sardinas, qhapukillos y una botella de cerveza negra. Preparamos una ensalada con cebollas blancas, tomates colorados y locotos verdes. Al picar menudito las cebollas lloramos sin querer. Comimos y bebimos lentamente, con gusto, charlando. La Francisca se sirvió relamiéndose, era muy buena, muy tierna. Pensé que acaso no

habría almorzado porque se veía que tenía apetito. Hablaba como siempre de su tema: el amor frustrado. El Ermunio, hombre hermoso, no parecía ser, a mi ver el demonio, la indiferenteaba es cierto porque ya había conseguido, pues, lo que anhelaba. Como se desespera el macho hasta que se entrega la hembra, casi hasta la locura, ¿no es cierto, mi mayor? A la salida del trabajo siempre lo veía al Ermunio, elegantemente vestido, con su paquetito de pasteles de La Polar o bombones de Bakovich, plantado como poste de luz en la esquina. Y después de conseguir lo que busca se cansa de la novedad, ya no la quiere, la deja. En actitud ni más ni menos que la del perro. Si te he conocido no me acuerdo. Y en la mujer sucede lo contrario: después de haber sido poseída ama con verdadera pasión. Y la infeliz ni idea tiene de que comienza su calvario. Una infortunada contra el destino, ¿verdad, mayor Rivas?, opinó el juez Noya, parpadeando detrás de sus anteojos oscuros. El jefe policial ya tenía su criterio formado. La observó detenidamente a la suicida mientras daba una fuerte chupada al cigarrillo. Tendida en el suelo, de bruces, cerca a la cama. Quién sabe si con la desesperación de un tardío arrepentimiento se arrojó sobre la pequeña mesa, sobre el velador y sobre la cama. Desparrramados por el suelo estaban los platos, las cucharas, los panes y los vasos de la vispera. Las prendas íntimas. No te pongas nerviosa, Delicia, sigue contando lo que sabes. Has sido su amiga y los datos que nos proporcionas son muy valiosos. Extrajo de la manga de su blusa un pañuelo y se sonó las narices, hace rato que se sorbía con disimulo. Perdón, doctor. Si el hombre ya no la quiere a la mujer, porque a veces empalaga el mismo plato, la vida para ella ya no tiene sentido. Si la finada viviera las verdades que nos haría oír. El Ermunio sin intenciones serias y ella persiguiéndole por las calles y haciéndole escenas conmovedoras en los parques, envuelta en el olor de su propio celo. Por favor, no se dice Ermunio, sino Edmundo, con de de dedo, corrigió el juez Noya. No, doctorcito, la Francisca siempre decía que era Ermunio, con ere de redondo. ¿Y esa cicatriz que tienes en la frente? Ha sido un accidente, cuando era nena me atropelló una carreta. Recordó la última vez que los vio juntos. Era celosa y se hizo la desentendida conmigo, pasó de

largo, pero, acaso soy tonta, me quedé observándoles por detrás del quiosco de la retreta. Curiosear en estas situaciones no es ninguna malacrianza, doctor. Así es. En la Plaza Chica, frente a la casa del Rey Patiño, al lado de la laguna de los patos y cerca a los fotógrafos ambulantes. Estaba también el cóndor amaestrado. Y el pavo real muy lindo. Allá-el-que-no-cae-resbala. Parecía que el Ermunio no podía eludir los encuentros y no atinaba más que a escucharla pesaroso, con la vista fija en el suelo, más o menos como hace el obrero cuando le reprende el gringo. Y ella hablaba con las manos puestas por debajo del cinto desceñido del Ermunio. Así era siempre, después de gritarse sandeces se venían al cuarto, a este cuarto. Y solos se entiende que se reconciliaban. La pobrecita Francisca sin exagerar le daba comida para saciar su hambre, bebida para calmar su sed, dinero para sus gustos extras y lecho para amar y descansar. ¡La verdad que a veces a las mujeres deberían darnos palo y badana! Lo encerraba en su cuarto días y noches, como si así no más fuera la dicha de vivir. Hay mucha suciedad en este mundo, mi mayor. Mientras la Francisca trabajaba con ahínco en el taller de costura, dale que dale con la máquina, el Ermunio encerrado con un candado inmenso adquirido en la casa Findel. Después de varios días, hastiado de su encierro forzado y con pretexto de buscar trabajo, salía en libertad condicional. ¡Y desaparecía! La pobrecita se quedaba en las mismas, quiero decir como al principio; con su soledad a duras cuestras. Entonces se repetían las escenas en los parques y la persecución por las calles. Todos la criticaban y yo la defendía. Está tras de su macho, necesitada, tiene *qhari onghoy*, enfermedad de hombre, decían cocinando su maldad. Como ahora que dicen el Ermunio era el diablo en persona. ¿Y tú no crees? Pueblo-chico-infierno-grande, doctor. Y llegaron hasta a aconsejarla que lo embrujara, que recurriese a los curanderos con dos fotografías nítidas de él y de ella. Yo le dije la Orqho María sabe curar los males del amor, aliviar la melancolía y sanar los rencores. Yo no sé por qué se descuidó estando tan decidida y además teniendo otros elementos para la operación, por ejemplo dos muñequitos preciosos, que me mostró una vez, embadurnados con semen y menstruó. Cada ser humano es responsable de sus cadenas y aflicciones, mas las mujeres a

veces creemos que la vida se ha hecho solamente para amar. ¡Y amar sabe Dios a quién! Un agente policial exaltado que dijo ser Phinamaki, interrumpió el relato. ¿Mi mayor Rivas Ugalde? Y le habló en el oído. La ceja derecha subía y bajaba con intermitencias súbitas mientras su rostro cambiaba lentamente de expresión. La novedad era extraordinaria, sin duda. Miró a la amiga de la occisa, a los policías, jueces y periodistas que lo rodeaban. Luego hizo un gesto de conformidad y con un ademán lo llamó al juez Noya. El anciano le entregó el oído izquierdo puesto que del derecho no escuchaba, no pudo disimular su sorpresa y quedó con la boca abierta. Todos cambiaron miradas de inteligencia. Firmada la renuncia del presidente Siles, el gobierno se hallaba en manos de un consejo de ministros facultado para dirigir las elecciones, reformar la Constitución y garantizar a Siles su retorno al poder. El Intendente ordenó a Delicia que siga prestando su declaración. La Francisca Flores había perdido el trabajo en el taller y por culpa de Ermunio. Cuando no hay comprensión en dos almas todo es inútil y no puede haber beneficio de ninguna naturaleza. Perder el trabajo para ella no era nada porque sabía pedalear de lo mejor sobre los retales hilvanados. Cuando hay manos esforzadas no hay crisis que valga. Pero estaba deshecha moralmente, como el país en este momento, mi mayor. ¿Y tú qué sabes del país, Delicia Devoto? Ella si hubiera sido de tener, las cosas que le habría dado al ingrato, como que en efecto en su pobreza se lo estaba dando todo lo que poseía, es decir sus pulmones y su juventud. La mujer cuando está enamorada asusta al mismo demonio, es mejor entonces que no se enamore nunca. Si pudiese ser de piedra india como los monolitos de Tiwanaku. El corazón en el pecho siempre ha sido un estorbo en la vida, por eso yo nunca he querido enamorarme de nadie, ni de rico ni de pobre. ¿Quiere que concrete, mi mayor? Cuando terminamos de comer reparé que la Francisca temblaba como si la hubiesen agarrado las tercianas y lloraba en silencio. No era, pues, una muchacha resignada. Le pregunté si tenía calosfríos. La finada me dijo que no. Pero comprendí claramente que ella no sabía si tenía deseos sinceros de llorar, de reír o de qué. No podía desahogarse de un nudo que le apretaba en la garganta. Me despedí dejándola sola, porque yo también, a decir ver-

dad, ya estaba cansada de estos embelecos y tengo mis propios problemas. Chau-Francisca-Chau-Delicia. Sería más o menos la hora 20. Y esta mañana, muy temprano, llamaron a mi puerta para anoticiarme que la Francisca Flores se había suicidado ingiriéndose por vía oral varias pastillas de bicloruro de mercurio que negocia solamente la botica Inglesa. El mayor Rivas fijó su atención en la repisa. Un candelero sucio con un cabo de vela que no había terminado de arder, un cuadro de la Virgen de la Candelaria, Patrona de los Diablos del Carnaval y cabeza abajo una pequeña imagen de San Antonio, el santo de las mujeres en busca de compromisos. A San Antonio lo puso de pie. El juez Noya se le acercó cauteloso y acompañado de cerca por los periodistas que aún tenían sus libretas de apuntes con varias hojas en blanco. Así que hubo dos suicidios. ¿Dos suicidios? Sí, mayor Rivas Ugalde, sonrió con intención el anciano y añadió el de esta infeliz enamorada del diablo y el del doctor don Hernando Siles que acaba de dimitir. Dos sucesos álgidos que consternan y dan mucho que pensar. . . El jefe policial, cuyo estado de ánimo se había tornado sombrío, no respondió, prefirió callar hasta tener mayores informaciones de la actitud del señor presidente. Ya llegaría el doctor Glicerio Reinoso con novedades de primera mano.

OYE, TÚ, ¿QUIERES QUE TE AYUDE A REPARTIR LAS PROCLAMAS? Y Damián respondió sí señorita aunque un poco turbado. Advirtió que la niña de ojos negros, limpios y brillantes, con vestidito de tela floreada, parecía tener actitudes nada comunes. Convencido de la trascendencia de su tarea, distribuir octavillas a personas de criterio formado, serias, se desconcertó cuando ella comenzó a repartirlas sin discriminación, como si se tratara de volantes de circo. La alarma había cundido en la ciudad con su ventarrón de recelos y temores. Los activistas de la Federación Obrera del Trabajo emplazaban al pueblo a una asamblea pública. Y el nerviosismo llegaba a extremos inesperados. Se asaltarán tiendas del comercio y quemarán casas de empresarios mineros, decían los turcos de la calle La Plata. No dormían en las noches pensando que no sólo debían dirigir sus clamores a Alá sino que debían tomar urgentes medidas de previsión, como por ejemplo instalar fuerza eléctrica en las puertas de hierro para que ante el intento de apropiarse de lo ajeno funcione un dispositivo rápido de alarma o de lo contrario sean fulminados en el acto. Otros, que no creían en el poder fulminante de la electricidad, pedían sencillamente garantías a la policía de seguridad, que aumenten rondines. Oye, tú, ¿ya no tienes más proclamas? Y fueron a la secretaría de la Federación. Esta vez repartieron por La Plata y Bolívar, ya que al anoecer era habitual la afluencia de público. Procure, niñita, dar a personas mayores, le recomendó. Y ella simplemente sonrió. Entraba a los bazares luminosos de los árabes que vendían botones, tijeras y trapos e ingenua-

mente buscaba a los mismos propietarios. Estos se disgustaban unas veces y otras se reían de sus afanes, regando de gusto meloso sus ojos. Esta ricurita es pampina, por eso es así desenvuelta. Pampina. . . No tardaron otra vez en agotárseles las octavillas obreristas y ella anunció que se iba. El Viejo ya debe estar en casa. Le dirigió una sonrisa afa-ble y se marchó de prisa. Chau-chau-chau. La bancarrota de Wall Street. Llamado "jueves negro", el 24 de octubre fue el sorprendente comienzo del fin de la bonanza del sistema, el desplome, la muerte. Ufano, el presidente Hoover había asegurado entramos en una era de prosperidad inenarrable, la pobreza será derrotada para siempre y todos seremos ricos. Afortunado pueblo, aún sentía en su ánimo Nueva York las celebraciones de la llegada de Lindberg, quien había cruzado el Atlántico en vuelo solitario. El *crash* se extendía como una mancha de aceite por todo el orbe. Se llamaría Crisis Económica Mundial, también Gran Depresión. En París el Rey de las Cerillas, el sueco Krueger, se disparó un tiro en la sien y todos temían naturalmente por la vida de los emperadores. Los pobrecitos reyes del acero, del carbón, del estaño, del cobre, de la química, del petróleo, de la banca, del café. Qué chica más extraña, se encaminó a la fonda del chino Fabio para servirse un exquisito plato de mondongo. Había cumplido su tarea con creces gracias a la cooperación de la pampina. En su pieza acostado en la cama y alumbrado por una vela intentó leer las polémicas de Engels con el señor Edgar. El amor es un dios cruel que, semejante a todas las divinidades, quiere poseer íntegramente al hombre y no se da pausa ni tregua hasta que el hombre le ha sacrificado no sólo su alma, sino también su ser físico. El culto del amor es el sufrimiento, y el apogeo de este culto, es la renuncia a uno mismo, es el suicidio. . . Y recordó la imagen de la pampina, sus ojos limpios y brillantes, negros. ¿Quieres que te ayude a repartir las proclamas? . . . El Viejo ya debe estar en casa. . . Chau-chau-chau. . . El señor Edgar hace del amor un dios, un dios cruel, sustituyendo el amor del hombre por el amor del amor, presentándonos el amor como un ser aparte, individual, diferente del hombre. Mediante este simple proceso, por esta conversión del atributo en sujeto, se puede, interviniendo la crítica, transformar todos los caracteres y todas las manifestaciones del ser hu-

mano en otras tantas monstruosidades y alienaciones de él mismo. . . ¿Quién será aquella pampina? Dejó las polémicas, no podía concentrarse en la lectura. Qué tonto fui, ¿por qué no le pregunté su nombre? ¿Será del grupo de repatriados que se encuentra en el refugio cedido por Franechevich? Los síntomas de lo que se venía —la baja en la bolsa y la quiebra de cincuenta y siete bancos en Florida— ya se habían revelado en junio, pero no habría por qué alarmarse y ser pesimistas. ¡El pesimismo engendra la desilusión y la desilusión naturalmente la pobreza! La ley seca, que condescendía a las almas puritanas, se hallaba en vigencia y las mafias habían proliferado alegremente a través de 18.700 millas de costa abiertas al contrabando. En Chicago Al Capone, que en cuatro años había ganado cuarenta millones de dólares, ya no gustaba del violín gitano sino del saxofón de club nocturno. La liberación femenina daba con aplomo sus primeros pasos. Las mujeres subían las faldas hasta sus rodillas, se cortaban el pelo "a la *garçon*" y fumaban en público tabaco perfumado. Se descubrieron las vitaminas como indispensables para el normal funcionamiento metabólico del ser humano. La primera estación comercial de radio había empezado a emitir. No quiso darle mayores vueltas al asunto, apagó la vela y se durmió. Se sentía tan cansado que no tuvo reparos en dejar de soñar con el amor. Al día siguiente, domingo, todas las tiendas del comercio, los cines de la mañana, las chicherías, la Iglesia Matriz y la Intendencia de policía cerraron sus puertas. Sin bandas de música y niños bulliciosos la Plaza Grande con sus leones y tigres de bronce se mostraba entristecida. El cóndor amaestrado paseándose melancólico, como gallinita sin cordel. Empero, de todos los barrios marginales del norte y del sur, del este y del oeste emergían grupos de hombres, sedientos de hechos. Socavón, Pampa Pozo, Santa Bárbara, San José, Agua de Castilla y Chiripugio. Desde Konchupata Damián trasladó la bandera carmesí con que se había fundado la ciudad. La brisa que corría a lo largo de la avenida principal la hacía flamear desafiante y hombres de aspecto sufrido, con sus mujeres y guaguas le seguían en caravana. ¡Abajo la injusticia social! La pampina que le divisó desde una esquina lanzó un grito de alegría. ¡Pist, oye tú! Y él, febril, con las mejillas tratando de igualar el pendón de la ciudad, se encontró con la risa

ingenua de la muchacha.

— Quiero ir contigo, si mi lindo, no te asustes, quiero ir a tu lado, en las oficinas salitreras siempre he desfilado en las concentraciones de Emilio Recabarren al lado del Viejo. . .

En medio de vítores y aplausos ganaron las calles hasta llegar al parque infantil, frente al colegio Bolívar colmado de público. No entraron a la Plaza Grande porque estaba custodiada por la policía militar. Damián era uno más de los tantos cesantes que manifestaban su rebeldía junto a aquellos que ambulaban todos los días por la ciudad, sentados en los parques o durmiendo en los zaguanes de las casas abandonadas. Valentín se negaba a recibirlo y Eulalia siempre atenta y presuntuosa le pedía que volviera mañana o pasado, cuando tuviera tiempo. En el campo de la industria se introducía la producción en serie. Toda clase de empresas surgían día a día, nuevas acciones eran lanzadas al mercado y la bolsa de Nueva York trepaba impetuosa. El señor Chrysler, que había empezado como un obrero de planta y luego escalado a directivo de la General Motors, levantaba un edificio de sesenta y dos pisos. El hombre de negocios se daba como el profeta bíblico de la flamante época. Nueva York se había convertido de hecho en el banco mundial. Perdida su conciencia de clase, todos los obreros querían tener en la puerta de su casa un Ford o un Chevrolet porque la pobreza social no era más que un mito alimentado por la subversión. La prosperidad individual y el adelantamiento general andaban tomados del brazo. Y es cuando el consternado Jaime Mendoza escribiría la civilización ha hecho los ferrocarriles, ha hecho los barcos de vapor, ha hecho el telégrafo, mil otros milagros, y no ha hecho, sin embargo, el milagro más grande de todos: el de enseñar al hombre a ser más bueno con el hombre. Los trabajos ocasionales le daban para su sustento. El otro día la empresa de luz y fuerza anunció que necesitaba cinco obreros de planta con conocimientos de mecánica y electricidad. En las puertas se reunieron más de doscientos aspirantes que desesperaban por entrar a las oficinas. Virgen Santísima, algunos acompañados de sus mujeres e hijos enflaquecidos para influir en el ánimo de los empleadores. Y otros, atrás, decían a viva voz estar dispuestos a trabajar

por la mitad del salario que se ofrecía. El corazón le dolía de pena, sentía ansias de gritar su desesperanza. A la hora 21, en plena oscuridad la policía montada de los carabineros persuadió a dispersarse a los aspirantes frustrados que aún insistían en charlar con los empresarios. Abriéndose paso lentamente llegaron a la tribuna, desde la cual los oradores hacían uso de la palabra. La Federación Sindical Latinoamericana de Montevideo ha declarado el 21 de marzo día del desocupado. Nosotros, trabajadores organizados, juramos luchar por el programa de conquistas sociales, como lo pide Montevideo: seguro para el desocupado, siete horas de trabajo, no cancelación de alquileres, impuestos ni deudas. . . La resistencia civil.

— Yo me llamo Fresia. ¿Y tú?

— Damián Surco— respondió

— Ayer por repartir las proclamas perdí el canasto de compras de mamá, no recuerdo si lo dejé donde los turcos.

La concentración popular no tenía parangón alguno. Miles de personas se habían reunido bajo el ardiente sol de la mañana. Tierra de sol, sol de tierra, ni más ni menos que en las salitreras. La luz oprimía las pupilas de la joven. Otro orador ascendió a la tribuna, de cabellos desordenados y mirada apasible, levantó en alto el puño cerrado. La soledad de las conciencias ha terminado. . . Y de pronto en ese "jueves negro", todo aquel donoso auge se venía abajo. Se cerraban los caminos de la fantasía. Los banqueros ante la quiebra no tenían más alternativa que tirar la esponja. Un millar de bancos se derrumbaba en el país con estrépito desusado. El señor Riordan, presidente de la County Trust Corporation se descerraja un tiro en la cabeza y el señor S.M. Searle, gerente de la Gas Electric Company se suicida abriendo las llaves del gas de su lujoso departamento. Comenzaba la ola de suicidios de los millonarios más ruidosos del mundo. En los hoteles cuando eran solicitadas habitaciones, los conserjes pedían primero que se les aclare si era para dormir o para lanzarse desde las ventanas.

— ¿Fresia es tu nombre?

— Sí, ¿no te cae bien?

— Fresia era el nombre de la mujer de Caupolicán, famoso

caudillo araucano. ¿Conoces la historia de Chile? Vencido Caupolicán por los españoles, murió torturado sin que manifestara la menor queja.

Con la pedagogía de un preceptor de escuela, el orador interpretaba la doctrina. Somos como la mercancía, obligados a vendernos al detalle y de ahí sufrir las vicisitudes de la competencia y fluctuaciones del mercado.

— ¿Eres pampina?

— Sí, llegué del Tamarugal con el primer grupo de repatriados.

Cansados de las burlas de los políticos de la rosca oligárquica, debemos actuar como fuerza social independiente y para ello adquirir por sobre todas las cosas conciencia de clase explotada. La emancipación de los trabajadores será obra de los mismos trabajadores.

— ¿Y dónde estás alojada?

— En una casa grandota, con muchas piezas de mugre y cucarachas, parece conejera, es de un yugoslavo y lo llaman Refugio de Repatriados.

— ¿No es el de Franechevich?

— Sí, exactamente, Pancho Franechevich, un caballero dije, un alhaja.

Con acento rígido el representante de San José denunció que un obrero murió trabajando en la apertura de zanjas y The Foundation Company el único auxilio que le facilitó fue dejarlo en la Misericordia. El desempleo, sumaban a la fecha doce millones de cesantes a los que había que alimentar a través de subsidios. Las ideas de extrema izquierda, principalmente bakuninistas, ¡Sin amos en la tierra ni dioses en el cielo!, comenzaban a desarrollarse entre las muchedumbres de hambrientos decididos a salir a las calles acompañados de sus mujeres e hijos en espectáculo despiadado. Y es cuando, como una pavana de gigantes, hacen su aparición en el escenario público el general Mac Arthur y el coronel Dwight Eisenhower armados hasta los dientes como una alegoría. Después llegarían —lógicamente— los testigos literarios. ¿Hasta cuándo la patria será el paredón donde se orinan los rosqueros? Denunció que Hochschild había recargado de veinte a cuarenta por ciento en los artículos de pulpería y rebajado jorna-

les de quince a treinta por ciento con carácter retroactivo al tiempo de la rebaja del precio de minerales. ¡Los obreros que ganamos un peso con cincuenta centavos no podemos descontar a nuestros estómagos lo que ya hemos comido! Después llamaron por lista a las organizaciones. ¿Mineros de Socavón? Presentes, respondieron varias voces. ¿Autistas de alquiler? Aquí. ¿Empleados de comercio? Firmes. ¿Ferroviarios y Ramas Anexas? Aquí. Estaban todos los gremios: zapateros, mecánicos, sastres, carpinteros, albañiles, talabarteros, sombrereros, joyeros, costureras, pintores, empleados de hotel, panaderos, tipógrafos, matarifes, barberos, lustrabotas, suplementeros y mineros de Itos, Llallagua y Uncia. Sugerimos, dijeron los carpinteros apoyados por los tipógrafos, elegir a los directivos de la Federación Obrera entre los compañeros más destacados, porque estamos con la espada de la represión en el aire. . . Al concluir el acto Damían fue presentado a los nuevos dirigentes. Este es el compañero que Pickering lo desterró a un cementerio abandonado y le aparecieron los qharisiris. . . Gabriel Moisés sonrió y complacido de conocerlo le extendió la mano, fraternalmente con la humanidad. Y después él les presentó a Fresia. Para la joven pampina este día fue el más memorable de su vida.

CONSUELO. . . DIGA, MI PRECIOSO, QUE LE DUELE. ¿Y LA Regina? Ya sale en un minuto. ¿Puedo verla en su pieza? Te dije, Pachacho, que sale en un minuto. Estaba impaciente, no lo había visto estos días por la inquietud que produjo en el ambiente el ajeteo obrerista, pero ya todo volvía a la calma cotidiana. En las iglesias nuevamente doblaban las campanas y en los cines proyectaban películas. Anunciaban para el viernes en el Palais Concert *Acorazado Potemkin* y para el domingo el Teatro Imperio *Wara Wara* con la actriz boliviana Juanita Taillansier. Las tiendas del comercio, la policía, la prefectura, las chicherías y la actividad bancaria volvían a la bonhomía de siempre y para hacerla llevadera el hombre orureño no sólo vivía de pan, en las noches se iba por la calle Potosí y anclaba en la mancebía de las chilenas korichupilas. Entre ponerle o no ponerle es más y mejor ponerle, decía. Regina apareció arreglándose el talle. Hola, mi amor, ¿qué tal tú? Y Pachacho se sentía transportado al séptimo cielo. Coqueta y bondadosa, de ojos claros y sonrisa fácil, era la atracción del salón. ¿Por qué no entraste a buscarme? Sonrió con intención el joven he preferido esperarte porque pensé que estarías trabajando. . . Tomados de la mano se alejaron para ocupar la mesa más aislada. Siempre tú pensando en cosas, chitas que eres mal pensado. Oye, ¿el domingo me llevas a Papel Pampa? Dicen que llegan los toreros famosos Saleri, Gallito de Zafra y Clásico. La orquesta ejecutaba una tonada chilena, con toques de vihuela y gritos destemplados.

La culebra en el espino
se arrolla y desaparece,
la mujer que engaña a un hombre
corona de oro merece. . .

Yo era una cabra tímida en Talcahuano y llegué a Concepción escapando de la persecución enfermiza de mi padrastro, un roto bruto y guatón. Soy porteña po, a toda honra. El único nombre que conocía era de un artista de radio llamado Ronni Mazzedo. ¿Recuerdas de Ronni Mazzedo, Consuelo? ¿Verdad que era igualito al Pachacho? Le conté mi problema, buscaba trabajo y no tenía onde ir. Así que andai hueveando, mi cabrita. Llamó a su secretario, un buen mozo y le pidió que me llevara a su departamento. Le entregó las llaves y le pasó dinero para que comprara un pollo a la brasa y dos platos de comida como entradas. Ve con mi secretario y si quieres comes sola o bien espérame y lo haremos juntos. . . Preferí esperarlo. Su departamento era muy dije y estaba bien arreglado. Tenía una camera cuadrada y además una pieza para alojados con una cama pequeña, de una plaza. Después de comer fue a su dormitorio y regresó con un pijama. Vamos, mi cabrita, pónelo, te va a quedar un poco holgado pero no importa. ¡Qué asco andar de enamorada en casa de remolienda sin recordar lo que ya le pasó por confiada!, decía Consuelo acodada en el mostrador del bar. No me quejo de él, es cabro de buena familia, bien encachao, descendiente de gallegos y nada tacaño, pero a mi niña la está perjudicando y volviéndola arisca. Los futres son muy diablos. Los clientes mayores son serios, la desean y ella esquiva. Esto para el salón no está bien y en estos tiempos de crisis donde lo mejor es poner buena cara a todo, porque de lo contrario una no sabe lo que le espera mañana. Yo ya le dije no seai tonta, mujer, no seai tonta. ¿Y ustedes qué se sirven, patroncitos? Cerveza Huari. ¿En tanto frío? Bueno, que sea coñac, quiero congratular a un profesor clausurado por la gran depresión, amigo de la infancia que ha llegado de Tupiza, donde les gusta no sólo montar caballos, viene en busca de un destino azul bajo el cielo de nuestra hermosa ciudad. ¿No es verdad, Edmundo, cara de demonio suelto?, lo abrazó efusivo. En acá, como verás, somos

así no más, a los amigos todo y a los enemigos ni caca, somos cosmopolitas. . . Consuelo sonrió, el secreto del negocio está en entender hasta a los profesores de educación física. Ah, Dios mío, el mayor Rivas Ugalde, el doctor Glicerio Reinoso y altos funcionarios de la prefectura entraban al salón. ¿Y las niñas? Por la chita, ninguna. Iría de inmediato a llamarles la atención, no se fijan quién entra ni quién sale. ¡Qué niñas más descuidadas! Después de asistir a una cena con Abel Elías, Josemo Murillo Vacarreza y René Renjel se habían trasladado al burdel de Consuelo. Nuestros anhelos cívicos representan a una generación que lucha contra el viejo caudillismo, inspirada en las tendencias renovadoras de la hora presente. . . Diputado regional de modales suaves, elegante y sagaz Glicerio Reinoso visitaba la ciudad cada fin de semana y, de este modo, vitalizaba los cuadros del silismo gobernante: Y, desde luego, no olvidaba la mancebía donde estaba habituado a compartir espacios largos de música, baile y sexo, conocer novedades sutiles de amigos y enemigos políticos y desgañitarse hablando del incendio del Capitolio de Washington, la ola de frío en China, la peste bubónica de São Paulo, las medidas punitivas del Virrey de la India y el derrocamiento de la dictadura de Primo de Rivera. La República proclamada sólo servirá para que los discípulos de Marx y Engels tomen a la madre patria bajo su control. ¿O qué opina usted, mayor Rivas? ¿No opina nada todavía? Bueno, algún español inteligente ya lo dijo todas las tiranías las acaba la revolución y todas las revoluciones las acaba un tirano. Llegó el mozo con el whisky. ¿Quién pidió soda Water? El patriarca Patiño, dios del estaño, ha transferido sus acciones del Banco Mercantil a un banco extranjero. . . Sí, a The Anglo South American Bank. Por acción del patriarca los gringos se están incautando del país, ya lo dijo radio Berlín. ¿Que no se puede hacer nada? El nacionalismo silista decía hace poco que hay que aplicar la dureza de la ley a los defraudadores y lo que Patiño está haciendo con las instituciones del país cae dentro de la defraudación, ¿no le parece así, doctor Reinoso? Lo que yo digo como parlamentario que por ahora lo único que tenemos que hacer es empujar el tiempo veleidoso imponiendo la prórroga presidencial de Siles. Intervino Consuelo disculpen, patroncitos, perdonen mi atrevimiento, ¿van a servirse solitos

La culebra en el espino
se arrolla y desaparece,
la mujer que engaña a un hombre
corona de oro merece. . .

Yo era una cabra tímida en Talcahuano y llegué a Concepción escapando de la persecución enfermiza de mi padrastro, un roto bruto y guatón. Soy porteña po, a toda honra. El único nombre que conocía era de un artista de radio llamado Ronni Mazzedo. ¿Recuerdas de Ronni Mazzedo, Consuelo? ¿Verdad que era igualito al Pachacho? Le conté mi problema, buscaba trabajo y no tenía onde ir. Así que andai hueveando, mi cabrita. Llamó a su secretario, un buen mozo y le pidió que me llevara a su departamento. Le entregó las llaves y le pasó dinero para que comprara un pollo a la brasa y dos platos de comida como entradas. Ve con mi secretario y si quieres comes sola o bien espérame y lo haremos juntos. . . Preferí esperarlo. Su departamento era muy dije y estaba bien arreglado. Tenía una camera cuadrada y además una pieza para alojados con una cama pequeña, de una plaza. Después de comer fue a su dormitorio y regresó con un pijama. Vamos, mi cabrita, pónelo, te va a quedar un poco holgado pero no importa. ¡Qué asco andar de enamorada en casa de remolienda sin recordar lo que ya le pasó por confiada!, decía Consuelo acodada en el mostrador del bar. No me quejo de él, es cabro de buena familia, bien encachao, descendiente de gallegos y nada tacaño, pero a mi niña la está perjudicando y volviéndola arisca. Los futres son muy diablos. Los clientes mayores son serios, la desean y ella esquiva. Esto para el salón no está bien y en estos tiempos de crisis donde lo mejor es poner buena cara a todo, porque de lo contrario una no sabe lo que le espera mañana. Yo ya le dije no seai tonta, mujer, no seai tonta. ¿Y ustedes qué se sirven, patroncitos? Cerveza Huari. ¿En tanto frío? Bueno, que sea coñac, quiero congratular a un profesor clausurado por la gran depresión, amigo de la infancia que ha llegado de Tupiza, donde les gusta no sólo montar caballos, viene en busca de un destino azul bajo el cielo de nuestra hermosa ciudad. ¿No es verdad, Edmundo, cara de demonio suelto?, lo abrazó efusivo. En acá, como verás, somos

así no más, a los amigos todo y a los enemigos ni caca, somos cosmopolitas. . . Consuelo sonrió, el secreto del negocio está en entender hasta a los profesores de educación física. Ah, Dios mío, el mayor Rivas Ugalde, el doctor Glicerio Reinoso y altos funcionarios de la prefectura entraban al salón. ¿Y las niñas? Por la chita, ninguna. Iría de inmediato a llamarles la atención, no se fijan quién entra ni quién sale. ¡Qué niñas más descuidadas! Después de asistir a una cena con Abel Elías, Josemo Murillo Vacarrea y René Renjel se habían trasladado al burdel de Consuelo. Nuestros anhelos cívicos representan a una generación que lucha contra el viejo caudillismo, inspirada en las tendencias renovadoras de la hora presente. . . Diputado regional de modales suaves, elegante y sagaz Glicerio Reinoso visitaba la ciudad cada fin de semana y, de este modo, vitalizaba los cuadros del silismo gobernante. Y, desde luego, no olvidaba la mancebía donde estaba habituado a compartir espacios largos de música, baile y sexo, conocer novedades sutiles de amigos y enemigos políticos y desgañitarse hablando del incendio del Capitolio de Washington, la ola de frío en China, la peste bubónica de São Paulo, las medidas punitivas del Virrey de la India y el derrocamiento de la dictadura de Primo de Rivera. La República proclamada sólo servirá para que los discípulos de Marx y Engels tomen a la madre patria bajo su control. ¿O qué opina usted, mayor Rivas? ¿No opina nada todavía? Bueno, algún español inteligente ya lo dijo todas las tiranías las acaba la revolución y todas las revoluciones las acaba un tirano. Llegó el mozo con el whisky. ¿Quién pidió soda Water? El patriarca Patiño, dios del estaño, ha transferido sus acciones del Banco Mercantil a un banco extranjero. . . Sí, a The Anglo South American Bank. Por acción del patriarca los gringos se están incautando del país, ya lo dijo radio Berlín. ¿Que no se puede hacer nada? El nacionalismo silista decía hace poco que hay que aplicar la dureza de la ley a los defraudadores y lo que Patiño está haciendo con las instituciones del país cae dentro de la defraudación, ¿no le parece así, doctor Reinoso? Lo que yo digo como parlamentario que por ahora lo único que tenemos que hacer es empujar el tiempo veleidoso imponiendo la prórroga presidencial de Siles. Intervino Consuelo disculpen, patroncitos, perdonen mi atrevimiento, ¿van a servirse solitos



habiendo tantas niñas preciosas en el salón que están suspirando por ustedes? Y riendo con sus ojos menuditos, Glicerio Reinoso respondió la verdad que a nosotros nadie nos quiere, Consuelito, ¿no es verdad, mayor Rivas? Sí, doctor, estos son mamones nos dicen. Mamones que no se venden, que no traicionan sus ideales. Y a propósito, ¿sabían ustedes que la diferencia entre un hombre y una mujer está en que la mujer suele venderse sin casarse y el hombre casándose? Siempre Glicerio con sus tallas macanúas. Carlina, Socorro, Gloria, pero mis niñas, po, atiendan a los caballeros, no sé lo que les pasa a ustedes. Las voy a tener que mandar de vuelta al Mapocho y a ver si les va a gustar. ¡Tan lesa la Consuelo! El doctor Reinoso la recibió a Gloria palmeándole las nalgas. La Gloria de los sedientos y hambrientos de este mundo pecador. Y ella prestamente respondió no se avive tan temprano, mi patroncito, que hay tiempo para el deleite que le pide el cuerpo. Llámala también a la Regina, Socorro. ¡Que la llame la Consuelo, po, la muy regalona está pinchando con su lacho! Puedes dormir en esa cama, mi cabrita, no tengas cuidado, me dijo Ronni Mazzedo en tono tan lindo que se me ahuachó con toda la carita. Que descanses y buenas noches. Al otro día se fue a trabajar y nada anormal ocurrió hasta el 31. ¿Me escuchas, Consuelo? Sí, Reginita. Recuerda que ese día se fue temprano para hacer su programa de las once de la mañana. No te preocupes por mí, esta noche volveré tarde, pues tengo que participar como jurado en la elección de Miss Ritmo. Busca en la despensa algo para comer, ten cuidado, no salgas del departamento y no hables con nadie. Ah, antes que me olvide, escíbeme en este papel lo que voy a dictarte. Me pasó una hoja y en ella fui escribiendo declaro haberme venido voluntariamente desde mi casa de Talcahuano y si algo llega a ocurrirme, el único responsable será mi padrastro. . . Ese día hice el aseo del departamento, por la tarde me entretuve escuchando radio y leyendo varias revistas impresas en colores bonitos. Justamente Ronni Mazzedo me había dejado veinte escudos para que fuera al quiosco de la esquina y comprara algunas. Me vieron salir una señora que vive frente al departamento y el portero del edificio. En la noche me dispuse nuevamente a ver las revistas recostada en la cama y sin darme cuenta me quedé dormida. ¡Consuelo, por favor, mándanos

más whisky y un poco de hielo! En La Paz se toma con hielo, ¿o quieren biblias? Yo prefiero gin sauer. Y yo gin coctel. ¿Y qué nos dices de los fetos aparecidos, Glicerio? Por cualquier lugar que uno camina no deja de escuchar este tema. Andan diciendo que traen presagios malos. Les refirió Socorro que en Chile tienen un extraño poder de fascinación. Los llamamos escuezos y son también mitológicos, tienen el dorso revestido de una concha idéntica a la de las tortugas, brillan en la oscuridad y su vida es tan dura y resistente que para que mueran es necesario reducirlos a cenizas. ¿Anuncio del juicio final? Pavadas, mayor Rivas. Monseñor Felipe les endilga origen diabólico para asustar a la beatería mientras él está viviendo en un exceso de gloria celestial. ¿Puede explicarse con más claridad, doctor? Sí, doctor, nos interesa el asunto. . . No me tiren de la lengua, niñas, por favor, son cosas *non sanctas*, salud, lo único que les puedo decir si al Obispo falomántico le ponen a elegir o la monja o la vida, él les aseguro que responderá ¡sor Natalia! ¿Cachai? Sí, respondieron riendo. A la mujer, monja o cortesana, siempre hay que darle en el gusto. Claro, las descueves famosas. Salud, sírvanse por el Obispo falomántico, escapado de un auto sacramental. Yo cuando veo en las calles a los curas, principalmente del Socavón que se han robado las joyas de la Virgencita, escupo para el costado izquierdo tres veces, no soy supersticiosa pero me dan mala espina. . . ¿Y las plegarias y rogativas? Nosotras fuimos la otra vez, toita la pandilla, la pasamos muy bien, fue como una excursión a la Cordillera, qué lindo, pero dicen, ojo, que un hombre se desbarrancó y fue justo a caer a una salamanca donde había un fandango de brujos. Gritó el hombre lo que no debía decir Jesús, María y José y se perdió. Muchas personas aseguraron que vieron a los yatiris en cueros y a una gigantesca serpiente emplumada que sacaba constantemente su lengua venenosa. Como *La Patria*, seguramente. Y otra vez las risas de la chacota. Después del tango *Patotero sentimental*, la orquesta anunció que estrenaría primicialmente una cueca del joven Martínez Arteaga, como homenaje a su talento de compositor.

Levantate, Carmen Rosa,
de esa cama valerosa,
con tus cabellos tendidos
más hermosa que una rosa. . .

Les digo yo, la gran crisis no nos derrotará. En forma por demás atinada el gobierno ha tomado medidas de emergencia para que nos sea llevadera, clausuró las escuelas rurales y liceos de señoritas. Dar conocimientos a todos por igual constituye a veces un desatino. Y en estos días rebajará los sueldos de los funcionarios de Estado en proporción justa y equitativa para que no haya descontentos. Claro está, se trata de medidas transitorias. ¿Ha leído *La Patria* de hoy, doctor? Dice que los desocupados de la ciudad ascienden a cinco mil. Una criada se acercó con el plato centavero. ¡Caballeros pa la orquesta! Sí, aquí va mi limosna, ni más ni menos que en la Matriz. . . Gracias, doctor, pero quiero aclararle que nosotras no pedimos limosnas de nadie y por favor no confunda cepillo con pillo ni pájaro de alto vuelo con pájaro de su abuelo. No sé, pero me parece exagerado cinco mil cesantes para una población de veinte mil almas, incluyendo a las niñas de la remolienda, tan buena-mozas. . . ¡Caballeros pa la orquesta gracias! Y algo más, Machacamarcas y Negro Pabellón pararán en estos días y se sumarán al ejército de desocupados seiscientos cesantes más. Machacamarcas es grande, usted lo conoce. ¿El gerente cómo se llama? G. van Dorp. Lo conocemos muy bien aquí, es un gringo que siempre viene. Andaba una temporada camote de la Regina y no es para mi carácter. Se acuesta hasta de día, peludo como un chivo y tiene un macanuto pa defenderse. ¿Será igual que el de Pickering que le ha descaderado a su querida? Igualito ño. ¿Y yo qué tal? Tu soi más o menos no más. La última vez ha estado contigo, ¿verdad, Socorrito? Van Dorp ha dicho que la situación es crítica, la producción de minerales aumenta y el consumo disminuye. Es un cataclismo económico-social y los filósofos lo llaman *fin d'un monde* para darle colorido. Al respecto, mayor Rivas, yo le he escrito al ministro Mier y León, denunciando con la energía del caso que los Pickering y van

Dorp están haciendo caer esta crisis en las espaldas de los trabajadores. El obrero minero siempre ha vivido en un estado de abyección lo mismo cuando el estaño se cotizaba a 330 libras esterlinas o como hoy que se cotiza a 142. En Bolivia no existe un asilo de refugios para los inutilizados por el mal de mina, tampoco escuelas de artes y oficios para los huérfanos de los inmolados por los socavones. . . Desperté sobresaltada a la madrugada. Si te estoy contando mi vida azarosa, Consuelito, no es para que la divulgues, ¿listo? No pienses en esas leseras, mi cabrita querida, sigue, quiero que me contes todo. Escuché ruidos en la puerta. Era Ronni Mazzedo que llegaba. Me di cuenta que andaba algo bebido, ya que es harto bueno pal trago y cuando se inclinó sobre mí, en la cama, claro, estaba pasado a licor. Mi cabrita, me dijo, te quedaste dormida con ropas, vamos, desvístete, ponte el pijama. Tuve miedo de él y me negué. Ahora sí que me jodí, pensé y él insistió y se puso gallo guataco. Empezó a sacarme la ropa y para que no me despedazara accedí y me puse el pijama. Cuando ya estaba bajo las sábanas se acomodó a mi lado. Me tomó en sus brazos y trasladó hasta su cama a viva fuerza. Le imploré que no me hiciera nada y él, en respuesta, me dio una cachetada. Comenzó esta vez a besarme y palparme todo el cuerpo. ¿Te das cuenta de esas leseras, Consuelito? Yo le rasgué la cara y le mordí las manos pa defenderme. Me dio entonces otra cachetada más fuerte en el rostro y me aturdió. Luego procedió a violarme sin mayor oposición ni mayores sobresaltos. Como entre nubes espesas yo me daba cuenta de todo lo que pasaba. Después ordenó que volviera a mi cama y él se quedó dormido. Como a las siete de la mañana volvió a despertarme. Chitas. Se recostó a mi lado y tuvo relaciones contra natura. Por Diosito santo era pa nunca más. Me pegó qué gritas tanto, no eres más que una cabra paletada. Recuerdo que fue tanto el dolor que sentí que me desmayé dos veces. Cuando se marchó, fui al baño porque sangraba. Ese día, que era el 31, cumplía diecisiete años. . . Embelesada por sus ilusiones al lado del enamorado, Regina no advertía que la patrona de la mancebía la observaba visiblemente disgustada. Son leseras, patroncito, que una mujer de salón se enamore así y sin recordar lo que ya le

pasó por confiada. - Dígame con toda franqueza si no es terrible, si no es imponente. Dios me ampare, esta mi niña va a terminar mal y yo ya le dije sinceramente no seai tonta, mujer, no seai tonta. ¿Y, ustedes, qué se sirven?

EL 2 DE febrero de 1927 llegué de regreso a Las Segovias procedente de Puerto Cabezas, a donde fui en solicitud de armas ante el doctor Juan Bautista Sacasa, para prestar mejor mi contingente a la guerra constitucionalista desarrollada en aquel año en Nicaragua. Mi permanencia en Puerto Cabezas fue de cuarenta días, solicitando dicho elemento sin conseguir nada.

El 24 de diciembre de 1926, los yanquis declararon zona neutral a Puerto Cabezas, ordenando al doctor Sacasa la evacuación del puerto en término de cuarenta y ocho horas por todo el ejército constitucionalista y el retiro de los elementos bélicos nicaragüenses que allí hubiera. Al recibir la grosera intimación procedieron a desocupar aquella plaza los constitucionalistas, en el escaso tiempo de la intimación. No pudiendo llevar todos los elementos bélicos almacenados allí gran cantidad de ellos fue arrojado al mar por los yanquis.

La desesperante humillación dio lugar a que las fuerzas de Sacasa dejaran abandonados cuarenta rifles y siete mil cartuchos sobre la raya de costa entre Puerto Cabezas y Prinzapolka. Mis seis ayudantes y yo no quisimos dar un paso sin llevar con nosotros los elementos abandonados. Con ayuda de algunos nativos de Mosquita condujimos por tierra a Prinzapolka aquellas armas y el parque. Moncada estaba en Prinzapolka y las armas recogidas por mí volvieron a quedar bajo su control.

Varias cartas había escrito yo al general Moncada en solicitud de elementos para dar empuje a la guerra constitucionalista en Las Segovias. Con engaños me entretuvieron. En mi afán de hacer algo por la Patria, manifesté al general Moncada que me permitiera tan siquiera los cuarenta rifles y el parque que ya estaban perdidos de no haberlos

recogido yo. Me contestó Moncada que yo no haría nada en Las Segovias y que lo mejor para mí era ingresar a una de las columnas que él estaba destacando hacia el interior.

Mi contestación fue que yo no miraba éxito en el ejército que él estaba destacando hacia el interior si a la vez el enemigo no tenía una atención para Las Segovias. Que en otro caso, el ejército constitucionalista quedaría deshecho en Las Rondas de Chontales. No le gustó a Moncada mi razonamiento. Se negó a darme las armas. Yo me regresé para Las Segovias con mis seis ayudantes. Viniendo de regreso encontré en Wonta a los doctores Arturo Vasa y Onofre Sandoval que iban con rumbo a Prinzapolka a conferenciar con el general Moncada. Los referidos me invitaron a regresar a Prinzapolka, prometiéndome gestionar ante Moncada que se me permitiera traer los cuarenta rifles y el parque que ellos mismos habían considerado perdidos.

Regresé a Prinzapolka, recibí los rifles y después de un mes de dura navegación sobre el río Coco, llegué el 2 de febrero ya mencionado a Wiwili.

AL FILO de la medianoche Orqho María se dispuso a culminar su trabajo de los encantamientos. Tenía todo dispuesto, la olla de barro, el sapo vivo, la ropa blanca de Umalu Cayetano, la tela negra de bayeta, la leche de vaca, las agujas y los hilos de colores brillantes. Opalalita dormía profundamente y el perro sentado de medio lado observaba con ojos de misterio. Abrió la puerta y aguzó el oído. Sí, era la hora precisa y presumió oír a lo lejos el característico ruido de cadenas arrastradas que antecedían a su llegada. Los martes y viernes la ciudad se acostaba temprano porque la Carreta de Fuego bajaba de las montañas y recorría ostentosa y ventolera por las calles principales. Arrojó las hojas de coca sobre el poncho extendido en el suelo y el yatiri meditando leyó el mensaje de los dioses sin atreverse a confesar nada de inmediato. Estaban solos. Terminó el pisco de un sorbo y le pidió más para darse valor. Desde su lecho de enferma Orqho María comprendió que algo malo le estaba diciendo la coca agorera. El yatiri be-

bió otra vez y levantó lentamente las hojas dispersas, las mezcló en la chuspa incaica y arrojó de nuevo sobre el poncho. Y se sorprendió de la insistencia del mensaje. En la tercera vuelta el adivino no pudo disimular su inquietud y se lo dijo la muerte ha entrado en tu casa. Orqho María sonrió con infinita pena, le llegaba la hora de su destino en una pesadilla negra y densa. Y el indio impasible siguió prestando atención a la coca mensajera de enigmas. ¡La muerte quiere a alguien de tu casa! Ah, sonrió ahora de otra manera. No estaba perdida del todo, había un importante destello de esperanza. Puedes ser tú o cualquiera, dijo mirando significativamente a Opalalita que dormía a su lado. *Mana, tatay!* Y Orqho María en la noche, después de recibir la fricción de wallpajundia, pomada caliente de gallina, no pudo conciliar el sueño. Ignacio dormía en la *jaithana* de los pies y el perro lloraba en la puerta como si viera ánimas en pena. La Carreta de Fuego retornaba atropellando todo a su paso. Apagó la vela y arrimada contra la puerta Orqho María le dio las espaldas. Llegó rodando con sonidos metálicos y despidiendo fulgores extraños que bañaban de luz instantánea las calles oscuras, las casas arrimadas unas contra otras y los patios abandonados. Tiraba un hermoso caballo blanco y se oían lamentos de viudas inconsolables. Corría sin detenerse, sin apeadero fijo. Alguna vez habíase detenido en su trayectoria por culpa de algún ajumado cristiano. ¿Eres de esta vida o de la otra vida?, las viudas no esperaron respuesta y como bestias en celo se lo cargaron sin apelación. Vieja y alevosa durante siglos la Carreta de Fuego se desplazaba triunfante sobre los recónditos silencios de la ciudad dormida. Los martes y viernes hasta el viento cotidiano parecía enmudecer y escapar de los designios. Orqho María cerró los ojos y sintió estremecimientos mágicos. Pasó de retorno, se dijo, y ya no volverá, ahora que el camino está allanado me toca salir a mí. Lo amaba a Ignacio, lo había amado siempre. De ahí que sin ningún interés subalterno había recurrido a los poderes misteriosos para concubinarsé. Alumno del colegio Bolívar, venía a estudiar sus lecciones de gramática castellana al cerro donde moraba ella con su madre y se detenía a charlar del verbo. ¿Cómo te llamas tú? María: ¿Y no te gustaría llamarte María del Cerro?

¿Orqho María? Sí, me gustaría, suena bonito. Pero dime, ¿por qué quieres tú llamarme así? Y aprovechando las salidas prolongadas de su madre, quien iba a las ferias de la Recova de Abajo para traer cerdos rebosantes de gordura y chuños y papas y ajies para preparar chicharrones y fritangas deliciosos, escapaba de la casa. Tomados de la mano se iban por detrás de los horizontes abruptos, secos, rocosos, donde ya no se escuchaba la voz de Dios. Comían en el Cerro de la Víbora tunas tiernas y jugosas sacadas a golpes de los enormes y terribles cactus, mataban lagartos en celo a pedradas y hacían el amor a pleno sol. Retornaban por Chiripugio pisando los quinales azotados por la brisa ventisquera de fin de año. Había heredado de su madre la técnica de los encantamientos y cuando puso en práctica con fe y por amor, le salió a la perfección. Tomaba con ambas manos un sapo macho y, con los párpados traspasados por hilos multicolores, lo pasaba por su sexo desnudo siete veces, diciendo ven, hacía mí, Ignacio, te reclama mi alma y mi cuerpo; ven, rápido como una flecha, para penetrar en mi corazón y beber la sangre de mis venas que es fuego que en la noche crece; ven, amor de mi vida, que nadie te detenga, soy yo, tu María del Cerro, quien te llama. Y enloquecido de amor Ignacio dejó los estudios, abandonó la familia y se trasladó a vivir al cerro Pata de Gallo, al lado de la aprendiz de prodigios. Está embrujado, dictaminaron sus familiares y no se atrevieron a conjurar su felicidad. Sólo una bruja lo puede librar de otra bruja. La madre de Orqho María murió y ella al mismo tiempo daba a luz el fruto de sus amores, la guagua tarada. Levantó el bulto de los encantamientos y ocultándolo en la oscuridad de su manto, se dispuso a salir. Su Opalalita seguía durmiendo con sus ronquidos de niña impúber y cuando intentó cerrar la puerta el perro trató de perseguirla y ella levantó un leño y lo golpeó. Ah, callejero, ¿no te cansas de pataiperrear todo el día? Mohino, con la cola entre las patas, retrocedió al fondo de la pieza. Sonrió entre dientes y se encaminó presurosa por la noche ciega de opacidad, sin luna, ascendiendo y descendiendo de los cerros hasta llegar a un secreto estrecho que era beso de luz rescindiendo inocencias. Cerca, un grupo de lagartos, como racimo de uvas, copulaban enloquecidos y ella se alejó del lugar con discreción tratando de que no percibieran su presencia. ¡El

que está demás en la casa es el Ignacio!, lo dispuso en su lecho de enferma. Al amanecer descosería los hilos de los párpados del viejo sapo, le daría de beber leche fresca y le permitiría marcharse en busca de peces al Tagarete para que pueda holgarse en libertad. Como madre, no tenía coraje de intentar nada contra su Opalalita, tan inocente de todo. Su vida trocaría con la de él. Se marcharía Ignacio atendiendo los requerimientos de la Implacable y el perro dejaría de llorar en la puerta como un wajchaguagua huérfano. Levantó algunas piedras y descubrió el agujero que buscaba. Desanudó el bulto y el sapo cautivo que intentó huir fue azotado con una varilla. Enconado y sufrido se hinchó. ¡Qué bien se te ve así!... Aplastado furiosamente expelió por la boca y otros conductos un líquido viscoso y hediondo. Orgho María sonrió estabas renegando, ¿no?, no quiero matarte jamphatitu sino consubstanciarte con el maldito carretero Umalu Cayetano, por voluntad de Lucifer, príncipe Belcebú. En las patas y sobre la barriga del batracio rendido anudó, con hilos de colores, los jirones sucios del carretero. Dejó libres los ojos estupefactos que la miraban encareciéndole piedad y le atravesó la boca y el cuerpo con agujas. A tiempo de introducirlo a la olla de leche, profirió estás en mis manos, Umalu Cayetano, tu destino es transformarte en janphatu; aquí quedas encerrado de por vida, sin que veas la luz del sol ni de la luna ni de las estrellas, por obra y gracia de Lucifer, príncipe Belcebú... Cubriéndola con la bayeta negra depositó la olla con sumo cuidado en el agujero. Encima comenzó a amontonar piedra sobre piedra. La noche se había detenido ex profeso en la profundidad insondable de las tinieblas.

LA ELEGANTE DAMA QUE TRANSITABA RENGUEANDO POR los pasillos del Club Social vio a los soldados que espiaban apuntando con sus armas, se alarmó y ahogó su grito tratando de ocultar sus joyas. ¡Chitón, mi señora Pickerina! Y ella explicó algo así como de un ciclo de charlas, la anterior semana ocupó la tribuna el doctor Mauricio Hochschild, quien se encuentra en el salón, pueden verlo, ja, ja, está al lado de G. van Dorp y hoy habla W. A. Pickoard sobre los servicios ferroviarios del país. ¿Ese es? El mismo. ¿Escucha lo que dice? Apareció el gobernador del club transpirando sudor frío y enjugándose con un pañuelo de color. ¿Sabe usted que ha estallado una revolución comunista en el país? Se arregló los anteojos y quiso dar la voz de alarma a los asociados pero el coronel Alegría lo retuvo tomándolo del brazo. Calma, mi caballero, le pido serenidad. Pero, mi coronel, ¿sabe lo que significa la revolución para aquellos dignos señores que hace una hora calientan los asientos gozando de criticar a los ingleses? Pues claro, dijo pasando significativamente la mano extendida por el cuello. Yo ya decía estos días, como la voz en el desierto, el gobierno a todos los pelafustanes de la ciudad les está permitiendo sentirse dueños de las calles. No hay semana en que no pasen por la calle principal vociferando consignas internacionales y abucheándonos en nuestras propias narices. ¿Y quién es el cabecilla de aquel zafarrancho?, doy por descontado que es el bíblico Moisés. No, doctor, no es él, sino un sujeto llamado Roberto Hinojosa, aclaró el coronel. Ah, Dios mío, no lo conozco. Moisés que se encuentra preso ha dicho que nada tiene que

ver con Villazón, además ha agregado que Hinojosa es un aventurero. Mi coronel, perdone, son palabras, nada más que palabras de conveniencia. ¿Cree, usted, y nuevamente le pido perdones por mi sinceridad, que los extremistas serán derrotados? ¿Sí? ¿Y nosotros qué podemos hacer? ¿Cómo cooperar? ¿Quizá la comunidad de damas puedan ser útiles? Yo a mi edad y enfermo, ¿sabe usted lo que se sufre con la gota? Acariciando sus bigotes sonrió el coronel Alegría, alto y grueso, de color café. Controlamos la situación pero si los subversivos salen a las calles les responderemos como merecen, el movimiento sedicioso, escupía al hablar, se ha concretado a la zona sur y con Villazón como epicentro está tratando de influir sobre Tarija, pero las fuerzas armadas institucionalistas que apoyan al régimen del doctor Siles, ya han reaccionado y se encuentran marchando a Villazón, al mando del coronel Núñez del Prado, para enfrentarlos. El general Banzer desde La Paz ha informado que ya ha caído prisionero el lugarteniente de Hinojosa, un tal Enrique G. Loza. . . El gobernador les invitó a sus ocasionales visitantes un trago. Para combatir el frío, mi coronel, los despidió para evitar la alarma de los asociados que en ese momento se retiraban del salón de conferencias. Ya habrá oportunidad de estar en su digna compañía. El bar se llenó de voces ruidosas. Efusivo Hochschild brindó un copetín con G. van Dorp, Pickering y el gobernador del Club Social por el éxito de la charla de Pickoard. Muy bien dicho los ferrocarriles son las arterias de una nación. El gobernador le informó a Pickering que Carlos Philips se había caído del caballo y fracturado el cráneo esta tarde y ya podía estar pensando en otro subprefecto para Llallagua y en Villazón estallado un movimiento sedicioso. El doctor Hochschild teorizaba:

— Estos países del nuevo mundo tienen un gran porvenir por sus riquezas naturales pero su industrialización marcha a paso de tortuga. O no marcha sencillamente. Si hubiese mejor organización ferroviaria, es decir ferrocarriles en todo el país la industrialización estaría garantizada. En Bolivia la industrialización tiene que tomar el modelo norteamericano.

Y G. van Dorp le preguntó:

— ¿Olvida usted deliberadamente el ejemplo de Alemania,

doctor, después del tratado de Versalles?

— La industria respondió Hochschild entornando los ojos- ha llegado a su más alto grado de desarrollo, pero lo que han olvidado Alemania y todos los países de vieja estructura, es hidalgo reconocerlo, está haciendo ahora Norteamérica con éxito. Grandes fuerzas de producción requieren grandes masas consumidoras. Por eso paga mejor a sus obreros, los cuales se procuran mayores satisfacciones en su vida. Los demás pueblos no hicieron lo mismo y he ahí una de las causas de la gran depresión. . .

— La gran depresión intervino W.A. Pickoard-, hablar de la gran depresión sería largo, la verdad es que todos andamos metidos con el excremento de la crisis mundial hasta el cuello gritando no hagan ola, no hagan ola.

— Así es, la tragedia no es solamente griega, doctor Hochschild.

— En estos días se estima que los desocupados en el mundo llegarán a doce millones y en Estados Unidos los políticos y militares se están empujando a fondo, Hoover y Mac Arthur, Roosevelt y Eisenhower van sofocando a las multitudes descontentas con discursos y con proyectiles que no son precisamente de fuego. . .

En pocos minutos la aventura de Villazón la conocían todos. ¿Quién es Roberto Hinojosa?, preguntaban. Perdón, monsieur gobernador, si no es molestarle, ¿me podría decir dónde queda Villazón? Un momentito, señora mía, aquí hay, entre nosotros, un geógrafo de reconocido prestigio que conoce Bolivia como a la palma de sus manos y él le va a responder. Pickering y Pickoard opinaron que era un quilombo de política criolla, aderezado por el nacionalismo-silista-mamonista que desde hace rato fomenta la conspiración. Recordaron que Siles había viajado a las minas como huésped de los obreros para hacer demagogia contra el saavedrismo que tuvo el coraje de defender en Uncía el principio de autoridad. Y cuatro años después demostraba no tener carácter para poner en brete a los agitadores obreristas. Cría huevos y te sacarán los ojos. Los cuervos ya están crecidos y reclaman los ojos de sus progenitores. Algunos estimaban que las maniobras del nacionalismo ya habían sido detenidas por la intervención

enérgica y oportuna de los militares inconformes con el desenvolvimiento de la política nacional. Hochschild parecía bien informado. Al general Hans Kundt, una bellísima persona, buen milico pero una nulidad como político nacionalista, los generales le han dicho en una carta que las maniobras del silismo encierran infinidad de contradicciones y disparates. Textual, señores. La prórroga no es legal, sostener que hay prórroga es como aceptar que existe robo con honradez, cobardía con valor, traición con lealtad. La prórroga desconoce la Constitución e importa un golpe de Estado. . . ¿Y creen, por ventura, que los milicos redactaron esa carta? Eso es otro cantar, no interesa señor G.van Dorp, lo que cuenta es quién o quiénes firman. En esa carta está reflejada la corrección patriótica y cívica del militarismo profesional frente a la corrupción política del nacionalismo. Pickering en tono confidencial anotó estamos en los umbrales de grandes acontecimientos, de todos modos el país tiene que seguir el modelo de Ibáñez del Campo. . . ¿Una dictadura militar?, preguntó el acucioso Pickoard, ¿el bandidaje uniformado? Estimo que los generales y coroneles ya han madurado políticamente y Bolivia no debe caer en la anarquía ni en la sed de sangre de los bandoleros de Villazón. Los países necesitan un clima propicio de garantías y facilidades para atraer capitales e industrializarse como Estados Unidos. La hermosa Pickerina se asomó al grupo, sonriendo con intención. ¿No creen, caballeros, que es la hora prudente para marcharse a la cama? Sí, mi niña golosa, respondió G.van Dorp. Ja, ja, parece que el caballero necesita un café cargado. La única repercusión, señor gobernador, dijo Hochschild, también sonriendo con picardía, a tiempo de recoger su sobretodo, es que los milicos en este momento están limpiando sus sables y poniendo crema a sus botas. ¡Y en hora buena, doctor!

EL MEMORIAL dice que el avance del elemento clerical extranjero es un hecho evidente para cualquier observador imparcial. Ni los más altos puestos de la jerarquía eclesiástica se hallan libres de su invasión. Tres obispados se encuentran en sus manos. . . Pasada la ceremonia

de estilo, el Obispo de la Diócesis que visitaba el convento se reunió en la sacristía con la generala de la Cruzada Pontificia para examinar —confidencialmente— la crisis que se desataba en el seno de la Iglesia. Los puestos de mayor importancia en las capitales de departamento y en las ciudades o villas de algún valor se encuentran ocupados por ellos, con exclusión manifiesta del elemento nacional. El clero del país se ha visto con profundo sentimiento pospuesto por el extranjero. . . Claro, interrumpió con ironía, como cochabambino es lógico que soy "extranjero". Y ella prosiguió leyendo lo malo es que, además de las mejores parroquias que ocupan en Oruro, Sucre, Tupiza, Vallegrande, Obrajes, San Pedro de Buenavista y también de las casas altamente rentadas que tienen en La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí y otras ciudades, hacen sus excursiones so pretexto de misión por todos los ámbitos donde ellos moran, para recolectar fondos de derechos de matrimonios, de bautismos, funerales y fiestas, dejando a los pobres curas sin ingreso ninguno, que éstos son los únicos productos de que disponen para su subsistencia. . . ¿Cómo pueden atreverse a decir estas sandeces, sor Natalia? La religión es universal y éstos ángeles de la discordia ¿quieren especular con una suerte de cristianismo nacional? ¿O qué cree que se pretende? La lucha contra la Iglesia se escuda siempre bajo diferentes mantos, monseñor. Mire, por ejemplo, lo que sucede en mi España. Transferido el poder a la República, las turbas llenaban las calles, desde la Plaza de la Cibeles hasta la Puerta del Sol, enarbolando una nueva bandera nacional, esta vez tricolor, con la tercera franja morada. . . El coronel Sanjurjo, marqués del Rif, quien había negado a Alfonso XIII el apoyo de la Benemérita, la ponía a disposición de la llamada República de Trabajadores. La Reina Victoria y la familia real se trasladaron en automóvil a El Escorial y tomaron el tren con destino a Francia. Entre gritos y clamores cambiaban de nombre a las calles, caían las estatuas de los reyes, incluso las de los godos y violentaban las cárceles quedando libres los presos comunes. Los sembradores de tempestades estaban dando sus primeros pasos. Los ácratas propugnando la secularización de la enseñanza y la libertad de los maestros para dar o no enseñanza religiosa. . . ¡Monseñor, los sacerdotes que piden en Bolivia la nacionalización del clero están

haciendo el juego a los enemigos de la Iglesia! Parece que todo el mundo estuviera viviendo el Apocalipsis, pero como su país, monseñor, ninguno. El Obispo sonrió. Sor Natalia, madre y generala de la Cruzada Pontificia, conmovida por la pobreza pública había fundado a lo largo del país establecimientos de caridad. Tenía proyectado en la ciudad crear colegios de aprendizaje profesional para la mujer. Hay que dignificarla, decía, levantando su nivel moral para que sea provechosa en la sociedad y el hogar. Gozaba del prestigio de organizadora, imponente unas veces y otras de índole cariñosa y suave. *La Patria* la había descrito de estatura pequeña, rostro simpático y ojos lánguidos, espejos del alma. . . Detrás de los lentes chispea la inteligencia privilegiada. ¿Por qué Dios ha forjado en su santo reino este tipo de criaturas angelicales?, se decía el Obispo observándola en silencio. Monseñor, tiene usted una vida interior muy intensa. ¿Qué está pensando, por ejemplo, en este instante? Hum, si usted lo supiera, Natalia. Yo soy la única que hablo y usted sólo escucha. Y siempre es lo mismo, casi ritual. Tiene usted mucho de indio, ¿verdad? Indio blanco desde luego, es demasiado fuerte el nexo de su alma con el ancestro. Dígame algo, no quiero el silencio compartido. Y se lo digo, en verdad parece usted un personaje de la comedia trasladado al altiplano. Quiero conocer su pensamiento, monseñor, no le incomodaría si le preguntara ¿dónde está su filosofía personal? Y él respondió como despertando de una larga vigilia mi filosofía personal está en Cristo, sor Natalia. Y ella replicó sonriendo dulcemente no, no me ha entendido, monseñor. Y abordaron otros temas. Natalia. . . con voz apenas audible. Sabía usted, monseñor, que el general Kundt ha resuelto escribir un libro de política donde dirá que los obreros ganan salarios míseros y están bien organizados bajo la dirección de jefes comunistas, por la baja del estafío numerosas minas están cerrando, las actividades rojas algún día se convertirán en gran peligro, estas pequeñas democracias latinoamericanas son puramente ornamentales, etc., etc. Yo también querría escribir pero no un libro político, sería algo así como una crónica de vivencias. ¿Y sabe por qué, monseñor? Porque una persona extranjera observa y estudia con más profundidad el *status*, el modo de vida de



un pueblo que no es el suyo. Yo conozco a Bolivia como nadie, incluso, me atrevería a decir, mejor que muchos pretendidos estudiosos y creo que no lo haría mal. ¿Qué gran libro revelador sería! ¿No me cree usted capaz? Por favor no se me ría, monseñor. Enfocaría por igual a acaudalados y menesterosos, Simón Patiño el Rey de Bolivia y los indios chipayas que me apasionan por sus costumbres arcaicas. Y a propósito de menesterosos, ¿vio cómo viven los desocupados de las minas? ¿Los pampinos expulsados de las salitreras? Por Dios que destroza el corazón. Ciertamente su belleza es turbadora y alucinante. Natalia... el don de una mirada. Trató de encontrar un resquicio en la conversación para preguntarle si todas las madrileñas eran así encantadoras. Y no pudo, no le salían las palabras, se encogió más ensimismado que nunca, casi como el cóndor amaestrado cubriéndose con sus propias alas. Si no organizamos un sistema de socorro, monseñor, la situación social empeorará en la ciudad y las minas. Y los militares que sólo quieren hacer bererén. En Huanuni a las cinco de la tarde obreros huelguistas asaltaron las pulperías y el regimiento, ¿sabía usted, monseñor?, de Challapata se movilizó por tren expreso. Iba a producirse una de San Bartolomé si no viaja de inmediato el ministro de Guerra. Se dijo que estaban en actividad agentes soviéticos. En Cancañiri destrozaron las puertas y ventanas de la casa del administrador de la mina, mister Cámeron y murió una mujer aplastada por la muchedumbre...

MI HERMANITO, el cabro chico, me dijo que ya podíamos salir. Despacito me levanté para no despertar a mamá, tenía instrucciones terminantes del Viejo de encerrarnos ciertas noches. Y no hay peor cosa que decirles a los hijos no vas a hacer esto o aquello, porque de todas maneras ellos lo hacen y a veces por el simple espíritu de contradicción que los anima. Saber lo que el Viejo hacía en el corral con sus amigos algunas noches era un enigma que había que descifrar de cualquier modo. Conste que no era por espíritu de contradicción. Escala-

mos por las paredes vecinas y le dije al cabro chico que iríamos bordeando, es peligroso pisar en mitad del techo de la casa - y además vieja - porque nos hundiríamos sin remedio. Resultó sencillo nuestro operativo. Posecionados en las tinieblas, no se nos veía aunque intentaran mirarnos. Alumbrados por velas de gran dimensión que habían sustraído de los santos más descuidados de la Iglesia Matriz, San Francisco y el Socavón, los pampinos y el Viejo discutían, pero por la distancia no llegaba a percibir nada de lo que decían. Levantaron una bolsa grande. Mientras algunos la sometían fuertemente, otros le descargaban sendos golpes con barrotes de regular tamaño. Le dieron tantas veces. Y luego arrancaron de su interior un perro colosal, liquidado por la zurra enfurecida. Me asusté un poco y recién creí percibir con claridad una sinfonía de quejidos sordos que hace rato escuchaba sin llevar el apunte. Eran los indefensos animales que ante el peligro lloraban sin esperanza. ¿Qué te parece, Fresia? Sssh. Era un bello perdiguero con manchas blancas en su cuerpo marrón, de orejas largas y cola corta. El cabro chico reía a más no poder por la sorpresa que yo había mostrado. ¡Sssh! Me dijo hay más lindos que el perdiguero. Había intervenido el muy diablo en la cacería de estos días. Un salchicha pachón, dijo, un dogo, un terranova, un bulldog y entre los pequeños un lulu y un skie-terrier, amén de los sunichos. En los ranchos reunieron variedad de razas. ¡Mañana la ciudad comerá perros finos porque se acabaron los pollos y conejos! Me puse a pensar en el dolor de los hogares que perdieron a sus pequeños regalones. Imaginaba a las espléndidas gringas con los ojos llenos de aflicción reclamando lo imposible a sus gringos. ¿Y qué decir de los gringuitos? Suerte perra. Les cortaban la cabeza y las patas y la cola para arrojarlas a un tacho de basura. Y sin mayores consideraciones procedían a despellejarlos, como si le sacaran a un hombre la ropa interior. Después el perro desnudo mostraba la exacta apariencia del cordero. Igual que en el camal. Los mustos aquí, la rabadilla allá y los chunchules y menudencias juntos acullá. El cabro chico estaba más informado de lo que yo creía. Me dijo que en las primeras horas de mañana trasladarían esa carne a las recovas de Abajo y Arriba y la venderían a las mañazas, mujeres de los matarifes para que todo acabe en las ollas del vecinda

rio. Sabían muy bien de lo que se trataba y adquirían sin remilgos. Para su venta no tenían inconveniente en mezclarla con la de los corderos que llegaban del camal bajo la mirada supervisora del comisario de turno. El muy pillo se hacía el desentendido. Cuando alguien le echaba en cara su mal comportamiento respondía que tenía hijos y también derecho a vivir. A veces, pasado el mediodía, había procesión de condenas energéticas de los consumidores. ¡Por culpa de la carne se cortó el caldo! ¡El asado ha aparecido negro retinto sin estar siquiera cosido! Esta vez le tocó el turno a un lindo salchicha pachón de orejas largas, patas cortas, barriga abultada y hocico pronunciado. Los palomillas reían. Era tan bello, con el cuero color sepia. Pensé que en la recova se extrañarían de ver un cordero de formas inusitadas. El desollado fue igual. Sin duda, funcionaba en el corral del Refugio de Repatriados un matadero de características nada usuales, con una batea grandísima para recoger la sangre. Se carneaba no sólo perros, gatos y ratas sino llamas y mulos. Al ver esto creo yo que si no hay solución al hambre de la ciudad no ha de tardar en llegar el día en que vamos a comernos todos. El hombre frente a la necesidad de su subsistencia tiene, pues, una escala de valores, dijo el Viejo la otra vez. Primero recurre a la carne vacuna, si no la tiene a las aves y pescados y luego con seguridad echa mano de los animales pequeños, perros y ratones. Y cuando ni siquiera halla hierbas para sobrevivir entonces se vale de sus semejantes. Al principio no me impresioné, a decir verdad, como pretendía el cabro chico, porque conozco lo que es un camal. Voy allá casi todas las mañanas con Yolanda a recibir sangre para preparar guisos que mamá los hace exquisitos. Y observo el ritual de la matanza de animales, con cuya carne nos alimentamos. Pero cuando vi aparecer a los pampinos con gatos de los baldíos quedé paralizada de horror. ¡Dios mío! Un gato cervical, como tigre en miniatura, inanimado fue extraído de la bolsa y el pampino que hacía de verdugo con un cuchillo largo como machete le sacó la cabeza de un golpe maestro. ¡Ayayay! De repente advertí que me faltaba aire y el techo y las casas y todos comenzamos a dar vueltas como en una calesita, a toda velocidad. Algo dije, no recuerdo bien. Y rodé por el tejado hasta caer

con estrépito al corral. Creía ver aún las caras de espanto, por la sorpresa que recibían, del Viejo y sus laboriosos amigos armados de cuchillos y con las camisas, pantalones y zapatos embadurnados de sangre. Y la de mi pobre hermanito encaramado sobre el techo de la casa, temblando en silencio.

CONCIUDADANOS: EL ejército toma en sus manos la salvación de la patria, leyó el coronel Alegría en voz alta y pastosa el manifiesto dirigido a la nación por el comando revolucionario. Por las cuatro esquinas de la Plaza Grande los soldados se desplazaban estratégicamente. Los cañones y ametralladoras pesadas apuntaban el palacio prefectural. El parque del cuartel modelo había sido trasladado en carretas. Marcaba la hora 8 el reloj de la Iglesia Matriz. Confrontaron sus relojes los jefes de la sedición y ordenaron una descarga cerrada de fusilería, la respuesta fue un ruido espectacular de vidrios rotos. El sainete político a perpetuarse el día 29 de los corrientes constituye el ultraje más sangriento, por tanto, el ejército resuelve. . . Los uniformados avanzaban a rastras, escudados por árboles y bancos y las inmensas y pesadas puertas del palacio se abrieron lentamente, sin presión alguna. A poco, las autoridades del gobierno aparecieron con los brazos en alto y con el miedo retratado en sus rostros oscuros. Torvo, el cóndor amaestrado, con sus enormes alas caídas buscaba refugio. El pueblo madrugador estalló en aplausos. ¡Abajo el mamonismo silista! Transformado en alud recorría las calles gritando consignas de odio político. ¡Busquen al Intendente de la policía de seguridad! ¡Hay que limpiarlo al Rivas Ugalde! Las multitudes atacaron las casas de los diputados Glicerio Reinoso y Abel Elías. ¿Y Jorge Alborta? Ya está en la sombra. ¿Y Josemo Murillo Vacarrea? Por las ventanas arrojaban sillas, catres, ropas y recogidos por manos expeditas eran trasladados sin rumbo fijo. ¡Muera el mamonismo nacionalista! Cuando el coronel Alegría anunciaba a la prensa que la Junta Militar invitaría a formar parte a los civiles Florián Zambrana, Gabriel Palenque y Alfredo Alexander como secretarios, le interrumpió el ayudante para informar-

le con la mano extendida en la visera, que el glorioso pronunciamiento había sido coronado por el éxito. La prefectura y la policía se encuentran bajo nuestro control, el pueblo vitorea en las calles al ejército libertador y los obreros entusiasmados nos solicitan armas para combatir al nacionalismo. . . ¿Armas? Dígales en mi nombre que dejen de orinar al sesgo, ellos necesitan solamente herramientas de trabajo. ¿Y el interior como marcha? De Cochabamba comunican que el general Blanco Galindo es dueño de la situación y enviarán a ésta efectivos en la primera combinación ferroviaria. ¡Gracias a Dios, señores periodistas, la patria ha sido salvada! Llegada la noche y para descansar de los días de honda fatiga la conspiración y el golpe, el coronel Alegría y su ayudante decidieron tomarse unos tragos en la calle Potosí, donde las bravas korichupilas, llenas de temperamentos y caprichos. Yo sabía que tú llegarías en cualquier momento po, le dijo Consuelo, mi casa es ahora el refugio de tus guerreros que han cogoteado con éxito al gobierno. ¡Dirás han acabado el quilombo político! Sí, tus guerreros se encuentran celebrando el triunfo y algunos ya están en reposo. ¡Regina, po, mi Regina, ha llegado el coronel! El amplio salón tenía la apariencia de un casino en holgorio de fiesta patronal. ¿Quién? Ah, el coronel de bigotes espesos y mirada áspera. Asientito, mi coronel, disculpe. Las niñas de Consuelo se mostraban diligentes con los héroes de la jornada. Carajo, parece que todo el batallón de fusileros se ha trasladado a esta mancebía, como siempre los machos buscando el calor de las hembras. La orquesta marcaba el compás de un tango arrabalero y los visitantes de la noche bailaban con los ojos entornados.

Cuando estén secas las pilas
de todos los timbres
que vos apretás
buscando un pecho fraterno
para morir abrazao. . .

Regina se acomodó a su lado. Cuánto tiempo sin verte, mi

rico, ¿me prestas *La Razón*? Le mandé a comprar al Pachacho y no encontré ni en la estación de ferrocarril. A la hora de la retreta los estudiantes pacheños se lanzaron al mitin antiprorroguista y la guardia montada de los regimientos cargó contra ellos a incitación de los ministros Toro y Banzo. En la violencia murió el estudiante Campero, hijo de una ilustre familia, comenzando de este modo el domingo sangriento. Con el pretexto del entierro hubo nuevos mítines, en el cementerio los discursos caldearon el ambiente y entonaronse canciones subversivas. En Oruro y La Paz los cuarteles se levantaron en armas y se sublevó el Colegio Militar. Y mira, mi rico, qué apuesto este cadetito, con esa pinta cualquiera llega a presidente. Y el coronel Alegría con expresión desdeñosa es un brigadier. Y Regina un brigadier encantador, Gualberto Villarroel, me agradan sus ojos, cuánto me gustaría tenerlo aquí, entre nosotros. ¿Y no te basta y sobra el coronel que es también héroe? No es lo mismo, mi cabrito, cuando una desea otra arma. *La Razón* pedía un monumento para los cadetes. Rodeada la casa por los insurrectos, Siles escapó disfrazado con los hábitos de una religiosa, muerta por un disparo de arma de fuego en circunstancias poco claras. Se asiló en la embajada del Brasil. Sus colaboradores hicieron lo propio, especialmente el comandante Hans Kundt, mientras el general Blanco Galindo era trasladado en hombros hacia el Palacio Quemado para formar el nuevo gobierno. ¿Y tú no estás con esos gallos?, reclamó Regina. El coronel respondió atusándose los bigotes mi niña, nuestro deber cívico-patriótico ya hemos cumplido. Pero, ¿y el poder sólo para esos mapuches? Qué más poder que tomar los burdeles a tiro limpio como han hecho mis guerreros. Así que para ti sólo quedaron los burdeles, mi rico. Herido por la cruel ironía, entregó silencioso el diario a su ayudante y recorrió con la mirada desalentada el salón jubiloso. Sus guerreros cantaban a voz en cuello.

Cuando la suerte ques grela,
fayando y fayando
te largue parao.

Cuando estés bien en la vía,
sin rumbo, desesperao. . .

Cuando no tengas ni fe, ni yerba de ayer
secándose al sol.

Cuando rajés los tamangos
buscando ese mango
que te haga morfar.

La indiferencia del mundo,
que es sordo y es mudo recién sentirás. . .

¿Reginita?, le tomó las manos y lentamente fue apretándolas.
¿Nos vamos a tu cuarto? Para estar toda la noche imposible, aún no
es la hora apropiada, se me hace, mi rico, que te entró el piriguín. . .
Quiero estar a solas contigo, pues me siento un poco deprimido, incó-
modo. Regína le condujo por el patio. ¿No quieres orinar? En el pa-
sillo vieron a un guerrero con el ojo pegado a una cerradura, le dio Re-
gina un puntapié. ¿Degenerado, no sea leso, búsquese una niña y no
joda así! Sorprendido el aguaitador quiso reaccionar, pero ante la
presencia del coronel que reía no hizo más que cuadrarse de inmedia-
to. Es su orden, le salió la voz resignada. Con la blusa desabotonada y
sin quitarse las botas se recostó sobre la colcha de lana salpicada de
motas, mientras la atractiva pupila del salón ponía el calentador de
agua. Colgaban de las paredes cuadros con escenas bucólicas y mari-
nas. ¿Y cada vez que entras acompañada pones agua a calentar? Sí,
mi rico, porque si no me clavo y estoy jodida, el agua fría me hace do-
ler la guata. Llamaron, no estoy para nadie, por si acaso. ¿Quién? La
criada con la charola, depositó en el velador dos vasos y dos botellas
de champaña y coñac y se marchó con la vista en el suelo. Linda cho-
la, ¿es de la casa? Sí, pero no es lo que tú te estás imaginando. ¿Eh,
y qué me estoy imaginando yo? Es más señorita que ninguna, encar-
gada del aseo de la casa, lava ropa y en la noche ayuda en el servicio
po. ¿Apago la luz? No, charlaremos todavía, no te apures, Reginita.
Uh, qué bueno que está este coñac. ¿No quieres champaña?, está ri-

quisimo, prueba de mi vaso. Gracias. No faltaba más, ¿tienes miedo?
no te estoy dando veneno, mira que te estás echando encima. ¿Y qué
fue que no te dieron un ministerio por lo menos? Y luchando como
ninguno. Tú sabes que al cobarde lo orinan. . . Ah, niñita, si tú si-
quiera sospecharas la realidad, en La Paz abundan los cabrones y aho-
ra éstos están peleando por el reparto de peras mejor que en la revolu-
ción. Y yo soy el perfecto boludo frente a ellos y sus furiosos exce-
sos. Chitas. Bueno, para estar como están las cosas, prefiero quedar-
me aquí y a tu lado. Si me dan algo que sea por mis méritos cívicos,
lealtad y constancia, pero que yo vaya a pedir, jamás. Pero te pagaron
buenos monis, ¿no es así? El Rey Patiño es un misero, ha prometido
obsequiarnos dos mil dólares si triunfa el golpe, ¿qué es para el Rey
del país dos mil dólares? Thompson es más dadivoso. ¿Y qué quiere
Thompson? Pues él nada, la Standard Oil sí, ganar dinero, como yo o
como tú. ¿Y qué pasa, mi rico, es que no gana hoy?, con una mágica
sonrisa de ternura. Servite a-chu-cha-lú, como dicen en mi tierra.

¿Pero no ves, gilito embanderado,
que la razón la tiene el de más guita?

¿Que a la honradez la venden al contado
y a la moral la dan por moneditas?

¿Que no hay ninguna verdad que se resista
frente a dos pesos moneda nacional?

La Standard necesita sacar al Atlántico el petróleo del Chaco.
Salud, ¿seco has dicho? Mira, ¿está bien? Sirve de nuevo, ya que es-
tamos en tren de farra y confianzas. El Chaco, niñita, es un tema es-
cabroso, limpiándose los bigotes con la palma de la mano. La otra vez
los paraguayos atacaron un fortín y Siles no ha sido capaz de respon-
der con la energía de un verdadero estadista o, como decimos en el
cuartel, con franqueza de soldado. El presidente tiene grado de capi-
tán general. Si tenía cojones este era el momento en que estábamos
en Asunción. Lo que te digo debes guardarlo para ti sola, confío en

que no eres una chilena guataca, acariciándole amorosamente. No seré una guataca pero podría ser una Mata Hari coqueta. El ejército no está jugando su prestigio por tortuosas aventuras o por victorias momentáneas, como la cruzada gloriosa de hoy día en nombre de la libertad sino por un ideal superior. El ejército de 1930 no claudicará ante las tentaciones transitorias. . . . ¿Y se puede saber cuál es ese ideal superior? ¡Salir al mar! Y la joven ramera reaccionó por mi madre, las huevonadas de siempre y cuando Chile gruñe y muestra los colmillos mierda hay gente que se hace pichi, a mi me consta, yo lo vide, así que no hablís leseras. Mi niñita, esta vez no es Chile, aclaró ufano, no te asustes. Salud. . . . Llamó la tetera y ella saltó del lecho. Espérame. Entibió el agua con permanganato en un pequeño recipiente y de la cómoda extrajo una tripa de goma. Preguntó el coronel si quería ayuda para ponerse la enema. No mires, hazme favor, son cosas de mujeres. Sigue hablando, mi rico, que yo te oigo. Bien, ¿y qué es de tu novio? ¿Quién? Aquel cabeza de gorrión, estudiante de colegio, que no te deja ni a sol ni a sombra, eres mucha mujer para él, ¿no te lo dijo nadie? Ah, está sufriendo lo indecible. ¿Y tú no sufres? También, para qué voy a negarlo, porque ves lo amo, pero nuestro amor es imposible. ¿Y por qué? Porque yo soy una perra cachonda y él un niño de familia distinguida. Como tú verás ni él ni yo seremos felices. ¿Y cuál el remedio para tu situación? Que venga la muerte. ¿Qué estás diciendo? Lo que oyes, mi rico. Una mujer linda, de veinte abríles y muy apreciada por los amigos, pensando en la muerte. . . . Y el gorgoteo de la tripa. Es que el punto final es la solución justa y equitativa para los males incurables, por lo menos así decía Ronni Mazzedo. ¿Lo conoces al artista Ronni Mazzedo? Servite tu coñac, se acercó al lecho pasándose con una toalla de baño por el sexo. Yo ya he meditado mucho en este asunto y punto. A tiempo de erguirse el coronel Alegría la rozó en los labios con sus labios, sonrió, y la tomó para besarla lentamente en la punta de la nariz. Riendo Regina se introdujo en el lecho. Y él, al borde de la cama, comenzó a desanudar los pasadores de sus botas relucientes, como espejos.

Libro Segundo

Una muñeca de metal laminado

TOSIA EN LA NOCHE, HASTA QUE NO PUDO MAS Y PIDIO que le pasara la pelela. Otra vez esta mierda ño, protestaba vomitando. Yolanda encendió un cabo de vela. En la comisura de los labios había quedado colgando un hilo de baba sanguinolenta. Ojalá de una vez terminara esto para bien o para mal, ni la emulsión le hace nada, esta vida no es vida. Durante el viaje todos decían que en la altura se recuperaría, es favorable para los tuberculosos. Y ahora en el altiplano, cerca de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, sin trabajo y sin dinero, la enfermedad invicta los desmentía a todos. Los ahorros se habían agotado. En el refugio de los compañeros parecían no tener con qué parar la olla; algunos trabajaban cavando zanjas para el alcantarillado y con la esperanza -secretá- de encontrar el tesoro de Aldana. El Viejo dijo que halló un perro muerto. En todo el día no probaron bocado alguno porque tenían vergüenza de seguir siendo los pedigüños de Fresia. Por favor una cebollita, un tomatito, un panecito, un puñadito de azúcar, Dios te lo pague Fresita. La madre era buena pero Fresia mejor, se parecía al Viejo, guapo y francote, porque las hijas salen del padre. Y otras familias parecían estar igual o peor. Madrugaron los maridos y a la hora del crepúsculo aparecían con paquetes de orígenes sospechosos. Estas cosas no aparecen po de estar sentados todo el día en los bancos de la plaza, decían socarrones. Y su marido que ni siquiera estaba en condiciones de caminar. La única ocupación era poner los pulmones al sol, pero en la noche surgía otro motivo de inquietud: le ardían los riñones. Ah, martirio de vida. La otra vez

apareció de visita una prima. ¡La sorpresa que me das, Delicia! Y se alarmó sinceramente de ver las condiciones precarias en las que subsistía. Si estuviese viva tu madre. . . En el cuchitril con las camas en el suelo y junto a las ollas vacías. Bien pintado el rostro y el vestido apretado en el trasero daba la impresión de que andaba sentada. Le preguntó si tenía hijos. No, nunca había tenido. Sonrió con picardía. ¿Cómo entonces no entender la alegría de vivir? Al concluir la visita le dijo acabar con el sufrimiento que llevaba dependía sólo de ella. Ven a buscarme, Yolita, pero sin falta. La recibió en una tienda de la calle de los rieles con hedor a orina descompuesta. Vendía bebidas alcohólicas y una cortina roja separaba el espacio ocupado por un catre de bronce con perillas doradas. Dos amigas moraban con ella, Esmeralda y Magdalena. Nos llaman las Nawilas porque tenemos ojos hermosos, ¿viste? Estaba Esmeralda sentada en las rodillas de un achispado. ¿Se le caedr? No tengas miedo, desabrochale la botica para ver si tiene ladillas, dijo la prima riendo. Se trataba de las phisus. Llegaban los clientes, bebían una cerveza o un pisco quemapecho y cruzaban el paralelo de la cortina roja. ¿Y ahora cuánto es? Phisu. ¿Cuánto? Un real de diez centavos, caserito y si te ha gustado el amarguito no te olvides de volver. Acumulando moneda sobre moneda, que las escondían entre los senos, no lo pasaban mal y por el sistema del pro-rateo pagaban el alquiler y la comida. Como en los tiempos antiguos, Yolita, vivimos en comunidad para el tratamiento amoroso, con toda clase de deleites para los bienaventurados que tienen la única oportunidad de mostrarse fuertes, ¿qué te parece? Bien, po. Le invitaron ranga con pilsener. Se entendían a maravilla. Si quería vivir con ellas no habría inconveniente. Les observó los rostros súbucos. Lucían rollizos, quemados por el alcohol y los desvelos. Se destacaba Magdalena por sus cicatrices. ¿Y qué le pasó? No faltan atrevidos, respondió sonriendo. Era obra de Phiñamaki, herrero venido a menos, celoso como ninguno. Esbirro de la Intendencia, en sus crisis de borrachera, le hacía escenas espantosas con mal humor de amante y blandiendo un éuchillo que él llamaba faca. Era muy popular en los burdeles donde lo conocían por Yanaverija. Se desfilaba hasta media docena de phisus en la noche. Muy bien dotado gustaba hacerle a Magdalena varias

veces, como juguete mecánico. Y otra vez y otra vez y otra vez. Después ella, rebozada en gusto, no quería ver hombres ni en pintura por varios días, hasta recuperarse. Le tenía adoración y también miedo pánico, le proveía de dinero y adquiría ropas de diablo fuerte en la Recova de Arriba para sus entenados. En cierta oportunidad, Phiñamaki había tenido la osadía de acostarse con sus dos mujeres —la amante y la esposa— porque disputaban. De acuerdo con su crédito, les puso en brete con su arma más negra que la de San Benito. Desde ahora serán más que amigas y más que hermanas, les recomendó ciñéndose el cinto. Si tú te vienes ya seríamos cuatro y necesitaríamos, desde luego, una tienda más espaciosa. Ya me ha hablado un amigo, el turco Ibn Adet, de una trastienda en la calle Potosí, cerca a la casa de remolienda de la Consuelo. Ahí sí que nos hacemos las Américas. Si los machos en la Potosí tienen una Consuelo, me dice el turco, pronto van a tener lo que les falta: una Delicia Depoto. La otra noche hizo el amor la Esmeralda con un ciego que llegó apoyado en un largo bastón, como San Silvestre. Después aparecieron muchos más y recostadas en la oscuridad de los no videntes trabajamos todas. Ganamos la mar de dinero. Anímate, Yolita, qué vas a sacar ya de tu macho enfermo. Recuerda que una sola vez se vive en la vida. Retornó al Refugio de Repatriados con la mente afiebrada, hechida de pensamientos terribles. Su marido en la cama. Le sirvió el poquito de ranga que le llevó en un pedazo de papel de diario y se dispuso a sollozar. ¿Qué te pasa a ti? ¿Qué tienes?, le preguntó. ¿Quién te hizo beber, so güevona? Después de desahogarse trató de dormir, pero su pensamiento estaba fijo en lo que no debería hacer. De cuando en cuando suspiraba. Y se le hizo hábito pensar en problemas cuya solución dependía de ella, sólo de ella. ¡No debía haber ido nunca a visitarla! Se puso más delgada que de costumbre. La Federación del Trabajo les hacía llegar ayuda en alimentos. Fresia le contó que había conocido a un cabro grande y la pobrecita daba la impresión de que estaba encamotándose. Cuidadito, le previno, si es muchacho dije está bien, pero si no, trata de deshacerte a tiempo. Y nuevamente el hambre y la tos del marido. Esta vez sí iría en pos de Delicia y sus amigas Nawilas. Ganaría dinero y podría sobrellevar la situación con su marido. En la noche se le-

vantó del lecho con gran sigilo. ¿Onde vai?, saltó alevosa la interrogación de las tinieblas del cuarto. Y ella quedó fría. A orinar al patio, por no ensuciar la pelela, mintió. Te va a costar caro si seguís lesionando. Pero la última vez no despertó o no quiso despertar y ella salió cubriéndose con una manta de lana. Era una noche abierta, extraña. Adornaban el inmenso cielo millones de rutilantes estrellitas como lentejuelas. En las calles no había un alma. Atemorizada por los pampinos, la ciudad había tomado la costumbre de quedar desierta después de la caída de sol. Toque de queda natural. Y a la medianoche, dueña de la ciudad, la Carreta de Fuego llevando viudas de pasiones insatisfechas. Para que la carreta fantasma desviara su ruta habitual la Junta de Vecinos de la calle Junín erigió la Cruz Verde del Santo Oficio de la Inquisición. Un farolito rojo alumbraba la puerta de la tienda. Se detuvo cerca, temblando. Había un escándalo de magnitudes imprevistas. Lanzando carajazos estruendosos que herían la noche, hombres rudos, henchidos de heroísmo pasional, pegaban a las phisus que chillaban. De seguro que está Phiñamaki, pensó y se retiró muy a su pesar. Ya que estoy fuera seguiré caminando, haciendo la calle. Llegó a la Plaza Grande y no había gente. Ni los rondines de la Intendencia. Cuando veía aparecer a lo lejos algún transeúnte el corazón le palpitaba con fuerza, sentía una desconsolada ansiedad. La miraba arrogante o indiferente y se pasaba de largo. ¡Desgraciado, marica, no sabes lo que te pierdes! Salieron del Palais Concert varias personas —con sobretodos, bufandas, guantes y sombreros— y en poco tiempo desaparecieron presurosas, sin reparar en la gracia de una sonrisa. Y otra vez la aterradora soledad nocturna en la plaza. ¡Maldita la suerte mía! Y el frío intrépido que se estaba infiltrando en sus venas. Pero no había advertido que dos sujetos la espiaban desde un automóvil de alquiler. La llamaron y sorprendida se detuvo. ¿Quieres pasear con nosotros? Respondió no que en realidad era sí. El autista que era mayor se hizo el obstinado y ella se acercó. La tomó de la mano diciéndole no seas malita en tono dulzón. Se encaramó en el coche. ¿Tú no eres de aquí, no? Intentó encender el motor, pero éste no respondía. Soy pampina, he llegado recién. ¡Espiridión, dale manija,

hijito! Se ha enfriado el motor y no puede encender. . . Seguía diciendo muy poco conozco de la ciudad, no salgo de casa por cuidar a mi madre enferma. Al fin encendió. ¿Y los Arenales? No, ¿qué es eso? Cerros de arena fina, uno se revuelca cuanto quiere, aunque sea con las ropas limpiatas y no se ensucia nada. Y hay quirquinchos, últimamente los carpinteros se han dedicado a cazarlos y con su caparazón hacer charangos lindos. Y lo raro es que salen muy bien, con ritmos como de melodías secretas de ñaupa. ¿Conoces el Manchay Puytu? Esta es la calle Bolívar, la más concurrida de la zona comercial y por la estación vamos derechito a los Arenales. ¿Cómo te llamas me has dicho? Dejaron cerca el vehículo y se encaminaron hacia la colina más empinada. La tomó el autista y ella no dijo nada. Derribándola se arrojó sobre ella. ¡Espiridión, ayúdame a trincarla! Bocarriba le sujetaron las manos y ella dijo solamente ahá. Ufano se mostraba cabalgando bajo su jadeante aliento y Yolanda creyó poco prudente cobrar en el momento, de todos modos serían dos o tres reales. ¡Tres! Las manos de Espiridión las percibió pequeñas, tiernas, de niño ¡Pobrecito! y las apretó con fuerza. Después de trepitar y oscilar en sus estertores el autista se levantó y le dijo al chiquillo si deseaba refocilarse de la misma manera que él había hecho. Y ella sometida en el suelo, tolerante como una cualquiera. Serían ahora cinco reales. . . , pero el ayudante se quejaba como un nonato. ¡Apúrate Espiridión!, gritó encendiendo el motor y como no asomaba comenzó a manobrar. ¡Espiridión, ya me estoy yendo no más! Apareció a todo correr, se acomodó al vuelo y retomaron riendo a la ciudad. Qué bandida la pampina, había estado andando con el trasero pelado. ¿Te gustó? Más o menos, maestro. ¿Por qué más o menos? Es que ha sido la primera vez, respondió con timidez. El autista lanzó una carcajada y le dio unas palmaditas en el hombro. Entonces quiere decir que tengo que festejar tu desgarrada, desde ahora me vas a llamar padrino, ¿a los doce, no? Trece, padrino. Bah, ya estás viejo, a los doce yo ya tenía mi querida que era hermana de mi madre, quiero decir mi tía. Vamos a chuparnos en la Ranchería un té-macho, ya que la forzadita fue gratis. Acostada en la arena movediza, Yolanda se incorporó lentamente y contrariada se sacudió el vestido. La cabeza le daba vueltas. El cuer-

po lo sentía adolorido, los riñones machucados, como si una aplanadora le hubiese pasado por encima. La ciudad quedaba allá lejos, donde las luces mortecinas aparecían temblando, mustias, téticas. Ah, concha-su-madre, protestó. Se arregló el cabello desordenado y se limpió el rostro de salivas viscosas con la manta de lana. Despacio comenzó a caminar sobre la noche desamparada, empujada por el viento.

SANTO DOMINGO, 16 (AP). El general Rafael Leónidas Trujillo, quien en el corto tiempo de una década, logró convertirse de simple particular en el más alto jefe del ejército dominicano, se hizo hoy día cargo de la presidencia de la república. El general Trujillo cuenta apenas con 39 años de edad y es por lo tanto el presidente más joven que ha tenido hasta ahora Santo Domingo. Hasta hoy gobernaba provisionalmente la nación el licenciado Rafael Estrella Urena que fue vicepresidente desde el "movimiento cívico" que obligó al presidente Vásquez a renunciar al poder en el mes de febrero. Castro Urena es vicepresidente de la república en el nuevo régimen.

Washington, 16 (AP). El presidente Hoover cablegrafió hoy al nuevo presidente de Santo Domingo, general Trujillo, expresándole sus fervientes votos por el progreso de esa república y por el éxito de las labores del nuevo gobierno.

ANTES DE que el tren del sur anunciara su entrada a la ciudad, los agentes de la Intendencia coparon los andenes de la estación. Se alarmó el gentío que transitaba a lo largo de la vía. Llegó el tren y con las manos atadas por fuertes ligaduras se apearon de las bodegas varios hombres vestidos de overol. ¡Apurarse, apurarse!, ladraba Phiñamaki. Desde las puertas carabineros montados a caballo escoltaron a la romería que se formó y tomó la ruta de la Recova de Abajo. Se desprendieron de la cama caliente donde se deleitaban y desde las puertas

de la tienda vieron lo que acontecía fuera. Ella estaba pálida y ojerosa, anoche en la fiesta casera de sus comadres de Caja del Agua había bebido, comido y más que todo divertido de los afanes sentimentales de los abogados bautizados con agua de chuño mientras Valentín discutía campante con sus amigos. *Qhelkeris chuñu yakuwan bautiskasas!* Los guateques eran la razón de su vida, el halago, la caricia, siempre y cuando ella se constituya en figura central, sino los abandonaba con aspavientos. Mira, creo que es el Chirino aquel que está en la segunda fila. Y él sí, has como si no lo conocieras, Eulalia, son mis reenganchados convertidos en subversivos. Y ella está mirando, pues, creo que quiere decirnos algo. Y él no insistas, es peligroso. Y ella nos está haciendo señas con sus manos amarradas. Y él ya deja de joder la paciencia, che. Atrás, en desorden, tropezando iban en seguimiento cholas e indias, con los niños dormidos en las espaldas. Reconoció a Maruca Chalco y su hijo Josesito. Parecía para Valentín un tema más del carnaval de la ciudad. Están yendo a quemar sus esperanzas sediciosas ante la Mamita del Socavón, falta la banda. El que juega con fuego siempre se quema. Disgustada Eulalia se volvió a la alcoba, actúa este asnachaki como si no tuviera sentimiento. Abrió sus puertas la funebrería y Ayaqhatati Quintanilla le saludó buen día de Dios, don Valentín. La procesión llegaba a la Plaza Grande, en el trayecto aumentando el caudal de curiosos. ¿Y de dónde sale tanta gentuza? Vestido con su mejor traje oscuro como para un entierro, Ayaqhatati sonreía complacido. El también engrosaría a la muchedumbre de almas indagadoras. Habrá cualquier cantidad de difuntos y se precisarán muchos ataúdes, don Valentín, dijo estrechándose las manos ante la perspectiva —milagrosa— que se pintaba. Observó si no había algún amigo para acompañarse. No, todos eran los andrajosos que pululaban alrededor de la recova, aparapitas, phisus y pampinos. Bueno, bueno, se persignó, ya lo encontraré al inefable Pancho Franechevich. Tiempo atrás, cuando instalaba su negocio, la mejor tienda de la ciudad, el yugoslavo que se consideraba pasajero en tránsito hacia la eternidad, le adquirió el ataúd más caro y se reservó un nicho en el cementerio, cerca a la galería de notables. Ahí descansarían sus despojos. Y de ese

modo se hicieron amigos. Colgado en la pared del dormitorio, al lado del ropero, lo bajaba de vez en cuando para desempolvarlo y en su interior renovar las gastadas pastillas de naftalina. El día que te entre la polilla estás listo, le decía Bakovich sonriendo. Y Franechevich le respondía cuando quieras que yo asista a tus funerales me avisas por intermedio del sepulturero municipal para hacerte los servicios de lo mejor. Los yugoslavos de la ciudad reían del humor negro de los paisanos.

- Deberían haberlos traído de noche en carretas, ¿no te parece, Eulalia?, y entrar por los Arenales sin causar la alarma de nadie.

Preguntó ella por la suerte que habría corrido su medio hermano, Damián Surco.

- Pucha caray, no sé por qué te preocupas tanto por él, ¿te gusta? Ya debería estar preso y a mí me agradaría que le sienten la mano, por lisote, para que aprenda de una vez a ser hombre razonable. Dicen que se ha metido de frente con una pampina menor de edad. Muchos policías, amigos míos, le están siguiendo los pasos y el rato menos pensado lo van a poner a la sombra.

Los cautivos entraron a las oficinas del palacio prefectural. Enterradores eminentes, Ayaqhatati Quintanilla y Francisco Franechevich no se perdían las exequias de ningún difunto de la ciudad. Vestían de luto solemne como el doctor Salamanca, entretanto el yugoslavo decía palabras de circunstancias a los deudos y amistades Ayaqhatati hacía cuentas de lo que estaba ganando con su macabro oficio. Su vocación se había manifestado desde muy temprana edad, en su pueblo de Sepulturas, cuando veía cómo los niños muertos desaparecían en el camposanto de la altipampa despedidos por alegres cacharpayas. Se mostraban encantadores en el duelo con alitas de papel de seda o escaleritas de cartón para trepar al reino celeste. Apareció el coronel Alegría al mando de un pelotón de soldados y dispuso se dispersaran los curiosos de las puertas del palacio. Los cautivos eran recriminados de su mala conducta por el prefecto. La Junta Militar encabezada por el general Blanco Galindo que sabía de sus deberes cívicos en el momento, de no dar vía libre al caos, ya tenía dispuesto

todo lo que tendría que hacerse con ellos. ¡Sentar precedentes con toda la firmeza que da el amor a la patria y sus símbolos! Pocos muertos sirven para evitar muchos muertos. Aparecieron nuevamente los cautivos como toros mancornados. ¡Cuidadito con intentar escaparse, porque podemos tostarlos a tiros!, les prevenía el colérico Phiñamaki. Subido sobre la tortuga de la plaza, al lado de los perezosos, el cóndor amaestrado observaba impaciente. ¡Tenemos carta blanca! Les indicaron el camino de Chiripugio. ¡En fila india! Y con voces de escándalo los presos denunciaron que los llevaban a Papel Pampa para fusilarlos. ¿No decía yo?, Ayaqhatati Quintanilla sonrió. ¿No auguré que éstos iban a adelantarse al último viaje? La muerte anticipada, una sensación de estupor se elevó de la multitud de allegados y curiosos. ¡Nosotros moriremos por la justicia social pero ustedes, por favor, cuiden de nuestros hijos! Los enmudecieron con los bastones. ¡So habiador! Lanzando chillidos las cholae indias cayeron de rodillas y todos -instintivamente- imitaron la actitud. ¡Clemencia, señor prefecto! Con miradas desdeñosas las autoridades observaban desde los balcones del Palacio. ¡Clemencia, señor prefecto! Orqho Maria vociferaba, ésta era una de las calamidades pronosticadas por el Obispo en el cerro del Calvario. Solidarias siempre con los zafarranchos de la ciudad, estaban presentes las pampinas del Refugio de Repatriados. ¿Dónde se ha metido esa cabra traviesa?, decía Yolanda buscando a Fresia. Veía una oscura constelación de mujeres, sin rostros definidos y en un delirante vocerío que se elevaba al infinito, como plegaria. Impasibles los hombres se colocaban detrás de la procesión de los condenados a muerte. Y el pelotón de soldados con bayonetas caladas. ¿No decía yo?, recitaba Ayaqhatati Quintanilla, aquí habrá cualquier cantidad de apremiados por el imperativo de la tierra. Ya estoy viendo la ciudad esparcida de funerales, Dios mío, haz que me vaya bien, aunque sea por esta única vez. . .

EN LOS DIAS que yo regresé a Las Segovias, ocurrió el combate de Chinandega, dado por el general Francisco Parajón. Con motivo de

ese combate, las fuerzas enemigas habían debilitado en gran parte las plazas de El Ocotal, Estelí, Jinotega y Matagalpa, cabeceras de los cuatro departamentos de Las Segovias.

Rapidamente me extendí sobre Las Segovias con aquellos pocos fusiles y el enemigo evacuó de golpe los cuatro departamentos de referencia. El combate de Chinandega resultó favorable para el enemigo y recuperó las plazas de Matagalpa y Jinotega. No pudo hacer lo mismo en El Ocotal y Estelí, donde ya se sentía la presión de la columna a mi mando y la de Camilo López Iruas, con quien operábamos independientemente.

En El Ocotal tuve una entrevista con el general López Iruas y convenimos en que él controlaría el departamento de Estelí y yo el de Jinotega. Estelí fue controlado pronto sin ningún esfuerzo, porque no había enemigo. Yo controlé el departamento de Jinotega, menos su cabecera. Me campamenté en los llanos de Yacapuca, a dos leguas de la cabecera departamental. En los llanos de Yacapuca sostuvimos tres encarnizados combates en los cuales conseguimos las más gloriosas victorias por parte de nuestro ejército. Mi columna aumentó en hombres y armas.

LAS CONSIGNAS estaban desparramadas de boca en boca. Al llegar a Papel Pampa y el momento en que el piquete de fusilamiento se dispusiera a tirar actuarían sin dilación. Sería el momento culminante del estallido letal de los furiosos. Los confabulados acariciaban los puñales ocultos en las sombras de sus chaquetas. Les abrimos la guata y les sacamos los chunchules sin problema po, susurraban. En Agua de Castilla todos sintieron la picazón del sol de mediodía. Las casitas de techo bajo de los indios de Chiripugio fueron perdiéndose y aparecía la pampa en la plenitud de su inmensidad, tendida entre círculos de horizontes azules. El viento norte de vez en cuando asomaba activo e irritable. Al frente, alejado y remoto el Cerro de la Vibora. El gentío se acrecentaba cada vez más. ¡Están yendo a fusilar obreros para escarmiento de agitadores! Aseguraba el coronel Alegría que en todo

tiempo el populacho era sádico. Quiere ver un espectáculo sangriento como si se tratara de la inocente representación del primer vuelo de aeroplano de Juan Mendoza y Chaja Mardesich. . . No durmió la ciudad pensando en el pájaro de aluminio que surcaría los aires immaculados del altiplano. Apareció inconmensurable, con reflejos de plata en sus lomos, evolucionó por encima de las casas rompiendo a su paso los vidrios de las ventanas y amenazando de mal parto a las mujeres preñadas. Aterrizó en el aeropuerto natural de Papel Pampa y fue un delirio con papel picado, medallas de oro y flores, porque se creía que en el altiplano los aeroplanos jamás ascenderían a dieciséis mil pies de altura. Cada uno tenía su hombre marcado. El coronel ordenó levantar postes de gruesos callapos. Con fruición luctuosa Ayaqhatati Quintanilla contaba a los condenados. Con los auxilios de la santa religión católica y la bendición papal han dejado de existir los que en vida fueron. . . Varios son los que están en picota pero no creo que los hagan bererén a todos. En caso de que fueran diez, digamos, tendré que multiplicar 2,40, el precio por unidad y aumentándole un cero me resulta 24,00 y si fueran veinte sumaría 24.00 más 24.00 que me darían 48,00 redondos. Si le aumentara quince más por cajón, que no es mucho pedir, alargaría el elástico, o sea 2,55 por veinte, aumentándole primero un cero me daría 25,50 y sumado por otros 25,50 serían 51.00, clavados. Y como la prefectura responde por la fantasía de los funerales, ya que ella los está despenando, tendría que ver la posibilidad de aumentar otro tanto más para regalarle su comisión al tesorero, del mismo cuero salen las correas. Sin aceite no marchan los motores, tendré que charlar con el cajero antes de preparar recibos y facturas, tres copias y un original que son de rigor. Pero ahora el problema radica que no tengo en existencia veinte cajones, apenas trece, sin pintar, entre finos y ordinarios y no es justo que tengan precio único. Tendré que echar mano de los carpinteros de la Ranchería. En la Misericordia los muertos pueden esperar un par de días el homenaje de una sepultura cristiana. Ante la mirada desolada de la multitud clavaron gruesos postes en el duro suelo y apicaron en su derredor piedras. Enardecido el sol mordía las carnes de los hombres sorprendidos en sus propósitos homicidas. ¡Apurarse mostrencos! Cuando Fresia apa-

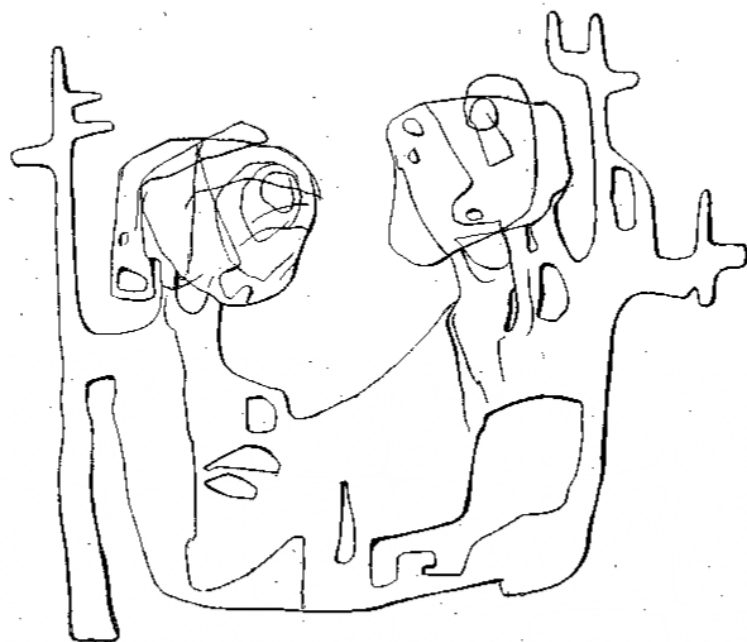
reció con una jarra de agua y un vaso, los condenados ya habían perdido las esperanzas de su salvación. La detuvieron los agentes de seguridad pero ella insistió es agua, sólo agua, coronel Alegría. Las protestas de la multitud se dejaron oír. El padre Cleómedes intercedió. Y uno a uno fueron bebiendo, les chorreaba el líquido por las comisuras. El más viejo le besó en las manos nos reconforta, niñita. Y en respuesta Fresia le susurró lo que dijeron que dijera mientras no está perdido-todo-nada-está-perdido. Ah, comprendo. Y a Chirino en el oído Damián está con los compañeros. La luz de la esperanza se iluminó en los ojos de los martirizados. No nos van a dejar morir impunemente. ¡No-te-des-por-vencido-ni-aún-vencido! Atención al santo y seña: Damián Surco matará al coronel Alegría. Pasaron lista a la primera partida de condenados. Rezaba en latín el clérigo de la Matriz. Y el funebrero meditando en las proyecciones del negocio. Por un tiempo se aliviarán mis desvelos de todos los días y noches esperando la defunción de este o aquel vecino con un pie en el estribo. Ahora perecerán de golpe y porrazo tantos. ¿Por qué no se apresurarán los mostrencos y así acaba de una vez la *cacharpaya*? Me está enfermando la espera porque me encuentro solo, Franchevich debe estar con los piojosos pampinos, a éstos también había que ponerlos en brete. Cuando Damián fue a situarse detrás del coronel Alegría con la mano enfriada por el cabo del cuchillo de hierro, apareció un automóvil envuelto en una nube de polvo. Se formaba el piquete de ejecución. Dos funcionarios de la prefectura se precipitaron sobre el jefe militar, entretanto los confabulados se preguntaban por qué aún Damián Surco no atacaba. . . . ¿Esperaba que los maten a los compañeros? Meditabundo el coronel parecía medir la magnitud del momento y después con voz tonante dio la orden de suspender el fusilamiento. Un clamor de alborozo se elevó de la multitud. Sorprendido de esta actitud alevosa, Ayaqhatati Quintanilla le preguntó al coronel qué es lo que había acontecido. Yo no puedo dar explicaciones a nadie, le respondió airado, soy nada más que un soldado que cumple órdenes superiores. Apareció por Chiripugio la bulliciosa muchedumbre de mujeres -cholas e indias con los niños en las espaldas- que se había quedado en la Plaza Grande. Informó Maruca Chalco que el prefecto había accedido a perdo-

narles la vida y a cambio desterrarlos a las selvas del Chapare, esta noche mismo partirán. Estábamos dispuestas a tomar la prefectura y la Intendencia de policía, así todo el mundo hubiese sabido cómo son de corajudas las mujeres de las minas cuando se disponen a luchar por los padres de sus hijos. Y Orqho Maria los santos del cielo me perdonen por mis malos pensamientos, el Intendente se ha salvado de mis manos, porque sin pensar dos veces, con gusto hubiera entregado su alma a Lucifer, príncipe Belcebú. Ayaqhatati Quintanilla lanzó un escupitajo y se marchó diciendo entre rotundos carajazos que la cobardía en el país se había impuesto una vez más.

SE LEVANTO ANTES DE QUE CLAREARA EL DIA. TENIA INSOMNIO y no podía tolerar la cama hasta la salida del sol. En Quillacas había mucho que hacer. Con la caída de Hernando Siles su casa de la ciudad había sido devastada por un huracán de chusma comunioide instrumentada por sus enemigos políticos y él escapó —milagrosamente— disfrazado de indio, ahora esperaba la amnistía prometida. Para los milicos invictos y radiantes, que han vuelto a sus idolatrias, los civiles somos limones exprimidos, decía. Los parientes cercanos, consternados de su destino público, le recomendaban de buena fe que cambiara de chaqueta. Querido Glicerio, no te olvides que el ingenioso Talleyrand ha dicho que en política se llama traidores a aquellos que no cambian de opinión a tiempo. Pues aún había tiempo para cambiar, hacerse partidario del militarismo predestinado, de los gendarmes de la Junta Militar que restauraron el *ancien régime*, aunque no lo sienta íntimamente como Zambrana, Alexander y otros trepadores. Tu sobrino que es ayudante del ministro de Guerra te puede ayudar... Y tú no serás la excepción en la historia. Le mortificaban piensa en tus hijos, en tu mujer, en tus propiedades. Siles —con Toró, Banzer y Kundt— se ha llenado de dinero y no hay día que en los bancos no encuentren, en nombre de éste o de sus allegadas, fabulosas cuentas corrientes y tú, manirroto y farreador, apenas te has hecho de migajas y despilfarrado donde las mal llamadas vaginas de oro, korichipilas del fango dorado. Antes de que se perdiera el lucero del alba llamó al jilacata de la hacienda y le pidió designe al ponguito más aguerrido para

que traslade a la ciudad un inmenso cántaro de leche recién ordeñada, ya que la sierva mittani que hacía el menester estaba enferma con calenturas de trópico. Es de la contrata para el rancho de Pickering. Se podía despachar en burro pero mejor era el indio, así se ahorra la locomoción animal. Glicerio, fuiste liberal de izquierda, saavedrista, y tampoco sacaste nada y la Guardia Blanca de los montistas casi te mata a palos. . . Sentado a horcadas el indio fue atado al cántaro de leche. Cuidado que lo echas, choy, ahí sí que te mato a guascazos. La recomendación imperiosa. Procura llevar con cuidado, a paso de cuadrúpedo, porque rebalsa. Se irguió con dificultad ari, tatay. Y lentamente se alejó de la hacienda. Sonrió Glicerio Reinoso y volvió a sus quehaceres habituales junto al jilacata. Tamayo había propuesto a la Junta Militar la Ley Capital; si un tirano detentara el gobierno todos los poderes constitucionales se hallaban autorizados para juzgarlo y condenarlo. Y cualquier ciudadano ejecutarlo. El derecho al tiranicidio. El poeta de la cicuta y las hortigas, pensó socarrón, está igual que la wajcha Clarita, en la desolada tarde al claror de un sol que no arde me vuelve el amante alarde aunque todo dice es tarde. Estos días le había causado viva indignación el mitin que realizaron los paceños con ayuda de los estudiantes revoltosos. Después de obtener de los milicos la autonomía universitaria solicitaban la abolición del pongueaje. ¿Ellos saben lo que cuesta un indio?, se dijo observando la casa de hacienda. ¿El indio responde a la inversión que uno hace en la finca? ¿Al sacrificio de mantenerlos? A esas doce mil personas, que llenaron más de diez cuadras, según *La Patria*, la policía debería correrlas a bastonazos, no sólo por alteradores del orden público, sino del equilibrio tradicional e institucional del país. ¿Abolviendo el pongueaje, hoy garantizado por leyes inmanentes, de dónde se sacarán los chuños, ocas y papas con que se alimentan los mismos perturbadores? Son los activistas infiltrados los que promueven las algaradas. Doce mil personas multiplicadas por nueve departamentos, dan exactamente ciento veinte mil electores. Y sus preocupaciones se sumaban. Para escalar al poder se precisan cuarenta mil votos, en el mejor de los casos, se dijo. ¿Y? Y el peligro extremista estaba —democráti-

camente— en las narices de la nación. El indio vio cómo el día consolidaba su presencia en la pampa, desnuda de vegetación. Para él no constituía sacrificio alguno ganar distancias remotas, desde siempre habíase entrenado en esa docilidad de caminante del alba, junto a sus padres con tercios de leña rajada en las espaldas. Sentía el ruido de la leche que burbujaba en la bombona, ni una gota escaparía porque estaba bien afirmada, con chipadura especial. Desde las alturas de Obrajes ya divisaría Los Arenales y tramontadas aquellas llegaría a la ciudad y derecho al rancho de Pickering. Cruzando el puente del Tagarete observó que en las grietas de la altipampa costrosa varios hombres parecían descansar acurrucados. No eran indios. Siguió caminando con integridad, como quien no se da por enterado. Empero, como resucitados fueron emergiendo poquito a poco y al paso rodeándole en silencio. Atrás y adelante, en los flancos. No decían nada, pero sí lo miraban con ojos crueles. Todos los grandes estadistas de la nacionalidad fueron grandes afincados con pongos porque entendían que la libertad particular se disfruta a base de la servidumbre general. Quillacas le permitía a Glicerio Reinoso reflexionar con serenidad sin apresuramientos negativos ni demagógicos. La problemática nacional no era de banderas y holocaustos políticos sino de la defensa incorruptible del sistema. Así lo estimaron los próceres y en función de ese principio actuaron desde la fundación de la república, principalmente Olañeta, quien no fue un Fouché como pretenden los iconoclastas sino un político clarividente, sagaz y puro. ¿Cómo no entender ese sencillito teorema? Las fincas sin pongos son como las minas sin mitayos. ¿O se quiere que los aborígenes tomen para sí las propiedades? ¿Y sabiendo qué? Si no se diferencian en nada de las bestias del campo: comen, defecan, duermen y procrean sin mayores horizontes. Sin los hacendados los pongos comerían pasto. Rodeado el indio ya no pudo dar un paso más. Uno de los hombres descubrió un cuchillo largo que lanzaba destellos de luz pero otro le retuvo la mano y sin perderlo de vista se abrió paso armado de un garrote. Se acercó con cautela de serpiente, levantó en alto y con fuerza lo descargó sobre su cabeza. ¡Uy, tata! El golpe fue atroz, pero el indio trató de no perder equilibrio para no derramar el contenido que gorgoteaba espantado



dentro del cántaro. Había perdido la tierra su armonía, se movía de un lado para otro y él balanceándose como un badajo, incapaz de contradecir las instrucciones del patrón . . . Esperaban sus atracadores que cayera inerte, de bruces, pero, evocador de obediencias, prefirió sentarse como cuando el Supay manchana se dispone a retozar. En el suelo con las piernas separadas, dolorido y cansado. Se palpó la cabeza y no podía comprender el por qué de su profunda hendedura. Tattay, gimió acongojado. Y la pesadez de su cansancio hizo que ya no levantara más la cabeza. Los hombres que lo rodeaban recién se animaron. ¡No se ha derramado ni una gota! Chitas, qué manera de hundirle la calavera sin que brotara sangre. Los pongos no tienen sangre, son como las polillas, po. Es que los terratenientes feudales les chupan todas las sangres. Sí, po, desde milenios . . . Divorciaron el cántaro de las espaldas del caminante del alba y se lo llevaron a tranco largo. Abandonado en la pampa, el pobre indio contemplaba con ojos obsecados el paisaje prisionero de la penumbra. Rememoró Glicerio Reinoso sus primeros balbuceos políticos en la Universidad, cuando su simpatía militante por el republicanismo de Saavedra desembocaría después en el nacionalismo de Siles. Aquella época descarnada en que hizo crisis el llamado problema-indígena debido al influjo de la sublevación de Jesús de Machaca. Soñaban los hijos del sol con la organización social del Incario y el ejército se encargó de disipar a tiros los sueños. Saavedra entonces aconsejaba con precisión de visionario lo que debemos hacer con la raza indígena es encauzarla en una colonización civilizadora y humana, sometiénola a una legislación autóctona, como lo han hecho los ingleses en la India . . . Leales a la consigna de la madrugada, los salteadores llegaron al Refugio de Repatriados y repartieron la leche de Quillacas. Por no pecar de indiscreción, la multitud de indigentes ni siquiera preguntó de dónde provenía tanta bondad. Recibió Yolanda en una olla de barro y cuando su marido bebió el primer sorbo sintió náuseas, pero después le agradó. Es leche pura, con sapidez a sangre, manifestó, no está mal. Al instante cayó abatido por un sopor que no pudo resistir y durmió profundamente, sin toser. Así recuperará y sanará de seguro. Y apareció Fresia en el cuchitril.

¿Tomaron ya su leche? Hola, Fresita, ¿cómo te está yendo? ¿Qué dice tu cabro, sigue pololeándote? Y ella sonriendo le extendió un sobre que decía en la cubierta manuscrita *Señora Yolanda*. ¿Una carta para mí?, se sonrojó. ¿De quién? Había dos pesos nuevecitos. ¡Uh, y tanto dinero! Pero, ¿quién diablos te lo dió? No puedo creer. ¿Para mí? Le explicó que fue un cabro chico. ¿Y cómo era él? ¡Un cabro chico po! Salieron a la puerta que daba a la calle y no había nadie. Qué raro, pero muy raro, Fresita, parece cosa de brujos. ¿Y qué te dijo el cabro al entregarte? Me preguntó por ti y yo le dije al tiritito se la llamo, pero él prefirió dejarme el sobre. Bueno, le contesté y ahí está, qué me iba a imaginar po que había dinero. . . Chita la payasá. No sería desoído Talleyrand. Reabrirla el doctor Glicerio Reinoso su bufete en la calle La Plata, frente a las fétidas fricaserías donde se ventilaban los juicios más engorrosos de la ciudad. Otra vez, para conjugar los pequeños sacrificios de soportar las miserias humanas que vienen siempre en desbordamiento de pendencias. Y como un anillo sin fin testimonios, declaraciones, registros, apelaciones, títulos, tierras, pongos, animales, linderos, mojonos . . .

LAS CAMPANAS de la Matriz anunciaron la hora 14 y su impaciencia aumentó. Desde la alcoba secreta advertía el ruido de automóviles y carretas que circulaban por la Plaza Grande. Miró por la puerta entreabierta. El cóndor amaestrado tomando sol con las alas extendidas y el pico atento. Nada aún. Anduvo de un lado a otro, como en el seminario a la hora del Angelus. Bebió un sorbo de vino, una sensación deleitosa le recorrió por el cuerpo. Arrojó sus sandalias y se recostó en el canapé. Sus ojos quedaron fijos en el cielo raso. La última temporada de lluvias había dejado manchas de humedad. Colgaban en las paredes imágenes del vía crucis y un hermoso e imponente alto relieve de Jesús, con un corazón encarnado que resaltaba como seno de madre y atravesado por una espada. Así también sentía su corazón de yo-pecador, herido de muerte por una filosa daga. Se ahogaba. Regresó a observar desde la puerta. Otra vez el cóndor amaestrado. Suspiró pro-

fundamente. Después ¿Dónde dejó el destapador? abrió una botella. Ya está aquí, se dijo alborozado. En efecto, chirriaron los goznes de la entrada y ella le sonreía desde la puerta. Felipe... Puso el picaporte y quedaron en penumbras. Se tomaron de las manos que temblaban musitando palabras enternecedoras. En el canapé fueron acostumbrándose a la oscuridad. ¿Nadie te vio entrar? Nadie, respondió a media voz, dubitativa. ¿Y por qué te atrasaste tanto? Cleómedes estaba cerca de la entrada y no se movía para nada, tú sabes, es el paso obligado. Y yo disimulando rece que rece en el escaño, cerca del confesionario y luego en el reclinatorio. Cleómedes... ¿Cómo estás, sor Martina?, me preguntó cuando llegué apresurada y mirándome de un modo extraño, ¿bien? Hace rato que sus actitudes eran sospechosas, lo veía siempre atisbando con recelo. ¿No será que sabe algo?, pensó. Cuidadosamente le quitó la toca de lienzo blanco que le cubría la cabeza. Te está creciendo el pelo, mi *qholita* linda, tendré que raparte de nuevo... ¿Cómo te gusta raparme! La besó en la frente, en las orejas, en los ojos. Me enfermas, gimió, ah, me enfermas cuando me besas así. Y él sonriendo se te van a arrugar las vestiduras, quitate, por favor. Oíase en sordina los rumores de la calle. Palpitante de felicidad sor Martina bebió un sorbo de vino. ¿Aseguraste la puerta?, no sería raro que ese granuja meta sus narices hasta aquí. ¿Y tu hermana cómo está? Ayer la vi en la Recova de Arriba discutiendo el precio de las menudencias con las mañazas, es muy apasionada, discute por cualquier nadería. Le tengo miedo. Me vio y disimuló. ¿Nunca le hablaste de mí? Tengo la impresión de que cuando me ve se muestra incómoda, madrecita me dice y no sabe lo que pasa. Yo la saludo atentamente y no le doy motivo para ninguna sospecha, hablo de ti con tanto respeto y devoción que ella se conmueve, sin duda te quiere mucho. Escuchaba sonriendo, con las manos tomadas a la altura del mentón. *Morena soy, oh hijas de Jerusalén, más codiciable; como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón.* ¿Sabes lo que voces anónimas andan diciendo de ti? Que eres Obispo falomántico, mira si no es para reírse. Y yo seguramente la cofrade de la deidad fálica. El falo en los pueblos primitivos representaba el poder de la vida y la muerte, ¿verdad? Según Herodoto, era el objeto pío que a menudo se encon-

traba en los templos y en las ceremonias religiosas. Las estatuas de Osiris lo muestran siempre en erección, ya que así representaba el estado santo de la fecundidad. ¿Qué tal me ves así? Acuéstate, Martina. *Miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.* ¿Y tú? Se irguió Felipe y caminó sin sandalias. ¿Leiste el *Consejero Social*? Si, me pareció inaudito. ¿Seguro? Claro que sí, la apología materialista del adulterio. Dice que para todos aquellos matrimonios que se encuentran en crisis es aconsejable el quebrantamiento de la fe conyugal, el hombre y la mujer deben aprender las prácticas de la unión carnal con sus amantes y llevarlas a sus hogares como experiencia para que haya armonía en el matrimonio. Yo considero que la armonía del hogar cristiano reside en el mutuo respeto de esposos. O amantes. Ejemplo, tú y yo. Nos queremos y respetamos... Y el Obispo sonrió con expresión desdenosa pero no así a la Santa Madre Iglesia. Sorprendida la monja preguntó ¿Qué quieres decir con eso? Nosotros, desde el lado que quieras verlo, estamos en pecado y la Iglesia no nos perdonará. Depende del concepto que se tenga del pecado. ¿Qué es el pecado? Para mí, lo de nosotros, no es ningún yerro, es más bien amor. Puro, sublime, excelso, divino. El Génesis no en vano dice que Dios nos creó macho y hembra. Yo condeno el adulterio sin amor, Felipe, la fornicación sin amor y cualquier erotismo sin amor. Los mandamientos de la ley de Dios que dicen no cometerás adulterio, no codiciarás, no matarás, se resumen, por sobre todo, en amarás a tu prójimo como a ti mismo. Lo trascendental en la vida del hombre es el amor que humaniza y dignifica. Pero, Martina, ¿te olvidaste que yo soy sacerdote y tú religiosa? Yo no me he olvidado nada, Felipe. Para las fornicaciones, ha dicho el apóstol San Pablo, cada hombre tenga a la esposa y cada mujer a su propio marido... Evidente, ¿y ahora qué? Que ahora estoy casada con Jesús y tú eres su legítimo representante. Tú constituyes para mí el Dios-Sacerdote. *¡Venga a mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta!* El Obispo sonrió. *Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, tómame, amado mío, sé semejante al gamo, o al cabrito de los siervos, sobre los montes de Bether.* Ciñéndole el cuello con sus brazos, Martina le dijo en el oído yo soy tu sierva fiel, tu enamorada

más dócil. Y él respondió que le hablaría con franqueza. Ponte cómoda, así está bien, me encuentro un poco nervioso. . . *¡Qué hermoso eres, amado mío, qué delicioso!* Estas nuestras cosas prohibidas hemos alargado mucho más de lo previsto, Martina, y ya es tiempo de reflexionar. *Sírvete.* ¿Qué tienes, estás cansado? Quiero decir que esta situación es anómala, inestable. ¿Estás triste, Felipe, por qué pones esa cara? Te recalco, de pecado abyecto contra la Iglesia y peor ahora que Cleómedes entra en escena como atisbador. ¿Adviertes que estamos caminando directamente hacia el abismo? Estimo que ya es tiempo de meditar, Dios mediante, en nuestras actitudes, ya no somos chiquillos, hay que encontrar una salida a este embrollo capital en el que nos empantanamos sin el consentimiento del Señor. . . Y ella con la vista perdida en el vacío respondió que tal actitud ya la había presentado, llegaría en cualquier momento, porque últimamente su comportamiento era extraño. ¿Y quieres que te lo diga con franqueza? Tú ya no tienes para mí las consideraciones de otrora y si yo sabía que esto iba a ocurrir, así de repente, nunca me hubiese atrevido a ser un episodio más en tu vida. Tengo vergüenza, Felipe, me siento humillada. . . Ten cuidado con lo que dices. Mi familia no ignora nuestras relaciones, sabe por quién estoy vistiendo hábitos de monja. Uní mi voluntad a tu alma por estar al lado tuyo, escuchando tu venerable voz, contemplando tu idílica sonrisa y admirando tu solemnidad de elegido. Y tú decías será hasta que nos separe la muerte. Tenerte es la felicidad superior y, conste, no creo en el amor sexual como amor absoluto. El sexo es apenas el postre del banquete. Pero en esta vida es inevitable el sufrimiento. Yo envidio a la gente que ama, porque la comprendo, amar es también sufrir. A mí me ha tocado sufrir a mi manera, Felipe, llevar mi cruz. Y lo que acabas de decir, entiendo perfectamente, es mi crucifixión. Quieres deshacerte de mi presencia porque para ti constituye ahora un lastre incómodo. Te cansaste de mí. . . *¡Dímelo claramente!* Yo aceptaré resignada lo que venga de ti. Y Felipe con voz apagada por la emoción hablando como tú quieres, tendríamos que retornar a la vida ascética, vernos ya no a menudo sino pasados treinta o cuarenta días. Así nos será más sencillo burlar las acechanzas de Cleómedes y la mendacidad de quienes han comenzado

a lanzarme alusiones veladas. Por ejemplo, eso de falomántico es una muestra más de la cobardía escudada en las sombras. Hay que vivir otro mundo o ser como el avestruz para no darse cuenta de lo que todos están pensando de uno. Yo ya no puedo mirar de frente a nadie. Yo te quiero a ti, te amo y deseo, pero cómo explicarte, siento un terrible cargo de conciencia. No puedo consagrar a nadie si estoy en pecado, no puedo desarrollar mi ministerio. Y Martina esas tus palabras no dudo en calificarlas de fulleras, perdóname, no las creo en lo mínimo porque me he considerado siempre una religiosa sin limitaciones subjetivas. Creo ver, y esta que me perdone el Altísimo, que hay otra mujer entre los dos. Alguien que se ha interpuesto en nuestro camino. Te lo digo francamente. ¿Cómo puedes pronunciar tales blasfemias, Martina? Sí, así sencillito no mas digo las verdades. ¿No te gustan? ¿Hieren tus castos oídos de monseñor? Ah, ¿y sabes quién es la ladrona de amores? La generala de la Cruzada. El Obispo sintió encalambrarse, como sumergido en lo profundo del frío Tagarete. ¿Tú crees por ventura que yo no sé nada de tus cosas? ¿Crees que soy una boba del hospicio chupándose los dedos? No, Martina, articuló recogiendo sobre sí mismo. Yo defenderé lo mío, Felipe, lo que me pertenece. . . Temblando la estrechó entre sus brazos mi *gholita* pidiendo celos. Besándola dulcemente en los ojos, en los labios, en el cuello. Déjame, déjame, te digo, reclamó, cautiva de dolor y rabia. Ayayay, qué cruel eres, Felipe, me enfermas. . . Y cayeron juntos al canapé, estremecidos por una misma pesadilla.

LIMA, 25 (AP). Los militares, reunidos en el local del estado mayor del ejército, entre los que predominaba el elemento joven, acordaron constituir una Junta Militar presidida por el general Manuel Ponce. El personal de la Junta se dirigió luego al palacio de gobierno para poner en conocimiento del presidente Leguía tal determinación. Se espera que el presidente dimita su cargo.

Lima, 25 (AP). (Urgente). El presidente Leguía dimitió.

Lima, 25 (AP). El comandante Luis Sánchez Cerro, a su llega

da a esta capital, ha sido aclamado como el salvador de la patria y llevado en hombros hasta la municipalidad. Allí Sánchez Cerro hizo uso de la palabra agradeciendo al pueblo por la recepción que le tributó. Momentos después la muchedumbre cantó con fervor el himno nacional.

SE ASUSTO, su mulo de un día para otro se detenía en cualquier esquina sin aliento y por más que hacía restañar el cuero no daba un paso más. ¡Arre, machito, arre! Sus ojos se le pegaban, los párpados se le caían, chorreaba un líquido verdoso y fétido de sus ollares. No era cansancio, ni debilidad, ni agotamiento. Los vecinos le dijeron no te quieren Umalu Cayetano y el brujerío que te han echado ha caído al animal. Sonrió para disimular su miedo y apretó con fuerza las riendas. ¿Y ahora qué hacer para contrarrestar el maleficio? Déjalo que se consuma en el mulo, es tu única posibilidad de salvación. Pero mi machito es joven, mírenlo, recio, fuerte y rendidor, me costó veinte pesos adquirirlo en Huari. Estás entre la cruz y la espada y tienes que decidir tu suerte. Mi suerte siempre ha estado pegada a su existencia, como el caracol a su concha. Mugrienta, con los cabellos tendidos y desaforados e insólitos esfuerzos hizo el amor. Acezaba y jadeaba bajo el peso de Ignacio. Le dijo que mejor gusto no le daba estando sana y se durmió tranquilamente en la *jaithana* de la cama matrimonial. El perro que ve ánimas aullaba lastimoso afuera, sobre el cerro, frente a la luna, como presintiendo funestas catástrofes. Con la frente aún perlada de sudor frío, aprovechó el tiempo y el espacio para pasarle —cautelosamente— el cuchillo por la garganta. Pareció quejarse pero fue nada más que la continuidad del inveterado sueño de pesadilla que tenía. Ignacio fue leal con Orqho María hasta el último instante en que ofrendó su vida. El cuchillo lo había afilado con gran esmero para que no sufriera y además se había sometido al placer carnal con pasión de despedida. La sangre que salía a borbotones fue limpiado con prolijidad y después le envolvió la garganta con una bufanda como si padeciera de anginas. Apagó la vela y se entregó al des-

canso, hasta su completa y definitiva recuperación. Tuvo pena, mucha pena por su machito. Sabía que el mulo estaba triste, que el mulo lloraba. No durmió en toda la noche. Asustado y compadecido a la vez. Era la bestia más servicial de todas las que había conocido y tratado en su vida. Lo acompañaba en sus correrías por la ciudad con perseverancia y voluntad a toda prueba. La cabezada y anteojera con su canastita, bordeadas de flecos que colgaban del cogote. La retranca con sus presillas y la campanilla de bronce pulido. Se revolcaba en la pampa para aflojar sus músculos y retorciéndose patas arriba levantaba nubes de polvo. Lo amaba con vehemencia y en consecuencia sufría. El no había enamorado con nadie, no se había casado porque tenía una concepción especial del mundo. Misógino, no creía en la fidelidad ni en la amistad de la mujer. La vida era un juego con cartas marcadas. Cada uno es responsable de su destino y no me cuenten cuentos decía. Compró cebada fresca del almacén de doña Luisa para el corral. No creo que se me muera mi machito, es fuerte y tengo esperanzas que pasará su malestar. No escuchaba su impaciencia. Y su sorpresa cuando vio los candados destrozados, pegado contra la pared el mulo temblaba de espanto. Lágrimas enormes, como vidrios rotos le chorreaban por el hocico. Y él se indignó. ¿Por qué tanto ensañamiento contra este indefenso animal? Expresando palabras dulces de cariño quiso acercarse para acariciarle las crines pero el mulo disparó coques a las tablas de la cuadra. ¿Estás malhumorado, machito? Arrojó cerca la cebada, no quería comer. Miraba con su atisbo profundo y enternecedor de bestia acosada. ¡Si quieren hacer daño, háganme de una vez a mí, carajos!, gritó en la puerta de su casa. ¡Sí, como lo escuchan, pero no jodan a este pobre animal! Nadie le respondió y él, desairado por la indiferencia del silencio, sentado en el umbral de la puerta se dispuso a sollozar como un niño dándose golpecitos en las rodillas. Yo no lloro por mis padecimientos sino por mi machito que es más noble y humano que todos los hombres juntos. . . Los tres en cama: la enferma, el muerto y la tarada. Jugaba Opalalita con el cadáver, se reía tirándole de la bufanda que estaba pegada a la garganta. No le hagas así a tu papito, le decía Orqho María, respétalo, ¿no ves que está durmiendo el sueño de los justos? Hasta que llegó el ya-

tiri. ¿Cómo es posible que sigas en la cama y con la compañía del muerto si tú ya no estás enferma? y le llamó la atención, el difunto te va a comer. Y ella se levantó con hojas medicinales pegadas en las sienes. Evidentemente estaba sana, animosa, fuerte. El yatiri sentado en cuclillas, leyendo otra vez el mensaje de la coca sonreía. Dichosa la muerte se ha ido de tu casa y no volverá por mucho tiempo. Date por feliz, Orqho María, te has salvado. Dio de comer a los chanchos, a las gallinas, a los cobayos de pampa y al perro junto a Opalalita. ¡Coman, pero sin pelear, guay si me pelean, los mato a los dos! Todo resultó como estaba previsto, lo único que la molestaba era la desmesurada invasión de todo género de moscas. Parece la Recova de Arriba, decía, dejada de la mano municipal. No tardó en comprender que llegaban invitadas por Ignacio que seguía en la cama, en pleno descanso postrero. Había que deshacerse de él cuanto antes para que no despidiera el entusiasta olor a carne manida. En la noche seguía aullando el perro, empujado en el Pata de Gallo, frente a la luna. No durmió Umalu Cayetano, le atacó una fiebre despiadada y por momentos creía sentir que se hinchaba como una bola de billar. Le faltaba aire. Su cuerpo y sus ojos le dolían. Tengo la impresión de estar como el aviso de Geniol de la botica Inglesa, atravesado por clavos, tornillos y cuchillos, decía mirándose en el espejo. Bebió una infusión de coca que le alivió ligeramente hasta que llegó la claridad del alba. Yo no esperaré a la Inexorable en mi cama, indefenso por lo demás, que se desengañe si eso pretende de mí. Si quiere tumbarme que lo haga cuando esté trabajando, al pie de la carreta. . . Salió a la calle caminando extrañamente, a saltos, para comprar. ¿Creo que estás con calambres, Umalu Cayetano? cebada fresca de doña Luisa. Despacio abrió las puertas del corral para no sobresaltar a su machito. Arrancarle la cabeza, trozarle los brazos y piernas, extraerle las vísceras para llenar las ollas, los bañadores, los baldes y la paña le costó mucha dedicación, pese a su destreza y experiencia en aquellos menesteres. Es ni más ni menos que la llama, pensó. Su madre había sido experta en descuartizar auquénidos gigantes, tragaleguas y tenía la convicción de que eran más fáciles que los chanchos e infinitamente menos que las gallinas, los conejos o los peces del lago Titicaca. Las presas son más

grandes y lo único que tienen de malo es que ocupan mucho espacio en las bateas. La grasa de su marido —tenía muy poco el flaco— acumuló pacientemente para obsequiársela al yatiri. Es muy apreciada por los qharisiris. Separó la cabeza, las manos, el pene, los testículos y la vesícula del mártir para echarlos al Tagarete. Le resultó pesada y ardua la labor porque tuvo, además, que descuartizar dos chanchos. Mezclados lomos, espaldares, costillas, faldillas y cogotes de los chanchos y de Ignacio, fueron condimentados con sal, pimienta y ají. Después para cocinarlos llamó a un experto waykudor, indio de Pampa Aullagas. Quedó atónito por la sorpresa. ¡Dios de los santos! No podía creer Umalu Cayetano lo que veían sus ojos, se persignó y avanzó un paso más para ver mejor. Yacía la cabeza de su mulo lanzada en medio del corral. El cuerpo había desaparecido. Arrojó la cebada y salió gritando hasta la calle como un sapo amedrentado. Los vecinos, el boticario, el barbero Rendón y doña Luisa, ante su gritería destemplada, se aglomeraron de inmediato. Temblaba. ¿Qué te está pasando, Umalu Cayetano? Como no podía expresarse por el continuo e involuntario movimiento, señalaba el interior del corral con la mano que comenzaba a segregar sudor frío. En la esquina, en la misma puerta de la tienda de doña Luisa, Orqho María observaba sin perderse un detalle de todo lo que acontecía.

LLEGAMOS A LA FONDA SIN DESPERTAR SOSPECHAS. LAS mujeres que esperaban familia caminaban con tiento exagerando su estado y los ancianos desbordantes de chochera. Yolanda lo trasladó a su marido cubierto con una frazada gruesa que hacía de poncho ya que los atardeceres de la ciudad son extremadamente fríos. A la fracción mía le correspondió la fonda del chino Fabio y llamado en la realidad Wang Chieh o Wang Shih-cheng, no recuerdo bien. Pasen, nosotros atendel mejor, nos recibió entusiasta. Y a poco la fonda de la calle Cochabamba estaba repleta, sudando su olor a manteca quemada. Algunos comensales que no estaban dentro de nuestro esquema quedaron rezagados en la puerta esperando que les diéramos lugar, pero como estábamos colmados se aburrieron y marcharon rezongando. Qué raro que hoy día precisamente se llenen las fondas de vagabundos, parecían decir entre dientes. No todos éramos pampinos, desde luego, había cesantes de varios distritos mineros, artesanos y ex combatientes de guerras pretéritas. Se acomodó Damián en un extremo desde el cual controlaba el operativo. Yo, frente a él, tentada de sentarme a su lado. Mi hermanito el cabro chico se fue con mamá y el Viejo. Cuando nos preguntaron qué comeríamos, pedimos la minuta. Cabeza de cordero, asado con arroz, mondongo, bisteks, congrio, criadillas, carbonada, aji de patitas y no sé cuánta cosa más. Debíamos pedir lo que nos antojásemos, menos bebidas alcohólicas. De rato en rato lo miraba a Damián con mis ojos limpios y brillantes, como decía él que yo los tenía. Mi lindo... Sentía mi mirada y sonreía. De una

ventanita que daba a la laboriosa cocina salían los platos con aplicada diligencia. Parecía estar viendo una película de Carlitos Chaplín. Y el chino Fabio dando órdenes. Nunca había visto comer a la gente con tanta voracidad. A esa actitud el Viejo llamaba apetito de tiburón. Los primeros platos quedaron limpios de toda limpieza, ya no había necesidad de lavarlos. Casi todos los palomillas repitieron. ¡Qué atracón, por Dios! El marido de Yolanda daba pena, no tenía apetito. Apenas se sirvió la sopa de cabeza de cordero y los sesos aderezados con llajua. Yolanda sí parecía tener apetito y buen diente, se lamía y relamía los labios al comer. Y me estaba imaginando cómo las otras fracciones estarían cumpliendo el plan. Me serví estofado con arroz y media botella de soda Water. El Chino Fabio preparaba muy bien el arroz graneado, era su especialidad. A los calolina, mejor de lo mejor, decía sonriendo. Cuando terminamos nadie se movió y comenzó la sobremesa. Algunos pampinos sacaron sus cigarros sucrenses diciendo ahora vamos a hablar de negocios. Los vecinos notables se habían tomado la municipalidad y don Demetrio Canelas pedía al Intendente militar posesione de alcaldes a los doctores Justo Quevedo y Francisco Fajardo. En las próximas elecciones los palomillas decían que darían su voto por el candidato que pague mejor y otros respondían que eso era no tener conciencia-de-clase, como dijo Recabarren. Hay que dar el voto por el político identificado con los pobres. ¿Y qué político está identificado con los pobres de la ciudad?, preguntó alguien. Yo ya estaba nerviosa, el chino contagiaba su impaciencia. Se nos acercaba con cualquier pretexto y daba a entender que se debería cancelar la adición por el consumo. Sentí un ruido colosal en la calle, los caballos de los pacos corrían a todo galope. Pero ¿por qué? Las directivas que nos dieron fueron precisas: nada de violencia. Un pampino quiso salir empuñando su cuchillo y Damián lo retuvo, susurrándole calma, compañero, nosotros somos otra fracción, otra célula. Gritaban las paceñas que vendían coca en los almacenes los pampinos, los pampinos, como si las estuvieran degollando. Hay cada gente... ¡Nadie se mueva de aquí! El chino Fabio nos miró a todos, uno a uno, quizá tratando de penetrar en nuestros pensamientos íntimos. Se acercó con la lista de la consumición y pidió que canceláramos por fa-

vol y nos malchálamos de plisa. Todos, sin excepción, nos levantamos con serenidad y le dijimos que no teníamos dinero y no le pagaríamos, éramos cesantes. El chino sonrió. Creía que le hacíamos una broma y nosotros también nos sonreímos sin querer. Y en un instante todos reíamos en la fonda, sin poder contenernos, algunos hasta agarrándose la guata llena. Parco en sus actitudes, esta vez el marido de Yolanda reía y sus lágrimas resbalaban por sus mejillas. Máscara de espanto. Es impresionante ver a un hombre enfermo reír así. La verdad que nos desahogábamos de estar en el banco de la paciencia tanto tiempo. Después vino la calma chicha, terrible. El chino Fabio insistió —seriamente— que pagásemos. Y en el mismo estilo le respondimos. Casi se deshace en maldiciones. No debíamos hacer esto, reclamó una pampina que estaba a mi lado erupcionando de tanto haber tragado y yo le di un pellizco tal que lanzó un grito. ¡Cabra atrevida, huasa bruta!, me dijo. Con los mozos y cocineros armados de sendos cucharones el chino Fabio hizo llamar a la policía y llegaron los pacos en sus caballos que piafaban histéricos. Arrestados salimos todos, nadie escapó. Nos vigilaban tres bestias adelante y atrás cuatro. Cualquiera pensaría que marcharíamos por las calles avergonzados de vaciar la fonda, pero no, todos nos mantuvimos altivos y soberbios. Se informaba a grito pelado nuestra hazaña y la gente se reía de buena gana. ¡Qué vivos! Éramos un cortejo de orgullosos sinvergüenzas. Llegamos a la policía de seguridad y el comisario de turno nos miró con odio cruel, no había punto de comparación con el del chino Fabio que desfallecía. Cuando el Intendente vino a reprendernos ya estábamos reunidos en el patio con la primera fracción que apresaran y apalearan. Aún sangraban algunas cabezas por los bastonazos. Nos llamó la atención en tono reflexivo primero y después propuso que nos marcháramos tranquilos si delatábamos a los cabecillas de las asonadas. ¿No fueron los hermanos Moisés? ¿La Federación Obrera del Trabajo? Tentó infructuosamente de convencernos, no salió de nosotros una palabra de delación. Barriga-llena-corazón-contento-no-cría-ningún-mal-pensamiento. Entretanto seguían llegando más fracciones de desocupados que habían saciado su hambre. ¡Habrás visto semejante actitud, comer sin pagar!, decían enfadados los policías de gordura

tradicional. En el patio ya no cabían más detenidos. Pensé que seríamos pocos los que realizaríamos aquel operativo, pero éramos tantos que me parecía alucinante. No pude verlos ni al Viejo ni a mamá ni al cabro chico. Como siempre en las redadas habían caído varios inocentes y éstos no atinaban más que a decir que eran bromas pesadas urdidas por los pacos, estaban muy lejos de captar el verdadero drama que se agitaba detrás de la comedia. Anochecía. El Intendente se comunicó con La Paz y antes de liberarnos nos recomendó que no repitiéramos nunca más tal acto —indigno en un país civilizado— porque de lo contrario la justicia ordinaria caería sobre nosotros con toda su fuerza legal. En la calle fue el holgorio, comentarios y risas por todas partes. Con Damián nos fuimos a la Plaza Chica, adornada con pavos reales, tortugas, kantutas y manzanos. Colgados de los árboles dormían los perezosos. Nos sentamos a charlar contemplando a los patos de la laguna, al cóndor amaestrado. ¿Te gustan las kantutas, Damián? De cuando en cuando el pavo real de cabeza desnuda, cubierta de carúnculas rojas y cresta eréctil, hacía la rueda de plumas verdes con rizos de oro y azul. Se paseaba orondo, gozando de ser admirado. ¿Cómo le dicen aquí a una mujer que va a una fiesta y no puede bailar por falta de pareja? ¿Está planchando? No, está comiendo pavo. Había retornado la tranquilidad a la ciudad. Y advertí que Damián me miraba de un modo extraño a los ojos, con un fulgor que no había visto antes. Me ruboricé como una candorosa cabra chica, como quien dice, a propósito, se me subió el pavo. Creo que de veras se estaba encamotando. Yo lo aprecio mucho, lo admiro, veo en él a un hombre de ideales puros y por su corazón bondadoso puede conquistar lo imposible, pero ¡que yo sea la novia! dista mucho, no obstante que el tiempo pasa y la vida sigue. ¿El futuro? Quién sabe lo que nos depara el futuro. ¿Ilusiones? Es lindo vivir de ellas, pero siempre falla algo. . . El aire se impregnaba cada vez más de la fragancia de las kantutas crepusculares. Le dije que nos marcháramos, en el cielo el astro de la noche ya está encendido. Y caminamos lentamente con dirección al refugio sin decirnos palabra.

BUENOS AIRES, 6 (AP). A las 11,30, más o menos, el jefe de la revolución, teniente general José Félix Uriburu, dio en El Palomar la orden de iniciar la marcha sobre la capital federal y con un toque de clarín que conmovió visiblemente a los presentes; se vio a los cadetes de las tres armas perfectamente pertrechados con todos sus elementos. El director del instituto, coronel Reynolds, encabezó las acciones de la escuela, a la que acompañaban dos bandas de música. En un automóvil se ubicaron el general Uriburu y otros jefes militares que formaban su estado mayor, escoltados por cadetes que mantenían comunicaciones con todas las fuerzas. Además, engrosaron la columna muchos automóviles ocupados por jóvenes universitarios, médicos, abogados y otras caracterizadas personas vinculadas a la vida partidaria del país, en su mayoría armados con fusiles de distinto calibre, pistolas y revólveres. El teniente general Uriburu al dirigirse a la multitud que lo vitoreaba en Plaza de Mayo, manifestó que el ejército de la patria había cumplido su deber al echar del poder a un gobierno corrompido.

Buenos Aires, 6 (AP). Una multitud asaltó la casa de Hipólito Irigoyen, destruyó los muebles, quemó papeles particulares y arrojó a la calle un busto del ex presidente arrastrándolo mediante sogas a lo largo de la calle Brasil.

¿POR QUE estai triste, Consuelito? El negocio está una mierda, respondió mirando el salón desierto, ni ayer ni hoy han venido clientes. Dispuso que trajeran los braseros de invierno y la criada carbón de la tienda de la esquina. ¡De doña Luisa! Hay un poco en la cocina, Consuelito. ¡Niñas, a practicar el sahumero! Y las divertidas pupilas reclamaron si no hay machos pa qué nos vamos a calentar los traseros. Precisamente por eso, y les explicó a las neófitas la trascendencia eminente de las supersticiones. En las casas de remolienda de Santiago, generalmente por la estación central, cuando escasea la clientela, encienden braseros y realizan ceremonias. Con las faldas arremangadas pasan varias veces por encima de los carbones encendidos en forma de cruz, repitiendo



Que entre el bien
y salga el mal
así como Jesucristo
entró en Jerusalén.

Y aparecen los rotos como moscas a la miel. Así también invocan las garzonas de los restaurantes populares, solamente que en vez de braseos utilizan limones partidos por la mitad a los que aplican cuatro palos de fósforos con los que aquéllos toman la forma de chanchitos. Pero esta vez ni con los recursos fetichistas la alegre casa de remolienda tenía clientela. Creo que tu fórmula está fracasando, Consuelito, dijo Gloria, porque estamos ciertamente como harina que no se amasa. O pan que no se vende. Otra vez de pie, tras del mostrador, Consuelo lanzó sus imprecaciones. Ahora todo me saldrá mal, está visto que tengo un chuncho en la vida. Lloraba Regina, todo el día encerrada bebía y disputaba. Cuando ayer apareció tu viejo, me había levantado ese instante y no sabía si reírme o mandarlo a la mismísima por la facha que lucía, como al decir que yo era una pura rotosa. ¡Venir disfrazado con bastón, levita y tongo, por la chita que me cae mal la gente empingorotada! Me ha rogado de rodillas, no te miento, de rodillas que te deje. Al fin y al cabo padre. Me ha hablado horas. Las mujeres de su estirpe, señorita Regina, atraen a los jóvenes por sus encantos y los retienen por sus vicios. ¿Y por qué tengo que sufrir estas humillaciones?, decía entre mí. Tienes que comprender que nuestra vida no puede continuar así, torturados por la felicidad imposible. Así que no es más, te pones en camino por tu lado y yo por el mío. Y el joven con lágrimas en los ojos ¡Cuán infeliz me sentiría al verme abandonado! le pedía que no le dejara. ¿Si consiguiéramos dinero y nos marcháramos a Chile? Por favor ni menciones mi patria. Entonces puede ser Perú, donde no te conocen... ¿Dónde no me conocen lo que soy! Pachacho, me aferré a ti nada más que por boba, yo buscaba un pije que me haga feliz. Sí, no lo niego, como una buscona a quien se la puede hacer suya en cualquier momento, a pesar de vestir bien y no ser mal parecida. Gustaba tanto de coquetear, porque la coquetería dicen que es la mejor defensa de la mujer. Era mi anhelo un médico o

un abogado, no importa mapuche, pero sí profesional. Y tú te cruzaste en mi camino. Y de esto hacen varios años. ¿Te acordai? Lo mejor de mi juventud. Prestame tu pañuelo po. Y tú siempre engañándome no diré con otras mujeres porque faltaría a la verdad, pero sí con que voy a conseguir trabajo en los ingenios de San José, nos vamos a ir lejos, te voy a sacar del salón. Y encima tus padres desprestigiándome por todas partes, diciendo que te corrompo, que no te dejo estudiar, que te he embrujado con hechizos araucanos y tanta cosa, como si les constara. ¡Por la miéchica, yo haciendo el papel de prostituta enamorada y todos riéndose de mí! Y tú güevonazo, que no tienes pantalones para definir la situación. Eres un cobarde. Sí, un cobarde que mereces que te defequen todos. De qué te sirve tu juventud, tu inteligencia, tu carácter...

Que entre el bien
y salga el mal
así como Jesucristo
entró en Jerusalén.

Sí, yo te busqué, no niego mi responsabilidad, después que reñimos por aquellos tus celos infundidos, pensando que habrías reflexionado y serías mi protección. Con esta experiencia prometo no buscar otro lacho, me tragaré mis orgullos. ¿Para qué crees que una mujer tiene su lacho? Para que la proteja po, para que la ampare po, para que sea su sostén po. Y para mí eres tú una inquietud más que se agrega en mi vida. Me encuentro con los nervios deshechos sin poder recuperarme. En todos estos años, con los pretendientes que me cortejaban a cual mejor y me ofrecían palacios para vivir, podía haber reunido mucho dinero para retornar a Talcahuano, que haz de saber muy bien que no es cualquier rancharía. El Pickering, el G. van-Dorp, el Ibn Adet que vende pacotilla en la calle La Plata, el director de Los Emperadores del Ritmo, el médico del Hospital Civil. Los veo ahora a todos ellos envejecidos en la soltería y me siento acholada, con un tremendo cargo de conciencia. Me decían de nuestro enamoramiento que solamente co-

secharía dolores de cabeza. No hagái eso, mujer, no hagái eso. Lo amo, les respondía y me gustaba repetirlo cuantas veces lo requerían, lo amo y punto. Pero-tarde-son-los-pesares-cuando-remedio-no-hay. ¿Dónde he puesto el pañuelo? Me arrepiento de haberte conocido y de haberte sido leal. ¿Bajo la almohada? No pienses que porque me he tomado unas copas de más estoy hablando como estoy hablando. He perdido el juego, Pachacho, he llegado nuevamente a cero. Me he quemado en mi propio fuego. Yo sé, porque te conozco, que vas a tratar de tomar represalias indignas, pero no te tengo miedo. Me miras con odio, ¿verdad? ¿No? Mira tu cara en el espejo, eres rencoroso como tu padre. La otra vez delante de la Consuelo y del doctor Reinoso me tiraste el vino en el escote de mi vestido verde. ¿Mi mano en su mano haciendo empanaditas? Estás loco. Hiciste eso como quien dice que se refresque esta descueve y después también cuando me amenazaste marcarme la cara. ¿Te acordai? Esas cosas no se olvidan fácilmente, Pachacho. Era casi virgen cuando llegué de Concepción a esta tierra, el único hombre que había conocido era un huaso, bello y robusto, que se vestía a veces con lindo chamanto y espuelas de plata, el artista Ronni Mazzedo. Yo le decía sabís hablar muy bonito, mientras que yo pobre soy malaza pa la labia. Y él me respondía mi flor de capulí. . . . ¿Otra vez Ronni Mazzedo? Cuando me acuerde de ti, Pachacho, trataré de pensar más en los daños y perjuicios que en los momentos de dicha que me diste para así olvidarte, por eso insisto que ya no pises más el salón. Ahora ya no te exijo nada. A mí, en la vida, nadie me ha dado nada gratis. Y él la Consuelo te está presionando, sé que me tiene mala voluntad. . . Y ella déjala tranquila a esa pencona, desde luego no aprueba nuestras relaciones, pero eso no quiere decir que se entrometa en mi vida, yo soy libre de hacer lo que se me place. Ya le dije en nada te metái vos. Ah, entonces el coronel Alegría, si, aquella noche de los milicos, cuando para la remolienda hicieron cerrar la casa, te acostaste con él, yo estaba observando desde la calle tus afanes, apagaste la luz a las diez en punto y al día siguiente apareciste totalmente cambiada, con ganas de reñir conmigo. Me dijiste que te dolía la nuca. . . Claro, Pachacho, ahí está la cosa, tú que no sabes valorizarme ahora encontraste el pretexto de ese pobre diablo, como an-

tes ha sido el de otros hombres, con la permanente faramalla que te estoy poniendo los tarros, te ha mirado insistentemente, te pretende, tú los buscas. . . Esos tus procedimientos tienes que saber que no me agradan y han acabado para siempre porque ya no te quiero. Ahora que lo sabes todo, no quiero verte más en mi vida. ¡Vístete y déjame dormir sola! No me iré, antes prefiero verte muerta. ¿Ah, sí? Qué romántico caballero estás, pero, ¿eres lo suficientemente hombre como para matarme a mí? ¿A Regina? No sólo matarte, sino matarme yo también. . .

Que entre el bien
y salga el mal
así como Jesucristo
entró a Jerusalén.

Se irguió de un salto, estaba desvestida. Con gran dificultad abrió el ropero y extrajo un revólver. El no se inmutó. Aquí está lo que quieres. . . ¡Mátame si eres hombre de pantalones! Entonces si no eres, porque nunca lo has sido, sola me iré pa la otra vida. Intentó arrebatarle el arma, rodaron por el piso, del velador cayó la charola con los licores. El revólver apareció cerca de la puerta. Para calmar su arrebato, la echó de espaldas y aferró fuertemente en un abrazo rabioso. Sabía que no le quedaba otro recurso, por ahora. ¿Pachacho?, escuchaba palpar su corazón. Sí, amorcito. ¿Te puedo pedir una cosa?, en un gesto de evidente ternura. Si, todo lo que tú quieras, sin inflexión de voz. ¿Me puedes hacer el amor otra vez? Asintió contentiendo la respiración. Y luego me matas, como se mata a los perros sarnosos, ya no merezco vivir, Pachacho mío, la vida es un peso demasiado fuerte para seguir soportando más tiempo. Transidos de reacciones contradictorias lloraron juntos rememorando sus mejores recuerdos. Luego, enterrado en ese cuerpo desnudo, consumido por la furia del deseo, le colocó la almohada sobre la cabeza, apuntó con el revólver y apretó el gatillo. La almohada se empurpuró de sangre. Depositó el arma en la mano derecha que reposaba extendida, se vistió y es-

peró que despuntara la aurora. Se fue sin decir pío, el que pierde una mujer no sabe lo que gana . . . Consuelo había cerrado el salón y los carbones de los braseros se hallaban apagados. Pálido y triunfante iría por el horno de Altuzarra, silbando una melodía, feliz de perder a la niña que era objeto de su delirio, de su fuego, de su sensualidad. Se serviría un rostro-asado, con mucha llajua, trosándolo con destreza orureña y después se acostaría en su casa para dormir tranquilamente. El viernes tenía exámenes de fin de año. Cantando en las casas vecinas los gallos anunciaban el nacimiento del nuevo día y las campanas de la Matriz llamaban a los fieles para la misa de cinco. Soplaban el amanecer.

LA CRITERIA QUEBRO EL ORDEN DE LA FERIA Y EL PANICO cundió rápidamente. ¡Saqueo, saqueo! Se refugiaron en un callejón estrecho con hedor a heces y un inmenso cartel municipal con letras gallardas que prohibía orinar y echar basuras bajo pena de multa. Los almacenes cerraron sus puertas con estrépito. ¡Saqueo, saqueo! Temblaba Eulalia en qué mala hora hemos venido, tú siempre me has exigido, yo no quería. . . Y el rostro de Valentin se contraía de rabia, pucha caray. No había reenganche posible de obreros para las minas y decidieron darse vacaciones en Cochabamba --la Finca de la ciudad-- y en el valle de Vinto gozar de la temporada de fruta. Ostentosos fueron los preparativos y todas las amistades no podían disimular su envidia, pero el más intolerable era Ayaqhatati Quintanilla. Felices ustedes, pues, cuando a los millonarios les escuece el dinero tienen que gastarlo de cualquier manera. Era un decir, porque él mismo sabía que si viajaban era precisamente para no derrochar. Habían cancelado las fastuosas fiestas que acostumbraban ofrecer de continuo, con invitados de categoría y la orquesta más cotizada. Y compadres y ahijados iban desapareciendo como batidos por el viento. Cuando hay dinero hay amistades para estos indios urus, decía Eulalia a voces. En vagón de segunda clase y sentados sobre frazadas comían en las estaciones saiscitos criollos y tunta aderezada con huevo. En la Cancha voy a tomarme un api con frituras de buñuelos. El recorrido lento y paciente --más de doscientos kilómetros de montaña y valle-- era de todo el día, así que de rato en rato dormían a pierna suelta por el sopor del

ambiente y el torturador ruido asordinado de las ruedas metálicas sobre los rieles. Valentín se sacaba los zapatos porque decía que se le cargaba el rumor, puf. Despertaban y otra vez tras la comida de las indias. Pintado de colores radiantes, Cochabamba llegaba velozmente con vaharadas de calor espeso. Lloraba Eulalia con los labios apretados. Abarcaban sus ojos claros y sentimentales los cuadros de la llajta vegetada, los cultivos esparcidos de maíz, lechugas, trigo, manzanos y duraznos. Si no caía en manos de este hombre, mi destino hubiese sido otro, mejor que el que tengo, no hubiera sacado mis pies como gitana rodante. Y las jóvenes vallunas paseaban soberanas por el vagón. *Aqhata ujjaychij, aqhata ujjaychij!* Despertó Valentín levantando los párpados con dificultad. ¡Beban chicha, beban chicha!, el clamor de las imillas. Ya habíamos estado en Buen Retiro. Le preguntó a su consorte si llevaba los regalitos que le había recomendado para doña Mariquita del Pilar viuda de Moscoso Quiroga, para la tuerta Patricia y demás amistades. Vasos de cristal, telas de raso, espejos ustorios, collares y aros de fantasía como demostración de su nunca desmentida opulencia. Ayudaba en la cocina de la chichería cuando la vio por primera vez. Imilla blanca, sin calzón, sostén ni medias. Descalza, pura naturaleza. El comía y bebía en las aqhawasis que se le antojaba y dormía donde la noche y la gentileza bondadosa de ciertas vallunas lo permitían. ¡Las buenas hembras de la Finca! Era tan popular y querido como don Demetrio Canelas, alguna vez el vecindario le propuso la diputación por la provincia, era el colmo del cariño. Después, jugaba al sapo y la joven imilla recogía los tejos, comía y la imilla servía, bebía y la imilla lo acompañaba hasta el alojamiento. La magia de las evocaciones. Cierta vez cuando recogía la mesa, le tomó de la mano con fuerza *ñoqay kanaykita*. ¿Qué cosa? Haz de ser mía. Y la joven trémula creyó percibir en plena campiña la descarga de un rayo seco y perdió la serenidad de otrora. Apareció su alteza real, doña Mariquita del Pilar, rodeada de gallinas, cerdos, perros y criadas, pretendía ser estricta y él disimuló *imá sutyki, choy warmisita?* ¿Cómo te llamas, che, mujercita? Y ella con fingida seriedad Eulalia pa servirte a usted. Se sonrió viendo cómo se alejaba la presurosa *qharachaki*, ángel de pies desnudos y pollerita de seda. En el patio se cruzaban higueras, pa-

rrones frondosos. Desde lejos a la imilla le faltaban ojos para contemplar al qhoyarruna de la leyenda. Sujeto extraño, de esos seres dientes de oro que no existían en el país valluno. Y él pensó con seriedad en el futuro que dulcificara su presente. Era joven y necesitaba una compañera, Eulalia haría placenteras sus noches frías de Oruro. Le habló de la desconocida tierra de los ricos qhoyarrunas donde las libras esterlinas se amontonaban como maíz en las trojes. Querendona de su tierra la virgen qhochala tenía su filosofía. *Ma casaranachu pesachikunapaj*, ¿entiendes caballero?, no se debe casar una para después lamentarse. Entiendo, Eulalia. Quiero decir prefiero vivir sola y soltera hasta morir de vieja en mi país, si insistes y me quieres te quedas conmigo aquí, si no te vas solo. . . El pobre-orgullosito que creía que el mundo giraba alrededor de su ciudad natal, jamás sería siervo de la Finca. Habló con doña Mariquita del Pilar que aplaudió sus razonamientos íntimos y constitutivos. Ya era tiempo que sentara cabeza, pero llevarse a la criada —la estimaba tanto— no era, pues, cómo trasladar indios reengachados. ¡Al que quiere celeste que le cueste, don ná! Debería pagarle con un Potosí los gastos que demandaron su crianza. Estaba enamorado y aceptó con largueza las condiciones leoninas y dejó a criterio de la aprovechadora convencer a la rebelde. Mas ella no fue convencida y él retornó a la ciudad con las manos vacías porque tenía muchos pedidos que despachar por la boya minera. ¡Saqueo, saqueo! Con la trapisonda que producía aquel alboroto de mercado se volcaban los canastos y los toldos blancos se venían abajo, los perros ladraban asustados y el transtornado gentío pisaba locotos, lechugas y tomates porque a las comerciantes qhateras les agradaba exhibir sus productos en el suelo, sentadas con las rodillas hasta el mentón. Tiradas en las esquinas, carretas y bicicletas impedían a los trapientos alejarse del desorden, caían unos sobre otros produciendo mayor confusión. En el embrollo emergían blancas y desnudas las piernas de las mujeres del valle alto. A su retorno todo cambió. En la mejor calle comercial adquirió una casa, con vista a la Recova de Abajo, al lado de una prestigiosa tienda de pompas fúnebres y llenó petacas y canastos con polleras, botas, mantillas, matines y enaguas de seda de Florencia, París y Manila, cuyos hermosos flecos tenían la forma de golondrinas. Do-

ña Mariquita del Pilar viuda de Moscoso Quiroga seguía insistiendo que era difícil convencer a la mal-criada e insinuó permutarla con Patricia o cualquiera de las otras imillas, quienes lo darían todo por irse lejos de su tierra. Hacendosa y limpia Patricia era igual o mejor que Eulalia, le faltaba únicamente el ojo derecho que lo había perdido por traviesa en la *wayllunka* de un columpio de enanos. Valentín no aceptó y, para hacer más convincente su solicitud, dobló en oro el importe de la suma requerida. La vieja valluna casi perdió los ojos ante el brillo de las monedas que despedían fulgores prodigiosos al lado de los vasos colmados de chicha. Se farrearon como si conmemoraran al *llajtamasi* general Mario Melgarejo —patriarca del 24 de septiembre— que conquistó la libertad de la patria. Fue obligada Eulalia a sentarse al lado de su pretendiente, con su mejor traje, una pollerita plisada de satén rojo grosella y una blusa negra con imperceptibles zurcidos. Se opiló la patrona hasta andar de cuatro pies, mientras Valentín y Eulalia se mantenían tomados de la mano como novios. Tienes que servirte este doble de chicha, es mi cariño, *qhuchi warmisita*, imaginando besarla y desnudarla. Me voy a servir, don ná, pero no me digas mujer-cita cochina. Después Eulalia no tardó en caer también bajo los efectos del vino de maíz. Cooperadas por la tuerta Patricia, dos macizas criadas, acostumbradas a cargar presidentes, la trasladaron a una habitación especial, los lazos del himeneo, perdida en el huerto del manzanar y la acostaron en una elegante cuja con perillas bronceadas, de uso exclusivo de la viuda. Atendido por la tuerta, Valentín aún se comió una cazuela de pollo, aderezada con cebollas verdes, papas enteras y picante que hacía sacar la lengua. *Llajuarikusaj*, la vanidad de la ilusión. Bebió una jarra de chicha y se encaminó tambaleando a la alcoba de su prometida. Las manos amigas lo encerraron con candado apretado en sólidas armellas y las bocas impúdicas no dejaron de reírse. Le va a hacer decir *akakau*, ay papacho. O *ashallay*, qué delicioso. Encendió el fósforo y asomó a una vela clavada en el gollete de una botella verde. Vio que era un granero con ventana elevada por donde transitaban libremente chinches, vinchucas y sabandijas del manzanar. Eulalia dormía en el tálamo. Tranquilo, sin ningún apuro ni remordimiento se desvistió y deslizó a la cama. El cuerpo de la joven va-

lluna despedía una tibieza agradable. Empero, despertó al advertir tan singular presencia a su lado. Su embriaguez desapareció, saltó por encima del convidado, corrió a la puerta en busca de salvación y no tardó en percatarse que estaban los dos encerrados. ¡Alcahuetas!, gritó desesperada. Dio de puntapiés y arañó llamando a doña Mariquita del Pilar. ¡Asqueroso indio uru, *supaypajwachaskan*, hijo del diablo, antojos habías tenido! ¡Mil veces cochino qhoyaloco, burro cargado de plata! Tenía la manía el orureño de fumarse un cigarro antes de dormir —como otros de rezar o leer— y esta actitud tan común en él ni en esta dramática ocasión la olvidó, ya habría tiempo de enseñarle a esta discola el arte de la alcoba. Fumó plácidamente haciendo coronitas mientras su futura, que no quería obsequiarle la galeta, se deshacía en lágrimas de sangre maldiciendo a la generosa viuda, quien, según ella, se había comportado como auténtica bellaca. Nunca me estimó, se quejaba, a la que la quiere es a esa porquería de la tuerta. Ahora mismo había procedido con ella como con las bestias en celo que las encorralan junto a los sementales. Concluyó de fumar el pretendiente, apagó la colilla y tapándose el rabo ¡Todas las mujeres son iguales, quieren que se las mime! se acercó a la desconsolada que sollozaba de rodillas contra la puerta. No tienes por qué llorar, amor mío, desde ahorita tú eres mi warmi y yo soy tu hombre. Y ella le respondió con una bofetada que lo derribó. ¡Ni *piwan ni maywan*, ni de ti ni de nadie, *qhuchi qhari*! Amor mío había estado diciéndome este *asnachaki*, pies hediondos. En el tumulto de la Cancha actuaban niños de ojos invisibles, ancianos rotos y mujeres con el pelo suelto organizados en cuadrillas intrépidas. ¡Saqueo, saqueo! Chillaban y recogían del suelo en bolsas de arpillera los frutos esparcidos por el desconcierto. El espectáculo imponente de la feria del valle había desaparecido. Amontonados en eminentes colinas duraznos, naranjas, mandarinas y papas se desmoronaban y corrían despavoridos buscando refugio en canales, agujeros y charcos de aguas servidas. Los policías uniformados de la municipalidad que intentaban detener las oleadas de turbas zaparrastrosas perdieron sus bastones y gorras. Después del aluvión aparecerían tirados en los techos de las casas vecinas. ¡Pucha caray! La corpulencia de la imilla vallejuminta no era un adorno cualquiera. La

multitud de estrellitas rutilantes que aparecieron y desaparecieron al instante, le enseñaron a Valentín una vez más que hasta en las exhortaciones cariñosas hay que ser cauteloso como un reptil. ¡Qhóchala bandida! Eulalia se armó del palo de atrancar la puerta y él de su valor civil. Toda la noche disputaron. El tálamo se partió en dos, la vela ahogó su pabito en el gollete y la botella verde terminó por romperse al ser arrojada sobre la cabeza de Valentín. Al amanecer, jadeantes por el cansancio, como gladiadores en piltrafas, convinieron en un cuarto intermedio para reflexionar en las posibilidades de triunfo. Los grillos de la noche con sus ruidos agudos y monótonos desaparecieron, los sapos ya no croaban. Pero los animales domésticos del imperio de doña Mariquita del Pilar se manifestaban inquietos y la servidumbre no tardaría en dar señales de vida. Sobre el aire de la ventana nacía el lucero del alba. Eulalia entrevió que no servía para nada seguir resistiendo. Es cierto que el asnachaki volantín estaba a raya pero ella derrotada de antemano. La puerta será abierta solamente en caso de que él lo pida a las alcahuetas. Su pelo revuelto y la camisa hecha jirones... ¿Y ahora quién me va a pagar? Y él decidió dar la última batalla —decisiva— y ella lo recibió blandiendo la botella rota. Después de golpearle en el rostro con las puntas filosas la arrojó por la ventana y no puso más reparos en ser presa de su ternura demente. Delirando de pasión lasciva la abrazó para poseerla mientras ella pensaba en quechua ¡Yo pierdo mi pureza y él pierde su cara! mirándole la mejilla izquierda de la que manaba sangre abundante que estigmatizaba sus cuerpos. Irremisible la luz de la aurora se filtraba por la ventana y las rendijas de la puerta. Esto es obra de los pampinos, dijo el vendedor de gallinas. Sí, de esos asquerosos muertos de hambre que hablan a gritos. El desparramo se había producido y nadie se entendía. Yo he visto a varios rateros armados de cuchillos... ¡Lo que puede ocasionar la necesidad! Son increíbles las cosas que están sucediendo en el país. Colmada de la luz de la vida Eulalia temblaba. Vámonos ahorita mismo a Vinto, ñiñitoy. Los anillos, el medallón y los faluchos de oro se los había quitado de los dedos, del cuello y de las orejas para preservarlos en la escarcela.

¡ORURO FIRME CON sin igual constancia al pie de su bandera! Al escuchar las palabras del tribuno sintió palpar en su corazón las fibras netas del civismo y las lágrimas colmaron sus ojos. ¡Y si en el cumplimiento de mis deberes fallara hacedme revolución!, precisó embriagado de su oratoria agitando el índice de su mano derecha, la multitud le respondió con aplausos ruidosos. Se enjugó Glicerio Reinoso con el pañuelo de bolsillo, era muy sensible en los momentos que se hablaba de los destinos de la patria. ¡Basta un repúblico, un Salamanca, para tener fe en la democracia boliviana! Si en otros tiempos había sido liberal-montista, saavedrista-republicano y silista-nacionalista fue más por la verba de los caudillos, como ahora que la figura estelar de la política era otro hechicero de la palabra. Daniel Salamanca, héroe-de-Carlyle, varón-providencial, hombre-símbolo, austero-tribuno-que-redimirá-el-país. Le ofrecieron una corona de laureles y el anciano se retiró lentamente del balcón mientras la multitud deliraba de entusiasmo. Su verbo había resonado con eco profundo en todos los corazones partidarios. Guardó el pañuelo y siguió con discreción a la comitiva preelectoral, no se sentía perro en cercado ajeno y en la primera oportunidad le felicitó con un abrazo cordial y efusivo de correligionario. Lo veía más arrugado que una papa deshidratada. Sus sesenta y tres años gravitaban pesados. Caminaba casi doblado por el dolor de una úlcera. Sombrero de alas anchas, bastón y permanente traje negro. Ese amargo dolor, se quejaba, yo no me entrego a él; antes bien me resisto, aunque desde el primer momento reconozco que sucumbiré; sigo, pues, trabajando. . . Tiene la cabeza de un sabio griego, como la de Marco Aurelio, observó el doctor Reinoso, y esa humildad innata, esa austeridad catoniana que conmueve y suscita devociones. En las espaldas del pueblo se pueden plantar nabos, su gusto meloso por las frases de doble sentido, escalpelo doliente. El caudillo evaluaba a las personas con mirada penetrante, arisca y desdeñosa, pero él gozaba de sus consideraciones porque actuaron juntos en el parlamento, aunque en bancadas opuestas. Yo he venido a su lado, se justificó, no por oportunismo político, que eso me resbala, doctor Salamanca, sino por defender un estado de cosas que no podemos los verdaderos y auténticos patriotas dejar impune a la amenaza extremista.

Usted lo ha dicho, claramente, como acostumbra decir siempre, lo que no puede renovarse, envejece y muere, luego la necesidad de renovarse, no es en el fondo otra cosa que la necesidad de conservarse. ¡Cuanta sabiduría que los que se estiman próceres deben aprehender! Salíó de su confinamiento de Quillacas directamente a la Región Militar. ¡Llega un momento en que uno no puede seguir ignorando la suerte del país! donde aclaró su nueva disposición política. No fuimos ni veniales ni corrompidos, somos leales a nuestra tricolor que debe seguir siendo la única imagen tolerable del espíritu. Después acompañado del coronel Alegría visitó la Intendencia de la policía de seguridad donde reclamó el cadáver del pongoito que había muerto como mártir, cerca al puente del río Tagarete, en aras del estricto cumplimiento de sus deberes humanitarios. Llevaba, pues, le dijo, aquel imprescindible y albo alimento, cuyas proteínas... Le indicaron que el cadáver aún se encontraba en las frías planchas de la Misericordia. No quiso verlo por no recibir mayores impresiones, con las que tenía encima era más que suficiente. Dejó a los detectives dinero, el valor de un ataúd de segunda categoría y una propina suculenta para que el funebrero de la municipalidad lo traslade al fosal. En la plaza principal, frente a la prefectura, el cóndor amaestrado se picoteaba las alas en busca de parásitos. Contemplar su casa destrozada —sin puertas ni ventanas y sin señales de haber existido nunca muebles—, víctima del ciego vendaval político, fue una puñalada en su corazón. Somos una raza llena de odios, llena de viejos rencores, llena de tristeza resentida, recitó consternado. El país siempre paga así a los servidores del bien público. Y esa Universidad, templo del saber, a punto de ser sovietaizada. Los estudiantes exigían autonomía de la desfallecida influencia estatal como lógica retribución a su alcahuetazgo. Cuánto sacrificio me ha costado ir al poder legislativo, no en representación de mi persona sino de todo un pueblo, principalmente de sus clases laboriosas. Pero no importa. El hombre cae muchas veces y así también se levanta. Yo reapareceré en la escena de la vida y de la nación con mayor fuerza vital, como el ave fénix de las cenizas y demostraré a los incrédulos que no son pocos que nada me arredra ante la idea y la praxis de servir a mi patria, la única servidumbre que no deshonra... Hizo las

valijas en el hotel y en el tren nocturno viajó a La Paz integrando la comitiva del apóstol de la bolivianidad, el varón-providencial. Elegantes, con mudadas nuevas, los corpulentos muchachos de la Intendencia custodiaban la estación del ferrocarril y se sorprendieron de tener frente a ellos y junto al futuro primer mandatario nada menos que al mamonista-silista más buscado de la ciudad. Pero ellos, también mamonos, por necesidad, con los ojos correteando por el suelo, sintieron en sus espaldas las palmadas afectuosas del doctor Reinoso. Chicos, no hay que olvidar las sabias enseñanzas del príncipe Talleyrand y darle decididamente el hombro al próximo salvador de la patria. A ver tú, querido Phiñamaki, bien llamado por tus dulcíneas Yanaverija, ¿sigues siendo el tarambana de siempre?, pregunta dónde queda el camarote C-36. En La Paz el recibimiento a Salamanca fue apoteósico, superior a los tributados a Ismael Montes y Bautista Saavedra que retornaron del exilio. Había verdadera euforia popular ya que la Junta Militar dispuso convocar a elecciones y entregar el poder a los civiles con vocación de servicio. Los comités de los partidos representativos se encontraban en sesión permanente. Había desaparecido el partido nacionalista y sus miembros más conspicuos adhirieron a los grupúsculos tradicionales. Asistió Glicerio Reinoso a la histórica reunión del Palacio Quemado, prohijada por la Junta Militar, donde hubo apretones de manos, abrazos y sonrisas entre los más enconados enemigos de otrora: Ismael Montes, Bautista Saavedra, José María Escalier, Tomás Manuel Elío, Florián Zambrana, Jorge Saenz, Casto Rojas, Luis Calvo y Pedro Zilveti. Con el pecho blindado de medallas e impresionado por la presencia de los ciudadanos más preclaros del país, el general encargado del poder ejecutivo afirmó vuestros consejos serán oídos con plena deferencia, vuestros deseos de bien público y de concordia serán un mandato para nosotros y la solución que deis para constituir un gobierno de opinión, empeño que el país, con rara unanimidad, exige y espera, será el paso decisivo de la hora actual. Los rostros rugosos de los patricios se contraían de emoción cívica. Los militares dejarían el poder en manos de ellos, siempre y cuando se unifiquen alrededor del hombre-símbolo. E Ismael Montes respondió ningún político, por eminente que sea, tendría la pretensión vesánica de oponer su yo al

imperativo nacional de estos instantes. Ningún partido, cualquiera que sea el lustre de sus blasones, osará imponer sus propias directivas para romper el tácito acuerdo de unión que la nación ya ha conseguido. Y ratificaron la fórmula única: a la presidencia Salamanca y a las vicepresidencias Montes y Saavedra. Leal al Acuerdo Nacional, la Junta Militar no toleraría otros candidatos que los autorizados y respaldados por ella, en bien y servicio de la pureza del sufragio y como genuina demostración de democracia. Juego limpio, señores, hagan juego limpio. Al salir del palacio, el doctor Elío parodiaba los discordes en concordia en paz y amor se juntaron y política de paz fundaron para perpetua memoria. . . Aprovechó Glicerio Reinoso su estadía en La Paz para comprar semillas de papas y ocas ya que las últimas heladas en el altiplano habían quemado todas las reservas. Visitó también al tesorero del legislativo para reclamar sus dietas de los meses de mayo y junio, puesto que Siles había sido derrocado recién el 23. El tesorero se sorprendió de verlo creía que estaba usted perseguido por la Junta de Gendarmes. Y él sonriendo con franqueza no, mi querido amigo, nunca hubo persecución política en la verdadera acepción de la palabra, vivimos en un país criollo con su democracia criolla, a veces batida por vientos huracanados, como en los matrimonios, pero que con el tiempo y las aguas todo se compone. Ya lo ha dicho Montes y hago mío su pensamiento lúcido: Los hijos no deben luchar a la cabecera de la madre enferma, y Bolivia está más que enferma, seamos bolivianos antes que liberales. Integrado a la militancia proselitista vivía en el comité político y a la madrugada, cavéndose de cansancio, se recogía al hotel. Dormía bien, se había curado del insomnio de Quillacas. En algunas noches de parranda recordaba la remolienda de la Consuelo y se prometía intimamente visitarla en la primera oportunidad. Y adquirió una partida de tónico Sexoin de la botica Franco-Boliviana. No-produce-hábito, doctor. Se mostraba animoso Salamanca, su ascenso al poder era más que evidente, así que el arribo inesperado y repentino de José Luis Tejada Sorzano no le afectó en lo mínimo, más bien reforzó sus posiciones. Llovido de Norteamérica, declaró a la prensa que el comunismo debe ser reprimido con energía, hay que formar conciencia en las masas populares en sentido de que el bienestar



individual y familiar reside en el respeto a los poderes constituidos. Los obreros de la Federación del Trabajo insinuaron que Tejada Sorzano era enviado especial de la Standard Oil Company, cebado por el Departamento de Estado para reforzar las posiciones políticas de la oligarquía financiera. *Divide et impera*, la nueva estrella fúlgida y coruscante del firmamento, abatió sin melindre ninguno a los candidatos vicepresidenciales. Solicitaron los militares las renunciaciones de Montes y Saavedra con el pretexto de una presunta insubordinación en los cuarteles. Ismael Montes le informó al doctor Reinoso de la última reunión de alto nivel en el palacio de gobierno. En cuanto a mí, les contesté, deben saber que cualquier presión me irrita y me incita a la resistencia. Mas no haré nada que no venga espontáneamente de mi voluntad. Alguno de los miembros de la Junta Militar inquirió cuáles serían las medidas que podrían adoptarse. Detener y mandar juzgar, respondí con energía, a los oficiales que promueven la insubordinación. Luego tomar en la mano, firmemente, el ejército. ¿Y si no obstante eso, alegó el general-presidente, algún batallón se revoluciona? Me chocó tan fuertemente oír esa cuestión en boca de un general que, en seguida, repliqué: ¿Cómo? Si se revoluciona un batallón el deber de ustedes estaría en ir al cuartel y si no consiguen dominarlo, hacerse matar allí. Si esa emergencia sobreviniera, yo iría también al cuartel para hacerme matar con ustedes. . . Glicerio Reinoso sonrió, los viejos caudillos serían desplazados. Renunció Montes y la Junta Militar, enfática en su determinación, canceló la segunda vicepresidencia ofrecida a Saavedra. Quiere el ejército que no actúen más los hombres que ya han sido probados en el gobierno. Y el hombre-providencial decidió tiriar en los comicios acompañado de José Luis Tejada Sorzano. En situación desairada Saavedra se proclamó candidato-no-oficialista. Tejada Sorzano realizó una jira por el interior y hablaba en los mítines con el acento nasal de un bastardo, mitad gallego mitad inglés. Le hicieron alcanzar un anónimo, leyó y sonrió: *José Luis a ti también te llegará la hora*. Preguntó quién había dejado la misiva. Una dama, respondieron con presteza. ¿Una dama? Entrevió que provenía de los políticos desechados. ¿Algo grave, doctor?, preguntó Reinoso con

aire prevenido. Un anónimo perverso, igual que la inmundicia que la suela de los zapatos puede tocar en las calles, respondió el abotagado candidato y lo hizo pedacitos. ¡Echelo, por favor, al basurero!

RIO DE JANEIRO, 25 (AP). La junta de gobierno militar reunida en estos momentos en el palacio de Catete se halla estudiando la organización del ministerio provisional. Fueron convocados esta mañana todos los generales del ejército con objeto de tomar providencias relativas a la normalización militar de la república.

Río de Janeiro, 25 (AP). La junta militar inició hoy la labor que se ha propuesto de reorganizar la estructura política del país y restaurar la tranquilidad y el orden. La junta que se halla integrada por los generales Mena Barreto, Leite Castro y Tasso Fregoso y por el almirante Isahías Moronha, reunirse tan pronto como le sea posible con el objeto de formar el nuevo gabinete, teniéndose entendido que se hallará incluido en él el ex ministro de relaciones exteriores, señor Octavio Magabeira. Entre los números del programa político que se ha trazado la junta, se incluye la convocatoria a un congreso extraordinario que se ocupará de revisar la constitución del Brasil, de hacer una nueva reglamentación del servicio militar, de establecer el voto secreto, de la instrucción obligatoria y de uniformar las tarifas aduaneras e impuestos internos en todo el país. Además, la junta propónese convocar a sesiones extraordinarias a un nuevo congreso en el que estaría representado cada estado por doce miembros.

Washington, 25 (AP). El secretario de estado, mister Stimson, declaró anunciando que los Estados Unidos reconocerán al nuevo gobierno del Brasil siguiendo la misma política adoptada para el reconocimiento de los nuevos regímenes administrativos de Bolivia, la Argentina y el Perú; es decir proceder a reconocerlo cuando el nuevo gobierno controle totalmente la situación en el Brasil y se halle en condiciones de garantizar la vida y las propiedades de los extranjeros, y se halle respaldado por la opinión pública y, por último, dispuesto a

cumplir todas las obligaciones con el extranjero contraídas por los regímenes anteriores.

EL DESPERTADOR saltó en arrebatos desaprensivos y la bella Pickering abrió sus ojos agobiados de sueño atrasado. Extendió lentamente su brazo desnudo e hizo callar al pequeño monstruo mecánico. Tardó en mirar a su alrededor: la ancha cama con las sábanas estrujadas y el plácido recinto —impregnado de un olor agríndice— con las paredes tapizadas de seda. El gringo se había marchado. Sí, tenía que ir temprano a la mina de Siglo XX a inaugurar la planta mecánica de chanco y palla, se dijo desperezándose, ni me di cuenta la hora que salió. Había dormido profundamente, con el cabello suelto, porque hicieron el amor hasta tarde. Pickering era porfiado y bebedor. ¡Por favor, John, sé buenito, ya no más! Le gustaba el whisky porque lo excitaba y se entregaba al placer pleno de furor, podía estarse horas y más horas, sumando días y noches sin doblegar su voluntad. Por sobre todas las marisabidillas que había conocido en el mundo, incluso repudiando a su esposa, ella era su preferida e inquebrantable obsidiana. Coqueta, temperamental y fuerte, enredada en él con todas sus ramas. Corrió las cortinas y la luz se filtró arrogante. Frente al espejo —inmenso y elegante que daba contra el lecho—, sonriendo con picardía observó de un lado y de otro su cuerpo desnudo. Ja, ja. Cabellos largos, caderas compactas, senos turgentes, piernas sólidas. Se cubrió con un salto, puso discos a la ortofónica y llamó a la criada. Pidió que le sirviera el desayuno, jugo de naranja y galletas, sin pan ni jamón ni huevos. Ah, Miguel Angel Rondano...

Abrame cancha, no sea salame,
hágase a un lao que pasa la taquera;
no hay como yo pa defenderse sola
y en amansar a un hombre soy primera.

Desde el baño de benjuí en que estaba sumergida, escuchaba con embeleso las imprecaciones o los lamentos del tango quilombero. Le agradaba la recia voz de Gardel. Carlitos Gardel, el morocho cantor para los amigos. Por las orquestas de Canaro, Maffia, Aieta y Pugliese tenía coleccionados *Milonguita*, *La Cachila*, *Yira Yira*, *Mano a Mano* y *La Copa del Olvido*. La sonrisa trágica de su boca pequeña y redonda se dibujaba a veces despectiva. Cuando pasaba el jabón por sus muslos, las reverberaciones la hacían ver a veces de cobre bruñido, de bronce tenaz o de estaño mañeable. Levantaba una blancura rabiosa, espesa y tenaz. Y ella traviesa como una niña jugaba riendo con jazmines de espuma en espectáculo de burbujas. Le agradaba hablar sola. Soy como soy, ja, ja. Dicen que las mujeres me reprochan, más bien creo que me envidian y hasta podría asegurar que me adoran porque represento el anhelo frustrado de ellas. Vivir en la diversión, la abundancia y el placer, sin compromisos que la aten y sin caer mellada por la marea de quiebra, miseria y pánico que recorre el mundo... Ja, ja. Nacida con el signo de la buena estrella tengo un profundo sentido realista. Soy el arquetipo femenino en la opulencia minera de mi país natal. En la vida asumir la responsabilidad del amor venciendo el miedo es una tarea muy ruda. No hay cosa más insólita que, enamorada de un gringo fausto, compartir afectos y devociones con otra. Asistir a salones elegantes acompañando al hombre ilegítimo con el complejo de esposa legítima. Y luego soportar las murmuraciones. Aparentemente la rehuyen pero después, tempranito, se le aparecen haciendo antesala de horas para presentar sus respetos. ¡Mi reinita! La base de nuestra sociedad es la veneración a los poderosos, cuanto más pájaros gordos más reverenciados y hasta la genuflexión servil y canallesca. No me incomoda ni mucho menos que las señoras gordas y pintarrajeadas de nuestra sociedad birlocha me llamen alegremente la Pickering, la diosa metálica o simplemente la querida del gringo, pero eso sí me indigna que los políticos, militares, sacerdotes y hombres de talento, ávidos de glorias y potestades fáciles, me soliciten de rodillas que interceda con mis buenos oficios. Yo sé que me detestan en lo íntimo, por eso me he permitido algunas veces, llena de asco, escupirles en sus rostros y echarlos como a perros. En cierto modo me parece estar

viviendo en el reinado de Luis XIV, con toda la ventura de las mujeres privilegiadas por su belleza corporal. No lo he negado nunca, ni viéndolo en Chile, que yo fui una muchacha de familia humilde con una infancia triste. Jugaba en las calles con los pies desnudos y los calzones rotos y ahora quién lo puede negar que soy la mujer de mayor señorío de la ciudad. Pienso que alguna vez habrían experimentado estas mismas sensaciones tantas mujeres de plétórico historial.

Como la luz en la trifurca
soy en el fango una dama
y si el tren usted me aguanta
¡ya va a saber qué bien se está en mi cama!

Con el vestido de última moda importado de París, color plateado y generoso escote, medias tonalidad carne, cabello peinado por su peluquera particular, maquillada, perfumada y con sus mejores alhajas y pedrerías se dirigió al convento del Beaterio. Adoro las joyas más bonitas y costosas, ja, ja, porque creo que son el medio más apropiado de destacar la belleza. . . Sorprendida se detenía la gente para ver pasar a la lasciva y codiciable hembra y ella consciente de su magia provocadora se sentía feliz. ¡La Pickerina! Las mujeres somos vanidosas, nos encanta deslumbrar. Y el piropo herido e infaltable de los turcos de la calle La Plata. Diabla enojada, hueles a perra inalcanzable. . . En el Beaterio estaban reunidas las autoridades políticas, administrativas, militares y eclesiásticas, las damas del Comité de la Olla del Pobre, las monjas del convento, los periodistas de *La Patria* y los cesantes con su murmullo de abejas de infortunado colmenar. Por lo visto, no sólo estamos las hermanitas de los pobres sino las amiguitas de los ricos. Reunimos 5.714.70 pesos y calculamos que esta suma podría ser distribuida entre seiscientos a mil obreros a cincuenta centavos diarios. En este caso se habría concluido en quince días, pero pensamos que mil pesos por mes durara quinientas seis veces, lo que representa un alivio no un bienestar, ¿me entendió, monseñor? Tenemos informaciones que en Potosí se están repartiendo diariamente mil

cincuenta raciones y en estos días nos llegarán datos de La Paz y Cochabamba. Los carabineros se paseaban blandiendo sus bastones. Acompañadas por los acuciosos periodistas, las autoridades llegaron hasta los inmensos turriles de guiso espeso, ollas con mote de maíz amarillo y canastos con sarnitas de la panadería francesa. A nadie ya causaba asombro el cóndor amaestrado, el rey de las alturas andinas parecía una enorme gallina senil caminando desmoralizada. No está mal la laguita, ¿verdad, sor Natalia?, dijo el prefecto removiendo con un cucharón los pigmentos de grasa colorada. Y ella, después de paladearla, asintió con la más bella de sus sonrisas. Monja indecentemente hermosa, pensó. Pasó el cucharón a Pickerina, ésta al alcalde municipal y terminó en manos de sor Martina que no perdía de vista ningún movimiento de la generala de la Cruzada Pontificia.

Yo sufro por mi macho lo que venga,
me faja bien y lo quiero de veras,
la biaba es la caricia del cafishio
y pa' guantar se han hecho las taqueras.

Cooperadas por las religiosas, las damas del comité llamaron a los menesterosos inscritos en la lista oficial. ¡No se aglomeren, a todos se les va a llamar! ¡Por favor se les pide un poco de orden! Los periodistas anotaban con parsimonia profesional las impresiones que se daban. ¿Cuántos cesantes en la ciudad están empadronados, señor Intendente? Se marcharon las autoridades con la conciencia tranquila. Aduciendo que ayudaría en la distribución del guiso sor Martina le entregó a sor Inés las listas que tenía en su poder. Sentía en la boca un sabor amargo. Temblando de ansiedad tomó en sus manos un cucharón y comenzó a llamar a los pobres que se encontraban cerca. En un instante se agolparon a su alrededor. ¡Cuidado, no empujen! ¡Yo estoy esperando desde la nueve y son más de las doce, hermanita! ¡Esas carnecitas no se las guarde, pues! Sorprendida vio sor Natalia lo que acontecía y de un manotazo la apartó a Yolanda que con su marido trataban de hacer escuchar sus clamores. ¿Qué desorden es éste? Y

dirigiéndose a sor Martina ¡Tú, la misma discola de siempre! le preguntó quién diablos le había mandado a provocar tal desparpajo. Desafiante, con los brazos en jarras sor Martina respondió y tú, gitana petenera, qué te crees. ¿Para gritarme así, por ventura, haz olvidado que no estás en tu país donde las cortesanas se prenden de los obispos como si nada? Dios santo, ¿qué estás diciendo tú? Como lo escuchas, generala de la orden de cortesanas, no eres más que una vulgar perra que te acuestas con el Obispo Felipe. . . Una bofetada la enmudeció en el acto, pero reaccionando de inmediato empuñó el cucharón con sopa y la golpeó en la cabeza. Saltaron los lentes de sor Natalia y rompiéronse en el suelo. La confusión total. Manchada con el guiso de los indigentes se sacudía los hábitos, sin lograr reponerse del golpe. ¡Mis anteojos!, esperando que este embrollo tomara sentido. Riéndose para sus adentros, la bella Pickerina seguía tarareando el tango de Rondano.

Pero naides me toca lo que es mío:
si con él otra se hace la canchera
le rompo bien el alma a castañazos
y me la dejo tendida en la vedera.

Asistida por las señoras del Comité de la Olla del Pobre sor Martina se debatía en un violento ataque de nervios, con los ojos desorbitados trataba de destrozar sus hábitos. ¡Qué escándalo, por Dios! ¿Y el Obispo falomántico? Se fue con las autoridades. Los pobres aprovechando de la confusión daban buena cuenta del mote de maíz y los panes franceses. ¡Orden, no sean así! Conducta, por favor, ¿qué está usted haciendo, ladronazo? Restablecida la calma por la acción enérgica de los carabineros y repuestas de la situación embarazosa, las religiosas y damas de rostros ásperos prosiguieron con la obra de bien social. Yo ya había conjeturado este asuntito hace mucho tiempo, ja, ja. Conjeturas que sugieren posibilidades, no reía sino cacareaba. Pero ahora ellas no más se han cantado la cartilla sin vuelta de hoja. Ja, ja, más tiran dos tetas que dos carretas. Los menesterosos

de la ciudad se marcharon como vinieron, con su filosofía a cuestas, pero quedaron tres, achucutados, con los ojos lívidos y labios resecos. ¿Y ustedes han comido?, preguntó sor Fernanda. No, hermanita. ¿Y por qué? No podemos movernos, tenemos calosfrios. ¿Y desde cuándo? Desde ahorita no más. Les revisó sus camisas y vio que en los cuellos prietos de mugre se amontonaban piojos blancos. Y con la mano en las sienes por Dios, qué manera de tener fiebre. Disimulando la bella Pickerina, con voz apenas audible, les susurró a las señoras gordas que observaban y éstas abrieron desmesuradamente los ojos. Les dijo que era tifus.

Libro Tercero

Forjadores de tinieblas

TEMLABA EL DIA CONTAGIADO POR EL FUROR DE LOS DEMONIOS tradicionales. Los mañazos, carniceros del averno, irrumpieron contra la legión de ángeles celestiales que custodiaban la ciudad, pero la Milagrosa y Divina Candelaria, Virgen del Socavón —en lid gloriosa con su espada flamígera— los derrotó vergonzosamente. Y ahora debían sufrir delante del público congregado en los calvarios la ignominia de confesar sus pecados nefandos. ¿Dónde está el pecado de la Lujuria, cuyo solo nombre al humano injuria? Y el diablo folclórico ¡Ar-r-r, aquí estoy! dando un gran salto con el tridente y la víbora entre sus manos. ¿Me llamabas? El cabro chico se asustó. ¡Ar-r-r! Fresia reía. La Pereza se presentó a paso lento, arrastrando los pies. Después la Gula, grueso y abultado, comiéndose de prisa un salchichón. ¡Qué venga la Envidia de mirada baja que ensucia la honra y la moral rebaja! En medio del campo de Agramante el sapo bailaba mejor que el jukumari, el puma y el cóndor juntos. Creía el público que Umalu Cayetano se encontraba caneco para bailar con ese empeño. ¡Qué idéntico se lo ve con el disfraz de sapo! Impresionada por la magnificencia de la fiesta que duraba siete jornadas ininterrumpidas, hasta el domingo de tentación, Fresia advirtió parece que no hubiera pobreza en la ciudad po. . . . Damián sonrió a pesar de nuestros infortunios seguimos con los regocijos bulliciosos, quizá como un desahogo. ¿Ves cómo se alegra en su desgracia el Umalu Cayetano? Presidieron la entrada del carnaval el Intendente en un hermoso caballo blanco y Francisco Pizarro con sus barbas de misionero, apuesto y genero-

so conquistador, saludando al vecindario seguido de doncellas y guerreros indios, funcionarios de la prefectura con plumas de cóndores y blasones de pumas. Atrás Atahuallpa junto al cura Valverde, Felipillo y soldados del Cuartel Modelo, gallardos chapetones con estandartes descoloridos. Tropas de burros y mulos trasladando con ruido de cencerros cargamentos de plata y oro conservados desde la Colonia. La imagen de la Patrona del Carnaval en andas de alferez y pasantes, acompañados de sus grupos familiares. Conjuntos de morenos, sicuris, diablos, incas, cambas, tobas y llameros con la riqueza cromática de sus disfraces, con la música melancólica de sus arrestos y con la coreografía de sus danzas en el paisaje justo y preciso de los calvarios. Acompañando a las diablitas bailaba Umalu Cayetano, curcuncho como si tuviera el espinazo adunco, sin poder enderezarse. Es el folclore enraizado en el sentimiento cósmico y panteísta de la ciudad, expresaba Glicerio Reinoso, acompañado de su mujer e hijos. Allá va el embrujado con las chinaspay. ¡Salta Umalu Cayetano, salta! ¿La viste a Yolanda? Sí, acaba de pasar con Espiridión, respondió Fresia, se hizo la que no nos vio. Está virada desde que apareció el cabro, pintada camina con tacos altos y chal blanco, sus cables se le han pelado. ¿Y su marido? Sigue enfermo po. Cada semana el cabro aparecía con un sobre diciendo pa la señora Yolanda, y recibía yo porque él no quería entregarle personalmente, hasta que la otra vez Yolanda apareció y ¡rán! lo pescó del cuello. Se quedó fría al verlo y el nene más colorado que una manzana chilena. No me explico si se conocían antes, para mí es muy raro lo que sucede. Quiero hablarle seriamente, jovencito, porque yo tengo mi marido a quien respeto, le dijo ella y fueron a conversar lejos de mi presencia. Ahora Espiridión aparece en el refugio como su camote y juntos se pasean por todas partes haciendo empanaditas y dejándolo al enfermo solito y solo. Seguro que ahora se van para los Arenales, al Tagarete. Se presentó la Soberbia y el Ángel de la Guarda levantó la voz, lo más que pudo para que le escuchara el público. ¡Despreciable eres demonio vanidoso! Se adelantó la Avaricia tímida y contrita con una saya de oro y brillantes. ¡Demonio insaciable, no tienes entrañas, sobre tu mísero ser pasarán montañas! Y la Avaricia herida en su amor propio. ¿Qué quieres de mí? Ar-r-r, repre-

sento al pecado en adquirir y retener riquezas, tengo la avidez de obtenerlo todo. Soy la opresión con que al prójimo deprimó y gozo de arrebatarse lo ajeno con mentirosas promesas. Soy la falsedad, el engaño, la perfidia, la deslealtad, la alevosía y la burla y poseído por estos vicios soy lo que se llama de verdad la Avaricia. ¡Ay, ay, padezco tormentos crueles y no tengo perdón! Prosternado ante el Ángel, terminó recitando Arcángel Miguel, permitidme que me aleje a sufrir a lo más profundo del infierno, ar-r-r, dejadme ya. Enfurecido por la mirada displicente del sapo, el cóndor amaestrado, cautivo de la ciudad, lo perseguía para picotearlo. ¡No te escapes Umalu Cayetano! El Ángel levantó la espada culebrina y convocó al público: ¿Contra la Avaricia? Y la respuesta unisona repercutió en los calvarios: ¡Larguez! La Avaricia se alejó cabizbaja. Esta mañana vinieron al Refugio de Repatriados las damas de la Sociedad 10 de Febrero, dijo Fresia, en las orejas cargaban riquezas, aros de oro macizo y repartieron bolsas de azúcar, confites, panes, sardinas y leche condensada. Manifestaron que no era el obsequio de carnestolendas sino el homenaje de la ciudad en su fecha patriótica. Y tú sabes lo palomillas que son los pampinos, bromeaban que entrándose de febrero o el antrúejo lo festejarían igual, con gran unción. La multitud vigilante se agitaba nerviosa. ¡Cuidado Arcángel Miguel! Amenazadora, tridente en ristre la Ira se acomodaba detrás del príncipe celeste. El Ángel se volvió contra el demonio traidor. ¡Vade retro, Satán! ¡Dios, creador del cielo y de la tierra, es inmortal y está conmigo! Menudearon los golpes y mandobles y la contienda se tornó excitante. Rugían los supay, hombres y niños, apretando entre sus manos víboras y tridentes y las chinaspay —levantando impudicamente sus polleras y enaguas— mostraban sus calzones para seducir al Ángel incorruptible. ¡Ar-r-r! Dio comienzo la banda de músicos al fin de fiesta con la cacharpaya de la euforia y bailando alrededor de Lucifer los demonios hicieron demostraciones de sus prodigios coreográficos. Estallaron los cohetes y doblaron las campanas de la Iglesia de la Candelaria tratando de mitigar aquellas exaltaciones de maldad, discordia y furia que habían traído los diablos tradicionales desde el lugar de los condenados por la justicia divina. Oficiales del Ejército de Salvación repartían panfletos anunciando las puer-

tas del cielo pronto se abrirán. La muchedumbre de los calvarios elevaba al cielo hosannas de devoción y respeto por la Patrona del Regocijo. Ahora el perverso demonio de las tinieblas y la Milagrosa Divina Virgen coexistirían pacíficamente en la ciudad. El candidato único a la presidencia triunfó en las elecciones, dijo Damián con cierta ironía y Fresia que no se quedó atrás le preguntó cuántos votos había reunido en la mascarada. Salamanca treinta y ocho mil doscientos ochenta y dos y su acompañante Tejada Sorzano veinticuatro mil treinta y nueve. Mientras los diablos en inmensas cuadrillas invadían la Iglesia, Damián, Fresia y el cabro chico integrándose a la romería carnalera escalaron los cerros del sur hasta llegar a los dominios del Cóndor y de la Víbora. En el norte, el Sapo era homenajeado con pisco, cerveza, serpentinas, mixtura y cohetillos. El humo del incienso se elevaba compacto hacia el cielo. Hay que challarlo al *Janphatu* con fe y después pedir una gracia. Los turcos de la calle La Plata lo bañaban con licores finos. Se había transformado el paisaje desolado y misterioso de los Arenales, otrora habitado por hormigas gigantes. Bordeaban el Tagarete, reluciente hoja de agua que nacía en el horizonte, tiendas árabes, sauces llorones y colinas de arena. En el interior de las tiendas se ofrecían picantes de conejo y gallina, chicharrones de chanco y asados de corderito, amenizados por orquestas con armonio, batería y piano. ¡Señor Intendente, este mi marido no duerme conmigo! También estudiantinas con mandolinas y guitarras. ¡Señor Intendente, esta mujer miente, yo duermo con ella y ella no me siente! Artificios del carnaval, carteles y banderas blancas a media asta anunciando buena chicha. ¿Chicha de la Finca? En los collados de arena padres e hijos daban volteretas y pendiente abajo se deslizaban. Las comparsas más afamadas - Los Pescadores del Troncal, Ojos Alegres y Los Insoportables - llegaban de cuando en cuando al trote. Cholitas y mozos con los rostros embadurnados de harina y los cuellos enroscados con las serpentinas del diablo.

¿Estos carnavales
quién inventaría?
El indio borracho
de la Ranchería.

Toda la ciudad se había trasladado a los Arenales, mira, cuánta gente dijo Fresia. Hombres negros pintados de blanco, hombres blancos pintados de negro. En el puente del Troncal se tomaron una fotografía. Los residente alemanes en los sauzales bebían cerveza importada y comían salchichas, Hochschild entre ellos. Los turcos se divertían al son de la música que transmitían ortofónicas portátiles. ¡Míralos, están bailando con la música en conserva! Damián les invitó a navegar en el Tagarete, alquiló un bote con remos largos que servía usualmente para atravesar la orilla. Sumergido en el torrente, Umalu Cayetano croaba, mirando peces luminosos. Riendo el público aseveraba que lloraba porque el aguardiente que no bebió le trepó a la cabeza. ¡Es un sapo auténtico! De pronto se oscureció el cielo y retumbó un trueno. El gentío comenzó a correr hacia la ciudad. Una violenta granizada se derrumbó sobre los Arenales. Caían como proyectiles los terribles granizos y lastimaban las cabezas, los rostros, las manos. El cabro chico lloraba a gritos, Damián lo levantó en brazos y con Fresia a todo correr llegaron hasta los suburbios. En la calle de los rieles un viejo compañero de la Federación Obrera los acogió en su casa, instante en que Fresia se descompuso. Le dieron de beber una infusión de coca. Le atacó el sorojche, explicó, pero con la coca se va a poner bien. Damián sonrió complacido. ¿Qué es lo que dijo el compañero que me atacó?, preguntó Fresia. Sorojche, mal de puna. El viejo dijo que tomarían un té-macho, caliente y salió con el cabro chico a comprar aguardiente y galletas. Fresia y Damián quedaron solos. Afuera, las gotas de la lluvia persistían anchas y sonoras. Mirándole en los ojos Damián le dijo a Fresia que la amaba, que si se ponía bien esta noche irían a bailar a la chichería de la Chotochico, había mascarada. Y ella se rió de buena gana, está descubriendo sus cartas. Y él emocionado la besó en la frente, en las mejillas, en la boca. Oh... Indignada Fresia se irguió diciendo que era un abusador. ¡No faltaba más! ¿Por qué haces esto conmigo, Damián? ¿Por qué? ¿Acaso tengo yo el tipo de mujer que atrae hombres? ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que soy la Pickerina o las Nawilas? ¿Tú no crees en la amistad del hombre y la mujer? En la Iglesia invadida, los dia-

blos —penitentes arrodillados— lloraban por sus pecados y promesas incumplidas. La Patrona del Carnaval reía a hurtadillas.

Madre mía, ante tu altar,
yo, demonio del infierno,
deposito mi destino:
¡no lo puedes desechar!

Descargadas sus oscuras conciencias saltaron frenéticos, desatados en un torrente de alaridos. El incansable Umalu Cayetano del brazo del Angel de la Guarda recogiendo ojos de vidrio, tridentes abollados y víboras escurridizas desparramados por el suelo. Las galletas que le entregó el cabro chico volaron sobre la cabeza de Damián. ¡Fresia! Tomándolo de la mano a su hermanito y lanzándole a él una desdenosa mirada salió de la casa, casi corriendo. ¡Fresia!, llamó desesperado Damián, ¡Fresia!, se detuvo en la puerta embestido furiosamente por la lluvia de viento, arena y agua. Atravesaban la calle los osos, los sapos, los loros y los demonios tradicionales empapados. Ahora, convertidos en mensajeros del cielo, venían de los calvarios del Socavón arrastrando los animos rebeldes por el suelo. El cóndor amaestrado deprimido como gallina mojada. ¡Ar-r-r!... Miraba anonadado el viejo compañero de la federación, no llegaba a comprender lo que había acontecido con la joven pampina ahora perdida en la lluvia.

¿Estos carnavales
quién inventaría?
El indio borracho
de la Ranchería...

LOS SERENOS no aparecían. Con extremado sigilo abrieron la inmensa puerta de la bodega y ella fue la primera en integrarse en la oscuridad de su interior. La cerraron evitando en lo posible que chirria-

ran los goznes oxidados por la humedad de las lluvias. Había soñado toda la vida con los hermosos príncipes de la leyenda y las hadas madrinas, quienes con su varita mágica logran la felicidad y la dicha de los seres buenos del mundo. Así que cuando se difundió la noticia de que llegaría su Alteza Real el Príncipe de Gales Jorge V, casi desfalleció de emoción. ¡Conocer al príncipe! Ella que se consideraba la bella durmiente bailó de alegría como cabra chica primero y después se sumergió en hondas tribulaciones. Le pediría rehacer su vida, liberarla de su drama, casarse por segunda y última vez y tener la ventura de varios hijos. ¡El príncipe podía conceder gracias infinitas a los súbditos que las solicitasen! ¿Qué hora era? ¿Habría tiempo aún? Tomó el chal blanco y lo dejó al marido luchando con sus melancolías. En la esquina del refugio. Espiridión la esperaba y tomados de la mano ganaron las calles de la ciudad. En casa tengo un retrato de él, con la familia real, que lo tomé de una revista, está en la pared, al lado del gran presidente Balmaceda. Una multitud de curiosos rodeaba el tren especial que tomaba agua. Ella observó desde las rendijas de la bodega. Después de la partida del gracioso príncipe la estación había vuelto a su soledad habitual. La campana enmudecida, el reloj impasible y las luces moribundas de las oficinas del jefe. Aquella vez que te conocí fue una noche como ésta, ¿recuerdas, Yolanda? Te miraba mi maestro desde el auto y yo también. ¿Qué hacías tú sola y a tan altas horas de la noche? ¿Esperabas a alguien? ¿A tu marido? ¿Y acaso no estaba enfermo en el refugio? Claro, sí, no es que desconfíe, solamente estoy recordando. Y fuimos a los Arenales, yo te había tomado las manos y tú... me las apretabas, ¿por qué? Percibió la respiración entrecortada de él. ¿Por qué, pues, Yolanda? Sus manos excitadas se movían con diligencia investigadora, se detuvieron en los senos y no tardaron en oprimirlos con fuerza. ¡Espiridión!, exclamó cerrando los ojos y apretando los labios. De cualquier manera había que llegar a presencia del príncipe. El joven se adelantó y a codazo limpio fue abriéndose paso. ¡Permiso, permiso! Ella le seguía campante. Rababan algunos curiosos y lo mejor era no llevarles el apunte. De pronto se vio frente a su Alteza Real el Príncipe de Gales Jorge V, enmudeci-

da tembló de pies a cabeza. Intrigadas las autoridades, damas de honor, gentilhombres, pajes y escuderos que le acompañaban, no tardaron en inquirir quién era aquella intrusa. Con valor inaudito avanzó lentamente hacia él. ¿Eres tú, príncipe mío? ¿Cómo te has hecho esperar! Pero, cuanto menos elocuencia más amor. Tan huaso, tan pavo, tan lindo. El infante al escuchar aquellas lisonjeras palabras movió su cabeza, no las entendía ni medio. ¿En qué idioma podría expresar todo lo que he soñado decir, príncipe mío? Yo no quería hacerte daño, veía que sufrías. En tu rostro se dibujó un dolor intenso y te quejabas, ¿te sentías mal? ... Cuando mi maestro se fue corriendo tú ni te diste cuenta, te quedaste como muerta en la arena y a mí no sé que me daba verte así, pero algo superior me instaba, me urgía a hacer lo que hizo él contigo. Fue doloroso. Quería quedarme junto a ti para sufrir la humillación, pedirte que me perdonaras, pero el maestro me llamaba a gritos Espiridión, Espiridión, ya me voy, ya me estoy yendo. Como si no pudiera retirarse solo. Me levanté diciéndote despacito en el oído que nos volveríamos a ver. ¿No escuchaste? Presa de sus aturdimientos Yolanda lo abrazó y le buscó los labios para cubrirle de besos. Yo te enseñaré a amar, cabrito mío, y después las mujeres te lo agradecerán. Vestía el hermoso soberano con una casaca de mangas anchas y faldones, pantalones *sportman* y zapatos con hebillas de plata. Y ella se arrodilló a sus pies, musitando Alteza. ... Advirtió que le acariciaba las sienes como siempre suelen hacer los caballeros magnánimos. Sonreían sus ojos azules, sus labios finos. Alto y cenceño comentaba que Bolivia era una nación encantadora y estaba enamorado de ella. Debía tener treinta y seis años. Los paisajes del lago Titicaca eran dignos de circular en postales de colores. También las ruinas de los imperios andinos, Tiwanacu, suspiraba. ¡Lástima y muy grande que Bolivia no haya sido nunca de Inglaterra! Desde aquella vez no te puedo olvidar ni por un instante, Yolanda. Desde aquella vez. ... Te busqué desesperado por todas partes y no podía encontrarte. La última posibilidad fue el Refugio de Repatriados de Franchevich. Pregunté una mañana por ti con gran suerte. Me dijeron que vivías ahí, en un cuarto del fondo, debajo de la escalera, con

tu marido enfermo. Y todas las tardes espiaba por la esquina. Te vi aparecer varias veces. Eras tú, sin duda. En una oportunidad asomaste por la puerta que da a la calle con una jovencita. ¿Cómo se llama ella? Claro, sí, ya me lo dijiste, Fresia. Averigüé tu vida y quedé más camote todavía. No, nada de lástimas. No tardé en conseguir dinero de mi padre y le di a Fresia para que te lo entregara personalmente. ¡Lo feliz que me sentía! Yolanda trató de barrer el suelo de la bodega diciendo está lleno de paja y cebada. ... Y Espiridión sí, un momentito, se sacó la chaqueta y la desplegó ampliamente. Ella hizo lo propio con su apreciado chal blanco, que le había obsequiado Espiridión. Sácate tu camisa que yo me sacaré la falda. Tú los zapatos y yo mi corpiño. ... Se frotaba las manos, sentía mucho frío. Respiró hondo. ¡Uf, la altura!, alegó. Se tocó el pecho como si le faltara aire. Conmovida por esta actitud sintió una profunda pena. Qué no daría, pensaba, por abrigarlo, por tenerlo en mi regazo como al hijo más sublime, por darle calor, aire, bastante como para que no se sofoque ni un poquito con el sorojche traicionero. No debe haber satisfacción más grande en la tierra que ser esclava de un varón tan magnífico. ¡Cuánta envidia me dan estas damas que le acompañan y son mujeres como yo, que no me falta ni me sobra nada! La tercera campanada anunció la partida. Se despidieron las damas de honor, gentilhombres, pajes y escuderos. Alteza. ... musitó nuevamente y él sonreía con generosidad, Alteza, yo soy la bella durmiente de la ciudad. ... Y el enigmático infante sin entenderla. Le acarició el rostro expresando un par de palabras en el idioma secreto de los monarcas y ascendió —lentamente— por las escalerillas cubiertas con una alfombra escarlata. El tren especial, decorado con cortinajes y ramos de flores, comenzó a alejarse. ¡Y ella no le había dicho nada sobre su dramática situación! Su Alteza Real el Príncipe de Gales Jorge V se despidió haciendo temblar un pañuelo blanco como paloma mensajera de bondades y cariños. Y ella con su mano desnuda despedía a la ilusión. Brotaban de sus ojos lágrimas de gratitud. Mi hermoso príncipe. ... Era sensible y cariñosa a la vez. Hacía el amor con ternura de enamorada. No era ni la sombra de aquella mujer de los Arenales. Pese a la diferencia de

edad, Espiridión enloquecido de felicidad creyó oportuno preguntarle si lo amaba o si sus tiernos afectos era simple reciprocidad. Y Yolanda le respondió te amo, mijito, te amo, tú eres para mí el verdadero y bien querido príncipe y yo la esclava más rendida, leal y obsecuente de tu reinado. . .

¿QUE HORA ES? SI, EN ESTE INSTANTE DEBE ESTAR CON LA española, gitana de la peor tribu, admirando la belleza de su cuerpo desnudo y susurrándole al oído que se parece al de la Venus de Milo. ¡Descarado! Así también hizo conmigo muchas veces. Taciturno me contemplaba largás horas, como si estuviera suspendido en el aire y de pronto rompiendo su silencio elogiaba con palabras abonadas de magia casera los detalles más íntimos y secretos que parecían impresionarle. *¡Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama, que son apacentados entre azucenas!* Buscaba enardecido atrapar un detalle, una marca, un hito, una señal de mi cuerpo confidencial. Decía que mis antiguos lunares eran estrellas negras en el firmamento blanco. En alguna oportunidad halló un lunarcito encarnado y cómo reía de contento. En el último invierno guardé cama varios días por una congestión de enfriamiento y nos reíamos mucho de lo sucedido. Su memoria se había aferrado a estos detalles para sufrir. Llegaba a mi celda con pan de huevo de La Polar para que me sirviera con chocolate. Mi qholita linda. . . La madre superiora entonces era muy deferente conmigo. ¿Por qué ahora cambiaron todas y se portan crueles? ¿Es que no pueden comprenderme? ¿Y ya no me será posible verlo a él? Caminaba por la celda sor Martina exclamando Dios Todopoderoso. Desde el incidente del Beaterio vivía en constante sanción. Le quitaron las llaves de su celda, el breviario y el crucifijo. Hallaron los libros prohibidos y les llamó la atención los poemas de amor que com-

puso, luego el *Cantar de los cantares* con notas subrayadas y el *Consejero Social*. ¡Degenerada! La condenaron a pasar el oficio de rodillas y vivir separada de la grey. Para evitar visitas importunas en su celda la vigilancia se tornó estricta de noche y día. Soportaba al principio con mansedumbre, llorando en silencio. *¡Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento!* Después, denunciaba en voz alta las perversidades a que era sometida y delante de la superiora y las religiosas que observaban apesadumbradas, pisoteaba su velo y se desgarraba los hábitos. ¡Dios mío, si no era por la española estaríamos amándonos, ajenos a la intromisión del mundo! Constituía para mí un triunfo invaluable el hecho de que su hermana me aceptaba a veces en la casa, pese a su carácter. Pero ahora con el escándalo, que ya han debido contárselo con lujo de detalles, ni siquiera va a mirarme. Pero también ella no desconoce lo de la gitana. Yo controlaba todos los tejemanejes de aquel idilio camandulero. Felipe y la gitana hechicera lo sabían bien y me temían. Ahora encerrada y escarnecida como estoy, viviendo a pan y agua, no tienen ningún estorbo y deben estar haciendo de las suyas, a vista y paciencia de la comunidad. ¿Cómo poder huir y colarme en la alcoba secreta y saber lo que sucede en estos instantes? Está amaneciendo, ya todo se encuentra iluminado. ¿Qué hora es? Escucho el saludo de los gallos madrugadores, parece que conversaran cantando. Me quitaron hasta el reloj, que es un obsequio de mi padre. No les ha mellado en lo mínimo el escándalo, ay, más bien estimo que les ha favorecido. Ahora lo que tratan de hacer es cubrirlo todo con un manto de conformidad y hundirme a mí. Debería haber hecho cosas peores, por ejemplo. . . ¡destrozarle el rostro a arañazos! Conmovida con sus terribles pensamientos detuvo su caminar y cayó de rodillas con el rostro empapado en llanto. ¡Dios mío! ¿Cómo puedo torturarme con estas sucias ideas? ¿Qué tengo yo para ofuscarme de este modo? ¿No será que el demonio se ha introducido en mi cuerpo para hacerme daños irreparables? ¡Dios mío, Dios mío, creo que estoy enloqueciendo! No podía dormir, ni velar, ni rezar. Siempre la imagen de ellos. Y en actos lúbricos. Arrodillada en mitad de la celda pedía al Altísimo fuerza para resignarse y soportar la dura pesadilla, la prueba del Señor. ¡Dios mío, no permitas que me

vuelva loca! Salía de la celda amoscada y débil como una convaleciente para asistir a los ejercicios, comer y obedecer a sus necesidades corporales. Ninguna de las monjas la tomaba en cuenta. Nadie me habla, nadie viene hacia mí y nadie me visita. Parece que todos me ignoraran, pero no me importa. Lo único que quiero es que él me busque y me diga con su voz venerable mi qholita. . . *Levantémonos de mañana a las viñas, veamos si brotan las vides, si se abre el cierno, si han florecido los granados; allí te daré mis amores.* Pero, ¿por qué no viene? ¿Es que la gitana se lo ha prohibido? Viniendo, estuviera con quien estuviera, me lanzaría a sus brazos, le llenaría de besos sus manos piadosas y sollozando confesaría que lo que hice fue por él, nada más que por él, para librarlo de la influencia de la arpía que lo tiene hechizado con sus maleficios. Lo amo de verdad, lo he amado siempre, Dios mío. *Quiero que él me bese con besos de su boca.* Ah, suplicio de mil infiernos. . . Vivimos en la condenación eterna, donde los amores sólo generan dolores. Le pediría piedad pero con una condición, que se aleje de la gitana. Rezando, llorando y clamando milagros sin respuesta caía rendida al amanecer, enferma de amor. Horas después, despertada por las asistentes, entumecida de frío y asustada con miedo pánico, preguntaba si la había buscado Felipe. Y nadie le respondía nada. Se tomaba la cabeza Dios mío, ten piedad de mí, estoy loca despavorida. Loca. . . Extraviada en el miserable laberinto de mis desilusiones no duermo en la noche, tengo un dolor insoportable en la cabeza y he adelgazado con exageración. Me encuentro piel y huesos. El abatimiento me consume, el abandono me desespera y la melancolía me hace irascible. Vivir aislada es un castigo intolerable, como todas las imposiciones inventadas por el demonio para martirizar al hombre. Lo mejor es abandonar este mundo. Así Felipe y todos los que me castigan cargarán con la responsabilidad de mi desaparición, en especial la gitana. . . Y a la hora de los ejercicios vespertinos —pasando por los corredores— abrió una ventana y se lanzó al vacío. Cayó sobre el techo de una pequeña habitación y después, como un pesado objeto de goma, rebotando de pared a pared, llegó al suelo. La dieron por muerta las religiosas que vieron su actitud pero no tenía nada, ex-

cepto las contusiones y el shock violento que le hizo perder el sentido. Está realmente posesa, comentaban todas ellas. Enfermó de gravedad sor Inés, quien la socorrió con mayor unción. ¡Me duele la cabeza y el estómago! Varias noches y días sufrió fiebre intensa y dolores generalizados por todo el cuerpo, no pudo resistir y al quinto día falleció. ¿La tifoidea, madre superiora? No, hermanas, fue el arrebató que le produjo la endemoniada. Doblaron las campanas de la Matriz con infinita tristeza, la amortajaron y fue enterrada con una sobriedad nunca vista. Se le cambió el destino a la hermana del Ángel Rebelde. Si antes las monjas le hacían el vacío por instrucciones de la superiora, ahora lo hacían por sincero y espontáneo temor. Es apóstata y está condenada sin remedio, aseguraban. Y ella en el sanatorio del convento, en noches de delirio, reclamando la presencia de Felipe. Aseveró el doctor Quevedo que más grave que las contusiones producidas por la caída era la crisis nerviosa por la que atravesaba. ¡Que rece salmos penitenciales! Nuevamente fue aislada en su celda correctiva, pero ella ya había solicitado al médico — amigo de casa y correligionario político — que comunicara a sus familiares intercedieran ante las autoridades eclesiásticas ya que no soportaba más el sufrimiento a que la sometían. Y si no, intentaría nuevamente dar fin con su vida. Restablecida de sus dolencias físicas, fue entrevistada por dos sacerdotes en el oratorio del convento, frente a las imágenes de la pasión. Cleómedes y un viejo de mirada corrosiva, a quien no lo conocía nadie. Se arrodilló delante de ellos en actitud piadosa. Tienes que confesarnos todo lo que pasa en ti, sor Martina, yo he llegado enviado por el Nuncio para estudiar tu caso, dijo con ánimo reticente. En la ciudad no se habla más que de ti, hay un extraño revuelo. Gozas de una popularidad nefasta y nuestros enemigos están de plácemes. Con tus actitudes has puesto a la Santa Madre Iglesia y a su Ilustrísimo Vicario en una situación difícil, yo diría espantosa. ¿Qué es lo que te propones? ¡Renunciar a mis votos!, respondió con energía. Callaron un instante los frailes, no esperaban respuesta tan brusca y repentina. No es para que te violentes, sor Martina, di lo que te pasa, Dios mediante, con espontaneidad, mesura y humildad. Nosotros estamos para escucharte, no ol-

vides que eres una hermana nuestra. . . Y ella parsimoniosa he comprobado, padre, que no tengo vocación para la vida religiosa, la vida de austeridad, de sacrificio. . . ¿Y se puede saber por qué recién descubriste que no tienes vocación religiosa?, preguntó Cleómedes con ironía ofensiva. Porque, titubeó, se le hizo un nudo en la garganta y quiso estallar en sollozos, pero se contuvo. ¿Por el incidente que provocaste en el Beaterio? No, padre. ¿Entonces? Se recuperó, levantó el rostro y afirmó yo llegué a la Iglesia por amor. . . Desde luego, sor Martina, la interrumpieron, todos llegamos por ese camino: el amor a Cristo, Nuestro Señor. No. ¿Entonces? Por amor al hombre, el Dios-sacerdote, a quien lo estimaba lleno de bondad. ¿El Obispo, como dicen en la ciudad? Sí, Felipe. ¡No puede ser, estás blasfemando!, reaccionó el viejo, entretanto Cleómedes expresaba sor Martina, ¿no te das cuenta que eres víctima del demonio? ¿Del espíritu del mal? . . . Y regodeándose por primera vez en su vida, sor Martina destacó los detalles íntimos de su vida en la escuela, las circunstancias que concurrían para conocerlo y las mil y una combinaciones que hicieron para sus encuentros furtivos. *Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos.* Cuando escuché la voz de Dios que me dijo no debía tentar a Felipe fuera de la Iglesia, decidí ese instante mismo convertirme a la fe monacal como una sierva dócil. Hasta que apareció la española comedianta y le hizo perder la cabeza al Dios-sacerdote. . . ¿Y tú tienes la certidumbre de que él está ahora en pecado con la madre y generala de la Cruzada Pontificia? Sí, la plena certidumbre. Hay algo que no marcha bien en tu alma, sor Martina, estás loca de manicomio. Ha triunfado sobre ti el demonio, el enemigo oculto que siembra errores y desastres en el mundo. . . En la noche fue visitada por la madre superiora y dos monjas asistentes. Alumbraron la celda con cirios alargados, de pabilos gordos. Le indicaron que se desnudara completamente. *No miréis en que soy morena, porque el sol me miró.* Recogieron los vestidos que cayeron al suelo con solemnidad de ceremonia litúrgica y a cambio le entregaron un látigo. Las disciplinas, sor Martina, dijo alguien, para todas las que no tienen rectitud de alma. Y ella respondió Dios mío, no soy digna de tu castigo.

Cesó el martirio cuando ella exhausta tenía el cuerpo lacerado. Con una sonrisa beatífica la madre superiora abandonó la celda al amanecer con las asistentes que apagaron los cirios gastados.

UN PROBLEMA SIN SOLUCION

(Drama dividido en dos actos)

La acción transcurre en la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, sede de los poderes Legislativo y Ejecutivo de la República, por la primera mitad del año 1931.

PERSONAJES

H. Presidente de la H. Cámara de Diputados.

HH. Vicepresidentes Primero y Segundo.

H. Secretario López.

H. Arce, diputado por Tarija.

H. Ledezma, Diputado por Achacachi.

H. Nolasco López, Diputado por Chayanta.

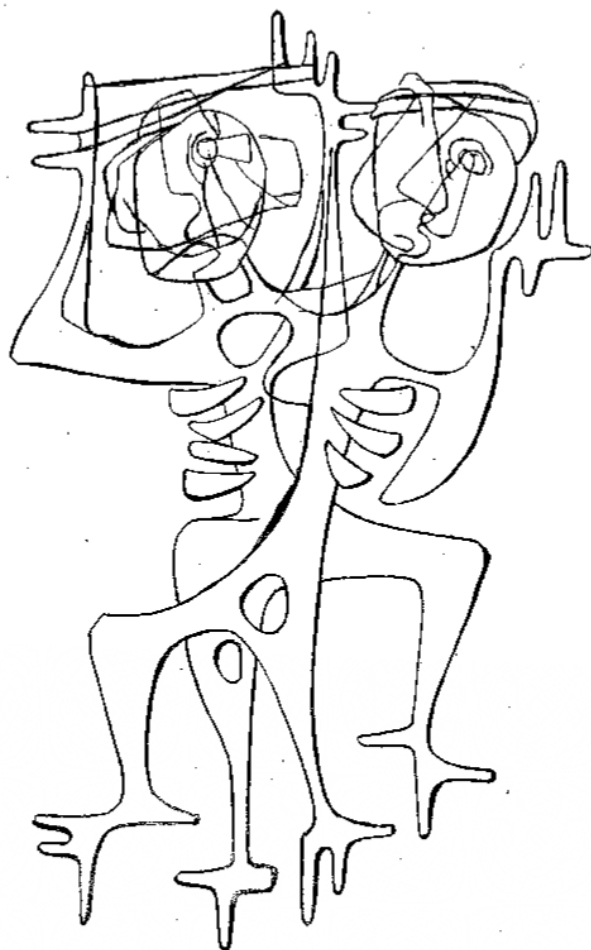
H. Anze, Diputado por Cochabamba.

Excmo. Sr. Canelas, Ministro de Hacienda.

Varios HH. Diputados que representan a los Departamentos, Provincias y Cantones en que está dividida política y geográficamente la República; Ujieres y Barra Colegisladora.

PRIMER ACTO

La acción: en la H. Cámara de Diputados. El H. Presidente ocupa la mesa de la testera, acompañado por el H. Vicepresidente Segundo y el H. Secretario. En la cabecera superior se destaca el Escudo Nacional



con un cóndor de alas desplegadas y en actitud de vuelo, una llama impasible, un ramo de olivo, una parva de trigo y el Cerro Rico de Potosí. Los retratos al óleo de los fundadores de la República, Simón Bolívar y Antonio José de Sucre. A la derecha la Bandera Nacional de tres colores destacados: rojo, amarillo y verde y a la izquierda un reloj de muelle, con el largo péndulo que oscila en silencio. Los Ujieres uniformados de azul y distribuidos en lugares estratégicos atienden con solemnidad estudiada los requerimientos de los HH. Diputados. Una campanilla eléctrica resuena por todos los pasillos y en el hemiciclo los parlamentarios ya se encuentran presentes, sentados en sus estrechas curules. Escriben, bostezan, leen cartas y revistas, dormitan, tosen, beben limonadas, toman café con emparedados y sueñan despiertos en el destino nacional.

(Se levanta el telón e ingresa el señor Ministro de Hacienda, acompañado del H. Vicepresidente Primero, bajo una salva de aplausos de la Barra Colegisladora, funcionarios de Estado y adherentes del partido oficial. Se escuchan vítores estentóreos al Presidente Constitucional de la República. El Ministro levanta las manos y las agita en señal de saludo).

- H. Presidente.- Habiendo el quorum reglamentario y estando presente el señor Ministro de Hacienda, queda instalada la sesión. (*Agita la campanilla de mano*). Tiene la palabra el H. Secretario López para dar lectura al Orden del Día.
- H. Secretario.- . . . Y Petición de Informe Verbal suscrita por el H. Arce al señor Ministro de Hacienda, doctor Demetrio Canelas.
- H. Presidente.- Tiene la palabra el H. Arce. (*Silencio absoluto*).
- H. Secretario.- No está presente.
- H. Ledezma.- Estando ausente el H. Diputado peticionario y en atención a que yo tengo otra Petición de Informe pido que sea recibida por la H. Sala la información del señor Ministro.
- H. Presidente.- Así se hará, aunque ello importa la rectificación del procedimiento. Pero antes considero de mi deber el pedir excusas al señor Ministro por la ausencia del Diputado Arce, seguramente involuntaria.

Sr. Ministro.- Lamentando de veras el hecho de que no se encuentre en sala el H. peticionario, me complace el tener esta oportunidad para presentar mis informaciones con el mayor agrado.

Barra Colegisladora.- ¡Al grano, honorable Ministro!

Sr. Ministro.- (*Sonriendo*). Concretamente hablando de la petición que dice en su punto primero: ¿Cuántos pozos petrolíferos productivos ha perforado la Standard Oil Company, en virtud del contrato del 27 de julio de 1922, celebrado con el Gobierno Nacional y dónde se encuentran situados? El número de pozos perforados a la fecha es de treinta. Los pozos en actual producción son los siguientes: Bermejo 2, Provincia Arce, Departamento de Tarija; Bermejo 3, en la misma Provincia; Bermejo 4, ídem 5 y 6 ubicados en la misma Provincia, Samaipata 1, 2, 3 y 5, en la Provincia del Gran Chaco, del mismo Departamento. En el de Santa Cruz, Provincia de Cordillera: Saipuru 1 y 2; Camatindi 1. En el Departamento de Chuquisaca, Provincia Azero: Buena Vista 1 y Machareti 1. Segundo: ¿Cuál es la capacidad productora de cada pozo y cuál su costo en maquinarias, trabajos de perforación, etc.? Debo expresar que el Gobierno no había adoptado medidas directas para mandar a estudiar la capacidad de producción de cada uno de los pozos. Pero también debo manifestar que está dentro de los proyectos del Ejecutivo el hacer que se estudie un plan destinado a obtener informaciones más directas. Tercero: ¿Qué campamentos tienen refinerías, cuál es la capacidad productora de éstas y cuánto ha costado su instalación? La Compañía posee actualmente dos refinerías: la primera se halla situada en Sanandita y consiste en un alambique doble. Su capacidad es de 200 barriles de petróleo crudo diarios. Se podría llegar a refinar hasta 250 barriles, según las informaciones recibidas por la Dirección de Minas y Petróleo. La segunda instalación inaugurada en Camiri a principios de este año, es mucho más completa y moderna, pero su capacidad es limitada a 100 barriles diarios, con un rendimiento de gasolina mayor por unidad que en la refinería de Sanandita, por tratarse de petróleo crudo de una gravedad específica mucho menor y por consiguiente con un contenido de

gasolina más alto. Acerca del costo de las instalaciones, el Gobierno no posee más datos que los proporcionados por los balances que la Standard Oil presenta a las oficinas fiscales. Cuarto: ¿Cuál es el capital invertido en Bolivia por la Standard Oil Co. hasta el 31 de diciembre último? Refiriéndome al balance presentado al 31 de diciembre de 1930, el capital invertido asciende a un total de Bs. 58.454.877,12. Quinto: ¿Según el criterio del Poder Ejecutivo, desde cuándo estaría obligada la Standard Oil a explotar petróleo en cumplimiento del citado contrato del 27 de julio de 1922 y de las leyes que rigen la materia? Este es el punto más delicado de la información y ha sido planteado repetidas veces en los últimos años, sin que se hubiese logrado formar al respecto una opinión definitiva y uniforme. Señor secretario, por favor (a media voz), ¿me podría convidar un vaso de agua?

H. Secretario.- (También a media voz). Con todo agrado, señor Ministro, no faltaba más. (Llama al Ujier más viejo que luce la cabeza canosa). Oye, che, ¿qué te está pasando a ti?, te has olvidado del agua. . .

Sr. Ministro.- (Con voz elevada). De acuerdo a los términos del contrato y a la ley orgánica de la materia, la Compañía tiene el término de dos años, dentro de los cuales deberían haberse efectuado los trabajos de explotación y localización en las concesiones. Vencidos los dos años, que según la experiencia técnica se considera el periodo de explotación, iniciase el de producción, regido por la cláusula 16 del contrato, según la cual la Standar Oil, dentro de los cinco años siguientes, debería perforar un pozo por cada 50.000 hectáreas de concesión o bien producir petróleo en la cantidad de dos millones de barriles mínimo por año. La Compañía ha cumplido con la obligación convenida en una de las formas alternativas, es decir, ha perforado más de un pozo por cada 50.000 hectáreas. El número de pozos que deberían perforarse en relación a la superficie total de la concesión llega a 20, pero la Standard Oil ha perforado 30, de modo que, según el criterio de la empresa, sus compromisos han sido superabundantemente cumplidos. El Gobierno por su parte ha sostenido el criterio de que la

Compañía está obligada a producir petróleo, una vez que éste ha sido encontrado, teniendo en cuenta que la finalidad del contrato consiste, naturalmente, en la explotación de petróleo, para que el país pueda obtener los lucros y beneficios que persiguió al suscribir el contrato. Estas dos interpretaciones están en pugna, no habiéndose, hasta ahora, podido adoptar un criterio definitivo entre la Compañía y el Gobierno. Debo expresar a los HH. Diputados que la solución de este problema no depende de una mera interpretación doctrinal del contrato, sino de las posibilidades comerciales del petróleo. Estas posibilidades son actualmente adversas a la tesis que hubiera sostenido el fisco. Suponiendo que una interpretación correcta del contrato hubiese autorizado al Gobierno para exigir la producción y entrega del petróleo, ello no ha sido posible dada la falta de vías de comunicación y de la autorización argentina para llevar los oleoductos por aquel territorio. Esta es la causa principal de que el petróleo, no obstante haber sido encontrado en cantidad y condiciones comerciales, no pueda rendir los frutos que el país esperaba de esa industria.

H. Ledezma.- (Levantando con energía la mano). ¡Pido la palabra, señor Presidente!

Sr. Ministro.- (Sin inmutarse). Perdone, H. Diputado, lamento decirle que aún no he concluido con la información que se me ha solicitado.

H. Presidente.- (Agitando la campanilla). Se ruega a los HH. no interrumpir la información del señor Ministro.

Sr. Ministro.- Gracias, Honorable señor Presidente, prosiguiendo con el uso de la palabra, debo manifestar que otra causa que debe tenerse en cuenta, es el descenso del precio del petróleo y sus derivados en los mercados mundiales. Las empresas que detentan en sus manos la producción petrolífera mundial, han adoptado la política de restringir la producción en vista del bajo precio de todos los productos derivados. Estas circunstancias han hecho que el Gobierno no haya podido presionar a la Standard Oil para que inicie la explotación comercial del producto. Sexto: ¿Sería comercialmente realizable el transporte de gasolina, petróleo crudo

y sus derivados en camiones-tanques, desde el Chaco hasta Villazón, por la ruta Villa Montes-Tarija? Este punto ha sido objeto de consideración particular por el Gobierno con los representantes de la Compañía, se ha discutido las bases sobre las cuales podría iniciarse la provisión del petróleo desde los pozos hasta los centros de consumo en el país. Tomóse en cuenta, al respecto, la carretera Tarija-Villa Montes, que podría servir al transporte hasta Tarija y Villazón, lugar de donde podría distribuirse a los centros del altiplano. Los cálculos hechos con este motivo arrojan las siguientes conclusiones: el flete de Sanandita a Villazón sería de 15 centavos por litro; el flete del ferrocarril de Villazón a Oruro, 9 centavos por litro. Total 24 centavos. El flete de Oruro a La Paz sería de 3 centavos. Total 27 centavos para poner el litro de gasolina de Sanandita a La Paz. El flete de Sanandita a Potosí costaría 19 centavos. El cálculo anterior ha sido hecho sobre la base de una tarifa de transporte por camino carretero de 0.40 la tonelada kilómetro entre Sanandita y Villazón. Teniendo en cuenta que el precio de la gasolina importada, en La Paz, fluctúa actualmente en 40 centavos por litro, la gasolina de nuestros pozos no debería tener un precio de costo mayor de 5 centavos, precio que no es muy bajo en los momentos actuales. Las informaciones recibidas en el Despacho de Hacienda muestran que en los Estados Unidos el litro de gasolina sólo cuesta 3 - 4 centavos bolivianos, de modo que con un precio de 5 centavos, nosotros no desvalorizaríamos nuestro producto.

H. Presidente.- Señor Ministro, perdone, ¿un vasito de agua? *(Se adelanta el Ujier de cabello canoso)*.

Sr. Ministro.- Gracias, H. señor Presidente. *(Bebe)*. Las informaciones a que me refiero han sido puestas en conocimiento de la Standard Oil hace algunas semanas, pidiéndole que estudie un plan para proveer de petróleo y derivados al interior del país. Debe anotarse a este respecto que el precio de la gasolina, adoptado en el convenio suscrito en octubre de 1929, es de 29 centavos por litro en Sanandita, precio que, no obstante haber sido fijado por acuerdo suscrito entre ambas entidades, ha sido reducido a 18 centa-

vos, pero aun aceptando esa reducción, la H. Cámara verá que tal precio es demasiado elevado y hace imposible el aprovisionamiento a los mercados del interior de la República. La Standard Oil no ha contestado hasta ahora a las proposiciones que le hizo el Gobierno para que reduzca el precio de costo de sus productos, condición *sine qua non* para poder iniciar la organización comercial del petróleo nacional. El monto de importación de petróleo y sus derivados que hace Bolivia asciende anualmente a 4 millones y en los momentos actuales en que todos estamos acordes en sostener una política de nacionalización económica, se hace urgente retener ese capital, consumiendo nuestra nafta, lo cual a más de estimular las actividades nacionales daría al camino Tarija - Villa Montes todo el tráfico que necesita para asegurar su conservación.

(El Sr. Ministro de Hacienda es aplaudido por la Barra Colegisladora y los HH. Diputados oficialistas. ¡Bravo! ¡Así se habla, mudos! ¡Viva el Presidente Constitucional de la República! Los silbidos y abucheos tímidos que se perciben parten del sector de oposición de la H. Cámara, generalmente llamado minoría. El Ministro sonríe a la Barra y levanta las manos y las agita como triunfador).

H. Presidente.- Habiendo el señor Ministro de Hacienda prestado la información solicitada por el H. Arce, tiene la palabra el H. Ledezma, que la solicitó con antelación.

H. Secretario.- No se encuentra en sala, H. Presidente.

H. Nolasco López.- Pido la palabra, señor Presidente.

H. Presidente.- Tiene la palabra el H. Nolasco.

H. Nolasco.- Quiero hacer algunas acotaciones a la información del señor Ministro que se encuentra en sala. *(Una venia de respeto)*. Pesa sobre la Standard Oil la obligación inexcusable de realizar 40 perforaciones de pozos, en aquellas pertenencias adquiridas de distintos concesionarios y 20 en aquellas pertenencias que le ha otorgado el Estado para su explotación en sociedad. Son 60 pozos los que debe perforar la Standard Oil Co. *(Silbidos e insultos de la Barra Colegisladora)*.

- H. Presidente.- (*Apretando energicamente la campanilla eléctrica*). ¡Se ruega mantener la calma en la Barra, caso contrario la haré desalojar!
- H. Nolasco.- Ahora mismo no tenemos todavía una carretera que permita traer el petróleo de Sanandita hasta el interior del país. Esperamos que, gracias a los esfuerzos que se están realizando por parte del Gobierno en construir la carretera de Tarija a Villa Montes, esta importante ruta podrá ser inaugurada a principios o mediados del mes próximo; sólo entonces será posible y razonable exigir a la Standard Oil que por lo menos ponga en producción los pozos que tiene preparados, hasta cubrir el límite mínimo establecido en los contratos a fin de que el país pueda ser beneficiado por esa industria. El petróleo de Camiri resulta ser el mejor del mundo. (*Risas burlonas en el hemiciclo*). ¡Sí, señores! Sólo existen dos pozos en el mundo, ubicados en el Estado de Pensilvania, Estados Unidos, de tanta riqueza como el citado pozo nacional. (*Silbidos de desaprobación*). Hay una circunstancia desgraciada para el petróleo de procedencia boliviana: en la región del Bermejo, frente a las perforaciones hechas en territorio boliviano, la Standard Oil, sobre concesiones que tiene en territorio argentino, pero muy cerca de nuestros pozos, ha perforado algunos otros mediante los cuales puede succionar el petróleo y dejar tal vez en seco los pozos bolivianos situados al frente. . .
- H. Presidente.- (*Mirando ostensiblemente el reloj*). Habiendo llegado la hora reglamentaria se suspende la sesión hasta el día de mañana, con el mismo Orden del Día.

FIN DEL PRIMER ACTO

(Los HH. Representantes Nacionales abandonan con pesadez el hemiciclo, en una mezcla oscura y desordenada de voces, gestos, risas y colores. Cae lentamente el telón).

ANTE LA noticia del aumento de las listas de inhumados por la epidemia de tifus la ciudad se inquietó. El escribano de la Iglesia Matriz, quien pasaba los partes del consistorio, fue el primero en dar la voz de alarma. Es una época muy mala para enfermarse, dijo convincente. Se propagaba cada día la fiebre abrasadora y ya no podía haber discreción alguna. El desasosiego cundía con sus terribles aprensiones. Ayer hubo treinta entierros, dijo Ayaqhatati Quintanilla, de los cuales cinco se enterraron en ataúdes y nichos. El resto en el suelo. . . Veía el funebrero que el negocio no caminaba como él pretendía, porque la epidemia devastaba solamente los barrios de Santa Bárbara, Pampa Pozo y San José donde moraban los menesterosos en promiscuidad. ¡Otro sería el cantar si murieran los ricos! Todas las carpinterías de la ciudad se dedicaban a fabricar cajones de segunda clase. Asistida por poderes mágicos la bondadosa y caritativa Orqho María no disponía del tiempo suficiente para atender con solicitud, como era su anhelo, a todas aquellas almas afligidas que escalaban los cerros en su búsqueda y le colmaban de obsequios para prevalecer. Blandiendo su guadaña la muerte llamaba de puerta en puerta. ¡El azote de Dios, Orqho María! Todos los días dejaba a Opalalita jugando con el hombrecito de sombrero descomunal, pecho abrumado y brazos largos y se marchaba enfundada en su manto negro. Iba al norte, al sur, al centro, a los rincones más recónditos de la ciudad donde la requerían para enfrentar a la epidemia exterminadora. Retornaba pasada la medianoche, encendía la vela, cerraba la puerta de una hoja y les daba de comer al perro y a Opalalita que le hacían fiestas. ¡Coman, pero sin pelear; guay si me pelean, los mato a los dos! Se acostaba y dormía de una pieza por efecto del cansancio, hasta que a la madrugada la despertaban los requerimientos de otros desesperados. Se admiró el Waykudor de ver tantas carnes juntas y calculó que Orqho María tenía mucho dinero en perspectiva. Mama Orqho, esta vez vas a tener gran prosperidad, le dijo en quechua. Y ella no le llevó el apunte pretextando estar atareada con el trabajo. Le ayudó a cargar la paña pesada hasta el fogón improvisado de ladrillos y adobes. Arrojó más leños y aumentó la fuerza del fuego. Mama Orqho, ¿qué es de tu marido? Y ella quedó paralizada por un instante, no se hallaba dispuesta para responder esa pre-

gunta lógica que vendría después a raudales, pero serenando su ánimo le respondió con otra interrogación. ¿Qué dices, runita? Preguntaba por tu marido, Mama Orqho. Ah, por mi marido, sonrió con picardía maliciosa, se ha ido, pues. ¿Y a dónde se ha ido, Mama Orqho? Se ha ido muy lejos de aquí, como quién dijera, detrás de la distancia y con mujer coqueta, pero, runita, qué preguntón estás ahora. Yo no más pues decía, Mama Orqho. Mientras absorto en sus pensamientos el Waykudor removía las presas de carne que se achicharraban en la paila, ella, que no quería ponerse en evidencia culpable, extraía con una larga cuchara de palo la manteca parda y llenaba las latas. En las alcobas de los agonizantes, algunos enfermos, junto a sus hijos y esposas, se erguían en cueros mostrando manchas parecidas a picaduras de pulgas y Orqho María los "limpiaba" con monedas de plata. ¡Phisu, niñitay, phisu, niñitoy! Y decía la invocación para que escucharan todos yo, la Orqho María, por el poder de Lucifer, príncipe Belcebú, te limpio las enfermedades probables e improbables, para que se vayan, para que huyan, para que desaparezcan por los siglos de los siglos. . . Los hombros, los brazos, los pechos, los ombligos, las entrepiernas, ¡Aquí-entre-las-barbas-del-Nazareno!, las pantorrillas y los pies. En la noche, minutos antes o después de que aparezca la Carreta de Fuego, nunca en el instante que pasaba, envueltas en trozos de algodones arrojaba las monedas en los suburbios y retornaba con el rostro escondido en su manto negro. Avergonzado en su soledad, el mal extraído del cuerpo de los enfermos esperaba la llegada de algún mortal para encarnarse, antes de que el viento agresivo terminara llevándose lejos del sufrimiento de la ciudad, condenada a convertirse en camposanto de pobres. Reunieron varias latas de manteca de las carnes achicharradas, cuyos olores trascendían hasta arribar a la Plaza Grande. Sabrosas y exquisitas se mostraban pero ni Opalalita ni el perro antojábanse de comer, solamente atacaban exasperados los motes de maíz pelado y los chufios negros. Atónito observaba el Waykudor las costillas en el suelo, le parecía extraño que semejante bocado rechazara el sunicho, siempre acostumbrado a deleitarse con los huesos. Orqho María que no dejó pasar este detalle se rió de buena gana sí, runita, no te extrañes de lo que ves, es carne de llama: ¿Qué dices, Mama Orqho? Aycha

llama, tata, repitió, con sorna. El Waykudor festejó también, dichoso de compartir el secreto mentiroso de aquellos deliciosos chicharrones. Utilizaba Orqho María con particular esmero los cuernos de los toros negros, trasladados del matadero y amontonados para el ritual. En los patios pequeños quemaba dos y en los grandes cuatro. Las cornamentas rebeldes —quién sabe si de toros indómitos— resistían el fuego, pero con la porfía y la insistencia de Orqho María y familiares de los enfermos, terminaba quemándose en mudas crepitaciones junto a los leños enrojecidos. ¡Parecen cachos del asnachaki que le pone su valluna! Arrogante el humo denso invadía los patios míseros y cuchitriles prietos donde se agazapaba la incognoscible y contagiosa plaga. Y después, estacionado en las alturas, cerca del cielo, se confundía con la atmósfera taciturna de la ciudad. Anoticiados de que Orqho María abandonada por su marido vendía chicharrones deliciosos, los sibaritas de la prefectura y los tribunales se organizaron en caravanas tras el olor de las pitanzas que circundaba los espacios. En el cerro de la María es donde comiendo todavía se puede encontrar la dicha de vivir, decían. El doctor Reinoso, Phiñamaki, Valentín y Eulalia, el coronel Alegría y las Ñawilas, acostumbradas éstas a deleitarse también con las carnes cocidas hasta el límite del requemado. Degustaron los platos, ciertamente sabrosos, muy bien sazonados. La uchullajua con kilquifía y wakataya les hizo pedir chicha de la Chotochico. Orqho María, entonces, tuvo pensamientos antojadizos. Con cuatro maridos como Ignacio sería millonaria, tan millonaria como la mujer del asnachaki o la querida del Pickering. El gringo le había comprado una casa en la plaza principal de Oruro, una finca con siervos descalzos en Cochabamba y en el Banco Central de La Paz abierto una cuenta corriente con una importante suma de dinero. ¡Que no hace una en esta vida por no ser desventurada! Contra la epidemia luchaba en inferioridad de condiciones, atendida solamente a su notable mano de curandera, enemiga del bocio, del mal de ojo y de las blenorragias por enfriamiento. Los cadáveres en la ciudad comenzaban a hincharse. Los soldados encerrados en el Cuartel Modelo, no salían a la calle, de franco, por temor al contagio. El gobierno del doctor Salamanca había decretado una ayuda económica de cinco mil pesos —imputable al presupuesto

de salud pública— que se advirtió por la profusión de carteles pegados en las cuatro esquinas de la Plaza Grande. Recomendaba al pueblo higiene, mucha higiene y siempre higiene. Y circulaba el rumor de que se construiría una muralla alrededor de la ciudad a fin de impedir que se propagara el mal por otros distritos. Agotadas las cornamentas de los toros negros en el camal y aún no derrotado el asedio letal, no tuvo más alternativa Orqho María que llamar a un acto de abnegación. Ya no los gargarismos desinfectantes, las limpiezas de cuerpo entero con monedas de plata, los sahumerios aromáticos y los yuyus del campo sino las trenzas de las enfermas vírgenes o de las parientas casadas, amancebadas, viudas y solteras debían quemarse. Si no les agradaba el holocausto del rapado total podían quedarse con la *garçon*. Y estar al día con la moda de París. Ya usaba a la *garçon* la Pickerina, pero su cabellera recortada no servía para los rituales mágicos porque convivía con gringo. Apestando a cornamenta y pelo quemados el flagelo que infestaba la ciudad, se veía cada vez más menoscabado en su orgullo funesto.

UN PROBLEMA SIN SOLUCION

(Drama dividido en dos actos)

SEGUNDO Y ULTIMO ACTO

La acción: en la H. Cámara de Diputados, dispuesta como estaba en el acto primero, a excepción del reloj de muelle que ha sido enviado al experto relojero suizo von Petenkofer por desperfectos mecánicos. Al levantarse el telón están sentados a la mesa de la testera el H. Presidente, el Excmo. Señor Ministro de Hacienda, los HH. Vicepresidentes Primero y Segundo y el H. Secretario. Se escuchan aplausos de la Barra Colegisladora y vitores al Presidente Constitucional de la República. Los HH. Representantes Nacionales en sus estrechas curules se repantigan sonrientes.

- H. Presidente.- La sesión de ayer terminó con el pedido expreso que me hizo llegar el H. Arce para que la información que debe continuar prestando el señor Ministro de Hacienda, se realice en sesión reservada. La presidencia desea saber si dicho H. Representante insiste en su solicitud.
- H. Arce.- Como todavía han de hacer uso de la palabra varios HH. Diputados, entre ellos el H. Anze, he de pedir que dichas sesiones reservadas se realicen a última hora, después de la intervención de los señores Representantes.
- H. Presidente.- Entonces, tiene la palabra el H. Anze.
- H. Anze.- La información pedida por el H. Arce me ha llamado la atención. (*Expectativa general*). Si observamos este asunto despojados de todo prejuicio e influencia malsana, veremos que los puntos que se debaten deben ser considerados como capitales, una vez que se refieren a cuantiosos intereses económicos para el desarrollo industrial de la nación y ante los que el Gobierno no puede pasar indiferente, sin desarrollar una política atinada de previsiones a fin de que la fe del Estado no quede desmedrada en el concepto de los capitalistas extranjeros, que pueden creer que los procedimientos empleados contra la Standard Oil Company of Bolivia, constituyen una amenaza para el ingreso de capitales al país, que tanta falta le hacen para su futuro desarrollo industrial. La penuria económica se ha acentuado estos últimos días a raíz de un conjunto de fenómenos imprevistos por los hombres más capacitados del mundo, falta de previsión que viene complicando mayormente las deficiencias en que se encuentran los Estados para poder contrarrestar esa avalancha de consecuencias que han desconcertado las mejores esperanzas que han podido tener los hombres y las colectividades. Bolivia, que consolidaba su balanza comercial con la exportación creciente de sus minerales, hoy se ve defraudada en su empeño de seguir ampliando el radio de acción de sus actividades. Su fuente inagotable de riquezas circunscrita al valor de sus metales, oscila ante una baja de su principal elemento: el estaño cuya depreciación, jamás vista, ha desequilibrado profundamente su balanza económica. Las decepciones experi-

mentadas con el estaño, creíamos firmemente que podían haber sido reemplazadas con las expectativas de gran esperanza que se iniciaban con la explotación del petróleo, expectativas halagadoras que por desgracia van por el mismo camino del desastre, ya que la sobreproducción del petróleo en Estados Unidos y las sorpresas estupendas que se realizan en la producción de este hidrocarburo en Rusia, Rumania y México, han venido a oprimir nuestro espíritu al ver que se alejan días de mayor bonanza para el país. El precio del petróleo ha bajado a una tercera parte. Tanto es así que nuestras mismas empresas ferrocarrileras, la principal de ellas, la Bolivian Railway Company, que adquiría la tonelada de petróleo crudo en el puerto de Antofagasta en 18 dólares hace un año, hoy paga por esa misma cantidad la tercera parte del costo. Antes de considerar la parte científica o sea lo referente a la Química Orgánica, o Ciencia del Carbono, he de rogar a mi distinguido colega el Diputado por Chayanta, doctor López, quiera aclarar sus conceptos referentes al punto en el cual considera que la Standard Oil al haber encontrado más de dos millones y medio de metros cúbicos de gas de petróleo, optó por tapar y taponar el pozo causando así un gran perjuicio para los intereses del fisco.

- H. Nolasco López.- En mi exposición del día de ayer había manifestado que la Standard Oil, teniendo cerca de 4 millones de metros cúbicos de gas, que significan una gran riqueza no aprovechada, ha preferido tenerlos tapados. Y he dicho que defrauda al fisco, porque el Estado es socio de la Standard Oil, teniendo una participación en sus utilidades del 11 por ciento.
- H. Anze.- Agradezco la información que se me ha servido prestar sintiendo no estar satisfecho con las aclaraciones formuladas por mi distinguido colega.
- H. Nolasco.- Si el señor Diputado desea, puedo traerle mañana todos los datos científicos que desee.
- H. Anze.- Le agradezco su atención, pero no hace falta, una vez que su información no puede contradecir los principios inamovibles de la ciencia. Deben saber los HH. Diputados que para conocer

esta cuestión del petróleo, su constitución y refinamiento, se requieren profundos conocimientos de Química Orgánica e Industrial, que siento mucho no detallarlos, no porque desconozca la materia, puesto que mi primera profesión es la de Doctor en Química, pero esto no me da derecho para abusar de la paciencia de los HH. Diputados. Sin embargo, por la importancia del asunto, me veo obligado a manifestar que el petróleo es un conjunto de hidrocarburos de la serie grasa y de la serie aromática, y que los primeros constituyen el petróleo americano que seguramente es el mismo en su composición que el mexicano, que el argentino, colombiano, ecuatoriano y boliviano, una vez que este petróleo tiene como cuerpo fundamental el formeno o metano, cuya fórmula CH_4 , da origen a hidrocarburos gaseosos que se distinguen por un mayor número de moléculas de carbón, tales el etano, propeno, butano, pentano, etc., según la nomenclatura antigua, y que en la moderna se llaman: propano, dуетano, trietano, tetranio y pentano. A partir de estos cuerpos hasta el carbono 17 son líquidos, y entre ellos citamos los aceites del petróleo ligero o lampante usados en motores a explosión. A partir del carbono 17, los hidrocarburos resultan sólidos como la parafina, la petrojalea, que dejan residuos finales de importancia como la brea, el asfalto y tantos otros hidrocarburos de la serie aromática, que forma la creosota, el fenol, el tolueno, el oxileno, los creosoles, etc.

Barra Colegisladora ¡Los estás fumando en pipa! (*Risas sonoras*).

- H. Presidente.- Se ruega a la Barra Colegisladora mantener la composición del caso.
- H. Anze.- Los aceites pesados prestan gran utilidad a las industrias porque se aplican a los motores Diesel. Sabido es que el benceno es el cuerpo inicial de donde se derivan los innumerables hidrocarburos aromáticos. Como veo que algunos (*bostezos y ronquidos en el hemiciclo*) honorables colegas, principalmente mi colega el Diputado por Tarija, doctor Arce, se sienten molestados por esta exposición, voy a cortar el resto que me queda por exponer sobre estas cuestiones de Química Orgánica, concretándome a la gasolina, producto de preferencia para nuestras actividades industriales

y que no es otra cosa que una mezcla de diferentes proporciones del éter del petróleo, bencina y ligroina o bencina pesada. El petróleo, HH. Diputados, se refina con relación a las actividades industriales de cada país; el nuestro, por el momento, no necesita sino de petróleo crudo para nuestros ferrocarriles y nuestros motores pesados y petróleo ligero para nuestros automóviles, autocamiones y aeroplanos. Resulta, pues, que al haber afirmado el H. Diputado Nolasco L. que la Standard Oil Company of Bolivia, ha defraudado los intereses fiscales, por no haber construido depósitos adecuados para recibir los dos millones y medio de metros cúbicos de hidrocarburo del petróleo obtenido en la perforación de uno de los pozos de Camiri, y guardarlos para su empleo en alumbrado y en la condensación de esos gases que darían productos de gran importancia, no se fija en el costo que significaría esta empresa que mayor ventaja no reportaría. Yo considero, HH. Diputados, que estas afirmaciones, y ruego disculparme, constituyen un verdadero desatino científico, y bien han hecho los ingenieros de la Standard Oil en tapar ese pozo y seguir hasta encontrar petróleo líquido.

- H. Nolasco.- Si me permite (*interrumpiendo la exposición*), si me permite el señor Diputado.
- H. Anze.- Le permito, señor.
- H. Nolasco.- Olvida el distinguido Diputado por Cochabamba que de todo ese gas se podría obtener gasolina.
- H. Anze.- Pudiendo continuar con la explotación del petróleo, no se podría dar el lujo de gastar 9 millones para preocuparse del gas.
- H. Nolasco.- Con esos 9 millones habría obtenido noventa millones por concepto de gasolina.
- H. Anze.- De ese gas no puede salir gasolina; es necesaria la existencia de hidrocarburos líquidos.
- H. Nolasco.- (*Indignado*). ¡Sale gasolina, señor Diputado, puedo traerle obras si es que quiere convencerse!
- H. Anze.- No es necesario, señor Diputado (*vuelve el rostro con expresión desdenosa*). Yo pregunto, ¿qué beneficio podría tenerse del almacenamiento de esa inmensa cantidad de metros cúbicos

de gas si no fuera el conseguir cloroformo de uso reducido, tetracloro de carbono destinado a disolver el caucho? Es sabido que las empresas petrolíferas tienen que imponerse mediante un enorme esfuerzo y la concurrencia de capitales sumamente elevados, de aquí que las empresas que no cuentan sino con capitales reducidos están condenadas a la más absoluta inanición. Yo conozco empresas poseedoras de más de veinte pertenencias y que ante las enormes necesidades económicas propias de la explotación industrial de ellas, se han visto obligadas a no hacer nada. Podría citar nombres inclusive y algunos de ellos no ajenos a la H. Cámara. Quiero decir que estamos frente a un problema no resuelto, y en estas circunstancias no es posible ni razonable exigir la estricta aplicación de nuestras disposiciones legales, no siempre conformadas con la realidad. (*Aplausos en el hemiciclo y vítores en la Barra Colegisladora al Presidente de la República*). ¿Cómo cerrar los ojos ante la realidad, HH. Diputados, y creer que las sociedades, cuyas pertenencias están ubicadas en regiones ricas, donde los pozos han surgido halagüeñamente, puedan vencer dificultades cruentas y obstáculos colocados por la naturaleza? (*En tono patético que produce expectativa*). ¿Cómo suponer que ellas han de vencer la enorme dificultad de la falta de transporte? No tenemos medios de transporte y mientras permanezcamos en esta lamentable situación no será posible la utilización industrial ni la conquista de mercados interiores para los petróleos nacionales. En este sentido, es utopía pensar que el petróleo nacional pueda venderse en todas las plazas del país, a un precio que esté al nivel de todos los bolsillos. Los elementos llamados a beneficiarse poderosamente con el consumo de petróleo nacional son precisamente las empresas mineras, cuyos intereses muchas veces están ubicados en regiones apartadas, pero esos elementos no podrán consumir el petróleo producido en el país mientras su costo de producción y de mercado sea superior al del petróleo importado. Lo que acontece es que los HH. Diputados no se han preocupado de hacer cálculos precisos, matemáticos del costo de producción. Se ha afirmado

que por momento no son necesarias las construcciones de oleoductos y que los simples tanques—automóviles y carros—tanques satisfarían momentáneamente y en forma amplia la necesidad premiosa de vencer las distancias. Se añade que este transporte no costaría más de sesenta bolivianos y . . .

- H. Arce.- (*Interrumpe*).- ¿Me permite el H. Diputado? Dije que la distancia que media entre Sanandita y Punta de Rieles en Tartagal no es superior a 85 kilómetros.
- H. Anze.- (*Sonríe*).- Estoy hablando de territorio boliviano, señor Diputado, y Tartagal está en la Argentina. (*Risas estentóreas en la Barra Colegisladora*). Algo más, en la República Argentina se han dictado tarifas prohibitivas y disposiciones que protegen al producto nacional, prescribiendo su uso en determinados casos. (*Desórdenes en la Barra Colegisladora*). Continuando con el uso de la palabra, señores Diputados, debo manifestar que me ha llamado mucho la atención que en la sesión de ayer se afirme que la Standard Oil cobre por su petróleo la suma de cinco centavos por litro en el lugar del pozo, siendo menor aún el precio del costo.
- H. Arce.- Si el H. Diputado me permite, he de hacerle recuerdo que se dijo 29 centavos.
- H. Anze.- (*Con energía*).- ¡El H. Nolasco López dijo 5 centavos, H. colega!
- H. Nolasco.- Durante la exposición que me cupo desarrollar ayer, indiqué que el precio que la Standard Oil cobraba por litro de gasolina era de 0,29 bolivianos y que ese precio es caro, carísimo.
- H. Anze.- Los señores Diputados deben tener consideración que cuando se trata de precisar el costo de producción hay que tener muchísimos factores en cuenta, factores que están perfectamente determinados por la Economía Política, tales como gastos de explotación, perforación, transporte, personal, contribuciones y otros muchos. La explotación del petróleo no es tan simple que se coloque una llave y se obtenga las cantidades que se quiera de este producto. (*Risas*). Es preciso someter el producto bruto a complicadas operaciones mecánicas y a su cuidadosa destilación. Todas estas operaciones son carísimas y, lógicamente, encarecen

el precio del costo. ¿Cómo es posible pretender comparar el precio de costo del petróleo explotado en Bolivia con el precio de igual producto explotado en Estados Unidos? Además, la cantidad del producto es la que determina el abaratamiento de éste. La enorme producción de 180 mil litros diarios en Estados Unidos contribuye decisivamente a abaratar el precio de este producto. En cambio en Bolivia la Standard Oil no ha podido producir una cantidad que satisfaga ni sus necesidades más premiosas.

- H. Arce.- Quiero expresar ante la H. Cámara, que la finalidad que he buscado terciando en este debate es distinta. Lo único cierto es que con el Artículo 35 de la Ley de Petróleo, un concesionario que no extraiga la cantidad de petróleo, proporcionada a la capacidad productora de su pozo, no puede dejar de entregar al Estado lo que justamente le corresponde. Repito que en ningún caso puede ser perjudicado el Estado, de manera que los cálculos que se hace el H. Anze están fuera de lugar. (*Silbidos y abucheos en la Barra Colegisladora*).
- H. Anze.- ¡El que está fuera de lugar es el Diputado que acaba de hablar! (*Risas en todo el hemiciclo*). ¿Cómo es posible que la Standard Oil Company haga las entregas del 11 por ciento de su producción al Estado, no explotando comercialmente sus productos? (*Indignado golpea la mesa*). No estando en explotación sus yacimientos, mal puede compartir sus dividendos, apreciables en dinero, con el Estado. Repito que el H. Diputado es quién está fuera de lugar.
- H. Arce.- La participación del Estado no se hace en dinero sino en petróleo.
- H. Anze.- ¡El petróleo también es dinero, H. Diputado! (*Otra vez las risas*). Y en cuanto a la participación que el Estado tiene en las pertenencias de la Standard Oil, debo manifestar que el 11 por ciento que corresponde al fisco está listo para su entrega. Yo he tenido oportunidad de hablar con los directores de esa empresa. Los representantes indicados afirman que el porcentaje correspondiente al Estado está listo para su entrega, pero preguntan: ¿Por

dónde sacará el Estado el 11 por ciento del petróleo que le corresponde en los yacimientos de la empresa? Estamos frente a un problema sin solución, HH. Diputados. Y ese problema no es otro que la falta de vías de comunicación. Ya que el señor Diputado se siente molestado por mis justas apreciaciones jurídicas, por mis exposiciones técnicas y por mis conocimientos científicos, voy a suprimir parte de mi exposición y he de concretarme a pedir respetuosas disculpas al señor Ministro de Hacienda (*una venia de circunstancias que es altamente apreciada por el Ministro*) por considerar imprudentes sus informes evacuados en la sesión de ayer. El señor Ministro, con razonamiento claro y preciso ha manifestado que el Gobierno está resuelto a seguir una política abierta y de franca presión tendiente a obligar a la Standard Oil Company a dar cumplimiento estricto a sus obligaciones, emergentes de la Ley y del contrato vigente. Desgraciadamente he encontrado palpable contradicción entre los propósitos manifestados por el señor Secretario de Estado y la labor que le ha cabido desarrollar al Gobierno actual en este respecto. Esa política de presiones inusitadas no podrá prosperar ni tendrá resultados efectivos, puesto que para ello el Gobierno no cuenta con un respaldo económico. Esa política requiere una bonancible situación económica, ya que en primer término es preciso conservar el crédito del país. El crédito de Bolivia debe ser resguardado cuidadosamente por los poderes públicos, y aconteciendo lo que nos anuncia el señor Ministro, la lógica reacción de intereses heridos hará zozobrar nuestro crédito exterior.

(El H. Presidente de la H. Cámara de Diputados determina ingresar a sesión reservada. Soldados de la guardia del ejército desalojan sin violencia a la Barra Colegisladora y a los invitados que ocupan los balcones especiales. Los HH. Representantes Nacionales mientras esperan se reanuda la sesión charlan, leen, comentan, dormitan, tosen, beben refrescos y sueñan despiertos con el destino nacional al compás de la música del silencio que se escucha en sordina. Cae el telón).

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO ACTO

¿QUE ME PASO? NO SE, PERO LA VERDAD QUE ME ARREPIENTO soberanamente de haber procedido como procedí. Me dijo el cabro chico que lo vio rondar cerca del refugio y yo no quería salir y permanecí sumergida en las horas y los días que transcurrían abrumadores. Desde luego ardía en deseos de verlo, mi corazón imploraba su presencia. Yolanda me llamó la atención. ¿Y qué andai buscando, atorrantita?, me lo cantó claramente lo del morocho. Le dice morocho y a mí no me agrada que lo llame así. El es Damián y punto. Yo me había acostumbrado a él, a su modo de ser, modales y costumbres, su plática de países remotos, Nicaragua, Sandino y Blanca Luz, del destino americano. Encontrarnos por las tardecitas a la hora de la antawara, como dicen aquí el crepúsculo y pasear por La Plata y Bolívar iluminadas, visitar las organizaciones obreras e intervenir en sus operativos sindicales. Nuestra amistad estaba subordinada a los acontecimientos de la ciudad. El me decía haremos una revolución social que nos permita curar nuestras vidas. Mi corazón lloraba de pasión melancólica y yo que no sé disimular mis secretos. Mamá y el Viejo preguntaron por él y yo les respondí que no lo veía hace mucho tiempo. No pensé que el mundo se hallaba advertido de nuestras relaciones y yo era motivo de copucha. En las noches, entre la vigilia y el sueño me asaltaban oleadas de pena. Terminó atacándome la manía de pensar y repensar en cosas que una hizo y en proyectos que anhela realizar. Y en las mañanitas, a la hora del examen de las concreciones, son las cosas más triviales y absurdas que podían a una pasarle por la

mente. Así germinó en mí una idea sinuosa por lo pueril que era. Si yo seguía empecinada en no verlo y en no hablarle, se conseguiría una nueva cabra y chau contigo, si te conozco no me acuerdo. En este momento, quién sabe si ya tiene otra. De carnavales a ésta pasaron cuarenta y siete días. Y mamá siempre ha dicho que el supay nunca duerme en cosas de amor. Anduve madurando la idea de sorprenderlo en su casa. ¿Cómo será su nueva amiga? ¿Bonita? ¿Trigueña? ¿Rucia, igual que yo? Y la otra mañana me lancé al abordaje, dispuesta a enfrentar la realidad. Conocía la dirección de su domicilio y con el cabro chico la verificamos. Claro que tuve el cuidado de decirle que lo buscaríamos a Espiridión por encargo de Yolanda. Y bueno, la casa era un conventillo, por supuesto nadie lo conocía a Espiridión y cuando señalé una pieza cerrada dijeron que era la de un cerrajero que solamente venía a dormir. ¿Es casado? No, soltero. ¿Y no vive con alguna mujer? ¿Y ninguna mujer lo visita? Se rieron, fue suficiente para mí. Temprano tomé la jarra de cristal, la que le gusta a mamá y le dije que me iba al canal a traer sangre para preparar un wilapari en el almuerzo, como segundo. ¿Vai con tu hermanito? No, respondí, porque vuelvo enseguida. Salí. Soplaban un ventarrón tratando de arrastrar una meseta de nubes espesas que apenas se movía. Cuando llegué, la puerta que da a la calle se hallaba cerrada, no quise llamar porque tenía vergüenza. ¡Una pampina buscando a un hombre tan temprano! Esperé pacientemente que alguien llegase o saliese. En la ciudad la gente se levanta muy tarde por el frío. El ventarrón me obligó a guarecerme en un zaguán, con los pies y las manos entumidos. Acertó a pasar por la esquina de vericuetos una mujer con manto negro y deteniéndose cerca al zaguán donde yo me encontraba hizo el ademán de arrojar algo así como un envoltorio blanco murmurando palabras que no pude captarlas y volvió rápidamente sobre sus pasos. Parecía no ser una persona común. Instante después —atravesada por un extraño escalofrío— y con la ansiedad estremecida que produce la curiosidad, me dirigí temblando al lugar de la extraña ceremonia. Grande fue mi sorpresa al hallar tres monedas de plata de veinte centavos y un trozo de algodón sucio. Parecían nuevas y se mostraban risueñas ante el esplendor del alba. Mi alegría no tuvo límites, dejé de tener miedo y

creí que se había producido un milagro. Las guardé en un bolso que hace de monedero y siempre lo llevo conmigo. Fortuna mejor no podía haber tenido en esta mañana. ¡Suerte y milagro de amor, de mi lindo!, me dije entusiasmada. Retorné al zaguán. La puerta de la casa tardó en abrirse, la ciudad recién se despertaba. Apareció un anciano de barba llena, yo me acerqué prestamente y él me preguntó si yo había llamado. Le contesté que no. Juro que escuché llamar, y quedó confundido, observando la calle. De la casa de enfrente sacaban un cadáver envuelto en una frazada y sus deudos mugían como bueyes, principalmente las mujeres. Lo trasladaban a algún cementerio clandestino para evitar que se lo lleve el recolector de la sanidad en una carreta de bandera amarilla apilada de muertos. De puerta en puerta todas las mañanas pasaba la carreta preguntando quiénes habían amanecido enfermos y también quiénes habían fallecido. El otro día la sanidad registró las casas y dijo que la epidemia de tifus exantemático se encontraba muy expandida en los barrios populares, familias enteras desaparecían y distribuyeron desinfectantes. Me dirigí a la habitación de Damián y mi mala suerte que se encontraba asegurada por dentro. Llamé una vez y nadie me llevó el apunte. El viejo dejó la puerta santiguándose y al verme de nuevo sonrió sin malicia y dijo más bien que llamara con fuerza. Así lo hice y una voz preguntaba quién es. Una compañera de la Federación del Trabajo, respondí. Me palpitaba el corazón. Desconfiado, Damián abrió un poquito la puerta para asomar su rostro y casi se desmaya al verme. La dejó entreabierta y escapó cómicamente a la cama, como suelen hacer los payasos del circo. No obstante, yo ví su calzoncillo azul y camiseta blanca de mangas largas. Cuando se encontraba a salvo de mis miradas, en medio de las frazadas, gritó ¡adelante! y yo aparecí llevando en la mano la jarra de cristal. Claro que estaba nerviosa. Fresita, balbuceó sonrojado. Me parece que le salió más por la sorpresa que por lo que le dictaba su corazón. Sus ojos pequeños le bailaban como porotitos y sonreía con todo su rostro. Yo también he debido hallarme igual, me lo imagino, porque hasta me olvidé preguntar por la mujer que convivía con él. Me senté en una banquita que tenía frente a la cama y antes de que yo hablara se adelantó él para decir todo lo que

yo había pensado declarar. Se amontonaron las disculpas por lo sucedido en los Arenales y prometió nunca más ofenderme, ni con el pensamiento.

Mirad, qué maravilloso
despertar. Todo florece,
palpita, vibra y canta, se embellece
el mundo bajo un sol esplendoroso
que da su sangre de oro a la mañana,
despierta al ave, al niño y al labriego.

Los hombres qué lejos están de entender a las mujeres. Y creo que a veces es mejor así. ¡Estoy aquí porque te quiero y punto! Le cerré la boca con un dedo puesto sobre sus labios, y no volvimos a hablar del asunto. Me preguntó si quería desayuno y yo le respondí bueno. Quiso levantarse, pero le dije que yo, como mujercita, prepararía y él como hombre de trabajo, debía mantener reposo. Oigan las ocurrencias que de repente una va diciendo. Cerca de la puerta, sobre una mesa había un calentador, le eché alcohol, encendí un fósforo y le di bomba. En una cafetera calculé dos vasos de agua y la puse a hervir.

La vida en combustión, la fuerza humana
de la esperanza y del amor que es fuego.

¿Quién es, Damián?, le pregunté. El hijo de la vecina que está aprendiendo a recitar un poema de Otero Reiche que salió publicado en el suplemento literario de *La Patria* que dirige Mendizábal Santa Cruz. Está dedicado *Al trabajo* en este tiempo de cesantía. Tanto lo repite que ya lo conozco de memoria. Agucé el oído para escuchar mejor, me gusta la poesía. Pero el calentador furioso no me dejaba percibir con claridad lo que decía el cabro chico. ¿Y este barbudo? El filósofo Bakunin. ¿Y este pelado? Lenin. ¿Quiénes son? Los ideólogos del anarquismo libertario y del socialismo revolucionario. Anjá, respondí.

Me acerqué a la pared que daba a la pieza vecina y tropecé con una arpillera. Damián se reía. Vi que eran sus herramientas de trabajo.

Revuela el colibrí de flor en flor,
fingiendo un diminuto meteoro;
busca la abeja el pétalo sonoro
en que tiembla la hilacha de un fulgor.

Y acaso en un segundo el vehemente calentador la hizo zapatear a la cafetera. Me volví y preparé un chocolate Harasich y lo llevé hasta su cama en una taza de loza que tenía una cicatriz fea en el poto. ¿Y tú?, me dijo con un arrobamiento tan tierno y dulce que me partió el corazón. Qué miradita... Hay quiénes aseguran que así es la mirada del cordero degollado. Yo también me serví el Harasich. Y con pan, unos suavitos que se llaman hojarados, no se parecen en nada a las allullas o a las marraquetas. ¿Te gustan?, me preguntó. Sí, respondí, ¿y a ti? También, Fresita. La segunda vez que utilizaba el diminutivo y conste que nunca lo había hecho antes, salvo error u omisión. Me parecía tan poco comunicativo... Hay cosas que no pueden quedar desapercibidas. A tiempo de servirme examiné con impertinencia crítica toda la habitación, los calcetines y ropa interior arrojados en cualquier parte y las telarañas en el cielo raso y le dije que necesitaba una limpieza muy seria, una mano de mujer. ¡Parece un establo, por no decir otra cosa! Y él como si no fuera. Y yo claro, establo de tus yeguas. Me reí como una tonta de la grosería que acababa de decir, sin medir los alcances que pudiera tener. ¿Y dónde se habría escondido la yegua secreta? Me devolvió la taza desportillada y me preguntó si ahora podía levantarse, a lo que respondí no, aún es temprano y está haciendo frío. Lavé y sequé las tazas volcándolas sobre la mesa, las hice formar una detrás de otra.

En las chacras comienzan los obreros
el duro batallar de la existencia
y talan, relucientes, los aceros,
y el ingenio se aguza en la experiencia.

Me acerqué al rincón de los libros y revistas. Le dije que con tantos papeles podría muy bien instalar una librería. No son míos, me respondió, me dieron en la Federación Obrera para hacer circular entre los compañeros que saben leer. . . ¿Y piensas tú leer alguno de estos libros gordos? Se sonrió diciendo y por qué no y me ofreció prestarme una de las novelas de Victor Hugo. Pero yo respondí dándole tono —y recordando al Viejo— que prefería volúmenes de doctrina filosófica, por ejemplo de Malatesta, me causaba gracia aquel nombre. ¿Tienes Malatesta? Me miró sin atinar a responder y yo me reía en mis adentros. Lo dejé atolondrado, turulato. Tomé uno y otro libro, al azar, para ver los títulos. Y él me invitó a sentarme. No le hice caso y seguí huroneando. En voz alta comencé a leer uno de ellos, el más pequeño y bonito, el que parecía cancionero. La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. . . Me tomó de la mano y yo me senté en la cama decidida a descansar a su lado, con la cabeza en la almohada, para seguir desconcertándolo. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos de la gleba, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre. . . Damián no podía concebir lo que estaba sucediendo, pero yo sí estaba consciente de todo y me seguía riendo a más no poder. Posó su rostro al lado mío con disimulo, receloso, aproveché para besarlo en la boca rápidamente y después seguir leyendo como si tal cosa.

Potencia, ritmo, llama . . . Este luchar,
este hacer lo que Dios como una ley
nos ha fijado a todos: A volar
el ave rumorosa, al yugo el buey. . .

Nos quedamos mudos. En el ambiente solamente flotaba la voz del poema. Me cobijó entre sus brazos y yo entregándole mi sonrisa de amor. Ya no me importunaba por nada, él podría hacer cualquier cosa conmigo, yo no le reclamaría lealtad ni cariño eterno, ninguna cosa que signifique compromiso. Pero en ese instante una angustia atroz,

inexplicable, me cayó a plomo. Recordé a mamá, al Viejo y al cabro chico. Me mordí los labios. Como si alguien me lo soplasen despacito al oído fui concientizándome, había dejado de ser la despreocupada e inocente niña de otrora. La cabra chica de las pampas salitreras. La que jugaba candorosa con las muñecas y a veces hasta pretendía hablar con ellas y correteaba endemoniada por las calicheras cegadas de luces blancas. . . Ahora mi comportamiento era como el de cualquier mujer de la ciudad, digamos como de Yolanda, como de sor Natalia, como de Pickerina o como de Regina que han llenado de inquietudes las encrucijadas de la vida. Se me humedecieron los ojos y sin darme cuenta comencé a hipar. Juro por lo más santo que no pude evitar esa desazón. Y cuando Damián alarmado se incorporó para decirme qué me sucedía, yo ya había resuelto marcharme. ¿Dónde estaba la jarra de cristal? Nos veríamos otro día. En ese instante el cabro de la vecindad declamaba.

. . . Y tú, hombre, no cejes en la brega.
vierte el grano, destroza las malezas
que el himno del trabajo al cielo llega
y es proficuo venero de riquezas.

UN RELAMPAGO anunciador de tempestad pasó cerca de la casa y Glicerio Reinoso abrió los ojos. Volvió a cerrarlos y se mantuvo inmóvil un momento en el sillón del enfarolado para despertar mejor. Afuera llovía otra vez. Ya descansé bastante, se dijo. Esa costumbre de dormir la había adquirido en la cámara de diputados. Mientras los oradores se desgañaban perdidos en la espesura de las teorías del derecho constitucional y las obligaciones ciudadanas, muchos honorables —apoltronados en sus curules— hacían honor a Morfeo con disimulo no desprovisto de elegancia. A excepción del honorable representante por Chichas que roncaba con la boca abierta. Era verdaderamente deploraba, un desprestigio legislativo, no sujetarse al buen dormir.

Los ujieres le reclamaban y el honorable despertaba con desenfado. ¡Pido la palabra, señor presidente! Y si el desprevenido presidente le permitía hablar, decía que se hallaba de acuerdo con el honorable que le había antecedido en el uso de la palabra. Las más de las veces fue certero con la agudeza que desconcertaba a sus despertadores. Recogió del suelo *La Patria* y revisó las noticias y avisos comerciales. A las cinco de la madrugada fue fusilado en Buenos Aires Paulino Scarfo, compañero de Severino Di Giovanni, por colocar bombas en las agencias del National City Bank of New York y del First National of Boston. Consultó la hora y se desperezó. Jabón Heno de Pravia suaviza y blanquea la piel. . . Dejó el diario y desde la ventana que daba a la calle vio la noche azotada por la lluvia. Quince días de tormenta intermitente en la ciudad. En Huanuni las aguas del río se habían lanzado furiosas contra la casa del jefe de maestranza, anegadas las viviendas precarias de los mineros se derrumbaron y cadáveres de ancianos, mujeres y niños arrastrados río abajo. Con el puente destruido se dividió la población y quedó a oscuras por efecto de un corto circuito. El espíritu bondadoso del Rey Patiño se puso de manifiesto una vez más mitigando los dolores colectivos: donó seis ataúdes adquiridos en la tienda de pompas fúnebres de Ayaqhatati Quintanilla para las treinta y cinco víctimas. Y para el velorio coca, cirios y alcohol. Sufrió también Machacamarka el aluvión. Llamó a su hijo y nadie le respondió. Parece que todos duermen, se dijo. Tentó otra vez, en voz alta. Apareció un adolescente desganado, de aspecto huraño. ¿Dónde estabas? En el comedor, leyendo. . . ¿Leyendo? Sí, *El Purrete* que trae la historia de los chanchitos. . . Ahá, recoge tu sobretodo, vamos a salir juntos. Pero, papá, ¿no ves que está lloviendo?, mamá se va a enojar. Mira, tu mamá con sus hijas y tu papá con su hijo, ¿estamos? La llegada de Glicerio Reinoso fue festejada por las niñas de Consuelo que hablaban de fútbol: Bermúdez y Alborta viajarían a Montevideo con el seleccionado que representaría a Bolivia en el mundial. Pase, doctor. ¿Sabías Glicerio, que el Tagarete ha crecido y se ha llevado el puente del Troncal? La mujer fue creada para que el hombre tuviera con quién conversar. . . Doctor, asientito, éste es el más cómodo, donde yo descanso. Y él sonriendo asiento caliente ni de tu pariente. ¡Levanten los



braseros, niñas, dejen ya de brincar! Y qué caliente dejaron, ¿quién de ustedes dijo que se sentó aquí? Todas las pupilas lucían melenas cortas. ¡La garçon está devastando la mancebía! Doctor, el paraguá lo sacamos al patio, sus abrigos, por favor. Acodado sobre la mesa pidió biblias para todos. Se hallaba contento, volvía después de largo espacio de tiempo donde las opulentas y hospitalarias korichipilas. Estaba otra vez en el árbol, había reencontrado el paraíso perdido. Estos días no tardaría en recibir el nombramiento de autoridad regional firmado por el ministro Luis Calvo. Se puede servir a la patria no siempre como diputado, decía, la mamadera parlamentaria que aprovechen el "Cojo" Mendizábal, el "Sordo" Peña, el "Cojo" Quevedo y el suplente falta Herrero. Se sentía muy incómodo por la reorganización del partido nacionalista. Ya pasó su cuarto de hora, su aliento histórico. Sus ex correligionarios no se resignaban con el cuartelazo de Blanco Galindo como lección política y respiraban por las heridas anhelos de revanche. ¿Y quién es este pipiolo?, preguntó Carlina. Mi hijo, que cumple mañana los quince abrilés. Y las niñas del salón reclamaron para sí el honor de pololearlo. El recordó que cualquier hombre puede llegar a ser feliz con una mujer con tal que no la ame. . . ¿Cómo te llamas, cartuchito? ¡Mi nombre es Julio César, señorita chilena! Esta vez Glicerio Reinoso se abstuvo de comentar que quién se acuesta con niños amanece mojado. Sonriendo le pidió que escogiera a la más bonita para hacerle el amor y él respondió que no le gustaba ninguna, deseaba de inmediato volver a su casa. ¿Para estar cogiendo a la paraguaya con la mucama india, detrás de la puerta de la cocina, no picarón?, dijo Gloria. Todos rieron. Simpre la rota guasona. . . Brindaron una copa llena y Julio César no pudo resistir un fuerte estornudo y el doctor Reinoso tuvo que socorrerlo con un pañuelo. Lo que estás haciendo es trascendental, le expresó a media voz, hasta los mocos que te salpican lo recordarás toda tu vida. La ceremonia del brindis a copa llena volvió a repetirse una y otra vez. ¡Salud! Al tercer copetín el pichón-de-tigre pareció comprender la trascendencia que le remarcó su padre y con las pupilas encarnadas se manifestó animoso e intrépido. El viejo sonrió complacido. Niñas, los buenos modales están hechos de pequeños sacrificios, le guiñó un ojo a Socorro. Y Socorro hijito, a la re-

molienda se dijo, no es más. Las niñas lanzaron sus pullas te lo llevé haciendo torres de viento. En la alcoba no había sillas y padre e hijo tomaron asiento en la cama de cobijas moteadas. Tiene un olor que enerva los sentidos. . . ¿Esta no era la cama de la Regina? Sí, respondió Socorro que se desnudaba tarareando una canción que ofrecía en venta unos ojos negros que por hechiceros le habían pagado mal. Qué cuerpo más bello tienes, Socorro, ¿nunca interviniste en el concurso de Miss Ritmo? Se cubrió con un transparente salto de cama. ¿Les gusta? Me regaló el turco Ibn Adet. Sobre la cama, sentada de medio lado y con los pies encogidos, le indicó a Julio César —asustado de verse en la alcoba de una hermosa mujer de ojos ardientes— que debería desvestirse también. Tiene que ser con todas las reglas del juego, por algo estás recomendado por el mejor cliente de la casa. El nene le miró a ella y después al padre que asentía a tiempo de encender un cigarrillo. Entonces les ruego que apaguen la luz y atranquen la puerta, clamó con voz acalabrada de emoción primeriza. Aceptadas las condiciones del pipiolo. . . A tiempo de retirarse, Glicerio Reinoso apagó la luz sonriendo y tras de sí cerró la puerta. Se detuvo un instante y trató de escuchar, Julio César discutía a viva voz. Ahogó una carcajada y se alejó con dirección a la alcoba de Consuelo. Un *banquete a la bonne femme*. . .

YA CONOCIA yo a Blanca Luz, telegrafista del pueblo de San Rafael del Norte. Era una chica muy simpática, de diecinueve años de edad.

El frío de los llanos de Yacapuca es casi polar. Después de los tres referidos combates de ese lugar, me vi obligado, por el frío, a desocupar las posesiones de Yacapuca, reconcentrando a mis fuerzas en San Rafael del Norte. Desde allí desplegué nuevas actividades. Teníamos restablecida la comunicación telegráfica de los dos departamentos, a excepción de la propia ciudad de Jinotega.

En casa de Blanca me hospedaba con mi estado mayor. Allí mismo estaba instalada la oficina telegráfica. Largas horas del día y hasta de la noche permanecía yo frente a la mesa en que trabajaba

Blanca. Las conversaciones eran muchas por telégrafo, con las diferentes partes de los departamentos mencionados.

Así me enamoré de Blanca, y fue mi novia.

¿QUIEN ES, preguntó una voz áspera. Yo. ¿Quién es yo? Glicerio Reinoso, abogado del diablo, ex diputado de la última tiranía que asoló el país. ¡Ah, ábranle, es de la casa! Arrojada con cobijas de lana y en las sienes pegadas rodajitas de papa Consuelo guardaba cama. Traíganle una silleta para el patroncito y un buen trago. Vieja con los ojos fatigados bajo los párpados y el ambiente con olor a vinagre. ¿Confiar para el frío? Mejor vino, Concha & Toro, pero caliente. Nos ha llegado el viernes en el tren de Antofagasta con algunos mariscos. Después oía que le decía con aflicción estoy enferma y él tuvo palabras de sincero afecto, yo que pensaba pasar un buen rato contigo.

—Disculpa, Glicerio, será en otra oportunidad. Me recuperaré y después te aseguro que lo pasaremos remacanu, pero si estás muy urgido la Carlina que te acompañe, es la más dulce de las niñas...

—No, gracias, Consuelito, ¿y se puede saber lo que tienes?

—Fiebre de cuarenta grados que ya va bajando.

—Ah, la famosa epidemia.

—Confío a Dios mi salud dije y, milagro de milagros, antes de cerrar el salón y huir, como están haciendo los vecinos notables, me apareció una hechicera. Le llaman María del Cerro y dicen que tiene tratos con el mismo Lucifer.

—Sí, la conozco, es más popular que don Armando Bretel. Convierte a los hombres en animales, receta bálsamos para el mal de amor y piedras para quitar el dolor de cabeza.

—Sí, conoce también las andanzas del Obispo falomántico con la generala de la Cruzada Pontificia.

—Si es joven y española, ¿quién la puede detener?

—Ay, Glicerio, si no era por aquella iluminada yo ya hubiese estado tocando arpa en compañía de mi Regina po. ¿Supiste de su muerte trágica? Mi pobrecita, con el cuerpo abandonado, pa elante

no más fijo que miraba. Yo predije su deceso por el fuego enamorado del fute con el que pinchaba. Era su lacho, ni qué hacer. Y nosotras, pobres rotas, mierda que no podemos hacer nada contra él, porque su familia lo protege. Son de los encopetaos po. Aquella mañana, en camilla, cubierta con una sábana blanca, se la llevaron con dirección a la Misericordia para la autopsia. Había mucho público aglomerado, era de sentir. Yo lloraba mucho, nunca había llorado así. Y después ligero no más too quedó vacío.

—Algunos descarados que no faltan dijeron la bella sirena ha sido devuelta a sus mares, ¿recuerdas, Consuelito?

—Sí, mi niña, y nosotras que queríamos para ella funerales de reina.

La buena-vida es el único mundo a que aspiran las mujeres de mala-vida, pensó. Regina quien murió sin disimulo, de cara a su realidad, fue víctima propiciatoria de aquel anhelo.

—Y la María del Cerro me hizo el millurado, medicina pura de indios, hay que tener mucha fe para que haga efecto. El que no cree, pierde su tiempo, mijito. Nada de puestos de socorro en la sanidad ni cuadrillas de médicos con maletines negros al mando del doctor Quevedo, me dije. Me hizo parar en pelota, la verdad que ya todos nos conocemos en la ciudad por elante y por atrás. Y yo con la fiebre que no aguantaba más, me limpió el cuerpo con monedas de veinte centavos, para mí ese rato que le daba hasta libras esterlinas. Envolvió las monedas en algodones y fue a arrojarlas a la calle de los suburbios para que el viento y las aguas se lleven el mal, sin retorno posible. En el patio también hemos quemado cantidad de pelos de mis niñas. Ahora se encuentran rapadas, ¿las viste?, parecen las *gholas* de monseñor Felipe. La otra vez en el convento ha muerto una de las hermanitas y todo por no llamarla a la María del Cerro. Andan peleando que no se las entiende...

Explicó Glicerio Reinoso que el nombre científico de la epidemia era rickettsia y para combatirla se debería recurrir al estricto aseo personal, al cambio frecuente de ropa interior y ropas de cama, al aseo de los dormitorios. En Quillacas varios siervos se le habían muerto mientras él se hallaba en La Paz, en la transmisión del mando

presidencial. . . Quería de buen grado contarles de aquel memorable acontecimiento que anunciaba para el país una nueva era de paz y prosperidad. El inolvidable piropo del general Blanco Galindo: Salamanca es la suma de las aspiraciones del ideal cívico. Y la respuesta del hombre-símbolo: El gobierno de los militares ha sido propiamente un gobierno civil en el mejor sentido de ese término. Recibió con humildad la medalla de Sucre, como siempre suelen hacer los hombres de la historia en el momento culminante en que se les reconocen sus virtudes calladas. Es demasiado limpio para un país como el nuestro, está hecho para Suiza. Es un filósofo, no un político. Y juró ante los santos óleos y el Cristo diciendo la crisis ha caído sobre Bolivia con rigor extremo y es lamentable trazar sobre esa base un programa de administración pública, lo que desde luego se impone es establecer el orden y una rigurosa economía en los gastos. . . No había dinero en el palacio ni para mandar al mercado. Salamanca gastó de su dinero particular en los banquetes oficiales, los ministros no tenían chofer ni gasolina para sus autos. Con el advenimiento de la legalidad constitucional se había cumplido una vez más la aspiración del pueblo, Salamanca ciudadano-de-la-ley y Blanco Galindo salvador-de-la-patria. ¡Ellos no eran forjadores de tinieblas! En política no se puede vivir sin el conjuro de las palabras mágicas. Pero lo peor ha sido en Challapata, Consuelito, en la hacienda de don Carlos Urquidí. Han aparecido piojos blancos en la indiana y por determinación de las autoridades ha sido puesta en cuarentena la propiedad, pero la epidemia ya se había extendido a San Juan y a la fecha hay unos veinte muertos y unos doce convalecientes. Estos días en Paria el corregidor recibió drogas y desinfectantes del director departamental de sanidad. . . Y no nos dijiste aún de dónde viene la epidemia. De los piojos de ratones, de ahí que es conveniente criarse gatos en la casa. El nombre científico de los piojos es *pediculus humanus*, elimina rickettsias en sus heces, que generalmente defecan en el momento de alimentarse, es decir cuando le están picando a la persona. Se infectan al frotar las heces o al aplastar los piojos sobre la lesión causada por la pequeña y casi imperceptible picadura. . . Chitas, yo me he debido contagiar al tiro de los *pediculus humanus* de tantos machos que vienen a la casa. Tener un nego-

cio como éste no es sencillo. Hay gente que cree que esta casa es la glorificación del despilfarro, que las chilenas no hacemos más que recibir dinero y eso no es así, como pueden comprobar ahora; estamos expuestas a muchas enfermedades peligrosas por ganarnos los porotos. . . Accidentes de trabajo, Consuelito, pero ahora las preocupaciones primarias son perentorias y no hay tiempo para las premoniciones. Hubo una vez en Chile una epidemia similar y a los enfermos los tiraban al Mapocho. . . Es que los ratones allá, mijito, son ratas realmente, en el mejor concepto de la palabra. Grandes-grandes, que sobrecogen. Los llamamos pericotes y son tan imponentes que los enfrentan y corren a los mismos gatos, aonde se ha visto que son más decididos. Muy cierto, Consuelito, en Santiago yo vi una tarde, cerca de Maipo y Chacabuco, cómo los pericotes aquellos los corrían a los pobres gatos. . . Llamaron y Consuelito dijo que no estaba para nadie, pero insistieron. Se trataba del hijo del doctor Reinoso. ¡Ah, entonces que pase! Ya me tienen cabreada, Glicerio, todo el día llaman, yo creo que ni el mismo Salamanca debe tener tantas güevonas que le importunan. . . Apareció Julio César como sonámbulo y fue presentado a Consuelito como cliente novísimo. Atrás venía Socorro sonriendo con su picardía innata, amarilla de satisfacción. Mañana cumple sus quince. Ah, ha retornado entonces al exquisito claustro de donde ha salido berreando. . . Dime, ¿qué tal el debutantito? Ni pensarlo, todo un machito remacanú, mejor que el padre, ¿entendís? Yo me lo quiero ahora como si lo hubiese parío. Bien dile a la criada que le prepare de inmediato un batido de huevos con bicervecina pacheña. Cuando Glicerio Reinoso intentó amortizar el servicio Socorro le rechazó con dignidad. ¿Cómo?, se sorprendió, ¿es que ya no cobran en esta casa? ¿La remolienda ha llegado a devaluarse tanto o se ha convertido en una subsidiaria del Comité de la Olla del Pobre? Solamente por tratarse de la primera vez, doctorcito, no todos los días hay Santa Lucía. Nos traen suerte los donceles de virgos auténticos. Si insistes, puedes pagar sólo la cama. . . De la cama tampoco debes, Glicerio, es el cariño de la casa, intervino Consuelito. El doctor Reinoso sonrió esto es empezar con suerte, hijo mío. Perdonen, pero el comportamiento de

ustedes se parece a la burrada aquella que hizo Blanco Galindo. ¿Qué pasó? A ver, oigan, niñas, basta de tallas. Salamanca después de posesionarse en el mando de la nación le ofreció el cargo de embajador plenipotenciario ante la Santa Sede y él, figúrense, no aceptó, prefirió retornar a su Cochabamba, a gerentear la empresa de Luz y Fuerza que tiene el Rey Patiño en aquella ciudad. . .

¿QUIEN TIENE MUERTOS? ¿QUIEN TIENE MUERTOS? AL cruzar por los montículos de tierra y piedras, la carreta descubierta, de bandera amarilla, se ladeó peligrosamente por el flanco de las zanjas abiertas. ¡Arre, mulo!, gritó lanzando fuertes latigazos y tirando violentamente de las bridas. Quebrando una vara y arrancándose el tiro rebotó sobre los obstáculos, cayeron varios cadáveres a las zanjas lodosas y prosiguió su marcha hasta detenerse en la esquina. Jadeaba la bestia espantada. Se apeó de un salto Umalu Cayetano y pidió ayuda a los peones de las zanjas para recuperar los cadáveres que trataban de escabullirse. Llevaba la ropa pegada al cuerpo como si acabara de salir de un estanque de agua. Se negaron los peones y cuando quiso agredirlos levantaron sus palas en alto. ¡Cuidadito, sapo e mierda, que te conocemos! Le tocaron la llaga. El cóndor amaestrado se hallaba en la esquina, despectivo apenas si se dignaba mirar a nadie. Caminaba sin ilusiones, como perro sin dueño. Se le puso la cara verde de indignación y sus ojos intentaban escapársele de sus cavidades. Se alejó dando brinco, como paticojo, en busca de los indios aparapitas que merodeaban por la Recova de Abajo. Trajo a dos. Uno, alarmado por la labor que realizaría escapó y el otro al intentar huir recibió un arañazo y mordiscos y latigazos hasta quedar reducido. ¡No te escupo porque te tengo lástima! Aterrado el indio devolvió a la carreta los cadáveres enlodados. Antes de marcharse, desde el pescante, el carretero le arrojó dos centavos. ¿Así que me conocen estos pampinos hambrientos? ¡Para que sepan yo no soy ningún decapitador de mulos!

¡Ni he pactado con el diablo, por eso estoy como estoy! Los peones sonrieron. ¡Que te diviertas con tus muertos, sapito güevón! y prosiguieron trabajando. El aparapita buscaba con avidez las monedas. Qué horrible es todo esto, madrecita, dijo sor Fernanda. Y la generala de la Cruzada Pontificia, respondió roguemos por todas esas almas inocentes, sí, Fernanda, reza a la Virgen de la Candelaria. ¡Y siguieron caminando. Dios mío, veo este país en sus dolores íntimos y me parece estar viviendo mi pobre España. . . Tan lejos del esplendor imperial y tan cerca del Apocalipsis. España ha dejado de ser católica a pesar de que existen millones de católicos, había dicho el afamado Azahar. Empero, no todo parecía estar perdido. Proclamada la República el Cardenal Segura de Toledo, trasladado de la Diócesis de Extremadura, había lanzado una pastoral de condenación tan enérgica que el gobierno tuvo que solicitar a la Santa Sede su remoción de la silla metropolitana. El primado abandonó Toledo y apareció en el Vaticano, pero a poco, retornando clandestinamente por el paso de Roncesvalles, se hallaba en Guadalajara de incógnito, como un asceta medieval, perdido en la confusión oscura y enigmática del nuevo siglo XX. El cielo del mediodía se mostraba gris ceniciento. En la ciudad todas las noches quemaban cabelleras y cornamentas para ahuyentar la epidemia de tifus exantemático y al día siguiente el sol aparecía velado por una densa capa de huamreda, como después de las quemaduras de San Juan. En el matadero los mañazos especulaban con el precio de los cuernos. . . A la entrada de la Matriz —oscurecida de pañolones negros— el anciano sacristán les saludó a las religiosas con una reverencia atenta. El Obispo las esperaba en el atrio. Se arrodillaron frente a él y le besaron su esposa de amatista. El sacristán les anunció que el auto se encontraba cerca del jardín. Se acomodaron, adelante, al lado del conductor, sor Fernanda y atrás el Obispo y sor Natalia. En la última sesión de la cámara de diputados algunos legisladores habían intentado dirimir posiciones a puñetazos y se escucharon mueras a Su Santidad el Papa. Estimó sor Natalia que la Junta Militar era culpable de esta situación al declarar que, por su índole transitoria, se abstenía de atender la atribiliaria petición del clero nacional y ahora venía el informe de la comisión de culto a empeorarlo todo. ¿Recuerda lo que dice,

sor Natalia? Sí, monseñor, los argumentos de siempre, matizados con sabor folclórico. Afirma que en algunos distritos de numerosa población aborígen los curas extranjeros reciben la confesión de sus feligreses mediante intérpretes. . . Las altas dignidades deben alcanzar a los elementos nacionales como medio de estímulo para que dignifiquen sus vidas. . . A Natalia le causó gracia. ¡Dignifiquen sus vidas! Sabe muy bien Cleómedes Zambrana que no necesita de una succulenta parroquia para dignificar su vida, ¿no es así, monseñor? Sor Fernanda sonrió. La generala era perspicaz y no tenía pelos en la lengua. Uno de los cabecillas del movimiento nacional, Cleómedes, en cierta oportunidad apareció comprometido con la venta de unas custodias enchapadas y la desaparición de joyas de la Virgen del Socavón. Vivía maritalmente con Esther Candia y Leonor Méndez, esta última, a la hora nona, decía *La Patria*, había decidido no compartir su querencia con Esther y promovió un incidente en la vía pública que hizo intervenir a la policía. Ahora las dos se encontraban encerradas en las celdas de la sección quinta. Se detuvo el automóvil en un descampado y el Obispo y las religiosas se apearon. Con sus hábitos negros semejaban manchas de sombra en la pampa. El imperio de la muerte. . . Agentes municipales y funcionarios del servicio de sanidad examinaban las cenizas de los cadáveres incinerados. ¿Los designios de Dios, monseñor? Tantos, ¿mañana quién resistiría a los muertos en rebelión? La fantasía de los difuntos. Estamos quemando a los infectados por la epidemia, porque son muchos para enterrarlos. Recibieron una amplia información de la práctica desmesurada. No tardó en aparecer la carreta de Umalu Cayetano y cerca de un cúmulo de cenizas y huesos calcinados vació su cargamento. La bazofia de cadáveres del leccisterio ritual, monseñor. Cuando le preguntaron por qué hacía eso, respondió que el administrador del cementerio había dado la orden en vista de que la Misericordia se hallaba abarrotada y no cabía un alfiler más. ¿Y el registro de datos estadísticos? Eso ya no me concierne a mí, tatay, respondió con sorna, yo solamente soy carretero. Asombrado vio el Obispo que los brazos de Umalu Cayetano se habían reducido y se exponían pequeños, regordetes, adiposos. Con saltos desusados retornó a la carreta y el mulo, uncido a las varas y atalajado con

una montura cuajada de bronce y plata, observaba atentamente los movimientos de su amo. Con la vista en el cielo y las manos en cruz se arrodillaron el Obispo y las monjas. Mojaron los cadáveres con gasolina ¡Señor, líbranos del mal! y al contacto del fuego una fogarada se elevó hacia el firmamento. Y a lo lejos el zumbido de aflicciones de un grupo necrolátrico de deudos cercado por carabineros. Se vivía un tiempo piromaniaco. En Alemania los hitleristas quemaban el Reichstag y el jefe de policía, Goering, aseguraba que los autores fueron los comunistas de la tercera internacional. ¡Señor, líbranos del mal! En España la locura incendiaria se había propagado a iglesias y conventos con el pretexto de una agresión de monárquicos. Arengaba a las turbas de ácratas el poeta y ex religioso Balboutin. Cádiz, Valencia, Granada, Alicante y sus comarcas repetían la violencia de gritos y llamas. ¿A la Matriz, monseñor? Sí, hijo, a la Iglesia Matriz, se dispusieron a retornar. Al paso del vehículo algunos desarrapados se arrodillaron, mientras otros mostraban el puño apretado. Advirtió el autista aquella irrespetuosidad y les lanzó violentos adjetivos de respuesta. ¡Son los intemperantes de siempre que no creen en nada y no les haga caso! El Obispo no se dio por aludido y sor Natalia le preguntó por su esposa e hijos. Se encontraban de lo mejor, gracias a la bendición de Dios. En la próxima Cuaresma de Resurrección comulgarían todos, incluso su ayudante. ¿Así que también tienes ayudante?, intervino Natalia, lo que quiere decir que te va muy bien. Sí, madrecita, no me quejo. Pero no es propiamente ayudante sino aprendiz, le estoy enseñando a manejar, pero me ha resultado la pata del demonio y no quiero avisarle a su padre porque lo puede matar a palos. Es terrible, le dicen de mal nombre Phiñamaki, mano violenta. Ya deben imaginarse cómo es. Algunas noches cuando más lo preciso, el muy pillo se me pierde. La otra vez hubo un baile de etiqueta en el Club Social, estuvo el Rey Patiño con el profesor Rouma, llegado desde París para hacer la reforma de nuestra mala educación y mi ayudante perdido cielo y tierra. Ni más ni menos me hizo cuando llegó Su Alteza Real el Príncipe de Gales don Jorge V. No tenía movilidad el señor prefecto para trasladarse hasta la estación y yo muerto de vergüenza en la Plaza Grande, sin poder ir atrás ni adelante, ni quién me ayude a empujar el auto. Este

cacharrito a veces se me pone mañoso, será porque lo mimo mucho. Me quedé, pues, con la manija en la mano. Por eso quisiera que confiese y comulgue para la Cuaresma. ¿Cómo se llama el chavalillo? Espiridión, la mujer que lo está seduciendo es una pampina que llegó con la primera partida de repatriados de Chile. Desde la ciudad vieron la densa columna de humo que se proyectaba por detrás del cementerio. ¿Y esa carita, sor Fernanda? No se sentía bien. El sacristán abrió las portezuelas y pagó al autista, por supuesto regateando hasta donde pudo. Se parece a mi hermana. . . Almorzaremos, madrecitas, un chupecito de cagaleritas, como le gusta a nuestro monseñor. Y la hora. ¡Cómo corre el tiempo! Todos los santos, con sus rostros de dolor apostólico tenían sus cirios encendidos. Grande fue la sorpresa del Obispo: un hombre de traje azul, con el sombrero en la mano y gafas oscuras, lo esperaba -misteriosamente- en la oficina, al lado de los ventanales. Cleómedes, lo reconoció, ¿qué haces aquí? ¿Cómo entraste? ¡Me persigue la policía, monseñor! Claro, el menudo escándalo que armaste. No, lo que dice la prensa es una patraña urdida por el clero extranjero para desprestigiarme. Los cordimarianos. . . Quiso intervenir sor Natalia pero se contuvo. Fernanda buscaba una silla para descansar. ¿Te sientes mal? Quiero hablar a solas contigo, es urgente. Comprendieron las religiosas el significado del petitorio, hicieron una reverencia y abandonaron la oficina. Bien, Cleómedes, te escucho, dijo el Obispo con cierto aire de disgusto. Y el cura se desanudó la corbata para expresarse mejor. En la puerta de su casa Umalu Cayetano lo liberó de la barriguera, los tiros y las riendas. Dejó la campanilla que sonaba con retintín de corales y la bandera amarilla de la sanidad. Brillaba el pelaje oscuro de su nuevo zaino. Desaparecido su machito a éste lo había adquirido en la feria de Huari, cuando se encontraba con una tropillita de mestizos percherones. Lo amansaba y criaba al aire libre, en largas horas de pampa. Y él descansaba después, desnudo, en las márgenes del Tagarete, observando sus aguas relucientes. Antes de darle la cebada en el corral lo limpió con cepillo, haciendo gala de paciencia y cariño de amante y padre. Sus uñas le crecían con rapidez y se torcían y amarillaban. Como rociado por aguas de copajira caía su cabello y su piel se tornaba verrugosa. Se le acortaban sus

brazos y piernas y se sentía contrahecho. Soportaba con estoicismo su lenta transformación. Su metamorfosis. A ratos sentía miedo. Un miedo apretado en la garganta henchida. Y la calle no era ajena a su drama. Como murmuraba la gente cuando lo veía pasar con la carreta. Y lejos de las miradas indiscretas caminaba desnudo a saltitos. Giboso, horriblemente deforme, pero contento de estar a sus anchas. Riendo se tiraba al agua con los brazos y las piernas desplegadas. A veces se quedaba largo tiempo boca abajo, en el barro, mordiendo los arbustos. Después, acurrucado en cualquier recodo, su risa ya no era una risa perdida, más bien el croar lacerante de un batracio abandonado en la soledad de la ciudad melancólica. Sor Fernanda se marchó al convento y yo me quedé orando frente al Santo Sepulcro, le dijo Natalia. Sin duda, detrás de sus lentes chispea la inteligencia privilegiada. . . ¿Y Cleómedes? Enfermo de pecado, mirándole a los ojos lánguidos, espejos del alma, respondió fue a refugiarse a la Iglesia de San Francisco, porque no le quedaba otro recurso. Es muy temperamental. . . Monseñor, madrecita, vengan en seguida, interrumpió el viejo sacristán, el amuerzo se enfría.

AUTORIDADES LOCALES de todos los departamentos. Muy señores míos:

Tengo el gusto y la satisfacción de saludarlos afectuosamente después de haber llevado a cabo una afortunada cruzada frente a las columnas enemigas, de la que daré a ustedes un detalle a grandes rasgos, para que no ignoren la actual situación del movimiento político militar que atraviesa nuestro país.

El 11 de marzo salí con mi ejército rumbo al campamento del general Moncada; la suerte estaba de parte mía y en el lugar llamado El Bejuco logró mi ejército romper las cadenas que ahogaban la revolución. La sorpresa de ellos fue grande al ver flamear la bandera de la Libertad en el corazón de sus campamentos; desde ese momento las fuerzas constitucionalistas se llenaron de entusiasmo y cada día se celebraba un combate a favor nuestro. El momento decisivo está próxi-

mo; la última campanada había llegado para el conservantismo, puesto que el ejército liberal contaba con 7.000 hombres bien equipados y rebosando de entusiasmo mientras ellos sólo contaban con 1.000 y tantos hombres propensos más que a luchar, a la desertión, de modo que el triunfo será nuestro en toda la línea.

Habíamos vencido, pero he aquí que cuando nos disponíamos a hacer el último empuje y entrar triunfantes al Capitolio de Managua, el Coloso Bárbaro del Norte, o sea los norteamericanos, viendo que las fuerzas del Gobierno perdían sus posiciones y teniendo ellos compromisos con Adolfo Díaz, propusieron al general Moncada un armisticio de 48 horas, para tratar de la paz de Nicaragua. Esto se prorrogó por 48 horas más. Como resultado de esas conferencias se han sentado las bases siguientes: Primero: Desarmar al ejército conservador, dejándonos a nosotros 8 días para efectuar el desarme de la revolución mediante estas bases: el Gobierno daría al liberalismo 6 Departamentos: Jinotega, Matagalpa, Estelí, Ocotal y León y la Costa Atlántica; además, 2 ministerios, el de Gobernación y el de Guerra, este último ofrecido al general Moncada, el cual no aceptó quedando siempre Díaz en la Presidencia.

Como comprenderán, la aceptación de tales proposiciones necesitaba la aprobación de todos los jefes de la revolución. Para esto se llevaron a cabo en Boaco unas conferencias, para tratar de la aceptación o no de las bases. Y como mi campamento estaba un poco retirado de Boaco, no concurrí a las conferencias, pero me encontré con la resolución de la mayoría de los jefes que es ésta: no aceptar a Díaz como Presidente de Nicaragua. La resolución del coronel Stimson, enviado especial del Gobierno norteamericano, reconoce perfectamente nuestro triunfo, pero habiendo el Departamento de Estado reconocido al Gobierno de Díaz, está en el imprescindible deber de sostenerlo en la Presidencia por la moralidad de sus compañeros, pero prometen el Gobierno de los Departamentos referidos; además, la libertad absoluta de imprenta y controlar las futuras elecciones; que de seguro el triunfo en esa lucha cívica será nuestro porque contamos con la mayoría.

El A.B.C. de la América del Sur, o sea las repúblicas de Argentina, Brasil y Chile, han gestionado ante el Departamento de Esta-

do Norteamericano para actuar como jueces en los asuntos de Nicaragua, lo que fue aceptado por ellos. Estos prescindirán de Sacasa y Díaz y propondrán sí, un Gobierno liberal. Mi resolución es ésta: Yo no estoy dispuesto a entregar mis armas en caso de que todos lo hagan. Yo me haré morir con los pocos que me acompañan porque es preferible hacernos morir como rebeldes y no vivir como esclavos. Mientras tanto, permaneceré aquí esperando la determinación del general Stimson respecto a nuestro asunto.

Affmo. compañero y amigo.

SANDINO

ACONTECE QUE se omiten las cosas más importantes precisamente por ser sabidas de todos, dijo el presidente después de escuchar el discurso del ministro de Guerra. Es así que sólo de paso recordaremos el deber de los deberes del ejército que es el de afianzar la vida de la nación, defendiéndola de todos los peligros que pueden amargarla. Se sorprendió el coronel Alegría de la espontaneidad del doctor Salamanca. Mientras el general José L. Lanza había leído un discurso con palabras espesas que rodaban sin trascendencia, el prócer vestido de luto improvisaba con naturalidad desconcertante. ¡Lo que natura non da Salamanca non presta! A la diestra del enflaquecido presidente se encontraba el rechoncho vice. Hablaba en tono persuasivo evitando mirar de frente. Tal deber en nuestro caso tiene más grave significación que entre otras naciones, a causa de las dificultades internas y externas que padece la vida de Bolivia. . . El gobierno actual tiene la firme seguridad de que nuestro ejército sabrá cumplir sus deberes. Lo aplaudieron con entusiasmo, era corriente en él aquella elocuencia que levantaba los sentimientos más generosos del alma nacional. Desplegaron en la mesa un mapa del Estado Mayor General y un oficial procedió a dar lectura al informe reservado sobre la situación de los fortines del sudeste, así como de las vías y medios de comunicación. La primera y segunda líneas. . . Se respiraba una atmósfera de nerviosismo

que todos trataban de disimular. Fumaba mucho el presidente, observando de reojo con mirada penetrante y melancólica. La retaguardia: Fortín Magariños, ubicado sobre el camino principal Villa Montes-Ballivián-Muñoz, guarnecido por una fracción del regimiento Ayacucho, su importancia es secundaria, sirviendo de enlace a retaguardia, ligado únicamente por caminos de autos a Esteros y Muñoz, el mismo que se bifurca en el puesto Sargento Gareca. Fortín Linares, de menor importancia que el anterior y dependiente de aquél, situado sobre el camino principal citado, sirve de puesto de enlace a retaguardia. Rompiendo su postura de gravedad, Salamanca de cuando en cuando solicitaba sirvieran más café en pocillos. No dejaba de ser examinado por el coronel Alegría. Fortín Ballivián, hasta hace poco asiento del regimiento Paucarpata 2 de Zapadores, que construyó el camino estratégico de autos de Ballivián a Arce, constituye el punto de abastecimiento de víveres procedentes de Embarcación de Tartagal (Argentina); existe una pequeña población civil con escuela mixta atendida por la Delegación del Chaco, un resguardo de aduana, intendencia de policía y veterinario, nombrados por la misma autoridad y una estación radiotelegráfica intermediaria. Fortín D'Orbigny, no ocupado por fuerza de línea tiene como el anterior población civil, escuela, intendencia, estas últimas dependientes de la Delegación del Chaco, además un resguardo de aduana; por ese punto y el anterior se exporta toda la producción ganadera del Chaco a la Argentina. Espiado y misteriosamente enlutado el hombre-símbolo no parecía hijo del valle munífico que crea hombres de complexión física robusta, altos y guapos. Veterano de nariz aguda y cabeza inclinada, tenía los rasgos inconfundibles del asceta. Escuchaba con atención, meditaba profundamente, aunque sus enemigos políticos decían que era pura simulación. Agobiado sobrevivía con dietas y analgésicos. Vendiendo agua de su latifundio reunió dinero para viajar a Suiza en pos de curación. Y retornó más enfermo que de costumbre, como demiurgo sembrado de ideas añosas. Su preocupación siempre fue aparecer sereno y tranquilo, dijo Bautista Saavedra, siente inclinación invencible al disimulo, todos sus actos revisten de una simulación cuidadosa, ¡pobre hombre!, más le habría valido no escalar jamás los peldaños del Palacio Quemado, donde los

gobernantes se queman. Liberal-montista, en Petrópolis entregó al dominio del Brasil el Acre. Fundado el partido republicano luchó de nodadamente contra Montes y todos los gobiernos que le sucedieron hasta la conquista del poder, treinta años de labor política. Mi desgraciado país me da miedo, decía sin perder nunca la calma sedentaria. Villa Montes, población floreciente y nueva, debido a los trabajos de la Standard Oil y por la liberación de derechos aduaneros establecida en Yacuiba; sensiblemente hoy con la suspensión de tal franquicia ha paralizado su actividad, edificación de casas y desarrollo comercial, instalación de almacenes, alojamientos, etc., que hacían entrever el surgimiento rápido de una población de importancia suma para aquella región; el éxodo de la población, en su mayor parte constituida por elementos extranjeros, venidos de la Argentina, se produce a diario; sería pues conveniente continuar con la liberación aduanera de Yacuiba para facilitar el establecimiento de una población de gran importancia, ya que Villa Montes apoyada en el último contrafuerte cordillero no está situada donde el río Pilcomayo hace su último rompiente para internarse en los llanos del Chaco y precisamente en la bifurcación de la red principal de las Etapas para el aprovisionamiento y concentración de fuerzas; pasan por este punto los caminos Yacuiba-Santa Cruz, al que se empalma el de Sucre-Lagunillas, el camino Tarija-Villa Montes-Muñoz; por su ubicación ya indicada y la red de caminos carreteros que la ligan con Santa Cruz e interior del Chaco, facilitando en gran forma el acceso a dichos lugares, constituye en lo militar un punto estratégico de importancia como base principal de las operaciones. Encabezados por el ministro de Guerra, los jefes y oficiales de las guarniciones militares del país asistían al cónclave convocado por el presidente de la república y capitán general del ejército. Al recibir la orden el coronel Alegría pensó que podría viajar acompañado de su mujer e hijos, pero el carácter urgente, confidencial y reservado de la reunión le hizo desistir de aquel deseo. Dejando las doscientas flexiones por noche, preparó la maleta como quien va a Challapata en comisión de servicio. Teniendo en cuenta que está aún inconcluso el camino carretero Tarija-Villa Montes y la posibilidad de interrupción de nuestras

relaciones internacionales o actitud parcial en contra nuestra, en una emergencia bélica con el Paraguay, por muy cordiales que parezcan ser actualmente nuestras relaciones con la Argentina, existe el peligro de que nuestro abastecimiento y aprovisionamiento en general, casi total y obligadamente efectuados en los mercados argentinos, queden obstruidos con gravísimo perjuicio para nuestros intereses militares. Vestido de civil arribó a La Paz en el tren nocturno. Al amanecer las calles lucían seductoras, risueñas, nada frías. Adornaba el paisaje la soberbia montaña Illimani, con sus blancas canas espumosas, rodeada de un garzo sorprendente, sin nubes. Dejó la valija en el hotel y se trasladó a la recova para desayunarse con un par de vasos de api y llau-chas, empanadas matutinas con caldos fluyentes de queso. Lo enigmático en La Paz llegaba hasta el arte de comer. Por consiguiente, este EMG. estima que es de inmediata e imprescindible necesidad hacer de Villa Montes una plaza fuerte, económica y militarmente, es decir, con fortificación permanente y abundantemente dotada de toda clase de recursos propios. En Villa Montes residen el regimiento Loa 4 de Infantería, la comandancia de Etapas del Sudeste y la Delegación Nacional del Gran Chaco, existe una estación radiotelegráfica intermediaria que se comunica con Tarija, Charagua, Ballivian y Muñoz; esta ligada por línea telegráfica a Cuevo y Charagua, y telefónica de la casa Staud hasta Esmeralda sobre el camino hacia el Chaco; además, por línea telegráfica a Yacuiba y Tarija, que pasa por El Palmar. En la tarde, embutido en su uniforme de gala, ingrasaba por primera vez al Palacio Quemado que dejaba entrever su pasado. La casona de los elegidos, mansión del terror. ¡Aquí lo mató de un pistoletazo el intrépido Melgarejo al caudillo de la plebe, "Tata" Belzu! Había que vivir días y noches, tanto invierno como verano, con las luces y estufas encendidas. . . ¿Pensar que Morales, Córdova, Daza y tantos prohombres devorados por la historia lucharon por residir en esta tenebrosa mansión cuyas habitaciones eran como para jugar a las escondidas? Ahora mismo el destino glorioso o trágico de la nación, dependía del cónclave del Palacio Quemado. Actualmente no existe comunicación directa por tierra, solamente por radiotelegrafía; las estaciones de Ballivián y Muñoz se comunican con las de Roboré y Puerto Suárez. Este EMG.

en breve someterá a la consideración del Supremo Gobierno un plan de penetración y ocupación en el Chaco, asimismo, la forma de conseguir el enlace efectivo por medio de caminos entre los fortines del Oriente y los del Chaco, estableciendo fortines en la zona más amagada por la penetración paraguaya sensiblemente abandonada por nosotros. Plan factible e inaplazable que con una constante y activa atención constituirá un círculo que seguirá estrechándose cada vez más y nos permitirá asegurar nuestro dominio efectivo en el Chaco y el éxito seguro de nuestra causa. ¿Y si perdiéramos la guerra? ¿Y si el hombre-símbolo, el austero-tribuno-que-redimirá-al-país, fuese el artífice del descalabro? La verdad que se oculta es una mentira cruel... ¡Acabáramos! Le enseñaron que el ejército no delibera, no debe deliberar. Los soldados no reflexionamos ni discutimos, somos seres de especie coherente, sin sentimientos ni decisiones personales. Engranajes de la institución donde la obediencia es el atributo mayor. Aquella posibilidad negra y remota que veía de súbito tan cercana le puso aprensivo, a pesar de todo. Pensó que su oficio de ceños adustos y voces imperativas no tenía significación eminente, en consecuencia morir en estas circunstancias era un deber. Dejaría a su esposa e hijos al cuidado de sus padres ancianos para entregarse de lleno al momento histórico. También dejaría la hacienda de Peñas con los administradores y el jilacata. No conocía el Chaco Boreal, pero tenía informaciones precisas de qué se trataba de un inmenso territorio de sol y arena. Serenidad de arena, infierno de sol. Hacer una guerra abriendo sendas y más sendas era desde luego una aberración. Se calculaba que se precisaban tres meses para llegar a la primera línea y cuando al capitán general los camaradas le recalcaron ese detalle de suyo importante, respondió enfático si se necesitan tres meses, pues salgan con tres meses de anticipación para llegar a tiempo. Ciertamente, el que da la espalda al peligro está perdido. No obstante, en esta hora del ser o no ser, ningún patriota debía oponerse al sentimiento cívico del presidente constitucional de la república, encarnación de la respuesta a los continuos avances paraguayos, cuya meta era la conquista de Santa Cruz de la Sierra. Nuestra soberanía que debe terminar en la desembocadura de los ríos Paraguay y Pilcomayo y nuestros fortines frente a Asunción,

se encuentran ahora en el corazón del Chaco boliviano y frente a fortines de avanzada como Boquerón. Entonces, pisar fuerte es el imperativo ineludible. El Rey Patiño ayudará con un empréstito, sin intereses, de cincuenta mil libras esterlinas; había expresado ante todo soy boliviano y es mi deber ayudar a mi país hasta donde sea posible. Y se esperaba que Thompson, de la Standard Oil Company of Bolivia, tuviera un gesto similar. Al concluir el trascendental cónclave, los jefes militares se despidieron efusivos del taciturno mandatario. En el espíritu de los camaradas bullía una fervorosa pasión cívica. Tenemos una historia de desastres internacionales que debemos contrarrestar con una guerra victoriosa, para que el carácter boliviano no se haga de día en día más y más pesimista. Así como los hombres que han pecado deben ser sometidos a la prueba de fuego para salvar sus almas en la vida eterna, los países como el nuestro que han cometido errores de política interna y externa, debemos y necesitamos someternos a la prueba de fuego que no puede ser otra que el conflicto con el Paraguay... Y en las calles, caminando por grupos regionales, aún no repuestos de las impresiones recibidas, tuvieron una grata sorpresa. Largos columnas de jóvenes estudiantes, encabezados por una inmensa tricolor que sostenía en sus débiles manecitas una hermosa niña de blonda cabellera, como los hermosos heraldos de los dioses, desfilaban por las calles mostrando sus arrebatos amenazadores. ¡Queremos guerra! Coreaban a pulmón lleno ¿Asunción? ¡Para Bolivia! Se detuvieron sonrientes y aplaudieron con las manos levantadas. La consigna había penetrado en las escuelas, en los colegios, en las universidades y rebotado en las minas y en los ferrocarriles y en el campo. Al fin el país despertaba de una larga modorra de sometimiento y frustración espiritual. El coronel Alegría sintió que sus ojos se le humedecían. En la luz de las ventanas parpadeaban las sombras en forma de mariposas nocturnas, de thaprankus agoreras. Solamente la guerra, la aventura heroica, podrá levantar el postergado sentimiento de patria e idealizar el concepto de sacrificio, mi coronel. ¿Asunción? ¡Para Bolivia! ¿Asunción? Los paraguayos ya deberán aprestarse a apretar las colas de sus disparadores.

VIENEN, ANUNCIO SIN DEMOSTRACIONES AFECTADAS EL aguaitador de la esquina y los confabulados se levantaron de las aceras en que descansaban. Ya saben, nada de armas, notificó el Viejo en voz baja, toos medio curaos. Asomaron los aparapitas con los canastos en las espaldas encorvadas y el sudor deslizándoseles por las narices. Advirtieron los indios que los borrachos en cuadrilla apenas se sostenían en pie y después duros brazos se cerraban en sus cuellos, como tenazas de hierro. Liberados de los canastos cayeron sentados, pescuezos adoloridos y lenguas afuera.

— Pancito caliente recién salido del horno, cómo me gusta, colizas y sarnitas olorecentes, hojarados y allullas ño, como para ño perder una miga, ¿de qué panadería son?

— Dil nigro Rodriguiz, tatay — respondieron a tiempo de ver cómo se perdían los canastos por detrás de la esquina.

— Caminen por elante, quedarán detenidos al otro lado del Tagarete hasta el mediodía.

Otro hecho similar acontecía en el norte. En las puertas del estadium Bolívar Nimbles fueron atracados otros aparapitas, pero uno de éstos consiguió escapar. Mejor si lo buscai con cuidadito y de la oreja lo llevai al Tagarete, esa es la cosa. Después de la porfiada e inútil búsqueda del indio, los salteadores retornaron al Refugio de Repatriados cuando se distribuían los panes. En la puerta lo encontraron al cóndor amaestrado, como un ángel caído del cielo, nadie sabía dónde dormía, si en el Cuartel Modelo el Hospital Civil.

— No seai glotones, no tienen que comerlo todo hoy, porque

mañana otra vez estarán con el hambre de ayer. ¿A nadie le falta? Los que quieren otro poco no tienen más que pedir.

En el Hospital Civil los enfermos no se desayunaron y los mostrencos del cuartel con sus vickers vacíos esperaban la sultana de la mañana. ¡No había pan! Yo estaba llivando no más y mi han asaltado toditos los canastos, iran pampinos. . . El sol trepaba rápidamente por las montañas. Varios refugios de pampinos fueron visitados por la fuerza pública. ¿Dónde están las allullas y los hojarados? ¿Las sarnitas? Concentrados en la mitad de los pudrideros los muchachos de la cachiporra dando voces de mando conminaron a sus ocupantes, una y otra vez, a confesar qué suerte habían corrido los panes del Hospital Civil y el Cuartel Modelo. Ante el mutismo pampino buscaron cuarto por cuarto y rincón por rincón. Juzgaba Phiñamaki que quizás tuvieron alguna ligereza al lanzarse de hecho sobre los repatriados, seres de vida dura y cruel, pudiendo revistar previamente la secretaría de la Federación Obrera del Trabajo. Con los ojos desnudos revisaba las bocas de los niños de dientes cariados. ¿Qué has comido hoy, hijito? Por fin en un corralón hallaron un canasto roto que fue reconocido por los operarios del negro Rodríguez. ¿Quiénes son los malhechores?, demandó a los pampinos el Intendente de policía con palabras llenas de fiebre. Quién sabe si el aparapita del estadium Bolívar Nimbles podría identificarlos. . . Estregándose con la manga las narices sucias, el delator paseó por delante de los pampinos que se comportaban como si se hubieran tragado también las lenguas. A la tercera vuelta infructuosa, Phiñamaki perdió la paciencia. ¿Qué te está sucediendo a ti, indio y mierda?, te estás orinando en los pantalones. Y el aparapita moviendo la cabeza con seriedad respondió difícil riconocirlos, tatay, toditos tinin el mismo cara. . .

Y COMO te decía, mi lindo, aparecieron las autoridades acompañadas por las socias del Comité de la Olla del Pobre y las monjas del Beaterio. La reunión se convirtió en un pandemonio donde a vista y paciencia nuestra casi se sacan la madre. Yo les ofrecí algunas banquetas para que se sentaran. Cada loco tenía su tema. Dijeron las señoras

que el atraco a los panes era la respuesta histórica a la suspensión de la ayuda social. Nuestra responsabilidad, respondió una de ellas, no recuerdo si era Pickerina, ha concluido depositando al banco un saldo de ciento sesenta y pico de pesos. Y en verdad nada se resolvió porque todo era bla-bla. ¿Y tú, qué hacías?, creí que intervendrías en el operativo. . . Estaba en otra tarea, respondió Damián, miembro de la comisión de estudio de la Ley de Defensa Social. Sirvete, Fresia, tú me invitas y ahora resulta que no bebes, siendo tan exquisita la chicha del Chotochico, te dije salud. No me agrada, Damián, que la persona que quiera servirse la obligue a otra diciéndole salud. Cada cual debe tomar lo que desee y punto. Sonriendo el joven le explicó lo que dices es una conducta reprochable, ineducada, en nuestro ambiente, porque de muy lejos nos viene la costumbre de beber parejo, *Kanwan-ñoqa-wan*, tú y yo, una forma de expresión colectivista. Sirvieron el brazuelo y costillar de cordero que habían solicitado. Por favor, otra jarrita de chicha, pidió Damián. Y ella dijo que con esa más terminarían cantando. Extrajo de su bolso un paquetito y se lo entregó besándole en la mejilla felicidades, mi lindo, por tu cumpleaños. También este ramito de kantutas, que me gustan tanto, son de la familia de los copihues. Y él la miró con una ternura densa y triste, se le hizo un nudo en la garganta. Un anillo de plata. Creo que ya estoy borracho y sentimental, Fresia mía, cuán feliz me haces. Bah, no es nada mi cabrito querido. Salud. ¿Nos servimos los platitos? Ya po. Yo quería rostro-asado, mozo, reclamó. El rostro-asado a la madrugada, señorita. Ovacionaron los parroquianos la llegada del pianista ciego que venía acompañado de su lazarilla adolescente. En un ángulo entrante de la pared hizo descansar su largo bastón, como la de San Silvestre. Damián le ofreció un vaso de chicha sírvase este doble, maestro. Y a la lazarilla soda Water. ¿Qué pieza quiere que se lo toque, caballero, un tango o un vals? Mejor si es una cueca. Con todo gusto, caballero, a su salud y prepárese para entrar al ruedo mientras yo me saco el saco. La chica es mi hija y va a cantar, puede invitarle también un doble. ¿Soda ya le invitó? Oh, Dios de la tierra, yo no vi nada, qué mal le ha hecho a usted mi wachita para darle agua azucarada y teñida que hace doler el estómago. Bailaría con Fresia. ¿La cueca boliviana es

igual a la chilena, Damián? No, tiene otro sentido, no es la galantería del gallo a la gallina. . . Veremos, mi lindo, lo que es yo bailaré como se baila en las salitreras, revoleando el pañuelo con insistencia.

Quién es aquel pajarillo
que canta sobre el limón
anda y dile que no cante
que me roba el corazón.

En la cueca boliviana no baila el cuerpo sino el corazón, Fresia. En cada paso y cambio de colocación, los bailarines piden sin disimulo la bienaventuranza del amor, como en un rito arcaico. Se adivinan las intenciones más secretas. Cruzarse y huir, ofrecerse y burlarse hasta que llega el prelude, la quimba, y con gran destreza los pañuelos a raz del suelo. ¿Ves cómo bailan, Fresia? Y de pronto estalló el zapateado con júbilo de jaleo y pañuelos que volaban como palomas alborotadas. Y antes de la culminación estridente cesó la música de súbito. ¡Aro-aro-aro!, chillaron todos y la lazarilla apareció con dos vasos colmados de chicha. ¡Vaso sin gota! Cruzaron los brazos y mirándose en los ojos dijeron salud y bebieron. Otra vez el piano redobló sus fuegos de zapateado y la lazarilla cantaba.

Unas quieren con el alma
y otras con el corazón,
yo solita te he querido
alma y vida y corazón.

¿Qué tal? Interesante, me gusta. Y siguieron bebiendo y bailando. Fresia quería preguntarte el caso del aparapita que no pudo reconocer a los pampinos que asaltaron los panes. . . Ah, sí, que no iba a reconocerlos, más listos los palomillas le mostraron sus cuchillos y punto en boca quedó el indio. Entraron a la chichería los gitanos y el hombre grande que los guiaba dijo, entre risotadas y golpeando el mostrador, pagaremos la cuenta pronosticándole el futuro al Chotochi-

co, porque Dios puso un signo en la mano de todos los hombres para que sepan el camino que deben seguir. La gitana más joven, de largas polleras, se dirigió a la mesa de Damián y Fresia riéndose extendió su mano. Yo no quería a ti adivinarte ná, pero como tú lo quieres. . . Estudió la agorera las líneas de la palma buscando su enigma por largo instante, casi absorta. Cuando le pidieron que hablara se refirió a las influencias astrales. Bah. Recuerden que del polvo de estrellas venimos y al polvo de estrellas volveremos. Bah, eso ya sabemos. Levantando la voz, con abierta intención de hierirla le dijo la muerte te persigue, pampina. . . Cuídate, te lo digo. Se bebió el vaso de chicha de Damián, así conoceré tus secretos ya que no quieres que conozca tu destino. Le pidió a Fresia el pago por su trabajo. La pampina extrajo de su bolso una moneda y la gitana la observó por las dos caras, la rechazó airada y se marchó murmurando hay amores que se disipan, que se van, que se van por los aires. . . La moneda quedó en la mesa, al lado de los dos vasos, uno repleto y el otro vaciado hasta la última gota. Qué gitana más antipática, creo que le gustaste po. . . ¿Te diste cuenta que no sabía nada de lo que decía? A mí me gustan las gitanas, a pesar de que roban niños, comen ratas y huyen del amor de Dios, ¿y sabes por qué? Porque te dicen cosas mentirosamente bonitas. En las salitreras una gitana me dijo que me casaré con un buen mozo, viviré muchos años, disfrutaré la dicha de varios cabros chicos y viajaré por muchos cielos. . . Acostumbran predecir la dicha completa y después la verdad las desmiente y eso causa gracia. ¿No me crees, Damián?, extendió la mano para acariciarle el brazo. Pero, mi lindo, habla, dime algo, no pongas esa cara. . . Mejor te cuento otra cosa que te va a alegrar. ¿Recuerdas la mañana que te visité en tu pieza para reconciliarnos? Me había olvidado contártelo ese instante. Claro, era la emoción de verme después de tanto tiempo. . . ¡Negro consentido! Cuando esperaba que alguien abriera la puerta que da a la calle, apareció una mujer, después llegué a saber que era Orqho María, siempre viste de negro, como Ayaqhatati Quintanilla. . . ¿También Salamanca? En la esquina arrojó varias monedas hablando en voz baja y cuando se marchó naturalmente yo me las recogí y guardé en mi bolso. Una de esas monedas es ésta que me rechazó la gitana burra.

Mira, si no serán bellas. Ahora tómalas tú para pagar la cuenta. ¿Está bien? Dime que está bien, di, dime. ¿Y no le contaste al Viejo de este hallazgo? Qué le iba a contar si las reservé para este día, para pasarlo bien tú y yo. Al cobrar la mujer de Chotochico se sorprendió por los destellos que despedían. Parecen de plata pura, han debido estar guardadas mucho tiempo. Son, pues, especiales para ornamentar los cargamentos del carnaval. ¿No tienes más, niñito? Si tienes, me traes no más, porque yo preparo cargamentos de plata labrada para la Mamita del Socavón. Se marcharon tomados de la mano. Tenemos que caminar con mucha cautela, este es el barrio de la puñalada y a uno lo cogotean tranquilamente, sin reclamos de urgencia.

Me enamoré jugando
de una chiquilla, hermosa flor,
y cuando quise olvidarla
ya no podía, loco de amor.

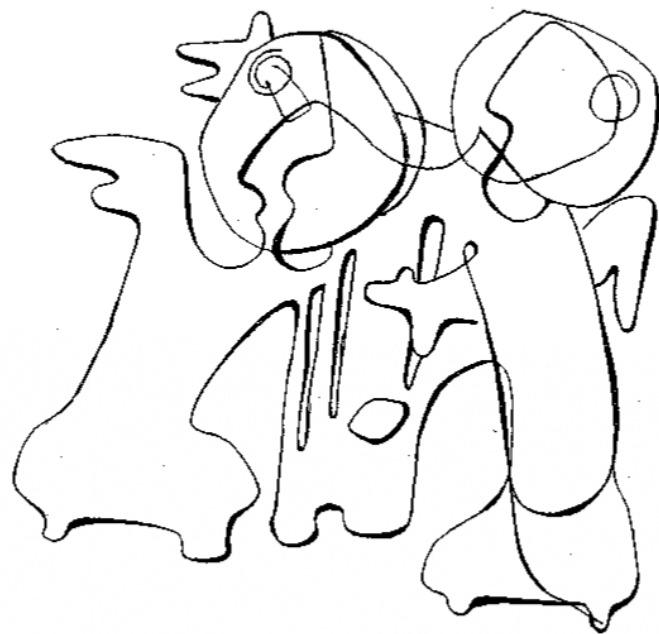
¿Damián? Sí, Fresita, te escucho. ¿Verdad que parecemos esposos? Y él halló por fin la coyuntura que esperaba tanto tiempo. Y lo seremos muy pronto, mi amor. Y ella con voz trémula sí, mi lindo. Y él ¿no te enojarás ahora si te doy un besito en la boca? Y ella no, Damián, no me enfadaré, pero aquí es peligroso, tú acabas de decirme que es un barrio del extravío. Grupos de hombres en actitud sospechosa cruzaban mirándoles con insistencia dramática. Damián, no está bien que yo te lo diga, pero te digo lo mismo, mejor si nos vamos a tu cuarto y allí estaremos sin que nadie nos importune, ¿de acuerdo? Le respondió el joven con una sonrisa de entrega a lo imposible. No desconfíes, Damián, nada tenemos que perder entre los dos. Pasaron por la esquina donde Orqho María había realizado su extraña ceremonia y Fresia encontró más monedas, esta vez con fulgores de luna llena. Son para ti, mi lindo. Y él no quiso tomarlas. Déjalas ahí, son brujerías. No, haciendo un mohín con su naricilla se las guardó nuevamente en su bolso. Nadie va a creer que en la calle de mi cabrito querido hay cualquier cantidad para recogerlas cuando una quiere.

¿Crees tú en los milagros, Damián?, bah, ni para qué te pregunto, tú solamente crees en la revolución social. . . Abrieron la puerta y se precipitaron al fondo de las tinieblas como alucinados. ¡No enciendas la luz! Embelesados hasta el delirio cayeron pesadamente sobre la cama. ¿Te has mareado? Un poquito, ¿y tú? Yo también. Noche de encantamientos. ¿Y el cabro chico de la vecindad sigue recitando hombre, no cejes en la brega, vierte el grano, destroza las malezas. . . ? Sí, sigue insistiendo en la combustión, en el amor que es fuego. Creo que ya es tarde, Fresita mía, ¿nos acostamos? Sí, pero con una condición, porque quiero hacerte el mejor regalo de amor que merece un hombre. ¿Con una condición?, la pregunta quedó suspendida en la oscuridad. Yo no he nacido, mi lindo, para compartir odios sino amor. Escuchaba palpar su corazón. Voy a desvestirte como si fueras mi marido. Te sacaré primero los zapatos, luego los calcetines, el pantalón, la camisa. . .

CUANDO LA locomotora anunció la partida, Eulalia y Valentín se asomaron a las ventanillas haciendo señales desesperadas de despedida. Desde la acera del andén respondían doña Mariquita del Pilar viuda de Moscoso Quiroga, la tuerta Patricia y las dos criadas que trasladaron las hortalizas, legumbres, conejos y gallinas. Advirtió Eulalia que Patricia lloraba de un lado de la cara. Pobrecita, tan mala y envidiosa que se comportaba conmigo y ahora se pone tan tierna. Ella siempre me decía vas a morir sin conocer hombre. Y cómo cambia el tiempo. . . Ondulante como una víbora los carruajes enlazados unos a otros fue dejando el valle. Disgustados con las comerciantas que a viva fuerza introducían por las ventanillas y puertas entreabiertas cargas de papas y zanahorias, maletas y patos, los viajeros no tardaron en retornar a su bonhomía habitual. Anoche, como casi toda la temporada de visita, la parranda había sido memorable en la casa de los compadres de la viuda, el feliz natalicio de un ahijado. Entretanto Eulalia bebía y cantaba las júbilas coplas de Santo Vera Cruz Tatala, la tuerta Patri-

cia le hacía responsable a Valentín de las frustraciones de su vida. Yo he tenido la desgracia de enamorarme de ti el instante en que doña Mariquita del Pilar me consultó para que me casara contigo y nos fuéramos lejos y tú rechazaste aquella proposición por preferir a la Eulalia. Habías perdido completamente la cabeza y soñabas noche y día con ella. Encandilado con la lumbre ardiente de su fétida chupila. ¿Y sabes por qué? ¿Quieres que te lo diga? Porque te ha dado a beber su regla mezclada con chicha morada, por supuesto sin que te des cuenta. Yo conozco, pues, y muy bien aquellas mañosidades. . . Está bien, peor hubiese sido que me dé escarabajos, akatanqas para volverme sonso. ¿Y qué has sacado de ella? Con su sonrisa homicida, pensaba él, apenas puede esconder la gran envidia que siente por mi Eulalia. ¿Acaso siquiera te ha dado un hijo tanto tiempo? Te ha destrozado la cara y ahora se está llenando de joyas y ropas con el sudor de tu trabajo para lucirlas en sus fiestas y así ponerte cuernos con los médicos y abogados de la ciudad. Criada provinciana, refinada imilla, gustos doctorniyoc. Y ahora alta, grande, maciza y poderosa cómo se descontenta de la vida que le das. Todas sus buenas andanzas yo sé, por su propia boca. De las festividades que promueve y de lo que le agrada ser cortejada. Pucha caray, no quiero que hables así de Eulalia. La valluna se rió a carcajadas y al retomar la palabra dulcificó su voz cantarina. Cuando te fuiste, con tu cara bien vendada, yo casi me muero de pena, guaguitay, no obstante de encontrarme desdeñada. Yo no he visto pero he escuchado todo lo que ha sucedido entre ustedes la noche de la galeta. Acaso se dejaba, con eso ya debías darte cuenta. A mí nadie me quiere, ni nadie me va a querer nunca, me has *khenchachado*, estoy con mal de ojo. Pero tengo el orgullo de decírtelo en tu propia cara que conmigo hubieras sido muy feliz. Te habría dado la cantidad de hijos que me hubieras pedido porque los hijos hacen la dicha de cualquier hogar, de pobre o rico. Y yo, te juro, Patricia, sin saber nada, sin darme cuenta, ¿y por qué no me avisaste? Yo no podía decírtelo nada porque ¿dónde está pues el orgullo de una mujer? Parece que doña Mariquita del Pilar se dio cuenta y me insinuó no una varias veces para que viajara a tu país por la semana de los carnavales, diciendo la Mamita del Socavón es muy milagrosa y me aloja-

ra en tu casa. No le hice caso porque estaba resuelta a sufrir sola, en silencio, teniendo como testigos a mis campos, a mis ríos y a mis cerros del valle alto. Mis padecimientos, íntimos y escondidos, no ha debido tener ninguna mujer. Hasta que apareció un forastero que trabajaba de ayudante del juzgado y me tenía sin vida, tuer-tita aquí y tuer-tita allá. Recién pude mitigar en algo mi dolor. Me entregué a ese hombre que solamente Dios sabe de qué rincones de la tierra venía hasta estos horizontes olvidados. Y cuando nació mi hijo desapareció cielo y tierra y doña Mariquita del Pilar se alegró porque parece que temía perderme. Ese hombre no es para ti, tú te mereces otra cosa. Y yo le respondí amargada, no me niego, claro, como soy tu eterna burra de carga. . . La otra vez he recibido una carta de él y me la ha leído el oficial mayor. Dice que está en Sacaba, piensa retornar en estos días y que le consiga trabajo de inmediato, porque su situación es álgida. ¿Y tú lo quieres a ese tipo? No, yo-soy-solamente-una-vez, amo a un hombre, a aquel varón de soledades que ha labrado mi infelicidad, que me ha despreciado como a una cualquiera. En qué maldita hora me habrían hablado de ti. . . Cuando salió la tuerta Patricia tras las tinieblas del patio a expeler sus líquidos acumulados, Valentín la persiguió para abrazarla y besarla golosamente, sin temor a ser descubierto. Los chanchos gruñían y los burros del zaguán se apartaban enfadados. Con osada franqueza sus manos se introdujeron por debajo de las tibias polleras y la Patricia le dijo no. Y él insistió ¿no tienes acaso deseos de estar conmigo? Sí, tengo, ¿pero quieres tú que me haga de otro hijo sin padre? Tan convincente fue aquello que percibió que sus ímpetus endurecidos se suicidaban en el acto. Siguieron bebiendo hasta que la viuda con miradas recelosas le ordenó a la criada se vaya a descansar a su cuarto y Valentín durmiera al lado de su mujer que estaba reclamándolo. En toda la noche no pudo conciliar el sueño, pese a que más de una vez le hizo el amor a Eulalia para, de este modo, reposar por cansancio. Al día siguiente, le reventaba la cabeza, mientras la tuerta más lozana, más excelsa y más bella que nunca le sonreía desde la cocina. Preparó un guiso a base de chicha y asado. Es el *umajampiku* ideal, don Valentín, el caldo-borracho que tanto te gusta. ¡Todos los males se curan con la misma enfermedad! Cuando



saboreaban de lo mejor, llegó el mensajero de Pickering. El gringo me ha recomendado que le entregue esta carta en sus manos, dijo. Le invitaron el caldo-borracho y un doble de morada y se marchó diciendo Dios se los pague. Percatado Valentín de lo que decía la misiva lanzó un grito tan estruendoso que hizo espantar a los chanchos que hocaban en los charcos de orines. A las gallinas. Le quitó la carta Eulalia y sonrió gritando para adentro. Tenemos que challar esta novedad, niñito, pero en la ciudad, con la mejor gente, con los doctores y los Emperadores del Ritmo. No sabía leer, pero reconoció el membrete de la compañía minera y la firma de Pickering que los reputaba significantes. ¡Gringo dueño del *tutaphunchay*, del día y la noche! Lo precisaba a su marido con urgencia perentoria. Otra vez la boya, mi querida doña Mariquita, mamita, dijo Valentín. Creía que con la crisis ya no nos íbamos a levantar. No habrá nunca más hambre ni desocupación con esta experiencia, huifla-la-lay, huifla-la-lita. Espejismos de prosperidad. No habrá más asaltos a la propiedad privada ni epidemias. Se acabaron los sapos de las predicciones malagüeras. ¡Dios mío, nuestro país ha sido por fin salvado! Doña Mariquita del Pilar, ¿a qué hora pasa el tren que viene de Cochabamba? ¿A mediodía? Pues estamos sobre la hora, nos vamos ahorita mismo. Se tomó dos dobles y ya no quiso concluir el *umajampiku*, el dolor de cabeza había desaparecido. La tuerta Patricia le observaba malhumorada. Se dirigió hacia ella para invitarla a que viniera a visitades con su guagüita y todo. Serás bien recibida por mí y por la Eulalia, ten en cuenta que en ningún momento hemos dejado de estimarte. . . El tren que lo devolvía a Oruro, nunca había demorado tanto como ahora, en cada estación —Aguas Calientes, Pan Duro, Buen Retiro— se detenía más de lo acostumbrado y él se paseaba nervioso, desde los pasillos contemplaba los paisajes que escapaban con lentitud pasmosa. Lo agitaba una impaciencia de fiera enjaulada, a instantes se sentaba taciturno. Hablaría con Pickering, Hochschild y G. van Dorp. Parece que la pobre Patricia en su sacra ignorancia ha pensado que la carta era una patraña para escabullirme. Total, piense lo que piense, me interesa un carajo. Lo que está necesitando es un macho fijo, de tiempo completo y asunto concluido. De inmediato soy capaz de enviarle una carta cantándole las cuarenta, pe-

ro es peligroso, porque ella no sabe leer y quién dice que las personas que se la lean la divulguen por los cuatro vientos y adiós la tranquilidad de mi hogar. Al morir la tarde el tren llegó a La Cumbre y después a Eucaliptus. Sintió los efectos naturales de la altura —cuatro mil ochocientos metros sobre el nivel del mar— y la alegría se dibujó en su rostro marcado. Al fin mi tierra querida, cómo la amo yo. ¡Alta tierra de los urus, enamorada del gringo y del gitano! Oscurecía. Se acomodó tranquilo, al lado de Eulalia que dormitaba de aburrimiento. ¡Eulalia, ya estamos cerca! Al llegar a la estación las luces de la ciudad se encendían. Entró el tren con sus chirridos de hierro y el bullicio acotumbrado de sus campanadas y pitazos estridentes que iluminaban el silencio oscuro del pueblo. Y él dejó recomendado que con un aparapita hiciera trasladar las cosas, Ayaqhatati Quintanilla tenía en su poder las llaves de la puerta de calle y de los cuartos. De la cómoda eran las pequeñas, de color amarillo. Antes de que se detuviera el convoy, saltó del vagón y corrió abriéndose paso por entre la multitud del andén que esperaba amigos y parientes. Ascendió por el Socavón y torció hacia los ranchos de los gringos. La casa de Pickering. Cuánto quisiera, pucha caray, que en este momento aparezca la tuerta Patricia para ofrecermela, aunque sea con su sonrisa homicida, una tutumita de morada. Desde las cocinas se expandía un fuerte olor de carnes y repollos cocidos. Mucamas vestidas de amarillo y con zapatillas plateadas y mozos de etiqueta se movían con presteza, como si el mundo se estuviera acabando. En el escritorio con alfombra persa y ortofónica moderna, le dijeron que esperara. Percibió que los empleados de la compañía hablaban del alza en el precio del estaño. Un trabalenguas. No pudo contener su curiosidad y salió a preguntar al secretario. Sí, le dijo, la cotización de hoy día ha marcado el índice más alto: 110,00 libras esterlinas la tonelada. El había dejado en 100,12. Llegaron los gringos con los rostros rebosantes de dicha y plenos de ventura. ¡Hello, don Valentín! Se veía que la bonanza retornaba. Siempre respetuoso, fino y atento Pickering le dijo que el Príncipe Antenor, hijo del Rey Patiño y Ricardo Martínez Vargas, comunicaron desde Londres las resoluciones del Comité de Productores de Estaño. Llamó al secretario y le pidió que sirviera whisky. Ahora sí habría en

el mundo equilibrio entre la producción y el consumo. Le habló del rompecabezas financiero. Se les asignará a los países productores cuotas basadas en la producción mundial de 1929, que fue de 186.518 toneladas. Malaya dará 37, que es el 19 por ciento y las Indias Holandesas, Bolivia y Nigeria 49 que es el 60 por ciento. Once cuotas iniciales de 145 mil toneladas. Malaya 53.925, Bolivia 34.260, Indias Holandesas 29.910 y Nigeria 7.750. El resto de pequeños productores 25 puntos que aprobarán los gobiernos interesados. Más sabias no podían ser las resoluciones del comité de Londres. Para llevar adelante este plan de producción, en lo que nos concierne, necesitamos obreros que extraigan los metales dormidos en esplendores de siglos que, usted, debe proporcionarnos. Sírvese el traguito. ¿O prefiere con hielo? Con todo gusto, señor Pickering, mañana mismo yo tengo a su disposición la cantidad que precise. El whisky es más delicioso con soda, dijo tendiendo la mano hacia la botella. Usted no me ha entendido, don Valentín, y más bien creo yo haberle adivinado sus intenciones. . . Quiere atrapar como moscas a todos aquellos desocupados que deambulan por las calles de la ciudad y entregarlos como buena mercadería. No, de ningún modo. Ese material humano no nos interesa. Si quierá explotar ese filón no hubiese sido necesario llamarlo a usted, que tengo entendido que lo estaba pasando muy bien en la Finca precisó riendo de buena gana. Quiero que me entienda. Así que le ruego poner un poquito de atención, voy a tratar de ser lo más claro posible. Los cesantes de la ciudad ya no sirven para las minas, los que no mueran en la gran epidemia deben morir en la gran guerra. Se encuentran contaminados, tienen envenenada la mente y la sangre de política subversiva, no hay día que no marchan por las calles con banderas y hablan de resistencia civil con una naturalidad que espanta. A usted le consta. Esa clase de hombres están demás en la vida, deben ser suprimidos cuanto antes de la sociedad y qué mejor oportunidad ahora que se necesitan soldados, muchos soldados, para que con su propia carroña fertilicen los campos del futuro. ¿Me entiende, don Valentín? Sí, señor Pickering, le entiendo. Bueno, sírvase, beba, le voy a aumentar trago. Ahora me dirá usted, de dónde saco obreros buenos para la brega de

las minas. Africa para nosotros está muy lejos. . . No obstante, creo que Bolivia es un país privilegiado, en cierto sentido, porque tiene la ventaja sobre sus vecinos de poseer material humano de primera magnitud, aunque claro las minas ya están fatigadas. Son los indios de las comunidades, de los ayllus, don Valentín. No saben leer ni escribir. Y mejor. Son buenos hijos de la puna, musculosos, fuertes, protegidos en su salud por dioses ancestrales. Nosotros no queremos hombres con aspecto de intelectuales enclenques sino hombres rudos y membrudos como jóvenes aparapitas. En las minas el indio tiene comida, cama bajo techo, mujer para sus necesidades, chicha y mucha coca. Y eso es suficiente, el indio no pide más y no vale la pena tampoco darle más. Necesita coca y hay que proveerle en cantidad. Le da fuerza, vigor y le atrofia el cerebro, no le deja pensar. No ponga reparos cuando se trate del consumo de coca, la de los Yungas de La Paz es muy buena. . . Ahora bien, sírvase, sírvase no más, los indios de los ayllus, sobrevivientes del pasado, se encuentran casi inéditos y tiene usted ocupación por mucho tiempo, lógicamente, el trabajo es pesado, no lo niego, va a necesitar varios ayudantes. Puede contar con el hombre que vende ataúdes al lado de su casa. ¿Ayaqhatati Quintanilla? Es un hombre serio, con muchas posibilidades. Necesitamos barreteros, carreros y palliris, pagaremos muy bien por cabeza. Lo que si le recomiendo, no se meta con los indios de las haciendas y latifundios, nada de pongos ni siervos ni wataarrunas, porque sus propietarios son feroces abogados y los defienden como a bestias que han adquirido en las ferias dominicales con cuatro monedas. Nosotros queremos garantías y seguridades de tranquilidad y orden porque se avecinan acontecimientos de importancia. Hitler ya es el *führer* de Alemania y dará mucho que hacer. En este momento de nuestra existencia todos somos mártires, mi buen amigo, nacidos para carroña de guerra o para productores de materias primas. Cada cual en el mundo con su destino de sacrificio. Yo sigo insistiendo que solamente cuando está garantizada la tranquilidad y hay orden de verdad prosperan los negocios y progresan las naciones. ¿Acaso usted no quiere que progrese su país? Claro que lo desea, se ve en sus ojos. ¿Me ha entendido, verdad, don Valentín?

Sí, señor Pickering. No se achique, sorbió su whisky, yo dije siempre, Valentín, el reenganchador, es el único boliviano inteligente de la ciudad y por eso yo lo estimo mucho. Sí, señor Pickering.

ERAN LAS seis en punto de la tarde y como aguas turbias de cataclismo, llegó el gentío hasta las puertas de la Iglesia Matriz. ¡Queremos la cabeza del Obispo falomántico! De todas las barriadas se habían movilizado las cofradías y órdenes religiosas y por detrás de sus estandartes proferían agravios insólitos. ¡Que aparezca y nos explique el pecado de la lujuria! Pedían castigos de toda naturaleza para el Obispo de la Diócesis, cuyo comportamiento estimaban que no estaba de acuerdo con su elevada investidura. Y también solicitaban sanciones para las monjas luciferinas. El incidente del Beaterio había colmado el vaso y cual ácido corrosivo desgastado la conciencia de la opinión pública. El sol caía en el poniente del Pata de Gallo y San Felipe tiñendo de arborescencias sus celajes. Rodeada la Matriz, en su interior el Obispo declaraba lo único que pido a las ovejas descarriadas de la ciudad, me crucifiquen como los judíos hicieron con Nuestro Señor Jesucristo. Los sacristanes aseguraban las puertas con llaves y candados y sillas y mesas ante el peligro de los desbordes irresponsables. ¡La poblada de los endemoniados se viene encima y no quedará piedra sobre piedra! Después de reflexionar con gran aplomo y reparar mentalmente el catecismo, Cleómedes decidió salir a enfrentar a la turbamulta. ¡Saldré yo solo, Dios mediante! Un estruendo cargado de amenazas e insultos recibió su presencia que parecía producir un remolino de aguas pesadas. ¡Ahí está el pecador! Abierto en cruz, iluminado por el resplandor de la furia populachera su rostro mestizo. Después de un silencio embarazoso se sobrepuso como en el púlpito. Sí creen que yo soy el pecador, ¿quién de ustedes se atreve a tirar la primera piedra? Con sus destellos enrojecidos el crepúsculo mordisqueaba las paredes de la Iglesia. Y decidió caminar por en medio del pueblo aleccionado que le hizo calle. Tú, Phiñamaki, que eres un hombre honesto, ¿serías capaz de apedrearme? ¡A usted no, padre! ¿Y tú, Consuelo? La meretriz sonrió. Se detuvo un instante cerca a la

verja, donde generalmente en los bautizos se arrojaban monedas como confites sobre las cabezas de los niños desarrapados que pedían chuchitas a los padrinos. Y en vez de manecitas extendidas, veía por doquier puños amenazantes de hombres de rostros torvos que despedían alientos fétidos. Hermanos en Cristo, les dijo, lo que estáis haciendo es indigno de personas que militan en la grey, debéis de inmediato retiraros a vuestros hogares en paz. Silbidos y abucheos fervientes le respondieron. ¡Queremos la presencia del Obispo! Y el sacerdote habló de los padecimientos de Cristo como una clara alusión al momento. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebrantos, ciertamente El sufrió nuestros tormentos y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas El fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. ¡Por la rebelión de mi pueblo fui herido! Habiendo El llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores. . . ¡Cállate la boca, Cleómedes Zambrana, no queremos escuchar tus sermones de diez por medio! ¡Que aparezca el Obispo falomántico! Jesús dijo que muchas señales precederán su venida a la tierra. Vendrán muchos en mi nombre diciendo Yo soy el Cristo y a muchos engañarán y oiréis guerras y rumores de guerras. Como ahora que se están batiendo tambores contra el Paraguay y vosotros nada, ni pío del desastre que se viene encima. Jesús dijo se levantará nación contra nación y reino contra reino y habrá pestilencias, como los janphatus aparecidos en los vaciaderos de la ciudad. Y habrá hambre y epidemias, catástrofes y tragedias. ¡Aflicciones y más aflicciones! No nos engañes, padre Cleómedes, no abusos de nuestros temores innatos, reclamó Ayaqhatati Quintanilla. ¡Queremos al Obispo concupiscente! ¡Guárdate tu sermón para la Leonor! ¡Para la Esther también! ¡Mejor para las dos! ¡Sinvergüenza también eres tú y no puedes negarlo! Felipe, ¿qué haz hecho con la fuerza de Dios? ¡Compínche eres del gran pecador! ¡La carne a ti también te está perdiendo, eclesiástico! Y Jesús dijo habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas. Y en la tierra angustia de gente por la confusión del sonido de la mar y las ondas. ¡Queremos que nos hable el Obispo! ¡Sí, el monseñor! ¡Solamente a él escucharemos, tápanse los oídos! Exasperada la multitud por no tener a mano al pre-

lado. Cleómedes miró los horizontes incendiados y sonrió. Dios mío, ilumíname, *ecce ego adduco aquas super terram*. Señalando las alturas del poniente levantó los brazos con energía: ¡He ahí que viene y todo ojo lo verá y los que le traspasaron, y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre Él! Y la multitud dirigió su vista hacia el pedazo de cielo que señalaba y de inmediato hubo tal silencio que cada cual escuchaba los latidos de su propio corazón. Y murmuró Delicia Devoto que Dios venía. ¡Sí, Nawila, Él viene, míralo!, aseguró el sacerdote con voz trémula, cual estrategia de la imaginación. Aterrada Orqho María vio la antawara de llamaradas, como sangre de predicciones, que teñía el horizonte de granate. ¡Las terribles profecías! Hemos enfurecido al Señor y ahora recibiremos su generoso castigo... Un soplo de terror descendió sobre la multitud. ¡Griten todos piedad Señor! Respondieron pocos. ¡Griten todos!, encareció de nuevo el fraile con los ojos que ardían como brasas, ¡con más fuerza vital, pecadores inmundos! ¡Usted, Pickerina y Magdalena a la vez, grite! ¡Judíos que anhelan crucificar de nuevo al Señor! El Señor está disgustado y no rehúsen su perdón, balbuceó Pickerina. Enmudecida y creyendo sentir en su rostro ramalazos de aire caliente que provenían de la evolución de aquellas extrañas atmósferas de infierno, Eulalia se arrojó al suelo con las trenzas sueltas. ¡Manos en cruz, todos, para evitar que llueva fuego y azufre! Del cielo caían a raudales los resplandores de incandescencia del crepúsculo altiplánico. Y el cura no se cansaba de incitar al remordimiento colectivo. Como en los días de Lot que comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban, mas el día que salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y destruyó a todos: como esto será el día en que el hijo del hombre se manifestará. ¡Pidan piedad al Señor, antes de que caiga una granizada de piedras encendidas! El paroxismo general. La tierra vacilaba y las paredes de la casa de Dios amenazaban desplomarse. Todos se golpeaban el pecho, andaban de rodillas con los brazos en cruz, besaban el suelo, clamaban, gemían, lloraban. Lamían la tierra de arrepentimiento. Y más temible que nunca el horizonte mordido de hogueras por la furia del cielo. Era la bendita alucinación que se apoderaba de todos y los arrastraba como el vendaval a las hojas muertas. ¡Piedad Señor! Se

abrieron de par en par las puertas principales de la Iglesia Matriz y apareció revestido de púrpuras y bondades el Obispo, con su actitud solemne, como la de una vieja princesa que conoce su papel. ¡Temblad infieles! Espigado, albo cochabambino, avanzó contra el atardecer. ¡Desde ahora la ciudad oscurecerá sin crepúsculo! Fulguraban sus ojos piadosos. Señor, tú eres testigo de que he querido sostener con mi palabra estas ruinas. Los infortunios no vienen solos, los primeros fieles que advirtieron su presencia, le besaron las manos de rodillas, también la esposa pastoral de amatista y los pies. ¡Perdónanos, Ilustrísima! Nunca es el hombre más grande que de rodillas. Anonadados y con lágrimas en los ojos rezaron por él. ¡Misericordia, Señor! Todo ha muerto en el mundo y no nos queda más que el silencio. Intolerable fatalidad, el viento y el silencio de ciudad mortificada, ilustre asamblea del universo. Modulando su voz blanda, les dijo levanten sus estandartes caídos y váyanse de prisa, aquí no pasará nada porque Dios es inmortal... Lentamente fueron irguiéndose los hombres y mujeres arrepentidos de su soberbia y, prevenidos contra los peligros de dar oídos a los enemigos de la Iglesia, caminaban con la cabeza inclinada como si acabaran de recibir la comunión de los apóstoles. Las calles no tardarían en abrirse al tránsito de los automotores. Aglomerados en los jardines los cordimarianos a gritos exhortaban al pueblo católico que se había amotinado. ¡Bípedos arrepentidos, aléjense a sus hogares como cuadrúpedos! Y en mitad de la Plaza Grande, Cleómedes y Felipe, como gladiadores que hicieran huir a los leones de bronce, rodeados de desperdicios y papeles que la soledad trataba de llevarse. Donde hay gente siempre hay suciedad, monseñor. No, Cleómedes, respondió el Obispo ajustando su capa de negro y púrpura, saturada de pasiones violentas la ciudad entera está hechizada. Ensangrentado de dolor, el crepúsculo tornaba a adquirir sus colores habituales.

Libro Cuarto

Destino sin distancia

LOS POLITIQUEROS PATIÑISTAS ENCARAMADOS EN EL PODER, al ver denunciados públicamente sus trajines criminales contra la vida y la tranquilidad del pueblo, han desencadenado su habitual régimen de terror policíaco, persiguiendo a los compañeros que han tenido la hombría de hacer conocer al pueblo sus propósitos de matanza, para procesarlos y encarcelarlos con el absurdo pretexto de antipatriotismo. Se los calumnia villanamente de antipatriotas por haber vivido a los obreros del Paraguay y de todo el mundo, como si no supieran que el proletariado es internacionalista, como internacionalista es también el capitalismo explotador. . . . Apresurados ingresaron al patio los agentes de la intendencia y se detuvieron en actitud desairada frente a la puerta cerrada, pero Glicerio Reinoso ordenó que la derribaran. Y le obedecieron al punto. Se precipitaron con avidez sobre los papeles y libros que encontraron en el piso, en las mesas y en la cama. Tomándolos entre sus manos rugosas revisaban con prolijidad de expertos. Arrancaron de las paredes los retratos del "barbudo" y del "pelado". ¿Hay algo de importante en toda esa basura papelera, doctor? No asomaron los vecinos de los traspacios, a excepción del viejo de barba llena al que le torcieron los brazos y gimiendo de dolor se lo llevaron con destino desconocido. Esta habitación es de uno de los activistas más destacados con que cuentan los organizadores del mitin, mi general. Instruyó que reúnan en el patio todos los papeles y libros. Haremos una pira como en la casa de Moisés. El colchón y las almohadas fueron despanzurrados. ¿No hay armas ni dinero? El Phiñamaki

se acercó mostrando una fotografía. La he hallado entre los libros, jefe, ¿sirve? Y Glicerio Reinoso sonrió sí, claro que sirve. ¿No es mala la hembrita, eh? Los capitalistas aterrados ante el inevitable derrumbe de su régimen económico y social, creen ver en la guerra su tabla de salvación y se aprestan a realizar grandes negociados y amontonar fortunas fabulosas, mientras los pueblos se desangran y se despedazan en la guerra. También están interesados en la guerra los proveedores de viveres y armamentos para las tropas; los afincados que venderán sus productos al ejército a precios fabulosos; los colocadores de empréstitos con intereses exorbitantes, que tendrá que pagar después el pueblo en forma de impuestos; los cuervos de la alta clerecía que estarán satisfechos de ver exterminarse en los campos de batalla a la juventud rebelde que ya no se deja embaucar con sus mentiras; los militares de alta graduación, que siempre permanecen a retaguardia, sin correr ningún peligro en los combates, mientras los soldados se asesinan a millares para ganar un ascenso o una condecoración para sus "heroicos" generales. . . En el Refugio de Repatriados solamente se encontraban las pampinas más ancianas y los pampinitos más cabros. Los hombres grandes habían salido de madrugada. ¿A dónde? ¿A dónde dijeron que salían? A buscar el pan del día, po, caballero. ¡Mienten, brujas! Realizaron una requisa prolija y los esbirros encontraron envejecidos panfletos de tono subversivo y los periódicos *Bandera Roja*, *La Protesta* y *Redención*. Publicaba *La Protesta* un aviso necrológico que daba cuenta de la muerte ¡Por la mano vengadora que le ha introducido veintidós veces el puñal en su cuerpo podrido! del dictador Ibañez del Campo. Estos pasquines dan asco por el veneno que inoculan en las conciencias de las pobres gentes, expresó Glicerio Reinoso. En el cuarto de Yolanda las imágenes de familia observaban impasibles. ¿Quiénes son? José Manuel Balmaceda y el príncipe Jorge, respondió el enfermo que yacía en la cama. ¿Dónde no va a estar la intromisión chilena! Las arrancaron para adjuntar a los antecedentes que reunían. ¿Y usted qué hace a estas horas acostado? Nada más que esperando la voluntad del Fin que tarda en llegar, patroncito, no le miento, mire mi asquerosa existencia trasbocada en la pelela. La vida me trató mal. El prefecto ordenó que lo lleven a la intendencia. A este conchudito lo

necesitamos para que nos cante las andanzas de su mujer. Para los capitalistas y sus gobernantes, la guerra es un espléndido negocio. Y para el pueblo es la ruina total, la ruina absoluta. Montones de cadáveres, ríos de sangre, millares de heridos, mutilados, inválidos para toda la vida, hambre, miseria, devastaciones y ruinas por todas partes, he ahí los únicos resultados de la guerra. Y a este caos espantoso, a esta locura de destrucción y quiebra quieren precipitarnos los bandidos del capitalismo extranjero y sus gobiernos "patriotas". . . Después del santo sacrificio de la primera misa, el Obispo abandonó encolerizado la Matriz y los sacerdotes quedaron solos. Le solicitaban ordenara la suspensión de todos los oficios religiosos para asistir en corporación al mitin contra la guerra. Ahora podemos hablar como quien dice a calzón quitado, ¿no es cierto? Sí, porque hemos estado peleando infructuosamente, víctimas de las intrigas más odiosas. Al padre Cleomedes Zambrana le endilgaron necedades por la prensa, al padre Saúl Sardán los salesianos lo arrestaron para torturarlo y vejarlo y así podríamos mencionar mil y un desatinos consumados. El problema de magnitud, en este momento, es el peligro de guerra, el torturado litigio, que ha dejado de ser una simple amenaza y nos urge desbaratarlo de cualquier manera. Somos hijos de Dios, la mayoría nacidos en este pequeño mundo geográfico que no puede darse el lujo de sacrificar su juventud. Una patria subjetiva en un mundo subjetivo. Los obreros que auspician el mitin no son nuestros enemigos. Somos hermanos y si se quiere compañeros en esta cruzada contra el crimen de la guerra. Fue explícita sor Fernanda, quien hasta ese momento se había mantenido en silencio. Soy partidaria de la paz y estoy lista para marchar junto a nuestros hermanos de la Federación Obrera del Trabajo. Trataron de unanimizar criterios. ¡Iremos con nuestros hábitos! No, ahora seremos por primera vez los hombres oscuros y sencillos de la muchedumbre. Se abrieron violentamente las puertas y aparecieron los esbirros de la intendencia policial con sus risas desoladas. ¡Alto en nombre de la ley! Sonriendo con cinismo les explicó el doctor Reinoso que se hallaban arrestados con la autorización expresa del Obispo de la Diócesis. Los sacerdotes levantaron en alto sus cruces. ¡Pobres de ustedes, los que ahora rien, porque conocerán la aflicción y las lá-

grimas! Y los policías no dejaron de reír un momento. ¡Adelante, Phiñamaki, duro con ellos! Es por eso que en estos álgidos momentos de peligro guerrero, despreciando las persecuciones, las amenazas y hasta la vida misma, firmes en nuestro puesto de combate por la buena causa, nos ponemos de pie para deciros: ¡Trabajadores de las ciudades y de los campos! Los terratenientes yerbateros del Paraguay y los empresarios mineros de Bolivia, quieren empujarnos a la matanza, porque ven que el proletariado se levanta amenazador contra sus explotadores! ¡Compañeros obreros del ejército! ¡El capitalismo de Norteamérica os ha condenado ya para que sirváis de carne de cañón en las primeras batallas, allá en las mortíferas regiones del Chaco! ¡Vosotros seréis las primeras víctimas de la guerra! ¡Juventudes de Bolivia! ¡Vosotras que sois la esperanza del porvenir, estáis condenadas a la muerte por la Standard Oil! Al atravesar el patio y el traspatio y recibir los fuertes empujones que le daban sus captores, resbaló en el agua congelada del piso y recién advirtió que los presos políticos lavaban los patios. Ten cuidado, Damián, compañero, le susurraron. Luego de tomarle fotografías de frente y de perfil lo trasladaron en calidad de incomunicado a una oscura celda que apeataba a excremento humano. Ahora estoy integrado con mayores vínculos a la angustia de la verdadera esperanza, se dijo. Todo el día había notoria exaltación, era un permanente ir y venir de sayones laboriosos y un chirriar de goznes en las puertas de hierro. ¿Qué será de Fresia? Habían saqueado su habitación y el casateniente después transferido a Phiñamaki. Me dejaron sin más ni más en la cochina calle, Pickering fue más decente conmigo. La tragedia que se estaba gestando era impopular, toda la ciudad se había volcado al mitin. La oscuridad permanecía delante de sus ojos, no sabía el día ni la hora cuando abrieron las puertas de la celda. Acurrucado en una esquina por el frío tuvo dificultades al levantarse, su cuerpo se encontraba entumecido, sus piernas no le respondían. ¡Vamos, vamos! Se apresuró arrimándose a la pared, en el entendido de que los hombres que llegaban con una lámpara le traían comida, colchón y frazadas que tanto precisaba. ¿Cómo te llamas?, le preguntaron encandilándolo con la luz de la lámpara y él respondió prestamente Damián. Y recibió un golpe con objeto contundente y cayó al sue-

lo, casi sin sentido. Oye, Phiñamaki, pega pero no con tanto entusiasmo. De su nariz comenzó a brotar sangre abundante, incontenible. ¡Levántate, cochino antipatriota, pues esa no es la manera correcta de contestar a la autoridad! Se irguió como sonámbulo. Ahora con respeto dime cómo te llamas. Damián Surco, señor, respondió lagrimeando. Los esbirros rieron a carcajadas, creo que nos estamos entendiendo. Ahora di viva Bolivia. Viva Bolivia. Más fuerte, hijo de puta. ¡Viva Bolivia! Más fuerte aún, para que se oiga hasta los calvarios del Socavón. ¡¡¡Viva Bolivia!!! Ahora tienes que decirnos toda la verdad, con cuidadito, porque no tenemos ningún apuro en retirarnos. ¿Por qué estás tú contra la guerra? ¿No tienes amor y cariño por la patria que te vio nacer? ¿Cuánto te paga el Paraguay? Y él les respondió con odio pueden hacer conmigo lo que quieran que no les diré nada. La réplica fue un aluvión desenfrenado de golpes. Ahora sí puedes darle palo y badana a tu gusto, Phiñamaki, como a tu chola, como a la Magdalena. Lo tiraban al suelo y lo levantaban para volver a tirarlo. ¡Hazlo trapo! ¡Sácale la mierda, carajo! Lo pateaban en la cabeza y en los riñones. ¡Ya te veremos orinando sangre! Y él pensaba en el amor de su vida. Dame fuerzas para resistir, ay, mi dulce Fresia, ayayay. . . Perdió el conocimiento y jadeante el Phiñamaki dejó de apalearlo. Utilizaron baldes de agua. ¡Resucita, marica, tú no mereces ser boliviano! Pasó la lengua por sus labios róticos. ¿Quiénes te dieron aquellos libros que tenías en tu pieza? ¿A qué organización terrorista perteneces? ¿Crees en Dios? Apareció Glicerio Reinoso con un rebenque en la mano y observó al prisionero lastimado hasta la exageración, le chorreaba sangre y agua. ¡Está un poco duro, jefe! Hum, ya se ablandará, déjenmelo, les guiñó. Renuncia ya a hacerte el indomable que nada bueno te va a traer, estimado Surco, quiero que me respondas a mí, sin mentir: ¿Quién redactó el panfleto *Al pueblo de Bolivia amenazado por la guerra* que tú distribuiste en el mitin? ¿No quieres responder? Le metió en la cara una fotografía: ¿Quién es esta mujer? ¿Es tu amante? ¿Le desfloraste su virtud? ¿De qué vive? ¿Es puta? Tienes por supuesto la dirección de su domicilio, ¿verdad? ¿Dónde se la puede encontrar en este momento? ¡Mujeres de Bolivia!

¡Madres, esposas, hijas y hermanas de los que mañana serán víctimas de la barbarie sanguinaria; vosotras que nada sabéis de las infamias del capitalismo y sus lacayos, oponeos a la guerra! ¡Pueblos de Bolivia, precipitados por la guerra hacia la muerte, poneos de pie contra el crimen monstruoso de la guerra! Y gritad: ¡Viva la paz! ¡Abajo la guerra! ¡Abajo las burguesías de Bolivia y del Paraguay! ¡Viva el proletariado de todo el Continente! ¡Viva la revolución social!

ESTOY A punto de morirme. Tengo una fiebre intensa desde anoche y esta mañana mamá me trasladó al Hospital Civil. Yo no quería venir. A mi hermanito le prohíben entrar por menor de edad. El Hospital es doloroso y deprimente con sus paredes blancas, catres blancos, veladores blancos, sábanas blancas y solamente la muerte, que nos acecha, se juzga que es negra, parda, oscura. Ya no resisto más y mamá está a punto de enloquecer y tirarse al Tagarete. Se encuentra el Viejo escondido en un campamento minero porque lo busca el vergonzante Glicerio Reinoso, ahora intendente de la policía de seguridad. Se vinieron todas juntas. El Viejo ha sido cesanteado, laboraba de peón en la nivelación de la calle Cochabamba, de salida a los Arenales, tenía que pasar a la avenida Pagador y después a la Aldana que se conectará con Papel Pampa. Luego reconstruir el puente que da al Cuartel Modelo y ampliar el camposanto. Con los cadáveres de la epidemia ya no da abasto para cien cruces más. Es triste esta situación para mamá, porque en todo caso estábamos mejor en las salitreras. Yo no me explico qué me pasó a mí para enfermarme en este estado. Siento escalofríos, dolores de cabeza y estómago, en fin, por todo el cuerpo. Pienso a ratos si no será la enemiga invisible —el tifus— que está terminando con la población obrera. Ahí sí que estoy perdida. Tempranito el domingo asistimos al mitin con el Viejo y Damián y todos los compañeros del refugio. Recuerdo haber recibido una insolación de mil demonios y con los arrebatos que sufrí se juntaron los males. La policía allanó la casa en busca del Viejo y otros compañeros y se lle-



varon al marido de Yolanda. Llegué a saber que fueron también al cuarto de Damián y quemaron sus libros. Y yo que le decía que instale una librería. El no me dijo nada últimamente, lucía un aire preocupado. No le di importancia porque a veces se pone así de melancólico. Alguna vez le dije fabricaré una llave para abrir tu corazón. Hoy tendríamos que haber ido al cine para ver *Sin novedad en el frente* que estrenará el Palais Concert. Es un testimonio de la guerra en Europa y muy probable que lo prohíba la prefectura. ¡Ay, qué manera de transpirar! Estoy bañada en sudor y a ratos se me nubla la vista. Y no aparece la religiosa que me da aguita de canela. Llamo y nadie me lleva el apunte. ¡No soporto más! Es muy dije la hermanita, creo que se llama Fernanda y me dice a ratos que soy joven y me repondré pronto. Mañana llegan en el tren internacional otros expulsados de Chile, creo que esta vez son de Iquique, serán alojados en una escuela para después escoger a los cabros en edad militar y llevárselos al Chaco Boreal. El peligro de guerra se siente y estimo inminente la calamidad. Y por eso dice mamá, que es agorera, están apareciendo mariposas nocturnas. Thaparankus. En Agua Rica y Nanawa hubo encuentros armados con muchas bajas. Hay puestos militares frente a Charagua y los paraguayos han avanzado y fundado otro fortín. Las desgracias están viniendo con ostentación, sin necesidad de disfrazarlas. Anoche soñé que arreaba en Papel Pampa una manada de pavos reales con sus crías rebeldes. . . Tengo miedo, mucho miedo. Quién sabe si es el presentimiento de que algo malo está aconteciendo en este instante. ¡Tengo miedo, hermanita, tengo miedo! Estoy temblando y llamando desde hace rato y nadie aparece. ¿Cuánto tiempo me tendrán enclaustrada en el hospital? Así puede morirse cualquiera sin auxilio. A instantes siento deseos de preguntarle del pleito tan comentado de sor Natalia y sor Martina. Dicen todos que son las ofensas de la vida, yo digo pendencia sentimental. Desde todo punto de vista el amor es maravilloso, pero tiene sus bemoles. . . Todo lo vedado seduce. ¿Qué será de Damián? Pienso y repienso en él, a instantes suspiro con angustia, ya debería haber venido a verme. Mi lindo . . . Lo amo de verdad. Nunca había amado tanto como ahora. ¿No tendrá problemas? Dios quiera que no, porque si no yo me moriría. Sin él no tendría im-

portancia mi existencia. La vida es una sombra que anda. Pero qué dolores terribles siento. . . Cuando me internaron vi cómo, aún con el ronquido isócrono de la boca seca, se le evaporó la vida a una mujer que no era abuela. Espantoso, terrible. Y yo recordé de inmediato al marido de Yolanda. ¡Pobre! Si se muere estoy segura que en las copuchas van a decir al fin descansará el cornudo. Yo quisiera de corazón que en el mundo vivieran todos sanos, felices, con trabajo honesto para sustentarse, sin temor de los prendimientos, sin recelo de ser destinados para la guerra fratricida. ¡Ya no resisto, uf, qué fatiga, por Dios! Desde hace rato me observan las enfermas como si estuviese hablando a gritos y no las dejara descansar. ¡Quiero agua, tengo sed! Mi boca está seca, y amarga. Damián, mi lindo, ¿dónde estás? ¿Me escuchas? Te amo y te necesito y te deseo hoy más que nunca. Damián, no me abandones. . . Ah, por fin aparece la hermanita y viene apresurada arrastrando sus faldas pesadas.

ROMPIERON ESTREPITOSAMENTE LOS CRISTALES DE LAS ventanas del dormitorio y Glicerio Reinoso se incorporó de inmediato. Aún las cortinas se movían estremecidas por las pedradas. Temblaban su mujer y sus hijos de pie y a medio vestir. ¿Por qué no me hicieron despertar antes? Lanzando una interjección brutal trató de tomar un fusil para responder a la provocación. Una cruz de retama fue pisoteada en el suelo. ¡Ahora ya no estamos en 1930! Rencoroso y vengativo, descorrió las cortinas y observó cómo un torrente humano se dirigía hacia la Plaza Grande. ¡No dispaes, Glicerio, va a ser para peor!, le encareció su mujer. Julio César no decía nada. Aparecieron los guardaespaldas ¿Los tostamos, jefe? y sus hijas lloraban. ¡Phiñamaki, ¡comunicame con la prefectura de inmediato! Anoche había velado hasta tarde y ni idea de lo que iba a acontecer hoy. El servicio de inteligencia estaba claro que fallaba, no obstante, estimó, voy a ponerlos en vereda. Necesitaba de un eficiente sistema de información para no caer en este tipo de sorpresas. ¡El señor general, jefe! Y él habló asegurándose el cinto. Los mineros se descolgaban de las alturas de San José, Itos y la Tetilla. Si no sabré yo. . . Para llegar a la prefectura se desplazaron en auto hasta la esquina del correo para después proseguir a pie. Rodeaban el palacio masas compactas, como las que se reunían en carnavales para ver a los diablos tradicionales. ¡Estos malhechores acaban de apedrear mi domicilio recién reparado de la agresión reaccionaria de 1930 y eso yo no se los perdonaré! Malagradecidos, yo que tanto luché en el parlamento por sus reivindicaciones sociales y les

di leyes avanzadas, con lo que me pagan. . . Por primera vez los mineros del Socavón de la Virgen emergían fehacientes de las tinieblas del subsuelo. Desmedrados, lívidos, envejecidos hasta el límite de la exageración, con el bolo de coca que les inmovilizaba el rostro en una mueca infernal, permanente por lo demás, como si pesara una condena sobre sus vidas. Los artifices del desorden, los comunoides, no son tontos, se dijo, a la ciudad le están echando en cara su dolor encubierto. Con el cuerpo rodeado de fulminantes los obreros parecían "nicas" del partido de Sandino el rebelde. ¿Y qué haces tú aquí?, le preguntó al que se hallaba más cerca. Mirando, no más, pues, doctorcito, le respondió. Y mirando qué, insistió Reinoso. Mirando no más pues que les den libertad a los compañeros. Sonrió, ahá. Ya era más difícil moverse. El denso tumulto lo había aprisionado en sus palpitaciones. Cuerpos malolientes, copagira, trasudores de mina y mineros. Enfrentar los enfurecimientos de estos pétalos de oscuridad en el tremedal era para ser ahogado al instante. Ahá, ahá. Te reconozco Pachama por tus transpiraciones, por tu fetidez progenitora. Ni más ni menos que el callejón de la amargura. ¡Permiso! Cochambrosas y nauseabundas las mujeres lo miraban con su odio ancestral y en algún lugar rompió a llorar un niño. ¡Y además con sus guaguas! Llamó a las puertas del palacio prefectural como cuando era hombre de confianza del "Mono" Saavedra y diputado del "Mamón" Siles. De la mirilla testificaron de quien se trataba y le franquearon la entrada. ¡Ah, qué largo escalofrío, por Dios! Con el pañuelo de bolsillo se limpió el rostro sudado y el cuello. En el patio, los policías en situación de apronte emplazaban un cañón. Ascendió las escaleras pensando en lo que tendría que decir, ya que el general esperaba —naturalmente— su palabra de letrado. Ingresó al despacho. Un grupo de jefes militares y políticos, de rostros pálidos e inexpressivos, discutían con las autoridades. Saludó con una atenta venia y le informaron que deliberaban sobre la situación que se vivía en la ciudad. Esperaban la opinión del intendente para poner en marcha el operativo —aconsejado por el coronel Alegria— de dispersar a los manifestantes por la violencia de las armas. Si se promulgaba la Ley de Defensa Social, ya se hubiera tenido

el instrumento legal para estos casos, pensó Reinoso recordando al doctor Calvo. ¡Queda autorizado el comandante de la fuerza policia-ria para dar fuego a las manifestaciones obreras si a sus tres adverten-cias no se deshacen ellas! Esta ley no tiene por objeto sólo defender a la sociedad, querido Glicerio, cada vez más amenazada por la revolu-ción, sino también a los mismos obreros de la explotación de esos agi-tadores que, con el pretexto de preservar sus derechos, los conducen a las más extremas actitudes. Sonrió Glicerio Reinoso. Hoy por hoy hay que concederles lo que solicitan y con el cuidado de que a los más connotados se les inicie la acción legal por tentativa de rebelión ante la justicia ordinaria. No podían creer lo que oían de labios del turifera-rio de tantas ponderaciones. ¡Este abogado retórico tiene alma de clé-rigo! Y no se parece al padre Ivar. . . Distinguidos caballeros y dig-nos representantes del ejército de mi patria, quiero ser más claro en mi pensamiento. No hay por qué ahogarse en un vaso de agua ni embo-rracharse con la violencia. Más vale maña que fuerza, se ha dicho has-ta el cansancio en el espeso trazo de las evidencias. Hay que estudiar la psicología de las masas y de acuerdo con esa ciencia ejercitar un mé-todo efectivo de represión. A esta altura del tiempo y del espacio es difícil estudiar, por lo menos yo ya me siento viejo, intentaba persua-dirle el prefecto. Juan Pueblo como persona es un pan-de-Dios y Juan Pueblo como masa una fiera inquietante. Un enfrentamiento con el minero-multitud en este momento, con su secuela de muertos y heri-dos, favorecería íntegramente al extremismo internacional. ¿Por qué no esperar un breve espacio de tiempo más para que las masas sedicio-sas sucumban en el infierno de sus arrebatos? El tiempo debilita las actitudes más tenaces y corroe las resoluciones más severas, dijo un es-tratega. . . ¡Lo que pasa, doctor Reinoso, que usted tiene miedo y es un contemporizador! Si, tengo miedo, mi coronel, lo declaro con franqueza, dijo en tono patético y sin dejar de observar con sus ojos menudos a los oficiales que le miraban en silencio, tengo miedo de los bolivianos pero no así de los paraguayos del Chaco, ¿me dejo enten-der? Créanme, por favor, no quiero herir susceptibilidades, yo estoy muy lejos de ser un contemporizador. Consubstanciado con el destino de mi patria y en defensa de mis principios cívico-patrióticos, puedo

llegar hasta a convertirme en un parricida. . . Y peripatético se en-frascó en largos y apasionantes circunloquios. ¡El miedo que el ciuda-dano adquirirá en el alma ya no se lo quitará nadie! sobre la táctica y la estrategia de la fuerza pública que enseña la defensa del gobierno de la colectividad.

EN DOCE días de ligeros tiroteos en un sector de treinta y dos kiló-metros, los invasores y traidores han quedado destrozados por el estrago de la dinamita; lo cual les ha hecho comprender que quienes trai-cionan a su Patria o quienes tratan de humillar al débil con invasiones punibles son señalados por el Destino como terribles delincuentes, cas-tigándolos con lenta agonía para hacer más sensible la expiación de su negra culpa.

El 20 de octubre se recibió en este Cuartel General informe de que en Jinotega se organizaban fuerzas enemigas para atacarnos en nuestras propias posiciones; y que por el lado de Estelí venía una fuer-te columna compuesta de moncadistas y cachurecos al mando de los invasores. De la Ciudad Sandino (antes El Jicaró) destacaron otra gruesa columna los yanquis, la cual debería reunirse con las que ve-nían del interior. El momento era oportuno para castigar una vez más a los que se atrevían a invadir nuestra zona guerrillera.

El 21 del mismo mes hice salir de este Campamento General cuatro columnas de 150 dragones cada una, con dos baterías de ame-tralladoras Lewis, con objeto de descubrir el efectivo del enemigo y batirlo; pero como los traidores y mercenarios se multiplican, no faltó quien le informara el derrotero de nuestras tropas. El delator de nues-tra fuerza fue el traidor y mercenario Pompilio Reyes, a quien varias veces se le ha perdonado la vida, y como autor de otras ruines hazañas. La delación de Reyes salvó a los traidores e invasores de un completo aislamiento.

El 22 del referido octubre teníamos elegido el terreno en que debíamos combatirlos; pero ellos evadieron el encuentro con nuestras

columnas. Al cambiar la ruta el enemigo tuvo que hacer una concentración general de todas las guerrillas que operaban por diferentes puntos de nuestra zona para el mejor éxito de nuestra defensiva y ofensiva. El 25 el enemigo tuvo un corto tiroteo con una de las guerrillas que se dirigían al Cuartel General, en los puntos o encuentros de los caminos de Las Cruces y San Juan de Segovia habiéndole causado al enemigo 19 bajas, avanzándole 17 bestias mulares, 9 bandas con parque de rifle Springfield, 28 sacos vacíos y un árgana con mortadelas y chorizos. El enemigo permaneció acampado en la serranía los días 26, 27, 28, 29 y 30 de octubre, lo cual lo perjudicó grandemente, pues me dio lugar para la mejor preparación de nuestros ataques y, en caso de que los evadiera, aniquilarlos por completo.

Las guerrillas de la Integridad Nacional día a día van adquiriendo experiencia o conocimientos admirables y por esta razón le será muy difícil al enemigo sorprenderlas, pues éste sufre siempre las primeras descargas, lo cual comienza a desmoralizarlo desde que se inicia todo encuentro. Se puede decir que el pueblo de Quilalí es la capital donde están constituidos los Poderes Defensores de la Integridad Nacional, y por tal motivo aparece desmantelada superficialmente, pero subterráneamente sus poderosas minas están colocadas de tal manera que un solo hombre es suficiente, para hacerlas explotar en un segundo. Así es que si el enemigo llegara a ocuparlo, tratando de permanecer en él, su destrucción sería absoluta.

El día 30 de octubre los yanquis y traidores creyeron que ignorábamos sus movimientos por el silencio que guardaban al desfilar; pero nuestras guerrillas, que no los perdían de vista, los seguían a corta distancia esperando encontrar terreno y oportunidad propicios para batirlos. La topografía por donde desfilaban los traidores e invasores no prestaba para nosotros la seguridad de un perfecto triunfo. Por eso fue que no se pensó en atacarlos, y, por la misma razón, el enemigo sólo se concretaba a peregrinar sin rumbo fijo, pues varió de plan de ataque al persuadirse de que el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional estaba suficientemente organizado y mejor preparado para el combate. Los invasores tuvieron informe de que sufrirían el mayor desastre si ocupaban Quilalí y por esto contramarcharon con rumbo

a Ciudad Sandino, caminando día y noche para alejarse de la zona que consideraban peligrosa.

Como hemos dicho, el área que ocupaban era de 32 kilómetros; y difícilmente el enemigo hubiera salido de ella sin dejar algunos centenares de muertos. Así fue cuando se dirigían a Ciudad Sandino los coroneles Juan Gregorio Colindres y Simón Gonzáles y el mayor Marcial Salas. Hicimos una marcha forzada para salirles al encuentro, a fin de obligarlos a pelear, eligiéndose el punto denominado La Conchita para castigarlos sangrientamente. El efectivo de traidores e invasores se componía de 450 hombres.

El 10. de noviembre los primeros rayos del sol iluminaron La Conchita. Los pinares se movían sin cesar con los primeros vientos del verano. A las 11 horas de ese día en la Historia consignará en sus páginas uno de los más grandes triunfos del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua. Iba a empeñarse uno de los combates más sangrientos, donde los autonomistas nicaragüenses tendrían que ofrendar sus vidas en alto sacrificio por la Patria. A la hora dicha, los Defensores de la Integridad Nacional estaban en línea de fuego, esperando a pie firme al enemigo, quien en ese momento, hacía desfilar la vanguardia, compuesta de 50 hombres. Seguía la vanguardia de 150. El centro constaba de 150 y en él venía el tren de guerra y el Estado Mayor yanqui, con los campeones de tiro. Cerraban la retaguardia cien hombres, en su mayor parte piratas-conquistadores.

Atacamos con descarga cerrada de fusilería "concón" y con una lluvia de bombas que causaron en el enemigo terrible estrago, llenándolo de pavor, que aprovechamos para cargar contra él con el mayor arrojo y bravura. La muerte que sufrían los traidores e invasores era horrorosa. Sus cuerpos quedaban horriblemente destrozados por el estrago de la dinamita. No les quedaba más recurso que huir vergonzosamente, pues fue tal su confusión y desmoralización que el que no perecía por disparos o bombas moría descabezado a machetazos.

Las bajas del enemigo ascendieron a 94 hombres. Su Estado Mayor fue totalmente aniquilado. Le avanzamos gran cantidad de parque de varios sistemas, 90 rifles, 70 mulas, cajas de medicina y ropa

que habían robado en casa de don Antonio López, a su paso por la hacienda El Jicarito.

CESARON LOS gritos, baladros y alaridos que sobresaltaban todas las noches a la vecindad y los presos políticos y sindicales, estudiantes y eclesiásticos, de barbas espesas y ojos nublados, abandonaron lentamente las penumbras de sus celdas con las almas limpias entre las manos. Lloraban sus familiares abrazándolos y besándolos hasta la exaltación. Los niños observaban silenciosos, sin comprender la algazara de sus mayores. Damián que rengueaba por los golpes recibidos le ayudaba a salir al hombre enfermo que le decía yo ya no doy más, llévame al hospital, la antesala de la Misericordia. Cuando se espera a la Consumación, patroncito, ésta no llega por engreída, puta con la mala suerte. . . El aura de la mañana proyectaba sus luces nítidas en la Plaza Grande. Antes de proseguir se detuvieron para aspirar el aire recio de la ciudad. Aún zumbaba el zafarrancho de los madrugadores mineros que caminaban con sus lamparines de carburo observando de lejos al cóndor amaestrado. Nadie lo molestaba porque todos tenían miedo a sus aletazos y picotazos, no obstante el rey de las alturas, en la acera de la prefectura, estos días inficionado de la atmósfera de odio en la ciudad, había sacado a picotazos los ojos de una niña. Y Fresia no aparecía. De cuando en cuando, buscando cadáveres ¿Quién tiene muertos? pasaban carretas descubiertas con banderas amarillas, arrastradas por mulos despaciosos y no tardaban en perderse por las calles transversales. Cuando llegaron al Hospital Civil una mujer se desprendió del grupo reunido en la puerta y se abalanzó sollozando a los brazos del enfermo, me dijeron que estabas internado. Y él le pidió que se amainara, estamos llegando al final de esta comedia y tú no tienes ya por qué llorar, ¿entendís? Es que las lágrimas no siempre son tristes. . . Sorprendida con la presencia del joven, tú eres Damián, titubeó. Y él asintió. No sé si me conoces, me llamo Yolanda y soy amiga de Fresia. Se le hizo un nudo en la garganta, claro que la conocía. Y Yolanda le notició que Fresia se hallaba internada en el

hospital. Damián no esperó más. Pabellón de mujeres, llegó al pabellón de mujeres. Se desplazaban diligentes funcionarios de guardapolvos blancos y daban órdenes imperiosas monjas de aspecto piadoso. Se detuvo un instante para tomar aliento. Era extremado el olor a clo-roformo. Ahí estaba la cama de Fresia: desnuda, huérfana de sábanas y frazadas. Se apoyó en los barrotes del catre blanco. Deseaba llamarla a grito descubierto pero se contuvo. Le daba vueltas la cabeza. Una religiosa le preguntó si buscaba a alguien. Sí, a la enferma que ocupaba esta cama, la pampina. ¿Tú eres algo de ella, quizás un pariente? Soy el novio, hermanita. Ah, seguro que te llamas Damián, ella deliraba nombrándote. ¿Y qué te pasó? ¿Te embriagaste? ¿Tuviste gresca? Tienes una facha nada recomendable para ver precisamente a la novia. . . ¿Quiero saber de ella, hermanita! Mortificada por la fiebre ha huido, si tú pudieras encontrarla salvarías una vida. . . ¿Yo la encontraré, hermanita, seguro que la encontraré! Entusiasmado por su propio optimismo recorrió plazas, avenidas, parques, calles. . . Veía de lejos a una joven y prestamente corría. . . y no era ella. ¿Dónde estás, amada mía, mujer mía? Hacia el mediodía decidió desplazarse al Refugio de Repatriados. ¿Fresia, Fresia, no me resigno a perderte! En el patio se hallaban reunidos algunos pampinos que comentaban los acontecimientos y cuando apareció Damián enmudecieron. Devorado por la impaciencia se dirigió al chiribitil que ocupaba su prometedida con su familia. Están prófugos si quiere saberlo, le dijo Franechevich con su claro acento eslavo, la policía los busca, personalmente Glicério Reinoso. ¿Y Fresia? La trasladaron al Hospital Civil. No, no se encuentra allá. Entonces los pampinos cruzaron miradas de inteligencia y suspiraron con tristeza. Paciencia, compañero. . . Más desconsolado y triste que nunca abandonó el refugio. La monja me engañó, se dijo, pero volveré al hospital para echarle en cara su mentirosa información. Hay dos posibilidades: está muerta en la Misericordia o arrestada en la intendencia. Se tomó el rostro con ambas manos, la cabeza le reventaba, torció por la calle de los rieles y se detuvo. Solita-y-sola-que-laquiero-ver-bíalar. . . Un grupo de niñas jugaba. Andar-por-los-aires-sin-moverse-con-mucho-donaire. . . Estoy cansado, débil.

Ya no tengo techo y ni un centavo en el bolsillo. . . Para recuperarme trataré de descansar un rato, a pleno sol en las orillas del Tagarete, como el Umalu Cayetano. Damián, amor mío. Damián. . . Se volvió y no podía creer lo que sus ojos veían. Estoy aquí, ¿no me ves? Sí, estaba apoyada contra el muro de la esquina. ¡Fresia, mi vida! Al unirse sus labios temblaron sus almas. Mi lindo, ¿estás llorando?, le preguntó, ¿por qué?, bah, los cabros grandes nunca lloran. . . Avergonzado se tragó sus lágrimas en silencio. Te busqué por la Federación Obrera y me dijeron que estabas preso y saldrías hoy en libertad. Fui a la policía y ya no había nadie, ni el doctor Reinoso, ah, qué desencanto, me senté en un banco de la Plaza Chica, donde a menudo nos encontrábamos bajo la luna de septiembre, abierta de par en par, ¿recuerdas?, frente a la lagunita. . . Asombrado advirtió que los ojos del amor de su vida ya no brillaban como la luz de las estrellas. Y me estuve sola, como paisaje entristecido, observando a los patos y a las kantutas recién abiertas. Con el cóndor amaestrado por las calles. ¡Pero si yo también estuve por allá! El pavo real, que hacía la rueda encendiéndose con un grito en cada vuelta, había fallecido con muerte repentina y quería informarte, no lo digas a nadie, amor mío, que hay muchos difuntos en la ciudad. ¿No viste cómo se pudren los cadáveres? Háblame de ti, Fresita mía. La ciudad hediendo a cadáveres pestíferos, a sangre infectada. Tengo una sed que me mata, mis labios están desecados, Damián; y los vivos también circulan hediondos. ¡Fresia mía, no hables así! ¿Te han hecho daño, mi lindo? Mira, tu ropa está ensangrentada, tu rostro lleno de moretones, tus ojos, ay, Dios, ¿ves bien? Pero, ¿qué te han hecho esos asesinos? Nada, adorada mía, no te preocupes. Yo me sanaré prontito de la fiebre que me enloquece y te lavaré la ropa, si puedes dárme la ahorita mismo la camisa. . . La podemos lavar juntos en el Tagarete. . . ¿Listo?, sonrió con una asfixiante pesadumbre en el corazón. Tengo sed, es curioso, Damián, cómo la fetidez se adelanta a veces al cadáver. . . ¿Viste el ataúd del niño asesinado? Ay, cómo su cuerpo se sacudía en los estertores. Estoy transpirando y hablando como cotorra, divagando, pero sin remordimientos y sin penas, feliz de estar nuevamente a tu lado. Y los cadáveres siguen muriendo, Damián. . . Estás pálida, mi carínito,

tienes los ojos tristes. Escapé del hospital, ¿qué estará diciendo sor Fernanda?, quería hallarte para que me protejas de la persecución, sí, Damián, me protejas tú, solamente tú. Me quedé apoyada en la pared de esta esquina porque ya no daba más. ¿Recuerdas a aquella gitana que en la chichería me dijo la muerte te persigue pampina? Es verdad, tenía razón. ¡Pero yo no quiero morirme, Damián! Soy joven y tengo derecho, quiero vivir junto a ti. Percibo la voz impasible que me llama, está cerca. Dime que no voy a morir, dame tu mano, tengo miedo. ¿Me escuchas, Damián? Creí que exageraba esa petenera porque se enamoró de ti, me di cuenta de inmediato y por eso yo extendí mi mano para que leyera las líneas de mi destino. Las gitanas tienen fama de ardientes y expansivas. ¿Tú lo advertiste, Damián, que yo estaba celosa? No sé por qué te cuento todo esto. . . Bésame, Damián. Yo sé que tú me quieres a mí, soy tu idolatrada, tu dulce Fresita, ¿verdad, mi lindo? Quisiera inventar unas alas grandotas para poder perdernos por la inmensidad en busca de otras latitudes donde haya verdadera comprensión, verdadera paz, verdadero amor. Es increíble cómo he llegado a quererte tanto. . . ¿No me has embrujado, Damián? ¿Por qué entonces te quiero tanto? Esa mala costumbre de amar se nos pega a todos. Sorprendidas les observaban las niñas que dejaron de jugar y los trabajadores que retornaban a San José, Itos y la Tetilla. Entrecerrando los ojos se abandonó en sus brazos, la ciudad devoradora de almas está sitiada por los demonios. . . Un aire frío soplaba de los Arenales. Fresia, encanto mío, ten un poquito de valor. . . En el suelo, recostada contra la pared, la joven pampina vio que le rodeaba una intensa luz, como de mil lámparas, temblaban sus manos y su voz se hacía más entrecortada. No te preocupes, Damián, mi lindo. . . me siento mal, pero. . . ya se me pasará. Siento frío, estoy tiritando. ¿Lo viste. . . a mi hermanito. . . el cabro chico? Y de pronto se apagó el cielo. Damián le palmeó el rostro llamándola a gritos y pidió agua, por favor agua. Miraba impávida a las tinieblas con sus ojos limpios, más blanca y más pura que nunca. Alarmados los vecinos aparecieron con sendos vasos de líquido. Fresia estaba inmóvil sobre la tierra muerta. ¿Está usted tratando de revivirla? Agua, por favor, agua, agua. Sí, señor, agüita. No sea tonto, ¿no ve

que está muerta?, más bien ciérrele los ojos. El último rescoldo de principio vital que quedaba, su felicidad había estallado en pedazos. Ay, yayay, Fresita mía, ¿qué has hecho? Tomó impulso y con toda la fuerza de su abatimiento se arrojó de cabeza contra el muro de la esquina. Rebotó y cayó de bruces en mitad de la calle, volvió a levantarse para repetir la prueba, pero varios hombres embozados con chalinas lo abofetearon y ataron fuertemente con una bufanda mugrienta. ¡Quiero yo también morir!, lloraba a gritos como un niño veleidoso. ¡Echenle agua fría, es ataque de nervios! Mojado de agua y lágrimas, ay, yayay, pudo aún ver con espanto que se detenía una carreta con bandera amarilla, la de Umalu Cayetano. ¿Quién tiene muertos? Dos hombres vestidos de blanco —funcionarios de la Misericordia— levantaron con prèsteza el cuerpo exánime y sin envolverlo en un sudario ni respetar sus ojos que seguían mirando con aire sorprendido, lo arrojaron arriba, al lado de los cadáveres colectados. Y, arre mulo, la carreta se movió con rechinar lúgubre y con el característico trotecito que imprimía la bestia de patas flacas y temblorosas, parecidas a los tentáculos del pulpo, se fue alejando por el sur. Alguién pidió a los vecinos desinfectar el lugar.

ESTABA IRRECONOCIBLE. SE CUBRIA EL ROSTRO CON UNA bufanda y aparecían intensos sus redondos ojos saltones. ¡Arre, mulo, arre! Aferrado a la tradición de la ciudad trabajaba ahora en el transporte urbano, había renunciado al acarreo de cadáveres para la sanidad departamental. Hay mucha competencia, decía, porque hay cualquier cantidad de vehículos de tracción animal que han llegado de las minas. Se había suprimido el acarreo de minerales en carretas y llamas. Extendido el ramal de Cancañiri a Catavi, pasando por Siglo XX, ahora todo era ferrocarril. Este negocio ya no es negocio. En el trayecto de altipampa fulgurante, espacio sin límites, Valentín y Ayaqhata Quintanilla sentados en el pescante, conversaban entre ellos, casi ignorándolo por su innato estado de incomunicación. Pero, sí, le gustaba escuchar, tenía oído fino, como de indio. El frío en la inmensidad les fustigaba sin conmiseración y, de rato en rato, se desvelaba el viento lanzando aullidos de soberbia. Cuando llegaron a la comunidad indígena y se detuvieron en mitad de las chozas con techos de paja, vieron con gran sentimiento que no había un alma. Eso ustedes creen, dijo recién Umalu Cayetano rompiendo su silencio sibilino, de todas las puertas los indios nos están mirando, están pendientes de todos nuestros movimientos. Como un batracio descomunal saltó del pescante y el mulo se encabritó. ¡Calma, calma, mi bruto! Lo desató y dejó cebada cerca para que comiera. Lo mismo hacía el conductor de la carreta que les seguía. Alargándose y encogiéndose para seguir adelante, el carretero se alejó a descansar en el rellano de la puerta de una

choza socabada por el tiempo. Sirvieron café del termo y Valentín le invitó con emparedados.

— Sirvase, don Cayetano, le va a caer bien para el frío.

Y él no aceptó. Ultimamente había perdido el apetito y lo único que quería es estar solo, aislado de todos, como un anacoreta.

— Me encuentro temeroso de que me quieran matar a pedradas.

— ¿Y por qué esa conjetura tan extraña?

— Por esta mi figura que espanta. ¿no se ha dado cuenta hasta ahora? Si me parezco al sapo. . . ¡Soy sapo! Mire mi cuerpo inflado, estas papadas que palpitan al compás del respiro de mi corazón. Ahora observe mi espalda. . .

En un descaro de ademanes se desnudó. El rostro de Valentín se contrajo en una mueca. En efecto, su piel estaba llena de verrugas, sus ojos hinchados tratando de evadirse de sus órbitas y sin poder caminar porque tenía irrefrenables impulsos para saltar.

— Así, mire y croar acurrucado, mire. Croar a gritos para que me escuche todo este mundo podrido en su orgullo —recalcó con una sonrisa amarga—. Croac, croac, contento como una hembra con su macho, croac. Pero sé que tropezaría con la incompreensión de todos y todos vendrían a buscarme con piedras y palos y me matarían sin piedad. ¿No tiene usted impulsos de matarme en este instante? ¿No me tiene asco? ¿Ni por mi bocio? Por favor, no me mienta. ¿Sabe por qué le pregunto? Porque hasta mis animales me detestan. La otra vez cansado de tolerarme mi macho se abrió a galopar espantado por lo alto del Calvario, sacudiendo las anteojeas y tirando frenético del bocado. La gente es mala y yo no quiero morir en forma despreciable, ¿me entiende? Aunque es dura la vida uno la ama y se aferra a ella con desesperación, como al más rico de los dones. A pesar de que el diablo se lo está cargando todo. . . Yo debía haberme suicidado hace rato, cuando sentí los primeros síntomas de mi desgracia, pero no, quiero sobrevivir a mi infortunio aunque sea croando por los riachuelos del desafecto. ¡Croac, croac, croac! ¿Verdad que es lindo?

Su voz imitativa parecía un bramido. El reenganchador vol-

vió sobre sus pasos mientras Umalu Cayetano se movía como una sombra desesperada. Yo no tengo la esperanza abatida, yo no tengo los ánimos postrados. Se sirvió el café en silencio. ¿Qué dice el embrujado?, preguntó Ayaqhatati Quintanilla. Nada, cada cual con su destino, mi amigo. Cuando vieron aparecer a los dos primeros indios, solemnes y con los pies descalzos, prestamente deshicieron los canastos de víveres y tambores de coca. ¿Quiénes son ustedes?, preguntó en quechua el indio más viejo y altivo que llevaba en sus manos rugosas el bastón de mando del ayllu. Somos reenganchadores, tata, respondieron ofreciéndole coca y cigarros, buscamos a los hombres más jóvenes y fuertes de la comunidad lacustre para que se abran paso por sus propios esfuerzos en trabajo minero, original, agradable, bien remunerado y eficazmente apoyado por maquinarias modernas. . . ¿Y ustedes, tatay, quiénes son? Yo soy el jefe del ayllu y él el yatiri que nos cura de nuestras dolencias, de nuestros achaques. Y recién, subrepticamente, iban apareciendo los indios secretos, pómulos salientes, con sus mujeres de mirada triste y guaguas de pupilas blancas. ¡Masquen coca, yo invito! ¡Aculliquen, aculliquen! Absortos se sentaron en cuclillas, detrás de las carretas que descansaban. Les aclararon con destreza pedagógica no hemos venido a pedirles pescados ni gallinas ni votos para las elecciones. Para que le escucharan todos levantó la voz necesitamos peones y barreteros, obreros no calificados, para las minas de estaño del Rey Patiño, con buenos salarios y pulpería barata. La estatura y el rostro de Valentín parecían infundir temor a los campesinos, idéntico al supay manchana terrible. No obstante, un indio corpulento se acercó tratando de hacerse comprender. Yo quiero, dijo, trabajar in el mina Salvadora. ¿Y por qué siempre en La Salvadora, estimado amigo, pudiendo ser Machacamarca o Negro Pabellón? Porqui mi pagri miniro con Riy Patiño. ¿Sabes leer y escribir? No liir no iscribir. Le palparon los músculos. ¡Tienes buenos kututus! Este tipo de indio necesitaban. Está muy bien, anótalo a este hermano campesino. ¿Cómo te llamas? Kari Condori no más. Y Valentín le entregó tres latas de sardinas, tres latas de leche condensada, dos kilos de coca, un kilo de azúcar y una docena de allullas. A la tardecita saldremos, Kari Condori. Bien, ¿otro? Yo también, señor, mi mujira tingo. Ah, ¿cuál

es tu mujer, querido amigo? Esta mi mujira, señaló a una india que con el crío en la espalda miraba con codicia los productos que se exhibían ante sus ojos. Pero, mi estimadísimo amigo, de qué te haces problemas, si ella puede trabajar también de palliri. Mira, a la guaguíta la dejan durmiendo en el campamento con un biberón de chicha, cada vez que despierta bebe y así borrachita duerme todas las jornadas de Dios que quieran ustedes y asunto concluido. Nadie les va a robar, en las minas no hay guaguasúas. . . Para tu mujer le hemos traído, especialmente, aros y collares y espejos, mira los destellos cariñosos que producen, son los mejores de la ciudad. ¿Y cómo andas de kututus? Y le entregaron el cupo de provisiones. ¡Tendrán casa gratis, pulpería barata, coca en abundancia y el dinero que siempre sobra de las mitas podrán remitir al ayllu! El trabajo fue arduo. ¡No se pierdan esta única oportunidad que les brinda la suerte que hemos traído, signada por el destino, porque después vendrán soldados del gobierno y se los llevarán coaccionados hasta el infierno verde del Chaco Boreal donde unos pequeños diablitos llamados patapilas les cortarán las cabezas con sus machetes! Escuchen: unos nacen con estrella y otros estrellados, los que vayan a las minas, acompañándonos, han nacido con estrella. . . Entonces, inganchami no más puis. Al atardecer los indios embutidos en sus largos ponchos y con sus warmis al lado, cual llamas impasibles, esperaban que habilitasen las carretas para la larga travesía del desierto pampero. Aparecieron las primeras mariposas nocturnas, pequeñas y tímidas, de negro aterciopelado. ¿Y el Umalu Cayetano? Resolvió buscarlo Valentín perseguido de cerca por el yatiri que lo observaba todo. ¡Qué feas son estas thaparankus! No se encontraba en el rellano de la puerta donde lo había dejado. Observó a su alrededor en la certidumbre de hallarlo cerca, pero el yatiri le dijo que mirara el suelo, ahí estaban las huellas de las patas de un sapo gigantesco. ¡Pucha caray! las fueron siguiendo con atención deferente.

— ¿Y esto?

— Wayra apakapun, en nubes de viento se ha ido.

Se perdían las huellas cerca del totoral, en un charco de aguas estancadas. Intranquilos los sapos croaban como si estuvieran en el fu-

ror de su celo dispuestos a empuñar a todas las hembras de la ciudad y se estremecieron de espanto.

— Mira el cielo, wiraqocha, esto es un laiqasiri, un embrujamiento. Aquí no va a tardar en llover thaparankus. Tú has venido al ayllu a dejarnos un presagio de maldad terrible y yo les diré a los que arribaron contigo que no se muevan mientras no aparezca el hombre-sapo.

— ¡No, no harás eso, querido yatiri!

— Y no solamente eso haré, sí —insistió—, les diré a mis hermanos indios, tentados por el salario y la pulpería, que no viajen contigo a ser mitayos del Rey Patiño, porque tú eres un hombre malo, enviado por hombres malos.

Mucha dialéctica le costó a Valentín ablandarlo.

— Yo soy un hombre pobre, sacudido por lo cotidiano, mis enemigos que son muchos me llaman cara cortada y asnachaki, tengo mi mujer y mis hijitos menores abandonados en la calle y tú, yatiri, que pareces bueno y generoso, sabio e inteligente, ¿cómo puedes pretender hacerme daño?

Cuando llegaron hasta las carretas —dispuestas para el retorno— le preguntó a Ayaqhatati Quintanilla si todavía contaban con provisiones. Sí, un tambor de coca para distribuir esta noche entre los zamarros que nos llevamos. Obsequio, Valentín le entregó el tambor al yatiri en prueba de su estima personal —la prosapia del tacaño— y se despidió con un sincero y fuerte abrazo. Subió al pescante. Yo voy a conducir esta carreta, jarre, mulo, arre! Lanzó un fuerte latigazo al lomo de la bestia y la caravana comenzó a ganar lentamente las distancias de la altipampa. ¡Tenemos que apresurarnos porque estamos saliendo tarde y no sea que nos tropecemos con los qharisiris! ¿Y el Umalu Cayetano? Ha resuelto quedarse en el ayllu con los indios. Arre, mulo, pronto el frío será insoportable.

Imata kay kausay!

Maytataj ripusunchij?

Puna wayta jina

Uyuyñillayñas qasian

Llantullayñas qasian. . .

Sin asombro ante el paisaje que escapaba, los indios austeros y resignados, con sus ponchos volando al viento, viajaban amontonados sobre las carretas. ¿Y esos ruidos? Son los llantos de las almas perdidas desde tiempos de ñaupá, por aquí hay cantidad de chulpeños. ¿Entiendes lo que dicen? ¿Que no? Pucha caray, no te hagas el vivo conmigo, querido Ayaqhatati, si tú eres indio también, yo conozco a toda tu familia que vive en Sepulturas. ¿Ah, sí? Cual más cual menos, toda la lana es pelo, don Valentín. Las sombras se hacían más pesadas.

¡Qué es, pues, esta vida!
¿A dónde estamos yendo?
Como la flor del altiplano
yo no tengo sino mi llanto
yo no tengo sino mi sombra. . .

Arribaron a la ciudad cuando despuntaba la aurora. Las bestias acezaban. Aún no había despertado el pueblo. Conviene que nadie sepa que estamos contratando obreros para las minas, porque los cesantes son unos facinerosos que no van a escatimar bríos por colgarnos de los huevos. Apareció al instante Eulalia que velaba y los indios fueron entrando uno a uno hacia los corralones. Allí los concentrarían hasta la noche para después repartirlos a Negro Pabellón, Siglo XX y Pulacayo.

DESPUES DE toser sordamente con la mano en el pecho, el marido de Yolanda sonrió y ella advirtió que era una sonrisa espontánea, como de cabro chico. El tiempo pasa de puerta en puerta para todos, mi vieja, y van encaneciendo los años. . . Se enjugó los párpados humedecidos. Acompañadas de dos indios que trasladaban con dificultad el gran tacho de aluminio, las monjas repartían el almuerzo. Le entregaron un plato. ¿Qué es, hermanita? Lagua de choclo, hija. Y él dijo gracias, no deseaba comer. ¿Y panetela? Nada, hermanita, ni una co-

sa. . . Después que las monjas se marcharon le explicó a Yolanda en tono íntimo que era su deseo, su último deseo, servirse picante de gallina aliñado con perejiles, quilquiñas y wacatayas y con un vaso de chicha. Yolanda se extrañó. De cuándo aquí se me aparece con estos antojos. Cacho que. . . , Dios mío, no pensaré en cosas malas. Desde que llegamos de las oficinas salitreras alimentaba aquel deseo. Pensó Yolanda si tenía dinero; sí, tenía, Espiridión le había entregado ayer un nuevo sobre. ¡Voy al tiro, mijito! Apenas su mujer desapareció, le sobrevino un nuevo ataque de tos y se incorporó en busca de la pelera. Los enfermos de las camas vecinas le observaban en silencio. Incontenibles los vómitos empañaron el piso enlosado. Después, jadeando, descansó bocarriba, le temblaban los párpados. Me va llegando la hora. . . En el cielo raso se movía el candelabro de cristal como un badajo. Al fin voy a descansar de este martirio de putas que es la vida. Miró la puerta y sólo podía percibir difusas las sombras de los indios que recogían los platos de ruidos metálicos. Ya, ya vamos bajando, bramó con todo su ánimo, estoy dando güeltas como perinola. . . Abrió los ojos y Yolanda se hallaba frente a él. Estuviste durmiendo, mijito, le dijo y yo te hablaba y remecía con suavidad para que despertaras y te sirvieras calentito. . . Descubrió el picante, limpiándola con una servilleta rosada le entregó la cuchara. Se incorporó y ella colocando las almohadas a su espalda para que estuviera cómodo. Tuve que darle propina al guardián, dice que está prohibido introducir al hospital comidas y bebidas alcohólicas. Tembloroso atacó al chuño rebosado con huevo. Me gusta el chuñuphuti y la chicha. . . Salud po. Y ella le dijo que se sirviera las presas, las piernitas, el Chotochico le había dado yapadito y él las tomó con sus manos. Siempre a las piernitas hay que cogerlas con las manos, dijo socarrón. Y recordando no sabía por qué a Espiridión, su mujer se rió de buena gana. Y bebió otra vez. Quisiera ir al circo por ver solamente la risa pintada de los payasos. . . Del gallinero se ve mejor que de la platea y se entiende las tallas que hacen y se ve hasta los pedos blancos, de talco, cuando se agachan. Yolanda le pidió que no hablara, se estaba fatigando. ¿Sufrirán como nosotros los payasos que tienen tanta risa abierta? Antes de ahora se anunciaban por las calles y los cabros chicos y los grandes,

que tenemos mierda la risa contenida en los sobacos, güelto locos corríamos tras las fanfarrias. . . recogiendo del suelo los papeles de colores que anunciaban el debú. . . Y yo era cabro chico y mi vieja. . . mi pobrecita vieja, me decía cariñosamente flaquito. . . Y Yolanda lanzó un grito que estremeció el pabellón de los enfermos. El plato de picante y el vaso de chicha cayeron al piso con estrépito y quedaron en medio de un vómito de muerte que palpitaba. El funeral fue memorable. Yolanda adquirió de la tienda de pompas fúnebres un catafalco bonito, escoltado por cuatro cirios y asistieron Ayaqhatati Quintanilla, Franechevich y los vecinos del refugio. Acompañada de media docena de lloronas, profesionales del copioso y lastimado sollozo, contratadas para la solemnidad del suceso, la viuda lucía un traje oscuro con un velo que le ocultaba su rostro afligido. En el cementerio lloró de acuerdo con las costumbres de la ciudad, rememorando las virtudes del marido ejemplar, preguntando a gritos por qué la había dejado en el desamparo y terminó perdiendo el conocimiento. Para que no sufra con los recuerdos afectivos de la ausencia permanente le pidieron que se mude del Refugio de Repatriados y se instaló en un cuartito de la Ranchería. A los nueve días los cordimarianos más chaparros de la Catedral oficiaron una misa acolitada por el descanso del alma del extinto y al mediodía invitó un almuerzo condimentado con wacatayas, quilquiñas y qhomeruchus y chicha de Chotochico. Al atardecer, antes de que se descubrieran las thaparankus que aparecían por centenares, todos hablaban a voces, decían chistes subidos de color, destacándose las Ñawilas como las más dicharacheras. Las viudas son muy afortunadas, afirmó Delicia, saben todo de los hombres y los hombres que saben mucho sobre ellas están difuntos. . . Y Esmeralda sugirió que sería muy del agrado del ex que todos estuvieran alegres en sus nueve días y qué mejor bailar para certificar que estamos contentos. ¿Bailamos? Apareció una guitarra con las tripas tensas y Phiñamaki, vecino notable de la Ranchería, acompañado de su hijo Espiridión. La guitarra hace llorar los sueños, doña Yolandita, dijo disponiéndose a cantar.

¿Quién es ésa que ha querido
governar mis sentimientos?
ha de escribir en el aire
y ha de firmar en el viento.

Los huayñus, luego las bromas, luego los carnavalitos y luego las risas y las cuecas de la noche hicieron llevadera la soledad de la viuda. La obligaron a bailar con el más joven de los invitados. ¡Adelante, mi Yolandita! ¡Adelante, mi Espiridión! Cuando bailaban, Yolanda le susurró en el oído al muchacho que debería prepararse para nuevas ternuras y nuevos deleites, ya que ahora lo amaba mucho más que antes. ¿Y sabes por qué? Porque voy a tener una guagüita, estoy embarazada para ti.

El amor de las mujeres
es la yedra cuando crece
en cualquier rama se enreda
y en ninguna permanece.

Bebieron copiosamente y en mitad de la noche, sin que nadie se explicara por qué, Phiñamaki de ánimo pendenciero intentó cortar la cara a la viuda. ¡So grandísima phisu! Y Delicia se interpuso con tan mala suerte que apareció con heridas en las manos. ¡Cochino, degenerado, yanaverija!, protestaba la viuda embriagada. Llorando Magdalena lo sacó de la casa a empujones porque insistía en sus bravatas de matón profesional. Vámonos, hijito, vámonos, papacito, qué te importa a ti de la viuda, aunque se pare de cabeza, si me tienes a mí siempre a tu lado, vámonos solitos a acostarnos. . . Y acto seguido todos los invitados se fueron, la doliente sollozaba en medio de la habitación desordenada, sucia de copas y botellas rotas y sangre salpicada en las paredes. Desde luego, a excepción de Espiridión que se portó generoso, como de costumbre. La próxima vez que mi padre te falte al respeto, te lo juro, por esta cruz bendita, que lo mato sin asco, sí, Yolanda, no te rías, levántate de una vez. Se retiró al amanecer de puntillas, bajo una lluvia oscura de luceros fríos, dejándola a la viuda profundamente dormida en su cama, como petrificada.

SANTIAGO, 4 (Especial). (Urgente).- Un movimiento militar de carácter socialista derrocó al gobierno de Chile. Las tropas de aviación fueron las primeras en sublevarse contra las autoridades. El primer acto de los rebeldes fue el de arrestar al jefe de la aviación militar, comandante Vergara, quien había sido designado por el gobierno en reemplazo del coronel Marmaduque Grove, uno de los jefes, precisamente, del movimiento sedicioso.

SANTIAGO, 4 (United).-Sin oponer ninguna resistencia, el gobierno del presidente Juan E. Montero capituló esta noche ante la junta revolucionaria presidida por los señores Carlos Dávila y coronel de aviación Marmaduque Grove, que se formó con el propósito determinado de establecer la República Socialista de Chile.

WASHINGTON, 5 (United).- Las autoridades del departamento de Estado entrevistadas por la United Press para conocer la reacción que causó en los centros oficiales la noticia de la revolución chilena, hicieron presente que la situación de Estados Unidos en el asunto es de prudente espera, y que en consecuencia se reservan la opinión sobre aquélla hasta que nuevas informaciones de la embajada en Santiago permitan abrir juicio sobre los sucesos y sus probables consecuencias.

SANTIAGO, 5 (United).- En la embajada de los Estados Unidos se reunieron esta tarde veintiséis dirigentes de firmas estadounidenses en Chile, con el propósito de discutir los posibles efectos del programa socialista anunciado por el nuevo gobierno.

SANTIAGO, 6 (United).- Millares de obreros realizaron una manifestación frente al palacio de gobierno. Desfilaron luciendo numerosos estandartes y carteles con leyendas que decían: ¡Viva la revolución social! ¡Viva Grove! Esta manifestación fue organizada en la Alameda de las Delicias por la Alianza Socialista Revolucionaria y a ella concurrieron las sociedades obreras y grandes masas de pueblo, las que después de recorrer las calles vitoreando la revolución socialista, se



detuvieron frente a La Moneda, a fin de presentar a la junta de gobierno un pliego de conclusiones pidiendo que se arme a los obreros para construir la guardia revolucionaria; la radicalización del movimiento, dándoles representación a las fuerzas populares; la efectividad de las reivindicaciones económicas a fin de que todos los trabajadores apoyen la revolución, y la burguesía tenga la sensación de su caída.

ADORNABAN LA casa mantas y llijillas de colores insólitos. En las puertas canastos de flores con tarjas. Lanzados al espacio con estrépito cohetes y petardos, detonaban en el ancho cielo despidiendo humaredas grises que tardaban en desaparecer. Como gotas de agua que del tejado caen de cuando en cuando, así llegaban los invitados. Contratados para doce horas, Los Emperadores del Ritmo habían comenzado su rumbosa actuación con un paso doble español. Este alboroque, en homenaje a la nueva prosperidad, era solemne como un bautizo, alegre como un cumpleaños y fastuoso como un casamiento. En las sillas dispuestas alrededor del patio, enserpentinados y pistosos los doctores de la ley y las cholas y birlochas de la ciudad se miraban de rato en rato cambiando gestos protocolares hasta que Eulalia rompió el espeso silencio con su bandeja de cocteles. *Sírvase, doña ná. Gracias, Eulalia. Sírvase, mi doctorcito. Usted siempre atenta y cariñosa como ninguna. Sírvase, don Ayaqhatati. Muchas gracias, doña Eulalia. No faltaba más. Sírvanse, pues, no están tomando nada.* Acompañando al prefecto llegó Glicerio Reinoso. Fueron recibidos por un tableteo de coheterillos que se perdían entre los pies de los invitados. Les ofrecieron las sillas centrales. *¡Choy, Valentín, ha llegado el señor Prefecto! El anfitrión se presentó con un traje azul oscuro, zapatos glaucos y corbata amarilla para presentar sus saludos a las autoridades. Después apareció el coronel Alegria con dos ayudantes. La cotización del estafío está repuntando, doctor, ¿sabe a cuánto ha llegado hoy día? A 147 libras esterlinas por tonelada fina. No me diga, pero qué bien. La tuerta Patricia dirigía la cocina con waykudoras profesionales. ¡Había llegado con su hijo. He escapado, les informó, porque doña Mariquita*

lo ha recibido a mi hombre y yo no quiero saber nada de él. Me da asco, aparece ese salado cuando le urge su necesidad. Va estar conmigo, me va a sacar otro crío y se va ir. Si quiere mujer ahí está, pues, doña Mariquita para que le consiga cuantas quiera su gusto. Eulalia le respondió que podía quedarse con su primogénito, aquí no te va a faltar un plato de comida. Mirando con intención a la madre, Valentín besó a la guagua, que sostenía en sus brazos. *¡Bien querendón de hijos es mi marido!* Entró a la cocina Eulalia asegurándose los faluchos y el medallón de oro y dispuso que la servidumbre comience a servir los picantes, los mejores platos para las autoridades. Ari, niñitay, respondió Patricia. En el centro del patio la mesa con mantel blanco y vajilla fina. *¡Los cubiertos no te olvides, Valentín, te sacaras un rato tu corbata amarilla que te aconcha!* Faltaban trinchas. *¡Debe estar en la alacena del enfarolado y de paso te traes el vinito Concha & Toro, le gusta al doctor Reinoso. Y también al Obispo falomántico. ¡Chusta, no digas eso, las paredes tienen oídos!* Distribuyeron las sillas alrededor de la mesa y pidieron a los invitados tomaran sus ubicaciones. Necesidades históricas, económicas y vitales de la República, exigen su salida al río Paraguay. Aplazar más esta solución es consumir nuestro total y definitivo enclaustramiento, porque cuanto más tarde se resuelva salir más tiempo se habrá dado al enemigo para formalizar su resistencia y ampliar sus pretensiones. Los platos fueron saliendo de la cocina. *¿Y qué será de Pickering que no aparece?, reclamó el Obispo. Todos se hallaban informados del atentado que había sido víctima. ¡Sírvanse, pues, calentito! ¡Sírvase, don ná! Gracias, Gracias. ¡Cervecita? ¡Chichita? Vinito chileno para el monseñor. ¡Esto sí que está picante!, afirmó sor Natalia arreglándose la montura de oro de sus lentes. ¿Quién preparó el plato, Eulalia? Una prima que ha llegado de Vinto. ¿Y es tan buena moza y elegante como tú? Ahora viene la chaupinchada, señoras y señores. Prácticamente por muchas victorias que pudiéramos obtener en la zona del sudeste, nuestra salida al río Paraguay sería dudosa por Puerto Casado, aventurada por Concepción y en ambos casos problemático sostenernos en ellos, salvo el caso de tener nuestro ejército permanentemente en pie de guerra. Concluyeron de comer, recogieron la vajilla y el mantel y trasladaron la mesa al*

cuarto de los trastos viejos. Los invitados se replegaron contra la pared. En la cocina Eulalia instruyó que juntaran todas las sobras de los platos en la más grande de las bateas. Pa los indiecitos, pues, tienen hambre atrasada, no hay que ser mezquina en esta vida. . . Esperaron que Los Emperadores del Ritmo terminaran de comer para bailar. ¡Son tan voraces estos sopladores, Dios mío, ni con dos platos se hartan! La batería comenzó haciendo sonar sus fuegos con la obertura de una cueca. Es lo único que sé bailar, mi doctorcito, a mí no me vienen con vales ni charlestons que esas son las modas de los pisayerdes.

A mí me llaman negrero
por amar a una negrita.
Y qué culpa tuve yo
si la negra era bonita. . .

Creía recordar Glicerio Reinoso que esta cueca y otras de Martínez Arteaga, como Carmen Rosa, se había estrenado hace varios años en la remolienda de la Consuelo, donde las korichupilas de irresistibles encantos y colores. Claro, en la bella época del silismo nacionalista, se dijo, pero ahora hay nuevos tiempos con nuevos bríos, aunque no juveniles. Con sus pañuelos desplegados se lanzaron al ruedo, cubiertos por una lluvia de mixtura. Eulalia se hizo el quite de las galanías del churriqueresco doctor y hubo exclamaciones de júbilo. ¡Me voy por ella aunque mal pague!, gritó el altivo coronel Alegría en la quimba. Y cuando resonaron los zapateados vehementes, la chola ya había triunfado con amplitud sobre su contendor. ¡Aro-aro-aro! Y otra vez los tacos contra el suelo, siempre con los requiebros del varón romántico y la supremacía coqueta de la mujer. ¡Salud, salud! ¡Por ti, a quien tanto estimo! Beberemos bailaremos hasta que se rompan las copas de la madrugada. Yo estoy de acuerdo con Salamanca cuando dice que la política boliviana no debiera limitarse a la adquisición de un puerto, ni aún a la de una porción reducida sobre el río Paraguay. Esta limitación de nuestro objetivo es el desgraciado resultado de medio siglo de impotencia y dejadez de nuestra política. . . Llegó Pickering

acompañado de G. van Dorp y la bella Pickerina luciendo preciosos collares en el cuello, como vieja chilena. Se hizo el silencio y todos de pie para saludarlos, finos y solícitos como el prefecto y el Obispo. ¿Por qué tan tarde, caballero?, preguntó el general. Nosotros festejando su futura prosperidad y usted se nos aparece de nochecita no más, como las mariposas nocturnas. El gringo no llevaba huellas visibles del atentado. Armado de un puñal el joven santacruceño Moisés Maldonado, empleado de la gerencia, con quince años de servicio, había intentado victimarlo. Estimaba Pickering que su desdeñada esposa sería la autora intelectual, su querida le había puesto en antecedentes de que su gringa, con trastornos emocionales, que se acostaba con el joven dentista de la empresa, sería capaz de cualquier imprudencia. Y usted, mi reinita, tan linda, para usted los años no pasan. Ja, ja. Les anunciaron que se servirían un picante especial, de chuparse los dedos. Con la cara espolvoreada de harina y el pescuezo rodeado de serpentinillas apareció Valentín, sostenía una bandeja. Antes tienen que servirse el ferrocarril, señor Pickering. ¿Ferrocarril? Sí, una ronda de bebidas, champaña, cerveza, coctel, vino y chicha por haber llegado atrasados. Les explicó Pickerina que era una costumbre de antiguo y remarcó que no se amilanaran. ¡Este ferrocarril deberían dárselo a Pickwoard, especialista en trenes atrasados! Y el conmovido Valentín le informó que los operativos de reenganche marchaban a las mil maravillas. No me diga. Ya hice el primer despacho a Cataricagua.

A mí me llaman negrero
por amar a una negrita. . .

Tengo todavía algunos indios que los despacharé esta noche a Pulacayo, después de que coman. Y les invitó a verlos en los corralones. Ya había anochecido y Eulalia llevó un candelero con una vela gruesa, de largas barbas de cera derretida. Va a tener cuidado con los chanchos, doña Pickerina. Como animales cotidianos los indios se encontraban sentados en cucullas. ¿Y qué están haciendo en las tinieblas? Como los ve, acullicando su coquita y de rato en rato yo les traí-

go alcohol y se sienten felices. Pueden estarse horas y días sentados, con las manos colgando entre las rodillas y los ojos rondando por las tinieblas. Sin fumar, sin comer, sin tomar nada. Solamente masticando, acullicando. . . A ver, Eulalia, si nos alumbraras mejor. Los hemos encadenado con las serpentinas del diablo. ¡Ja, ja, cómo los hombres inventan sus propias cadenas! A estas thaparankus les gusta la vela, nos persiguen, pucha caray, en sus cuerpos escamosos llevan la figura de la calavera. ¿No sabe qué es bueno para matarlas? Dicen los supersticiosos almakhepis, mariposas que se llevan el alma. Apenas está trayendo mi Patricia toda esa batea llena de comida, el hartazgo que se van a dar. Pickerina aseguró que el aboroque estaba buenísimo y el champaña que tenía en la mano lo derramó por porciones en el suelo. Para que la Pachamama, ja, ja, nos dé fuerzas, ánimos y riquezas. Dejaron los desperdicios de comida cerca de los indios y ninguno se movió. ¡Coman, pues, choy zamarros! Sonriendo con picardía Eulalia le entregó el candelero a Patricia, abrió una botella de cerveza y con el chorro violento mojó las cabezas de los futuros trabajadores del Rey Patiño. ¡Hay que challar también a los aborígenes que nos dan riquezas, pues, señora Pickerina! Como collares blancos la espuma alborotada se deslizó por los cuellos oscuros de los indios impasibles. Y Eulalia le invitó al sorprendido Pickering en medio de un borboteo de palabras de su pueblo. ¡Más cerveza! ¡Y a ver si te traes también serpentinas y coheteros! Los bañó el gringo riendo a más no poder y después la bella Pickerina, después G. van Dorp, después Valentín y después la tuerta Patricia. Los indios mojados de cerveza reían con gran contentamiento.

CAMPO DE LA DESOLACION. VEINTE DIAS COMO SONAMBU-
los recorrieron aquel territorio hasta descubrir una laguna cuyas aguas invitaban a recuperar la fe en la vida. Extendieron los planos en el suelo y los dieciocho soldados desentrañaron el misterio. Se encontraban en el lago Pitiantuta a cuyas orillas se levantaba una pequeña guarnición paraguaya de avanzada. ¡Fortín Carlos Antonio López! Y fieles a la política de penetración al Chaco que alentaba el gobierno, los soldados del destacamento se distribuyeron estratégicamente para copar la guarnición. Ante la sorpresa de la nutrida descarga de fusilería los paraguayos que dormitaban en las perezosas y/o jugaban a las cartas, no atinaron más que a escapar abandonándolo todo. ¡Patapilas maricones, no escapen! Los persiguieron para despabilarlos pero se perdieron en la sombra del bosque. Desafiantes se agitaban las banderas y estandartes descoloridos de los ex combatientes de las guerras del Acre y del Pacífico. ¿Asunción? ¡Para Bolivia!, resonaba imperiosa la consigna en la Plaza de Armas. Doblaban trémulas las campanas en las torres amarillas de las iglesias. ¡Queremos guerra! Interminable desfile de graves enlutados. ¡Ni un paso atrás hasta llegar a Asunción! ¡Viva la guerra! Gordas y adustas las damas de los barrios ricos —cubiertas de luto, abotonadas— se codeaban con las entristecidas arpias que se habían descolgado con extrañas exaltaciones desde las alturas de Santa Bárbara. Mezclaban su perfumado aliento los hidalgos caballeros con las vaharadas alcohólicas que exhalaban los parroquianos liberados de los tugurios de Alonso de Mendoza. Los corazones de los

hombres sin distinciones de casta ni cuna estaban endurecidos. En los balcones del Palacio Quemado apareció el presidente Salamanca, de trisueza abrumante, más envejecido y encorvado que nunca. Mientras era recibido con una ovación frenética, él observaba de reojo, con su frío orgullo, la histórica explanada donde no se festejarían las glorias de julio de 1809.

—Ciudadanos e hijos de Bolivia —rompió su silencio sibilino de varios días.

Sobre el perentorio mutismo de la muchedumbre revoloteaban enjambres de mariposas nocturnas.

—En un momento de verdadera angustia nacional —prosiguió—, al presentarse una nueva agresión a la dignidad de Bolivia, se ha producido esta magnífica reacción que manifiesta la vida y el vigor del patriotismo. . .

Eran tantas las thaparankus malagüeras que los niños, vestidos también de oscuro aliento, reforzaron sus entusiasmos para atraparlas en el aire. Ya no era necesario utilizar flechas, estaban a la mano y se las podía tomar al vuelo, como a palomas cansadas. ¡Aquí tengo una que sacude sus alas, sorprendida! Para divertirse mejor desgajaban la cabeza y las patas dejando libre la panza peluda que se agitaba en su agonía.

—Si una nación no reacciona ante los ultrajes que se le infieren no merecería ser una nación y si el gobierno no supiera responder a su deber, no merecería ser gobierno de esa nación. Esto significa que el gobierno encuentra en este momento la base de opinión nacional y el esfuerzo y el patriotismo para tomar el camino que le señala la dignidad y el honor de la patria. . .

Los dieciocho invasores del fortín López incendiaron las rústicas edificaciones, enclavaron un mástil gigante con la tricolor, lanzaron vítores a la patria y dijeron que el próximo objetivo sería Boquerón. Destacaron postas sobre las sendas que iban hacia Bahía Negra y Martínez, se desnudaron y entre gritos y risas de triunfo se lanzaron al Pitiantuta para gozar de sus aguas cristalinas. Era tan maravillosa aquella epifanía que la bautizaron con el nombre de la ciudad de los señorios: Laguna Chuquisaca. Contraviniendo las órdenes del presi-

dente de evacuación inmediata, instruyó desde La Paz el comando general del Estado Mayor reforzar el nuevo fortín con una compañía de fusileros de tres escuadras, cada una con dos ametralladoras livianas, una acción de ametralladora pesada de dos piezas y otra de caballería con dos ametralladoras livianas. Y que el tiempo se derrame lentamente para su consolidación. Aquel despliegue de fuerza no impidió que los paraguayos, al mando del capitán Abdón Palacios, retomaran de inmediato el fortín tiñendo la laguna con la muerte macabra del teniente Arévalo y dos soldados, los demás efectivos huyeron.

—El gobierno ofrece poner su voluntad, su patriotismo y su inteligencia en esta obra que el destino coloca en sus manos, pero para seguir su camino con serenidad y progreso exige de los ciudadanos todo el sacrificio necesario, no sólo en dinero, que es poco, sino la vida misma y todos los demás sacrificios que debe realizar un país que desea verdaderamente vivir como país.

La respuesta cálida y entusiasta no se dejó esperar. Nuevamente el grito de combate de una inmensa caja de resonancia. ¿Asunción? ¿Para Bolivia! ¿Asunción? Recibió golpes contundentes en el estómago y el rostro. ¡Es un derrotista! Antes de que lo agredieran quiso huir pero tropezó con los ciudadanos enlutados que habían cambiado la discreción por la vehemencia, la solidaridad por el recelo y la melancolía por el odio. ¡Ha dicho que Salamanca es un visionario agresivo y mentiroso! Y golpes de acá y golpes de allá venían y volaban con desparpajo. Semidesnudo lo arrastraron de los pies dejando rastros de sangre por las calles. Solicitaba el ejército diez millones de pesos para el éxito de las operaciones y Salamanca prometió no solamente darle lo que solicitaba sino quinientas mil libras esterlinas más, de acuerdo con el ofrecimiento de un empréstito que tramitaba el Rey Patiño ante un banco inglés. ¡También ha dicho que a nuestro alrededor se incubía la tragedia! ¡Muerte infamante para el derrotista! ¡La verdad que se dice en público es un insulto! ¡Verdad que sí! Moles- tos los niños porque no podían morir las descuartizadas mariposas, las pateaban para reventarlas. Las que huyeron de aquellos suplicios buscaron refugio en el Palacio Quemado penetrando por sus ventanas abiertas. Poseído por su demonio interior, el presidente seguía dicién-

do las últimas informaciones de Laguna Chuquisaca no son definitivas, aún hay un enigma que deberá ser despejado para que el gobierno tome el camino que le corresponde. Esto no significa que sea un gobierno inactivo, pues sabe de sus deberes y sabrá cumplirlos hasta donde alcancen sus fuerzas. . . . ¡Almaqhepis malaqueras que ni al presidente le van a dejar hablar! Palacio Quemado, castillo de los vampiros que están chupando la sangre de los vivos hasta matarlos. El conde Drácula anfitrión del doctor Salamanca. Muerto en vida, vestido perennemente de luto, descansa de sus hondas fatigas en un ataúd cubierto con sábanas santas y rodeado de cirios en la noche lee a los clásicos de la tragedia griega que le proporciona Tamayo. Las mujeres portaban laques con porras de hierro y había derrotistas desangrándose detrás de las puertas.

—Os invito a jurar que nos sacrificaremos todos en defensa de la patria, sabremos hacernos dignos del país y capaces de defender su honor y su territorio, dar gloria a Bolivia y tener fe inquebrantable en su porvenir —su alocución terminó estentórea—. Ciudadanos: ¡Viva Bolivia!

La respuesta de los ciudadanos fue unánime. Ciudadanos dramáticos, prestos a la agresión. Y las turbas juramentadas para el honor del sacrificio y estimuladas por la política de gestos enloquecidos se desbordaron por la ciudad. ¿Asunción? Como sombras fugitivas atacadas de amok dirigieron sus pasos pesados hacia *La República*. Ladraban, gruñían y aullaban tocadas por el soplo de la tragedia que gestaban los dioses invisibles, forjadores de tinieblas. Las conducía el mexicano padre Ivar llevando un oscuro mensaje de violencia debajo de sus hábitos cristeros. ¡El presidente Salamanca debe renunciar! —decía *La República* en su titular del día. ¿Y Salamanca persistirá en aferrarse al poder? ¿Para qué? ¿No es suficiente tanta calamidad que ha traído su ineptitud en el gobierno? Fue violenta la pedrea y el director y redactores, con aire de difuntos, despavoridos escalaron los techos vecinos confundiendo luego con las thaparankus que descansaban abrigadas bajo sus alas. En la plaza, con el alma abrumada de duelos, cerraron con estrépito las portentosas puertas del Palacio Legislativo y clavaron una herradura gigante como escudo heráldico. Des-

pues del coctel magín, que hizo enfervorizar a la nación —vecindario de deudos—, el anciano estadista con la cabeza encogida pero sin mirar el suelo, acompañado de sus colaboradores, pléyade de próceres con gravedad de caballos de pompas fúnebres, se dirigió a su despacho, a manera de un dómine seguido de bedeles. Me persiguen las mariposas nocturnas, se quejó. La más aviesa de las thaparankus, que no se había escondido en los viejos sillones, como un gorrión desamparado se golpeaba contra el vidrio de las ventanas. Y el país al borde de un baño de sangre. Ocuparon las sillas de altos espaldares.

—Edecán de servicio, ¿por qué no saca de aquí esa inmunda mariposa nocturna?

Experimentaba una dolorosa sensación de culpabilidad. Parpadeante, colérico, les habló a los jefes militares de la vergüenza de Laguna Chuquisaca y ordenó de inmediato el avance sobre la región de las hostilidades del batallón Colorados y la toma sin demora de los fortines paraguayos: Corrales y Toledo. La hora ineluctable había arribado. La guerra surgía para el hombre símbolo como la única solución política, compatible con el honor y la dignidad del país. ¿Y Boquerón, excelentísimo señor presidente, que es para los paraguayos símbolo nacional? ¡Mátenla, pero sin ensuciar al alfombrado! Sí, también Boquerón. Debemos arrojar sobre el adversario el peso de la guerra, atrincherando nuestras fuerzas en posiciones bien defendidas. Planteó sus observaciones el comandante de la primera división.

—Es notoria la impreparación de nuestro ejército para una guerra eventual, excelentísimo señor, tenemos solamente quinientos sesenta hombres, si por lo menos usted pudiese aplazar la confrontación bélica unos sesenta días. . .

El ejército nacional ha perdido la noción de la urgencia, pensó el gran varón, santo, sabio y heroico. ¿Hasta cuándo las mutilaciones territoriales consentidas? Y la respuesta fría y cortante del mandatario en las últimas luces de la edad provecta:

—Ejecute la orden, señor comandante, si hay en ello algún mérito, será suyo, si surgen responsabilidades, serán mías.

La loca aventura, el suicidio nacional. En la esquina de la Plaza de Armas una mujer lloraba con un niño entre los brazos.

TOMO EN SUS MANOS LA VALIJA Y SE DISPUSO A SALIR acompañada de su madre que lloraba, pero el padre Cleómedes se interpuso diciéndole que había que esperar un poco más. El gentío había rodeado el Beaterio y la estación del ferrocarril para impedir que sor Martina fuese trasladada al confinamiento. Apretó los labios y sus pupilas cenicientas se movían como las de una comedianta asediada por su público. Ten calma, Dios es grande, le dijo su madre enjugándose las lágrimas. Reunida expresamente para dilucidar su caso, la elevada jerarquía había llegado al convencimiento de que se hallaba posesa. Intermediaria del demonio, su estado de alienación constituía un peligro para la convivencia de la grey, su internación en busca de salud mental era un imperativo inaplazable. A solicitud del Obispo la policía montada apareció para resguardar el orden, seriamente afectado por herejes interesados en mellar la dignidad de la Iglesia. ¡Ahora sí podemos salir! Revoloteando las thaparankus alrededor de los bombillos encendidos como si trataran de apagarlos. Soplaban el fresco de Chiripugio. La resolución de la encumbrada jerarquía se fundaba en las declaraciones de la monja que admitió haber ingresado a la Iglesia en virtud de un pacto firmado con el Ángel Rebelde que consistía en devorar el alma del Obispo y de los sacerdotes de la ciudad. No tuvo éxito la seducción con el Obispo de la Diócesis y resolvió denunciar el pacto y negar al diablo. Su deseo era recobrar a Dios. . . No obstante su confesión, ruegos y petitorios confidenciales, se le había negado la absolución, su libertad. Ahora se la trasladaría al manicomio de Su-

cre. Perdí a Felipe el hermoso y quedé como Juana la loca. . . Está visto que no podremos sacralizar lo vivido. Me ganó la gitana, sin duda es más lista que yo. La multitud no oía los requerimientos policiales para que se dispersara de inmediato. ¡Los provocadores quieren palo y badana! En los andenes de la estación no se podía dar un paso. Detrás de los vagones el cóndor amaestrado caminaba como un ángel desalentado. Los patos de la laguna, la tortuga y los perezosos llegados a la ciudad un lejano 6 de agosto, habían escapado de la plaza. Una sonora campanada de la prevención anunció la salida del tren del norte. Cerca de la esquina el padre Cleómedes pidió a los curiosos abrieran calle para que pasara la monja y su madre, instante en que los policías azuzaban a sus bestias cargar contra la multitud. Una temporada permaneceré en el manicomio, me curaré de los espíritus malignos y después mi familia tramitará mi alta, saldré libre y haré una nueva vida. No pensaré más en Felipe. Ya no será capaz de provocar en mí piedad ni ternura. Lo odio, como nunca odié a nadie, más que a los judíos que crucificaron a Nuestro Señor. Es inconcebible cómo el amor, con la misma pasión que se sustenta, puede transformarse en odio. Aunque venga de rodillas a implorarme perdón y con las promesas más excelsas yo no daré pie atrás. Aquella aventura ha terminado para siempre, he expulsado de mi espíritu el Amor, ahora puedo respirar sin angustias. La segunda prevención no se percibió porque frenética de exaltación la policía repartía bastonazos. La madre había desaparecido. ¡Por favor la valija! Tomándole de la mano y apretándosela con fuerza le dijo sígueme. Y ya no escucharon la última campanada. ¡A dónde me lleva, padre Cleómedes? La condujo hasta una casa de Agua de Castilla donde al parecer no moraba nadie. Abrió un diminuto candado y entraron a una habitación con hedor a humedad. Encendió la luz. Apegadas a los rincones dormían thaparankus oscuras que despertaron sobresaltadas y huyeron sobre sus cabezas. Aquí estarás tranquila hasta que pasen los alborotos que sigues provocando. No podrás pisar tu casa porque aún no han sido usados los exorcismos contra el demonio maldito. ¡No te lo dijo tu madre? Siéntate, tienes la cama, deja tu valija, ahí mismo si quieres. Pareció percibir el olor de intimidad que despedía la pecadora arrepentida. Yo ocuparé la si-

lla y disculpa por la incomodidad, pero de todas maneras es mejor a la celda que ocupabas en el convento. Después de todo no era más que una mujer, en quien el pecado había dejado en su alma estigmas infamantes. Se adelantó Martina con desconfianza, tenía conocimiento que por él disputaron dos mujeres ¿Habrían vivido aquí? con el consiguiente escándalo público que promovió *La Patria*. Todo se da en la vida gracias a la Providencia, dijo Cleómedes. Y después de una larga pausa, añadió puedes viajar a Santa Cruz de la Sierra, es la mejor actitud que podemos adoptar. O si prefieres La Paz, no sé, tú dirás. Allá está el padre José Ivar, que es mexicano de Guadalajara, ocupa la jefatura de la Intendencia de policía y él puede ayudarnos. Santo de la cachiporra, es un fraile de gran predicamento, brazo derecho del presidente Salamanca. Mañana la llamaré a tu madre para que esté a tu lado, aquí, todo el tiempo que precises. Hablaré también con Felipe, si es que me lo permites. Yo creo que no es justo que haga gala de tanta crueldad contigo. Mal o bien, lo que ha pasado entre ustedes que lo juzgue Dios, pero Felipe ya debe dejarse de rencores que a nada conducen. . . Sentada al pie de la cama, la religiosa se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó a sollozar. Martina, el Altísimo castiga al efecto sin palo ni piedra. Y ella con voz entrecortada vivimos en un mundo sin amor pero con Dios. Si hubiera amor, créame padre Cleómedes, que no habría necesidad de Dios. La abyección es generada por Dios y prevalece Dios. A ratos pienso si Dios es el verdadero demonio de la ciudad. . . Sin demostrar ninguna alarma ante aquella monstruosa confesión de herejía, pensó el cura es un desahogo y nada más, está sufriendo su calvario. Tomó de la mesa una jarra de agua y con lentitud fue sirviendo un vaso. Si, Martina, yo no apruebo en lo mínimo la conducta hipócrita de Felipe. . . La monja lloraba con vehemencia inconsolable.

SOY NICARAGUENSE y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera, la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota, leal y sincera; el vínculo de nacio-

nalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y, por ende, de la América Central y de todo el Continente de nuestra habla, sin importarme que los pesimistas y los cobardes me den el título que a su calidad de eunucos más les acomode. Soy trabajador de la ciudad, artesano, como se dice en este país, pero mi ideal campea en un amplio horizonte de internacionalismo, en el derecho de ser libre y de exigir justicia, aunque para alcanzar ese estado de perfección sea necesario derramar la propia y la ajena sangre. Que soy plebeyo, dirán los oligarcas o sean los ocos del cenagal. No importa: mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza, los que hemos vivido postergados y a merced de los desvergonzados sicarios que ayudaron a incubir el delito de alta traición: los conservadores de Nicaragua, que hirieron el corazón libre de la Patria y que nos perseguían encarnizadamente, como si no fuéramos hijos de una misma nación.

Hace diecisiete años Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro dejaron de ser nicaragüenses, porque la ambición mató el derecho de su nacionalidad, pues ellos arrancaron del asta la bandera que nos cubría a todos los nicaragüenses. Hoy esa bandera ondea perezosa y humillada por la ingratitud e indiferencia de sus hijos, que no hace un esfuerzo sobrehumano para libertarla de las garras de la monstruosa águila de pico encorvado que se alimenta con la sangre de este pueblo, mientras que en el Campo de Marte de Managua flota la bandera que representa el asesinato de pueblos débiles y la enemistad de nuestra raza.

¿Quiénes son los que ataron a mi Patria al poste de la ignominia? Díaz y Chamorro y sus secuaces, que aún quieren tener derecho a gobernar esta desventurada Patria, apoyados por las bayonetas y las Springfield del invasor. ¡No! ¡Mil veces no! ¡La revolución liberal está en pie! Hay quienes no han traicionado, quienes no claudicaron ni vendieron sus rifles para satisfacer la ambición de Moncada. Está en pie y hoy más que nunca fortalecida, porque sólo quedan en ella elementos de valor y abnegación.

Moncada el traidor faltó naturalmente a sus deberes de militar y patriota. No eran analfabetos quienes le seguían y tampoco era él un emperador, para que nos impusiera su desenfrenada ambición.

Yo emplazo ante los contemporáneos y ante la historia a ese Moncada traidor desertor, que se pasó al enemigo extranjero con todo y cartuchera. ¡Crimen imperdonable que reclama vindicta!

Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida; pero mi insignificancia está sobrepujada por la altivez de mi corazón de patriota, y así juro ante la Patria y ante la Historia que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provocho, y al reto del invasor cobarde y de los traidores a mi Patria, contesto con mi grito de combate, y mi pecho y el de mis soldados formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrá morir el último de mis soldados, que son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas.

No seré Magdalena que de rodillas implore el perdón de mis enemigos, que son los enemigos de Nicaragua, porque creo que nadie tiene derecho en la tierra a ser semidiós. Quiero convencer a los nicaragüenses fríos, a los centroamericanos indiferentes y a la raza indohispana, que en una estribación de la Cordillera Andina, hay un grupo de patriotas que sabrán luchar y morir como hombres.

Venid, gleba de morfinómanos; venid a asesinarlos en nuestra propia tierra que yo os espero a pie firme al frente de mis patriotas soldados, sin importarme el número de vosotros; pero tened presente que cuando esto suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el Capitolio de Washington, enrojeciendo con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes.

Yo quiero justificar a los gobiernos de Centro América, mayormente al de Honduras, que mi actitud no debe preocuparle, creyendo que porque tengo elementos más que suficientes, invadiría su territorio en actitud bélica para derrocarlo. No. No soy un mercenario sino un patriota que no permite un ultraje a nuestra soberanía.

Deseo que, ya que la naturaleza ha dotado a nuestra Patria de riquezas envidiables y nos ha puesto como el punto de reunión del mundo y que ese privilegio natural es el que ha dado lugar a que sea-

mos codiciados hasta el extremo de querernos esclavizar, por lo mismo anhelo romper la ligadura con que nos ha atado el nefasto chomorrismo.

Nuestra joven Patria, esa morena tropical, debe ser la que ostente en su cabeza el gorro frigio con el bellísimo lema que simboliza nuestra divisa Rojo y Negro y no la violada por aventureros morfinómanos yanquis traídos por cuatro esperpentos que dicen haber nacido aquí en mi Patria.

LEVANTO LA vista y observó aterrada el cielo encapotado de mariposas nocturnas. Cuando se desplomaron las primeras sobre los cerdos, papas y hortalizas que se mercaban en la Recova de Abajo nadie se sorprendió, pero sí se alarmaron cuando vieron que se trataba de una precipitación de características imponentes. Inofensivas aparecían solamente de noche, pero tantas habían proliferado que no tardaron en precipitarse al mediodía. Todos comenzaron a huir. Y Orqho María no sin antes ver que las invasoras se posaban en el suelo sin cabezas, degolladas. ¡Dios de los santos! ¡Jesucristo de mis angustias! Caían intermitentemente en La Plaza Grande cubriendo los techos, las calles y los vehículos estacionados. Silenciosa bajo los aleros del palacio prefectural, la gente se resguardaba como si se tratase de un día habitual de tormenta. Con insistencia se comentaba y nadie quería creer que sesenta thaparankus, confundidas con los pájaros, cayeron como pedradas en pleno día sobre la mesa donde almorzaba el presidente con el representante del Rey Patiño. Salamanca le decía la corriente de mala voluntad que existe contra él es causa de la envidia, pasión mezquina y odiosa que por fortuna mía nunca he sentido. . . Se comentaba también que, de repente, cuando no había ninguna amenaza de tempestad en el aire ni en el cielo, cayeron thaparankus sobre Pairumani, algunas apuradas en su metamorfosis de larvas a crisálidas. . . ¡Arcángel San Miguel, si esto no es el juicio final que me muera yo! En el patio de su casa Opalalita jugaba abstraída con el hombrequito de sombrero descomunal y el perro haciéndole fiestas corría como ende-

moniado. ¿Qué están haciendo? Cerca del fogón de preparar chicharrones amontonaban mariposas inertes. Parecían gorriónes. O ratones. O vampiros. No cesaba la tormenta. ¡A la cama todos! Asíéndola fuertemente del brazo a su hija la introdujo a las tinieblas del cuarto y por detrás el perro, frustrado en sus entusiasmos. Quedóse en la puerta el hombrecito de sombrero descomunal. ¡Andate tú por donde has venido, fuera!, le pidió y éste hizo oídos sordos. Encolerizada, entonces, levantó el palo de atrancar la puerta y le golpeó en la cabeza y el hombrecito que era duro de su entendedera se le plantó desafiante. Orqho María quedó petrificada, como si hubiese recibido el escupitajo de un sapo. No era un mozo como presumía sino un viejo de aspecto lascivo, cruzado de profundas arrugas y ojos de rencor contenido. Cuando se disponía a golpearlo nuevamente se alejó corriendo pesadamente. He visto el rostro descubierto del duende, se dijo, no sé si será para bien o para mal. Arreciaba con fuerza el temporal. Encendió la vela y cerró la puerta atrancándola. Repartió una allulla entre la tarada y el perro recomendándoles guay si me pelean, los mato a los dos. Trató de descansar recostada en la cama, al lado de su hija. Dormía el perro en la *jaithana* que antes ocupara Ignacio. Apagó la vela para que no se gastara en vano. Reflexionaba en las tinieblas, sintiendo el estrépito que producía la loca tempestad. Después, escuchó los ruidos de algún maligno agorero. Llamaba despacito. Por favor, creyó percibir una voz fría, ábreme la puerta, María del Cerro. No le era desconocida esa voz. ¿Por qué vienes a turbar mi tranquilidad, Ignacio? ¿Tratas de atormentarme acaso? ¿No estás conforme en la otra vida? El ánima trató de justificarse y le pidió perdón. Terminó con él Orqho María bueno, te perdono, ahora ándate derechito a descansar, como alma sin pena, yo no quiero tener más problemas en mi vida. . . Y más tarde alguien parecía arañar la puerta. Sí, sabía también de quién se trataba. Era el gigante y rencoroso sapo. No le dijo nada. Esperó pacientemente que se cansara de arañar, empujar y rempujar la puerta. Para éste no hay perdón ni satisfacciones, se dijo. Horas después, vencido en su tentativa infructuosa, advirtió que se iba a saltos. Y escuchó las carcajadas del príncipe Belcebú. No sabía con exactitud si habría dormido mucho o poco, pero al atajar

sus pesadillas calculó que era la medianoche. Martes no era, ni viernes, en consecuencia no pasaría la Carreta de Fuego. Pero sí, personajes de esta vida visitarían su casa. En efecto, no tardaron en oírse los primeros llamados. El perro respondió con ladridos. Ella no quiso salir. Se sucedieron persistentes los llamados y le amenazaron con voz áspera que si no abría derribarían la enclenque puerta. Le pidió al perro que callara. ¡Vas a asustar a nuestra Opalita! Se levantó rabiosa, encendió la vela y destrancó la puerta. Y como si un aleteo de irritadas cargadoras de almas le acariciara el rostro, así su sorpresa no tuvo límites. Estaban frente a ella Glicerio Reinoso y el prefecto de la ciudad, con aires de grandes actores que adoptan los dignatarios de Estado. ¿Qué quieren ustedes a tan altas horas de la noche?, les preguntó. Hablar de muchas cosas, respondieron protocolares, déjanos visitarte que está fustigándonos el fresco. Antes de que entraran, Orqho María dejó la escoba tras la puerta para efectos milagrosos contra las visitas importunas. Observó el exterior. Poco tenemos que hablar pero mucho que llorar. En el cerro corría un aire frío y con hedor a tierra seca. Las estrellas del cielo parecían vacilar todavía por los sucesos acaecidos. Le parecía extraño que aquella falaz tormenta no hubiera dejado rastros de ninguna naturaleza. Comprendiendo su estupor, Glicerio Reinoso declaró —sardónicamente— que otra vez más había sido salvada la ciudad por la acción milagrosa de la Santísima Virgen del Socavón, Patrona de los Diablos Tradicionales del Carnaval. Movilizó a las hormigas resucitadas, otrora convertidas por Ella en colinas de arena. Invisibles voladoras, devoraron en el aire las cabezas de las thaparankus y después en el suelo —despacito— las terminaron sin dejar rastros. Bien saciadas se retiraron a su descanso eterno. La ciudad está ahora limpia, ¿no es cierto, señor prefecto? Sí, señor Intendente, porque si no en este momento hubiésemos estado rindiendo culto a la violencia de los lepidópteros. Con rostros de bufones circunspectos observaban la habitación. Imágenes de pinturas abstractas, herramientas y utensilios de encantamientos y en el lecho una nena y un perro que en actitud desconfiada escuchaba con los ojos.

—¿Tu hija?

—Sí, doctor, está dormidita, juega todo el día...

Les ofreció sillas para que descansaran. Asustado en lo íntimo, el general creía percibir fragancias de yuyos aromáticos. Bruja repugnante, entregada al vicio de la coca y del alcohol.

—Bien, estimada María del Cerro, hemos venido a buscarte hasta el Pata de Gallo conociendo y reconociendo las actividades que desenvuelves —dijo Glicerio Reinoso en tono confidencial y quitándose con galantería los guantes—. Criatura misteriosa, te hemos estado atisbando mucho en estos últimos años, desde luego sin que tú lo advirtieras y de ahí que hemos resuelto visitarte esta noche en que no transita la Carreta de Fuego, pero no nos creas por eso viejos abucioneros, ¿no es así, señor prefecto?

—Sí, todo lo que usted manifiesta, doctor, es verdad.

Orqho María temblaba de ansiedad. ¿Qué se traerán entre manos estos ladinos?

—Conocemos tus vocaciones mágicas, que es lo que nos interesa de ti en este momento. Tú puedes hacer desaparecer a los hombres, digamos como a tu marido. Tú puedes resucitar a los muertos y también matar a los vivos, escarneciéndolos lentamente de amor o de odio. Tú puedes transformar a ciertas personas en animales, creo que tu especialidad son los sapos, a nosotros nos agradaría mejor los escarabajos.

—¿Akatanqas?

—Sí, nos alegraría que trabajaras con akatanqas, para mejorar la calidad humana y moral de la patria. Ha dicho Talleyrand todo lo exagerado es insignificante. Tú que has luchado contra el tifus con valor que es digno de destacar, quizá más que el gobierno mismo, ¿qué te cuesta trabajar con escarabajos? Nosotros no queremos una ciudad de rebeldes y sediciosos que sólo buscan el caos y la anarquía para sus fines inconfesables, sino una ciudad de coleópteros, nobles y pequeños seres humanos, de poca importancia pero respetuosos del orden y de la ley que no siempre se alimenten de estiércol... ¿Estamos? Tú tienes cosas buenas pero también malas, según reza tu prontuario. Y nosotros, como autoridades de una ciudad celosa de su destino, podemos disponer de tu vida como se nos antoje. Perdóneme mi sinceri-

dad, yo soy siempre así. Llenarte de dinero y honores o de lo contrario darte palo y badana por bruja peligrosa. ¡Quemarte en la Plaza Grande, al lado de Aniceto Arce! Mira, Orqho María, si no somos tú y nosotros poderosos.

Opalalita despertó gritando y su madre le alcanzó un pedazo de pan duro para que se distraiga. La vela crepitaba llorando y ella no dejó de percibir sus señales. Ya le había hablado el yatiri de los dioses horribles que rigen el destino de la ciudad. ¡La gran araña kusikusi está tejiendo una red para perder a los hombres!

—Pero —prosiguió diciendo Glicerio Reinoso—, nosotros somos buenos, no porque queramos serlo, sino porque representamos a un gobierno legítimo, institucionalista y democrático, elegido por la voluntad soberana del pueblo. No somos una dictadura tropical, Orqho María. Gobierno del pueblo y para el pueblo, no necesitamos asustar a nadie con una serial de equívocos.

—Están provocando al destino con el fin de desatar un huracán de tinieblas y yo no quiero tener vela en este entierro, doctor —respondió con frialdad.

—Déjame terminar de explicarte y después veremos —aclaró con cierta dureza—. Los elevados poderes de la nación están empeñados ya no en caminar a golpes de catástrofe —prosiguió diciendo en tono didáctico, brillante—, sino en una cruzada cívico-patriótica de magnitudes incalculables que con el tiempo nos levantará y llenará de glorias infinitas. Para esta hazaña ningún hijo de la patria rehuirá su curso. Y en atención a esas verdades manifestadas hemos visto que tú, Orqho María, puedes cooperar con todas tus fuerzas, virtudes y energías sobrenaturales que te da el príncipe Belcebú...

LAS DESGRACIAS CREPUSCULARES DE OTROS TIEMPOS deambulan ahora con arrogancia temeraria, inficionados de miedos profundos otra vez sometiéndonos a un destino de víctimas. Llegó la policía militar y Damián no opuso resistencia. Vivimos en una nación fantasma, cerrada al mundo y regida por necróforos implacables, dijo. Los necróforos, que no son más que un hato de desalmados carcamales, quieren vivir su negra maldad en una epopeya funeraria para sobrevivir. Han lanzado al país a la guerra sin declarar la guerra. El permanente estado de sitio con sus cuerpos de seguridad, como engranaje de hierro, está triturando los huesos del pueblo derrotista. . . Te han delatado, Damián, le dijeron a media voz a tiempo de despedirse y él sonrió apenas observando cómo lloraban Gloria, Carlina y Socorro. Hay que liberarse de la opresión del destino, porque no puede ser verdad tanta calamidad y ruina al margen del amor. Allanamientos de hogares humildes, fusilamientos de militantes, violaciones a esposas e hijas de presos políticos, clausura del parlamento, apremios ilegales, exilio forzoso de dirigentes políticos y gremiales, torturas, designios de ametrallar multitudes, devaluación del signo monetario, ley de fuga y divorcio absoluto. Y por eso el infierno verde ya no nos asusta. . . Desde las puertas entreabiertas la vecindad observaba diciendo los omisos y remisos están enloqueciendo de pavor. En el patio del Cuartel Modelo un oficial registró sus datos personales. ¿Nombre? ¿Estado civil? Pero llegará el día en que se derrumben las tinieblas. . . Fecha de nacimiento? ¿Ciudad? Algunos adolescentes argüían llorosos que no tenían edad aún para amar la guerra y otros que sustentaban a sus

padres ancianos. Damián no dijo nada y fue trasladado a la enfermería. Multitud de personas clamaba en los portones vigilados pidiendo hablar con sus familiares. Había comenzado la cantata del supay manchana pavoroso. Desnudo esperó turno. ¿Cómo te llamas? El médico le tentaba la ingle a tiempo de decir que estaba hábil. Con la cabeza rapada se sentía profundamente envilecido, ¿sabes que tienes una pronunciada deformación ósea? Terminaron en el furrielato entregándole el uniforme. No estaba mal. Y una frazada y un vicker y una toalla y un máuser. Tienes que cuidar tu fusil más que a tu chola, ¿entendido, mostrenco? Sí mi cap. En la noche, después de ranchar durmió en el último piso del catre de campaña. Creo que tengo vértigos, se dijo. El ejército había tomado del enemigo los fortines Corrales, Toledo y Boquerón. Terciados de carrilleras los reclutas se precipitaron a ocupar las mejores ubicaciones del tren fantasma. Con las vituallas que cargaba parecía un fetiche próspero, el eqheqo lejano. Los que quedaron rezagados ascendieron a los techos de los wagones. ¡Cuidado con caerse, mostrencos! En los andenes las madres, los hijos y las esposas lloraban mientras las madrinas de guerra —antes activistas del Comité de la Olla del Pobre— repartían encomiendas, detentes y chicha, mucha chicha, preparada por Chotochico con alcohol de indio. ¡Por favor, soldaditos, un minuto de atención a las bendiciones de Su Santidad monseñor Felipe! Recomendaban Eulalia y la tuerca Patricia a un recluta del valle este corazón de Jesús, del detente, yo he bordado y te salvaré de todos los peligros, ahijadito, no pierdas la fe en ningún momento y volverás sano y salvo. Por doquier besos y lágrimas, abrazos y lágrimas, saludos y lágrimas. Desatadas las lágrimas para formar un río de agonía que desemboque en el Pilcomayo. El Altísimo nos ayudará en esta decisiva confrontación bélica, afirmaba el Obispo echando bendiciones de compromiso mientras las bandas militares lanzaban al aire sus mayores enternecimientos.

Pilcomayuta pasaspa
amamá yaku ujjankichu
amamá yaku ujjankichu.
Pimanpis maywanpiskaspa

amamá konkawankichu.
amamá konkawankichu...1

- 1.- Traducción libre: Atravesando el Pilcomayo / no has de beber agua /
no has de beber agua. / Estuvieras con quien estuvieres / no me olvides
nunca / no me olvides nunca...

¡Si hasta me dan ganas de llorar, maldición! Abandonaba Damián la ciudad de la pena, la ciudad de los profundos anhelos, la ciudad de las noches inmensas, la ciudad de la muerte sin ojos. Su entrañable pampina quedaría sola, yerta en el camposanto de los pobres. Yo me sanaré prontito de esta fiebre que me enloquece y te lavaré la ropa; te estoy escuchando sin aliento. Quiero llorar, gritar, cuando vuelvo mis ojos a aquellos días. Las campanas de la prevención llegaron con intervalos de segundos y el tren comenzó a moverse lentamente. Ya no pudo más, estalló el torrente de sus lágrimas. Los bramidos de despedida, desvanecimientos y pañuelos blancos se perdieron en medio de la congoja colectiva. Con rumbo sur el tren abandonó la ciudad. Todos se iban de la ciudad mortificada. Incluso el cóndor amaestrado. Una mañana, a la hora de la primera misa, el padre Cleómedes lo había sorprendido en sus primeras propuestas de migración y no quiso dar la voz de alarma. Días después se lo vería tramontando el Calvario. La estación retornó a su monótona soledad de siempre. No tardarían las calles en quedar desiertas, con viudas perdidas y fantasmas intempestivos. Antes de llegar a Río Mulatos los soldados que ocupaban las alturas de los vagones comenzaron a sufrir los rigores del frío sin tregua de la pampa altiplánica. El viento aullaba...

Tarinki tarinkichari
imaymaná sonqhoyojta.
Manamá noqhata jina
maqsqa muchaikusoiga...2

- 2.- De encontrar encontrarás / y de gran corazón / Pero nunca como a mí
/ martirizándome y besándome...



Penosos días de viaje. Llegaron a Villazón y de inmediato transportados en camiones a Tarija. Con franco continuado de varios días descansaron en la Andalucía de América, —calles hediondas, casas bajas— convertida en lupanar de soldados lúbricos y mujeres licenciosas en actividad volcánica. El dinero circulaba a manos llenas. Los muertos con licencia están cada vez más derrochadores, decían las prostitutas de guerra, phisus de paz. Sofocaba el infinito aburrimiento. Cafeterías hediondas a fritangas rancias con moscas borrachas de calor. Damián no tenía interés en trasnochar. Pasaba los días abismados en sus desvelos, con perezosa somnolencia sentado en los rincones del patio del cuartel o matando piojos, ladillas y pulgas. ¡Oye, mostrenco!, lo llamó el oficial de guardia para decirle que debería ayudar trasladando a los camiones —detenidos en fila india contra el edificio— provisiones para los efectivos del frente. . . Al otro día, en las primeras horas de la madrugada, partió una caravana de camiones, abrumada de cargamento. Y él ocupó la cabina del último rodado, al lado del conductor locuaz que dijo ser propietario de dos camiones contratados por el ejército. Le hago un inestimable servicio a la patria con grado de suboficial, ganando por partida doble; ¿qué te parece? Hasta no tener caminos los milicos no querían hacer la guerra, pero ya ves el hombre-símbolo les ha entregado mil doscientos cincuenta y tres kilómetros de caminos carreteros y en picadas y sendas más de cuatrocientos noventa y dos kilómetros, dicen que se está estudiando otros cuatrocientos cuarenta y un kilómetros de caminos carreteros con un total de dos mil ciento ochenta y seis kilómetros de vialidad. ¿Qué tal semejante milagro? Los negocios están marchando a las mil maravillas. Yo soy salamanquista genuino. La sangre, el luto y las lágrimas son para los tontos y para los listos los éxitos y prosperidades, mi amigo. El mundo siempre ha estado dividido así, sin vuelta de hoja. ¿Y qué dices tú? Y él yo no digo nada, mi sof. ¿Por qué? ¿Es que no tienes acaso un poquito de seso en tu cabeza? ¿O eres como los indios que en vez de seso tienen aserrín? Claro que tengo seso, mi sof, es que no he sido ni soy partidario de la guerra, particularmente de esta guerra. Somos dos pueblos hermanos sacudiéndonos en la brutalidad de una agonía ajena. . . ¿Y de dónde has sacado la idea de que los paraguayos son nuestros hermanos? Mire, mi sof, quienes nos están haciendo guerra son los gringos, ¿cómo le dijera?, los capitalistas del imperialis-

mo por distribuirse nuestras riquezas naturales. . . Los triunfadores del Chaco reemplazarán las cruces de quebracho por torres de petróleo. ¿Me entiende ahora, mi sof? Lo miró sonriendo incrédulo desde luego que te entiendo. . . , pero, dime, ¿y por qué vas entonces tú a la guerra? Y él porque me obligan, de otro modo no estaría aquí en este instante, al lado suyo. La caravana hizo etapa en Villa Montes y se apearon para almorzar. Cunumis orientales, de porte esbelto y traje dominguero se asomaban a sus puertas con ojos encandilados. En el restaurante comieron, bebieron y cedieron bolsas de arroz y azúcar. ¿Cuánto debo yo, mi sof? Y el camionero le dijo que no debía nada. Días después en Muñoz dieron de baja a más bolsas de azúcar y arroz. En las etapas que se detenían de continuo distribuían las provisiones. Mi sof, perdone mi observación, ¿el cargamento que llevamos acaso no es para el frente? Eres cojudo o me estás queriendo tomar el pelo, respondió con los ojos encendidos de cólera. ¡Mucho cuidadito conmigo, carajo! En una ladera, frente a un profundo despeñadero se detuvieron los camiones a descansar y el último, ya sin carga, fue lanzado barranca abajo. Limpiándose las manos el camionero le dijo vamos, mostrenco, ahora súbete al primer camión que encuentres. Es su orden, mi sof. En cada viaje siempre hay uno o dos accidentes fortuitos, así que no pongas esa cara de boludo que ya estoy harto de ti. Afloraron las ríspidas connotaciones del viaje tortuoso y él sonrió despectivo. Al llegar al frente descargaron las provisiones que se libraron de los imponderables. Durmió con los reclutas recién llegados del Oriente, los capitaneaba el "Camba" Busch. Noche delirante. No solamente escuchó el aullido del coyote, el rugir del jaguar, el chillido del mono, sino las guaranías sentimentales que llegaban de las posiciones paraguayas y los bolivianos les respondían con cuecas y taquiraris. En la guerra puede suceder cualquier cosa. Al día siguiente llamado a declarar ante el juez militar, él no se atrevió a decir nada. El capitán y el camionero observándose asombrados. En la noche no durmió en el recinto que le destinaron junto con los cambas, sino en el calabozo. Creía escuchar esta vez en el silencio de la soledad el fragor de la guerra, los cañones, los morteros, el combate cuerpo a cuerpo. Los enemigos avanzaban. Corrales y Toledo habían sido retomados, Boque-

rón resistía. Al amanecer partieron de retorno los camiones de aprovisionamiento hacia Tarija y a él no le dijeron nada. El ruido de los motores encendidos, su bramido constante se había introducido en su ser como un trauma. Sacado del calabozo antes del desayuno le hicieron barrer el patio del cuartel manchado con la sangre de un desertor que fue apaleado por cuatro números de guardia. Se lavó la cara y formó atrás con los mostrencos, rostros apagados por la fiebre palúdica, para recibir pan y agua de sultana.

HABANA, 12 (United).- El presidente de Cuba, general Machado, ha presentado su renuncia.

HABANA, 12 (International News Service).- Centenares de personas penetraron al palacio presidencial poco antes de las diez de la mañana y empezaron a apoderarse de ropas, comestibles y cuanto objeto portable se encontraba. No hubo policía para impedir la entrada del público y los soldados de la guardia no hicieron esfuerzo alguno para evitar los robos y actos de sabotaje.

HABANA, 12 (United).- El ejército, apoyado por todos los partidos políticos, designó a Carlos Manuel Céspedes para hacerse cargo de la presidencia. La noticia fue anunciada al pueblo con veintidós cañonazos. La muchedumbre está entusiasmada y aplaude. Todas las estaciones de radio del país tocan el himno nacional. Se desconoce el paradero de Machado, aunque circulan rumores de que abandonó el país a bordo de un avión.

HABANA, 12 (United).- Un soldado mató de un tiro en el Paseo Colón a Antonio Jiménez, jefe de las fuerzas terroristas adictas a Machado, cuya organización era conocida con el nombre de La Porra. El cadáver de Jiménez fue colocado en un automóvil, mientras la muchedumbre que presenció el suceso llevó en hombros al soldado, recorriendo el parque en medio de grandes aclamaciones.

SE PRESENTARON con sus uniformes de campaña y por encima del

toque de la corneta de guerra, Damián creyó percibir ruidos de campanas, sables y cadenas. Formados, alineados y numerados escucharon que les decían encomienden su alma al demonio. Les había llegado la hora de dejar el purgatorio para entrar al infierno. Los efectivos del regimiento Loa necesitaban auxilio con premura, sus pedidos clamorosos aún estaban haciendo vibrar los equipos del radioperador. Trataban de romper el cerco tendido por el enemigo para lo cual necesitaban refuerzos. Corría la sangre en tropezos de angustia. No perderían tiempo cavando trincheras, ahora mismo marcharían los soldados del batallón. Llegó el comandante con una comitiva de jefes y oficiales. Entre éstos Damián reconoció al coronel Alegría —mentón cuadrado en rostro enjuto, bigote espeso— quien lucía su nuevo grado de general. Antes de disponerse la marcha de la tropa, dijo el ayudante de Alegría, los soldados Kari Condori y Damián Surco deben dar un paso al frente. ¡Es su orden, mi cap! El general Alegría les ordenó seguirle. Vengan conmigo a una comparecencia, dejen su equipo al número de guardia. Tras de ellos cerraron las puertas de las oficinas de inteligencia. Antes de hablar el jefe militar los estudió con detenimiento y después, arrojándose contra un escritorio, preguntó quien era Condori. Yo, mi general, saludó con un fallido taconazo. ¿Así que tú diriges la sublevación de los indios de Quillacas y Peñas? No, mi general, yo muy guagüita, chiquitito no más. Anjá, ¿y por qué querías entrar a trabajar en las minas del Rey Patiño, especialmente La Salvadora? Mi pagri primero campisino, después minero y masacri Uncía mataro... Es suficiente, dijo y con un ademán significó que debería retirarse. Se lo llevaron dos soldados armados. ¿Damián Surco? Firme, mi general. Ah, tú tienes un prontuario voluminoso, hasta con fotografías. Tú lo conoces a Pickering desde luego, has trabajado de mecánico en los ingenios mineros, dime, ¿por qué te ha echado del campamento hace unos cuatro o cinco años atrás? No recuerdo, mi general, hace tanto tiempo. Ah, vamos, mostrenco, quiere decir que hay que refrescarte la memoria. ¿Por qué desfilaste con la bandera roja y negra de los extremistas el primero de mayo de 1931 por las calles de Oruro? La bandera carmesí de la ciudad, me lo ordenaron en la Federación Obrera del Trabajo, ya que yo era uno de los afiliados, mi general. ¿Por qué

distribuiste panfletos contra la guerra? Los capitalistas aterrados ante el inevitable derrumbe de su régimen económico y social, creen ver en la guerra su tabla de salvación... ¿recuerdas? Tragó saliva antes de responder. Porque creo, mi general, que la guerra es un error histórico... y trató de explicar su pensamiento, sus ideas pacifistas, pero no pudo continuar. Los soldados armados que se hallaban presentes le indicaron que los siguiera. Giró sobre sus talones y lentamente salió del cuartel, los corazones de los lobos cantaban en la espesura del monte. ¿Dónde me llevan?, preguntó. Al descampadito, de paseo, a tomar un poco de fresco, le respondieron. ¿A matarme? Sí, ¿qué te parece?, por derrotista convicto y confeso. Sonrió, debían haberme matado en la ciudad y no sé por qué se han tomado la molestia de traerme hasta aquí. Los sayones cambiaron miradas maliciosas. ¿No tienes miedo de morir? Y él respondió da la casualidad que no. Ya en el bosque umbroso, con la atmósfera cálida y espesa que la sombra no podía refrescar, insistían en torturarlo con la idea de la muerte. ¿Y en verdad que no tienes miedo? Morir me parece un acto natural. ¿Fumas? No. Sobre unos troncos derribados se sentaron para fumar cigarros sucreses. A lo lejos parecía entablarse un nuevo combate. Claro que sí, dijo uno de ellos retomando el hilo de la conversación, tenía la piel blanca y los ojos azules, morir es natural... ¿Cómo es tu nombre? Damián Surco. Ah, sí, escuché en el comando, yo soy cabo y él sargento, tenemos nuestras glorias ya conquistadas para la posteridad, la historia va a hablar de nosotros, ¿verdad, Pachacho? Los caranchos pesaban sobre las ramas esperando resignados que la acción se impusiera de una vez. Yo tenía una mujer, igual que tú, despreciaba la vida. Y qué cosa, me decía Ermunio, que quiere decir libre de todo tributo, y ella no lo quería entender así. Era una época muy crucial aquella, en que aparecieron fetos en los muladares y fue bien explotado por los curas de la Iglesia Matriz. Era muy trabajadora la tipa, pero lo que no me agradaba, aunque ustedes no lo crean, que le gustaba prodigarse con una ternura al borde de la desesperación, ¿me entienden o no? ¡Sí, claro que si le gustaba tirar!. Me desabrochaba el cinto mirándome en los ojos y yo sentía que mi sangre corría abriendo nuevos cauces en mis entrañas. Le huía y la pobrecita me

perseguía enferma. No les miento, ¿eh? Se suicidó sin mayores problemas y en la ciudad decían porque tuvo relaciones con el demonio. ¡Hasta con el demonio, qué aguante! Y desde esa vez una especie de complejo de culpa me persigue. ¡Oruro para sufrir y el Chaco para morir! Por eso la guerra para mí es un desahogo, me distrae. Veo morir cada día, mato a los mostrencos con antecedentes peligrosos y me estoy curando de mi complejo. Dicen que soy el demonio en persona. ¡Las malas lenguas, querido! Y me da bronca ver de repente a un mostrenco con los pantalones mojados cuando se le dice te vamos a despabilar o de lo contrario a otro que no te dice nada y más bien te mira con desprecio, como ese tipo que lo trajeron desde el Chapare, ¿recuerdas, Pachacho? Sí, el sindicalista que cierta vez le había dado un golpe de lámpara de carburo al superintendente de una mina. ¿Cómo se llamaba?, ah, ya recordé, Chirino. El tal murió sin decir pío. Por la cresta si no serán huevones. Aquella mujer y tú, igual-igual, despreciando a la muerte como si tal cosa. Quién sabe si yo, en este momento, pensó Damián, estaría arrodillado pidiéndoles a gritos que me perdonen la vida, pero muerta Fresia no me interesa pedir clemencia a nadie. Intervino Pachacho afirmando en momentos decisivos las mujeres son más valientes que los hombres. Es cierto. Yo tuve una querida que era de vida alegre, una recia hembra. ¿Korichupila? Anjá, recalcaba siempre a todos que era más chilena de nacimiento que de profesión. La conocí cuando llegó toda miedosa y amoscada y lo que es ser mierda, ¿eh?, hacía tan bien el amor que se me hizo querer de inmediato. Salía como un tiro del colegio y hacíamos el amor en cualquier lugar y disposición. Su cuerpo regado de calientes aguaceros, sus palabras de ardiente efusión, sus exigencias, Dios mío, qué gran yegua era. Andábamos chiflados y la gente cómo nos miraba y murmuraba. ¿Qué tiene la niña de la Consuelo? Mis pobres viejos sufrían lo indecible. Así como bella, también frívola como la gran siete. No había hombre feo o bonito, pobre o rico, aparapita o milico, a todos coque-teaba y a mí que me coma el tigre. Así siempre es, querido Pachacho, por eso dicen hay cuatro profesiones en la vida que es sumamente difícil dejar: diplomático, periodista, político y puta. Me daba tal bronca que ocasionó muchas veces que me saliera de mis casillas. Que-

ría encontrar a otro hombre en mí, que naturalmente no era yo. Quién sabe si Ronni Mazzedo. Nos decíamos iniquidades y después de varios días de enfado volvíamos a la rutina del deseo. Yo me arrepentía de este juego absurdo y, lo que es peor, no tenía agallas para romper con la situación. Ardía en mí un ansia de no verla ni oírla nunca más. Me quiso plantar un día, detrás de esto andaba el coronel Alegría, y yo con el mismo revólver que ella me ofreció la maté ¡qué carajo! en acto premeditado, como dijo después el doctor Reinoso, con fría alevosía. ¡Sí, la maté a esa flecha incendiaria! Y recuerdo todavía, cómo, sobre los silencios de aquella madrugada de abril, se abrían las campanadas de la Iglesia Matriz por aquel relámpago blanco... Perdóname que no llore en este instante por ti, Fresia adorada, es que estos rufianes, extraviados en sus propios reflejos, que no van a tardar en matarme, pueden pensar que lloro por marica... No puedo olvidarme de ti, de tu valiente júbilo, de tu imagen pura, de tu dulce sonrisa. Para disimular sus aflicciones cerró los ojos y lanzó un profundo suspiro. Ella no se ha suicidado, amaba la vida, explicó, ni yo la he matado, les aseguro, es la verdad, fue la maldita epidemia que asoló la ciudad, el tífus la doblegó. Mentira, todo hombre siempre mata lo que ama, se rieron a carcajadas. Trabajando con la muerte, somos una especie de viudos trágicos, soñando con placeres perdidos... A lo lejos detonaron dos disparos que hirieron la soledad de la selva y los tres hombres quedaron instantáneamente serios, en silencio. Ya lo han limpiado al indio, dijo después Ermunio. Entonces Pachacho, mirándole fijamente a Damián, le apuntó con el fusil, hizo lo propio Ermunio y él no se inmutó. Dos disparos fragorosos salieron casi simultáneamente de las armas estremeciendo otra vez aquella geografía de sueños. Cayeron heridas al suelo las hojas secas de los árboles y bandadas de pericos y loros silvestres escaparon chillando para refugiarse en las ramas más altas. Ya te matamos, Damián Surco, estás muerto, definitivamente muerto, sin ninguna apelación ante la historia, en las estadísticas tu nombre llevará una cruz de mártir y tus parientes en las fiestas de Todosantos te prepararán una tumba con frutasecas y rosquetes, le dijeron impasibles, cínicos, con los párpados estremecidos por los calores tropicales. Damián sonrió con ironía. Ahora puedes

conservar la vida más allá de la muerte. Y agregaron de prisa márchate de aquí y no nos comprometas para nada, el Chaco Boreal es un inmenso damero; si tomas rumbo sur no tardarás en pasar la frontera argentina y si tienes suerte llegas a Chile o al Perú para estar más seguro de tu vida. Le entregaron un fusil con proyectiles y un morral de coca. El sol caía a plomo candente. No tenía que perderse en el monte, no tenía que caminar por las sendas transitadas, no tenía que tropezar con los zapadores paraguayos. No te descuides un segundo, a cada paso tienes que oler la muerte, olfatear a la muerte... Trata en todo caso de bordear por las picadas, por los derroteros clandestinos. Comenzó a masticar un puñado de coca, el acullicu. La atmósfera caliente se hacía cada vez más insoportable, la honda del panorama despierto. En su marcha sonámbula, el bosque convertido en una espesa cabellera de matorrales y lianas se le aferraba en sus ropas arrancándole jirones. No era la fiesta del rocío que se enseñoreaba en esta tierra escondida, pero, de todos modos, detrás de su follaje se encendía el horizonte de la esperanza. ¡Cuidado con los sueños! Debo derrotar al destino y a la muerte... Equiparme de nuevo partiendo de cero. Verdes picadas, verdes sendas. Dejó de ver el cielo de caranchos alborotados para contemplar atónito que en la trágica impasibilidad de los árboles colgaban cuerpos desnudos, ídolos de sangre, como corderitos suspendidos en los patibulos del camal, atravesados de parte a parte y lamidos por la luminosidad del paisaje. Los mutilados genitales en la boca, la obra maestra de los Macheteros de la Muerte, cuyas atrocidades llenaban de pavor. Siguió de largo, la coca le estaba dotando de nuevas energías. El monte invitaba a sobrevivir no a morir. Llegaría a su objetivo, otros ecos, otras dimensiones, el señuelo invisible y mudo del país neutral desde el cual denunciaría la vergüenza de la guerra. Tierra arenosa empapada de sangre, con magia de perfume, lejanía y muerte. Qué lejos se hallaba de la soledad de la estepa gris, de las montañas nevadas, del ladrido de los sunichos, del canto de los gallos madrugadores, del mugir de las vacas... Las distancias incomprensibles tanto o igual que los destinos insondables. Verdes sendas, verdes picadas. Se detuvo en seco porque le parecía oír que crujían las ra-

mas, tal si las estuvieran apartando con sigilo. ¿Una serpiente? Aguzó el oído, como los campesinos cuando tratan de percibir los ruidos de la distancia. ¿Y dónde, dónde? Observó de izquierda a derecha y no había nada y, cuando se disponía a seguir, un cuerpo semidesnudo cayó de un árbol y con rapidez felina apareció plantado frente a él blandiendo un machete que brillaba como la lengua de una serpiente. Sorprendido retrocedió dos pasos. Un Machetero de la Muerte, pensó. En el rostro guaraní del paraguayo, con ojos profundamente mediterráneos, se dibujó una sonrisa cruel. Damián apretó los dientes sin perderlo de vista, con el dedo en el gatillo del disparador.

Cochabamba, marzo de 1972

Buenos Aires, mayo de 1974

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

PRIMERA PARTE

	Págs.
Niños jugando	27
Músicos	47
Pareja de piedra	63

SEGUNDA PARTE

Figuras	91
Mujeres	107
Madre e hijo	123

TERCERA PARTE

Bailarines	151
Llanto sobre la noche	179
Niños	209

CUARTA PARTE

Pescadores	227
Guerreros	251
La muerte del héroe	275

El extraordinario pintor muralista Walter Solón Romero, ha cooperado artísticamente a la novela, el escritor, en homenaje de gratitud, manifiesta su profundo agradecimiento.

INDICE

	Págs.
Libro Primero: Los rostros del mismo sueño	13
Libro Segundo: Una muñeca de metal laminado	73
Libro Tercero: Forjadores de tinieblas.	133
Libro Cuarto: Destino sin distancia	219
Indice de ilustraciones	286

Se terminó de imprimir en el mes de
diciembre de 1982 en los talleres de
INDUSTRIAS GRAFICAS POLIGRAF
Santivañez 0317 - 0321 Teléf. 26266
Casilla 3881 Cochabamba — Bolivia

